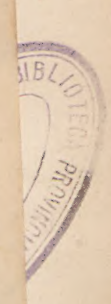
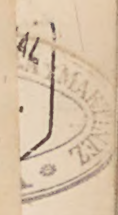


LA ITALIA ROJA.





LA ITALIA ROJA

Ó

HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES

de Roma, Nápoles, Palermo, Mesina, Florencia Parma, Módena, Turin, Milan y Venecia

desde el advenimiento del papa Pio IX en junio de 1846

HASTA QUE REGRESÓ A SU CAPITAL EN ABRIL DE 1850:

ESCRITA EN FRANCES

POR

EL VIZCONDE DE ARLINCOURT

Y

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR UN REDACTOR DE LA ESPERANZA.



MADRID.—1851.

Imp. de D. Manuel Pita, calle de Valverde,
número 21.

Advertencia.

Las obras del vizconde de Arlincourt no necesitan recomendaciones de ninguna especie: las recomienda el ilustre nombre de su autor.

Esto no obstante, diremos de la presente, que á pesar del poco tiempo trascurrido desde que vió la la luz pública, ya se han hecho en Paris cuatro ediciones de ella, habiéndose agotado la primera en el corto espacio de tres dias. Tambien sabemos por un periódico de la misma capital, que LA ITALIA ROJA *está ya traducida en italiano, inglés y aleman: de modo que con la traduccion castellana hecha por nosotros, se lee ya este librito en cinco lenguas de las mas cultas de Europa.*

Ni podia menos de ser casi poliglota una obra tan interesante como esta. Era preciso ver de qué

modo escribia la historia quien con tanta sublimidad habia escrito sus poéticas novelas en la primavera de su vida, y con tanto entusiasmo sus peregrinaciones políticas en estos últimos años. Tambien era forzoso ver cómo inspiraba la verdad, *esa musa que á tan pocos mortales favorece ya en nuestros dias, al que tantas veces habian inspirado la naturaleza con sus encantos y las artes con su perfeccion.*

Con este anhelo, con esta ansia nos hicimos nosotros con un ejemplar de LA ITALIA ROJA, *en el momento mismo en que supimos su aparicion. Su lectura nos ha inducido á lo demás.*

Pero como nuestro ánimo, al dar á luz esta novedad política y literaria, no ha sido de ningun modo hacer una mera especulacion mercantil, sino que hemos tenido á la vista otras miras mas conformes con nuestro carácter, siempre generoso y desinteresado; hemos procurado sobre todo, que nuestra edicion sea mas económica todavia que las francesas, aunque estas han sido ciertamente baratas en estremo; y que á pesar de su economía, no carezca de las cualidades que constituyen la bondad de una publicacion.

En fin, en vez de parcos, hemos sido hasta pródigos en gastar; en la creencia de que si el título de este librito no bastare, el nombre solo de Arlincourt es suficiente para poner en salvo nuestros intereses.

EL EDITOR.

LA ITALIA ROJA.

EN FRANCIA, la monarquía representativa conducia al REALISMO CIUDADANO; este guiaba á la REPÚBLICA DEMOCRÁTICA, y al cabo de todo esto estaba **EL SOCIALISMO**.

EN ITALIA, los carbonarios crearon las sociedades secretas que fundaron LA JÓVEN ITALIA; esta conducia á la REPÚBLICA UNITARIA, y al cabo de todo esto estaba **LA ITALIA ROJA**.

En cada pais distintos nombres, diferentes dialectos y diversas vias; pero en ambas partes, la misma marcha, el mismo pensamiento y el mismo fin.

PREFACIO.

«¡QUÉ triste espectáculo es el de la decadencia de una gran nacion!»

Estas eran las crueles palabras que resonaban del uno al otro estremo de Francia, en el momento en que dejaba yo á París el invierno pasado. Partia para Italia con el proyecto de escribir sobre las últimas revoluciones de Roma, Nápoles, Florencia, el Piamonte, Venecia y la Lombardía: ¡qué de cuadros iba á tener que pintar!

La revolucion de julio en Francia habia sido un paso para llegar á la de febrero: la primera introducia la confusion en todas las ideas; la se-

gunda daba al traste con todos los principios. Esta última no fué ya una organizacion, sino una disolucion. Sin embargo, febrero quizá no haya sido tan fatal como julio: la parodia de 1793 quizá les haya abierto á muchos los ojos. Todo presagia que no vendrá á ser sino una vuelta hácia el bien, una operacion regeneradora.

La Francia ha pasado ya por duras pruebas, en que otra nacion hubiera perecido, y ha salido de ellas siempre grande. ¿No escapó de aquel tiempo execrable, en que Robespierre con su monstruosa cuchilla fué como abriéndole paso al crímen, y en que algunos cobardes formidables, seguidos y precedidos del terror, se veian forzados á matar para vivir?... ¿No ha sacudido á la hila tambien, como ridículos harapos, diez Constituciones, todas mas ó menos deplorables?... Ah! esta nacion, el dia en que quiera levantarse en su fuerza y dignidad, aun será dueña todavia de sus destinos y recobrará su omnipotencia: que tiene recursos providenciales, y sabe muy bien dónde están.

Lord Aberdeen, que vino á París poco despues de febrero, respondia del modo siguiente á esta pregunta que uno le hizo en Lóndres:

«Milord! ¿qué es el gobierno francés actual?»

«Amigo, es la caricatura mas lúgubre que tal vez se haya visto jamás (1).»

(1) Esto recuerda un incidente bastante chistoso de la sesion legislativa de 22 de enero de 1850. Un diputado, po-

Los escritos del ciudadano Proudhon, de ese Crisóstomo del mal, han dado tambien algunas veces lecciones útiles, y difundido luces verdaderas. Nada mas notable que sus palabras, dirigidas á los adoradores de todos los poderes, á los renegados de todos los cultos.

«Doctrinarios sin pudor! les dice..... ¡Cómo! ¿llorais vuestra religion perdida? pues ¿por qué espulsásteis á Cárlos X?... ¿Llorais vuestra gloria mancillada? ¿por qué vendísteis al emperador?... ¿Llorais vuestra virtud republicana? ¿por qué degollásteis á Robespierre?... ¿Gemís por vuestra monarquía, hoy humillada y antiguamente tan noble y tan popular? ¿por qué destronásteis á Luis XVI?... (1). Si se hubiera consultado á la Francia en julio de 1830, el pueblo hubiera elegido á Enrique V (2).»

El año anterior habia yo recorrido el norte de Europa, donde la república de febrero habia esparcido generalmente la desolacion y el terror: todavia resonaban alli las doctrinas de la anarquía, los furores contra el poder, la cencerrada de la libertad.

deroso en tiempo del gobierno provisional, pero á quien la naturaleza ha tratado cruelmente en la parte física, quiso hablar en la Cámara: "Cuán feo es!" interrumpió uno de sus colegas, y al punto respondió una voz: "es el rostro de la república."

(1) *Confesiones de un revolucionario*, pág. 46.

(2) La misma obra, pág. 41.

Mas ahora iba yo á visitar á Roma y Nápoles. Segun los profetas de la democrácia social, habíase hundido para siempre con Pio IX el trono de San Pedro: pero con el papado caía tambien el catolicismo; y M. Proudhon, al esclamar «*que habia sonado la última hora de la Iglesia*,» daba ya este sacrílego grito de triunfo: «*se murió el perro, se acabó la rabia* (1).»

En cuanto al reino de Nápoles, no habia ya en el vocabulario revolucionario espresiones con qué pintar el horror que debia inspirar á la Europa democrática un soberano valeroso, que se habia tomado la libertad de defender su corona y sus derechos.

El título de *monarca asesino* y de *rey bombardeador* no podian espresar ya la vehemente indignacion de los socialistas.

Que los grandes ciudadanos por el estilo de los Robespierres, Dantones, Barbeses, Sobrieres y Tilocones, proclamen la insurreccion como un *deber sagrado*, y apelen á las barricadas, y llamen á la guillotina *cosa santa*, y por interés de su ambicion pongan á fuego y sangre su pais; eso pueden hacerlo, están en su derecho. Esos hombres de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad* pueden entregarse impunemente á todos los placeres del homicidio y de la depravacion, á todas las

(1) «*Morte la bete, mort le venin.*» *Confesiones de un revolucionario*, pág. 250 y 251.

saturnales de la destruccion y la venganza!... Esto les aprovecha; conque bueno es.

Pero un rey, un rey atacado!... un príncipe que oye los rugidos del motin alrededor de su palacio, que vé encender al pié de sus muros las teas incendiarias, que sabe que en las frases mentirosas de *libertamiento* y *regeneracion* no habrá para su pueblo sino *envilecimiento* y *miseria*... Oh! ese no tiene el derecho de sacar la espada para sostener mútuamente á sus súbditos y su trono, para salvar á un tiempo la religion y la monarquía, la familia y la propiedad! No: su deber es dejarse degollar cobardemente con los suyos por los satélites del terror. Es infame, si es bravo; y si triunfa, es un mónstruo.

El 24 de febrero atravesé la ciudad de Marsella, donde las autoridades civiles y religiosas acababan de recibir la órden de celebrar dignamente el advenimiento de la república: estraña continuacion del sistema de julio de 1830, que mandaba festejar las tres *gloriosas jornadas*... aunque en su interior las maldijese, por cuanto el gobierno de entonces sabia muy bien, que santificando el principio de insurreccion de que procedia, consagraba el derecho de rebelion que debia concluir con su existencia. Esto no obstante, el ministerio de Luis Napoleon, que pensaba tal vez lo mismo que sus antecesores, seguia el mis-

mo método, mandando igualmente festejos nacionales para consolidar lo que hubiera querido destruir.

«*La república no era de mi gusto*, decia el ministro Leon Faucher á la Cámara; *y sin embargo la he aceptado* (1).»

Añadamos que tampoco lo era de ningun hombre de bien que entendiese de *gustos*, y que, francamente hablando, nadie la habia *aceptado*.

La autoridad religiosa de Marsella tenia órden de solemnizar el 24 de febrero con un funeral y colgaduras negras. Despues del oficio fúnebre debia cantarse un *Te-Deum*. Un *Te-Deum* cantado bajo los crespones del luto! ¡qué alegria tan sepulcral!

Este programa me lo esplicaba yo asi:

«El oficio mortuorio era para suplicar al Señor, que tuviera misericordia de los que habian perecido bajo banderas mas ó menos rojas en las barricadas de la revolucion; y el *Te-Deum* tenia por objeto dar gracias al Todopoderoso, por haber librado de ellos á la Francia.»

Embarquéme para Niza, y de alli para Génova la *soberbia*, hoy refugio de los proscritos políticos. En vano busqué allí á *Italia*, aquella tierra clásica de las artes, de la armonía, de los placeres, de

(1) Sesion del 22 de enero de 1850.

la luz y de la poesía: el cielo estaba encapotado y frio; presentábanseme rostros inquietos y disgustados; no oia hablar sino de conmociones próximas, de revoluciones venideras, de un cataclismo europeo. ¡O Francia! ¿y esta era tu obra?.. ¡Bella Italia! ¿qué te has hecho?

Solo tres dias me detuve en Liorna, y poco despues entré en el admirable golfo de Nápoles en una hermosa mañana de primavera. Tenia á mi derecha la isla de *Prócida*, y á mi izquierda la de *Nísida*, alegres centinelas avanzadas que desde su anfiteatro de rocas y jardines estaban como haciéndole la guardia á *Parthenope*, maravilla de la naturaleza.

Delante de mí estaba *Ischia* con sus naranjales, y el cabo *Miseno* con sus recuerdos de Corina; á lo lejos, *Caprea* con su gruta de azul y su palacio de Tiberio; mas cerca, *Pansilipo* con su via subterránea y su sepulcro de Virgilio. Oh! allí tornaba yo á encontrar á mi *Italia* con su encautado clima, sus melodiosos sonidos, sus prestigiosos recuerdos y todas las poesías de su cielo.

La brillante capital estaba en aquel momento inundada de luz, y las ondas de un mar sereno que reflejaba un firmamento azulado, parecian saludar á sus playas con orgullo, amor y respeto.

¡Cuánto me prometia yo gozar recorriendo en breve á *Castellamare*, *Portici*, *Herculano*, *Sorrente* y todas las magnificencias del pais! El *Vesuvio*, que estaba frente á mí con su turbante de

humo negro, acababa de dejar correr por sus laderas un rio de encendida lava. En tanto, el sol doraba las verdes colinas, que parecian burlarse de los truenos de la montaña. El Vesuvio y el sol!... dos eternidades ardiendo! dos gigantes de fuego en presencia!... Qué espectáculo este tan grande y tan hermoso!

Pero, ay! mi pensamiento, á pesar mio, se apartaba de tan poéticas imágenes. Decíame yo con dolor: « Aquí tambien, en esta tierra privilegiada, ha habido de esos apóstoles de la destruccion que todo lo agostan con su aliento revolucionario! tambien ha habido aluviones que han viciado hasta la misma naturaleza: que donde soplan los vientos de la anarquía, allí no repara nadie ya en las maravillas de la creacion, ni hay corazones que gusten los pacíficos goces de la vida contemplativa. Nada ya de bellas artes! nada ya de dulces ensueños! Se vive con Satanás en el cáos. »

Poco despues de mi desembarco, me dirigí al palacio de Caserta. Tantos y tan varios eran los pareceres que habia yo oido acerca del rey de Nápoles, que estaba impaciente de juzgarle por mí mismo. Fuí admitido en su presencia.

Bastóme verle, para formar buen concepto de él. Es de elevada estatura; tiene el mirar espresivo y la sonrisa afectuosa. En su porte nada hay

de boato ; sabe que la regia dignidad debe ser de hoy en adelante algo mas que una vana y pomposa ostentacion ; debe ser, ante todo, un poder protector y firme. Así, aunque rodeado de todas las magnificencias propias de su majestad, conservaba en medio de ellas la afable y regia sencillez de un digno nieto de San Luis.

Salióme graciosamente al encuentro, y haciéndome sentar á su lado, comenzó á hablarme al punto de las cosas de Francia. ¿Y cómo hablar hoy de otra cosa? Desde el polo norte al polo sud, en el palacio como en la choza, ¿quién no se ocupa de París?... Allí están los destinos de la tierra.

El rey es muy amado de su pueblo: su popularidad nada se aumentó (cosa que en Francia causaria asombro), al promulgar la famosa Constitucion por la que renunció voluntariamente á una parte de su omnipotencia. Esto consiste en que la generosidad de un soberano que se despoja de su fuerza, es generalmente poco apreciada de las masas. El populacho francés, que admiraba á Napoleon déspota, demócrata, lo hubiera despreciado.

Fernando II, que se espresa en francés con mucha facilidad, me pareció perfectamente enterado de la situacion actual de la Europa; y al pintarle yo la república francesa, ese engendro estraordinario del desórden y del miedo, esa figura muerta y viva á un mismo tiempo, cuya cabeza

y cola solo aspiran en este instante á devorarse mútuamente; entonces me escuchaba con la meditacion del sábio y la sonrisa del pensador.

Mi entrevista con él fué larga; y al oirle, me admiraba de su profundo conocimiento del tiempo y de los hombres. Este noble príncipe, tan mal conocido en Francia, ama á su patria con un afecto sin límites. Su corazon es tan generoso como recto, y su conciencia, sin tacha.

Parecióme asombrado de los progresos del socialismo y de los ataques dirigidos por todas partes, en el norte de Europa, contra la religion, la monarquía, la familia y la propiedad. Como á todo hombre ilustrado, cuéstale trabajo comprender, que en este siglo de inteligencia puedan las naciones llegar hasta creer que el desórden continuo les sea de algun provecho.

No necesitaba yo decirle, que la forma republicana ensayada en Francia á fines del siglo pasado, no habia producido mas fruto en sus diez años de existencia, que regar el pais de sangre y cubrirlo de ruinas; que esa misma forma habia obligado á la nacion á echarse en brazos del despotismo para librarse de la anarquía; y que en virtud de ese régimen fatal esa misma Francia no habia pasado de la matanza de los cadalsos á la carnicería de los campos de batalla, sino para llegar á los desastres de dos invasiones: todas estas verdades las sabia ya el príncipe.

Ay! las últimas revoluciones de Italia han

debido confirmarle mas que nunca, en el pensamiento de que las instituciones demagógicas que invoca á gritos el genio de las revoluciones, en vez de grangear ventura y libertad á los pueblos, obran constantemente al revés, y están en conspiracion permanente contra el progreso quc pretenden favorecer.

Dejé al rey con la esperanza de volverle á ver, no una, sino muchas veces. Fernando II, ese Borbon tan calumniado, es un personaje de los mas dignos de la época. La prueba incontestable de su paternal bondad y raras virtudes, puedo darla yo, que por mí mismo la he adquirido. Ah! cualesquiera que sean los esfuerzos de sus injustos detractores, la verdad, tarde ó temprano, con su triunfo los confundirá.

La historia imparcial dirá, que cuando á gritos se pedian en todas partes constituciones, Fernando II fué el primero en Italia que le dió una á su pueblo; porque entonces creía que tal era el deseo de sus súbditos. Pero desengañado despues, cuanto vió al partido que osaba llamarse la nacion, servirse de las generosas concesiones que le habia hecho, para atacar de muerte á su regia autoridad; Fernando fué el único, entre todos los soberanos en pugna con la insurreccion, que permaneció firme en su trono, y triunfó completamente de los amaños de Inglaterra y las intrigas de Francia. La historia dirá tambien, que despues de haber vencido á la hidra revolu-

cionaria en su capital, con la ayuda de su pueblo, supo reconquistar la Sicilia, á despecho de Inglaterra y Francia, y cuando la Italia entera se hallaba al borde del abismo. La historia dirá además, que todas estas cosas fueron por él ejecutadas sin la creacion de nuevos impuestos. La historia dirá en fin, que cuando la mayor parte de las monarquías se achicaban humildes y trémulas, él supo levantar la suya grande y fuerte.

Estaba yo una mañana en el palacio del príncipe de Salerno, tio del rey. Este príncipe, de inagotable benevolencia y suma bondad, que es muy amado del pueblo de Nápoles, habla muy bien, y espresa con gran exactitud sus conceptos; me preguntaba sonriéndose si la república, en Francia, le daba la libertad á la nacion.

—«Monseñor! le respondí; si *la república* le diese á la nacion *la libertad*, el primer uso que de *su libertad* hiciera la nacion, seria abolir *la república*.

—«La Francia, repuso, ha sufrido mucho.

—«Sí, monseñor! y la Europa ha querido hacer otro tanto: porque esta la imita hasta en sus humillaciones y dolores. Se hundió con ella en pos de febrero; pero enderécese otra vez la Francia, y la Europa se levantará.

—«Pronto? no es verdad?

—«Así lo espero. Al pueblo francés le gusta

andar continuamente: mas por desgracia no siempre reflexiona en qué pasos anda, y con tal que se rebulla, está contento. Su imaginacion pasa de una idea á otra con la misma facilidad que un ensueño varía sus escenas. En tiempo de la monarquía era radical; en tiempo de la república, realista. Nunca plan, siempre ensayos; y como jamás se va tan lejos, como cuando se ignoran las distancias y el fin, no sabe nunca dónde está, y menos aun á dónde irá.»

El príncipe de Salerno es suegro del duque de Aumale. Introdujo la conversacion sobre la familia de Orleans con cierta perplejidad, temiendo acaso que esta materia me indujera á proferir algunas espresiones amargas; pero le desengañé al momento, y le repetí lo que habia yo escrito poco antes á mi regreso de Frohsdorf.

«Yo aborrezco las situaciones; no los hombres... Hago justicia á cuanto se ha hecho de útil en el reinado de Luis Felipe, y á todos los talentos que en él han brillado... Si los jóvenes príncipes de Orleans comprenden su estado, las desgracias de la fortuna pueden rehabilitarlos para servir noblemente á la patria en una situacion nueva y digna. Talento no les falta: que no les falte el honor (1).»

El príncipe de Salerno aplaudió.

Y ¡cómo no habia yo de pensar asi! Los hijos

(1) *Lugar al derecho*, pág. 143.

de Luis Felipe han probado en todas ocasiones, por su valor habitual y sus raras cualidades, que eran de la sangre de los Borbones; su vida ha sido irreprensible. ¿Cuál es el francés digno de este nombre, el francés monárquico y cristiano, que no forme votos ardientes por la reconciliacion de las dos ramas, y no pida al cielo una fusion, que pudiera salvar la patria...? Oh! estreche *Enrique* contra su corazon á los de Orleans, y el corazon de la Francia entera palpitará de gratitud y de júbilo, saludando una *nueva era*. El pais espera y aguarda.

Uno de los hombres mas eminentes de la época, el *cardenal Antonelli*, se hallaba en aquel momento con Pio IX, en Pórtici. Tuve ocasion de verle muchas veces; y reconocí en él, no solo una instruccion profunda, sino tambien un noble caracter.

Hoy el cardenal Antonelli, por mas que hayan dicho sus detractores, es en el Vaticano el Richelieu de la potestad pontificia.

Habia yo solicitado y obtenido el favor de ser admitido ante el Santo Padre en Pórtici. Esta residencia es hermosa sobre manera. Dirigíme allá una tarde hácia las siete; subí la magnífica escalera del palacio, y atravesé vastos salones. En todas las puertas habia guardias; en todas las salas oficiales. Las galerías estaban llenas de

camarlengos, caballerizos y prelados. El rey de Nápoles tenia rodeado al jefe de la Iglesia católica de todos los esplendores de la soberanía; y para poder subvenir mas largamente á los cuantiosos gastos de la corte de Pio IX, que pagaba de su bolsillo particular, cercenaba los suyos propios.

Un descendiente de los Borromeos, prelado jóven, de noble figura al par que de talento distinguido, me introdujo á la presencia del papa. Su Santidad estaba sentado junto á una mesa donde escribia. Su gabinete tenia poca luz; y su blanca vestidura resaltaba con cierta vaguedad misteriosa de entre las sombras que le rodeaban.

Al verle, eché una rodilla en tierra, segun costumbre; el Santo Pontífice me alargó la mano que llevé á mis labios, y levantando hácia él mis ojos, me chocó la serenidad de sus facciones. Su calma y su sonrisa, bien que impregnadas de tristeza, tenian algo de evangélico. Veíase, que si padecia en las pruebas que le enviaba la Providencia, era por los suyos y no por sí. Colocado en las altas esferas de la religion, desde donde se dominan las adversidades, no tiene lágrimas en sus párpados, sino cuando mira á sus pies; álcese su vista, y resplandece.

Ay! Pio IX es de esas almas apostólicas que no pueden engañarse sobre las cosas de la eternidad, pero sí en punto á las de la vida. Forma parte de esas altas y piadosas naturalezas, para

quienes el mundo está fuera del mundo. Esta triste tierra, que los juzga mal, no es la verdadera patria de los que los juzgan bien.

Pio IX iba á dejar á Pórtici para volver á Roma, y el rey de las dos Sicilias debia acompañar á Su Santidad hasta la frontera de sus Estados.

Por aquella misma época se dirigia el conde de Trápani á Florencia, para casarse en esta ciudad con la hija del gran duque de Toscana. La honra de acompañar al príncipe en su viaje me estaba á mí reservada.

Con este motivo, el 6 de abril muy de mañana me embarqué en el *Stromboli*, á fin de reunirme en Gaeta con el conde, que habia partido la víspera con el Sumo Pontífice por el camino real de Cápua.

Llegamos á medio dia; la ciudad y el puerto estaban á la sazon en todo el alborozo de una santa solemnidad; el recibimiento hecho á Pio IX era de los mas brillantes. En el momento que entrábamos en el pequeño golfo de tan famosa ciudad, estaba el papa, de sotana blanca, en el balcon de su residencia, que adornado con ricas colgaduras, dominaba al pueblo y al mar.

Magnífico era aquel golpe de vista: el mar estaba cubierto de barcas; tocaban á vuelo las campa-

nas. Calles, muelles, buques, ventanas y terrados estaban todos llenos de gente colmada de alegría; y en el instante mismo en que el papa estendió la mano sobre aquella muchedumbre; en la playa, en los buques, en las ventanas, en los terrados, en las calles, todos se postraron humildemente de rodillas; y verdaderamente que en nuestros dias de discordia é irreligion, aquella blanca y serena figura del papa, que como representante del Señor dominaba allí juntamente el mar, la tierra y los hombres, para pacificarlos y bendecirlos, tuvo algo de maravilloso y sorprendente. Muchos gritos resonaban en la playa; pero aquellos gritos se estinguian en cierto modo á los piés del Santo Pontífice, que teniendo arrodillados en su presencia á los piadosos habitantes de la provincia, parecia estar concediéndoles el perdon de todas las demostraciones turbulentas.

Ay! Pio IX tenia bien presente en su espíritu todas aquellas escandalosas fiestas de Roma, donde por entre las nubes de un incienso revolucionario le iban empujando hácia el abismo.

Allí observé el delicado instinto de las poblaciones, que no atreviéndose á gritar «*Viva Pio IX*!» por no recordarle sediciosas aclamaciones, gritaban: «*Viva el Papa*!»

El rey de Nápoles, lleno siempre de abnegacion y generosidad, continuaba allí dando muestras de su admirable afecto. Oscureciéndose enteramente cerca del Santo Padre, parecia no ser

allí sino el primer súbdito del soberano de la ciudad eterna, ni haber allí venido con otro objeto que el de inclinar las grandezas de la monarquía ante la supremacía de la religion.

El Papa habia comido en Gaeta, y le vimos subir de nuevo en su carruaje.

Iba solo, en lo interior de su gran berlina tirada de seis caballos. El rey iba sentado en la delantera con su hijo el príncipe hereditario, y no se mostraba á su pueblo por no distraer su atencion del soberano Pontífice de Roma.

Estuve á ver la casa que Fernando cupaba en Gaeta durante la permanencia de Pio IX; y me encontré con una humilde habitacion que solo tenia tres ventanas de frente. El rey no podia estar peor alojado.

El conde de Trápani se habia despedido ya del Papa; con lo que volvimos á subir en el *Stromboli*, y partimos para Florencia.

La travesía fué magnífica: pasamos por delante de la isla de Elba; y al contemplar sus playas, no pude menos de pensar en las agitaciones que habian devorado allí el corazon de aquel brillante señor del mundo, á quien aguardaba la espantosa roca de Santa Elena.

El dia siguiente como á las tres de la tarde, llegamos á Liorna. Los periódicos facciosos del pais habian anunciado que el príncipe seria muy mal recibido en esta ciudad; pero un espectáculo admirable vino por el contrario á llamar nuestra

atencion. Todos los buques del puerto de Liorna se veian empavesados y como en trage de fiesta; el mar estaba lleno de esquifes, barcas, navecillas y buques grandes y pequeños atestados de gentes, que corrian á recibir al príncipe.

Habíase dispuesto para el futuro esposo de la princesa de Toscana una soberbia góndola aforrada de telas carmesíes y con bordados de oro. Veinte marineros, elegantemente vestidos, la hacian vogar á fuerza de remo.

Las autoridades civiles y militares vinieron á saludar al conde de Trápani á bordo de su buque. Resonó el cañon; oyóse una brillante música militar, y poco despues, montados en la góndola del gran duque, entramos en el puerto de Liorna.

Los cañonazos de la fiesta, las tocatas militares y las aclamaciones del pueblo no cesaron un instante. Aquello era maravilloso, y todos los corazones estaban conmovidos. No era esto, en verdad, lo que habian esperado los demagogos de Liorna.

Tomamos el camino de hierro, y á la caida de la tarde llegamos á Florencia.

El gran duque de Toscana habia salido personalmente á recibir á su futuro yerno. Seguíanle muchos carruajes; y escoltados de numeroses picadores á caballo y con hachones, llegamos al palacio Pitti.

Presentado allí al gran duque y á su augusta familia, ví entre ella á la jóven prometida, que

parecióme graciosa y linda: no tiene todavia mas que diez y seis años; su fisonomía es por estremo hechicera, y en su frente resplandece una confianza apacible.

El conde de Trápani tiene de edad 25 años y una presencia tan noble como elegante; sus facciones respiran bondad, y su corazon corresponde á sus facciones. La princesa y él se dan un aire, y ambos parecen hechos el uno para el otro.

El 10 de abril, poco antes de mediodia, el estampido del cañon, anunciaba á la ciudad de Florencia la gran solemnidad del matrimonio. Yo me hallaba en el coro de la catedral, á corta distancia de los novios, y sentí vivas emociones.

La catedral es un monumento admirable; su arquitectura, sencilla al par que grandiosa. Habian querido iluminar el interior de tan vasto edificio, y desde lo alto de aquellas bóvedas resplandecian centenares de arañas y miles de bujías; pero aquellas masas de luces, perdidas en un espacio inmenso, no despedian sino vagas y misteriosas claridades. Habia alguna oscuridad en aquella elevada nave, que se presentaba sembrada de estrellas, como una noche refulgente: era en fin, una aurora velada, un crepúsculo luminoso.

En las calles que conducian á la catedral estaban adornados los balcones con ricas colgaduras, y los rostros que en ellos se veían, demostraban la alegria de los corazones. No parecia sino que se

hallaba uno en aquellos hermosos tiempos de la monarquía, en que los reyes contaban con sus pueblos, y en que los pueblos amaban á sus reyes, formando todos una misma familia.

Resonaba el cañon; oíase una música armoniosa, y la comitiva real se dirigia á la iglesia. Componíase el cortejo de 24 coches, tirados cada uno de seis caballos, y que por su pompa y esplendor recordaban los del gran siglo de Luis XIV. Los arneses de los caballos eran de tafilete encarnado con chapas de oro, y las libreas de la servidumbre por estremo preciosas.

El gran duque, la gran duquesa y los augustos esposos entraron en la catedral seguidos de los ministros, los altos empleados de palacio, los generales, gentiles hombres, caballerizos, pages, damas de la córte etc., etc., y todos de gran gala.

No se veían sino uniformes en que resplandecian el oro y la plata, trages cubiertos de pedrería, púrpura, armiño y diamantes; con todo lo cual, los ojos se deslumbraban.

En medio de tales magnificencias, aparecian las dos graciosas figuras de los novios. La princesa, ceñida la frente con una preciosa corona de diamantes, llevaba un manto de brocado de plata en estremo notable; pero al mirarla se fijaba poco la atencion en su trage, porque la absorvia su presencia angelical, que en medio de las orgullosas pompas de la tierra parecia en su sencillez una dulce vision del cielo.

El príncipe vestia uniforme de general. Presidia á la ceremonia el órden mas perfecto; era una solemnidad verdaderamente regia, propia de los siglos pasados.

Sin embargo, la gran duquesa tenia lágrimas á menudo en los ojos, porque su hija iba á separarse en breve de su lado, y no por ser soberana, dejaba de ser madre...

Ah! hoy mas que nunca, no son las dignidades y esplendores las que impiden llorar: al contrario!

S. A. R. la duquesa de Berry, que se hallaba en Florencia en las fiestas del casamiento de su jóven hermano, volvió con él á Nápoles en el *Stramboli*; y esta fué otra dicha para mi.

El rey Fernando II recibió en su capital con una cordialidad llena de magnificencia, á la madre de Enrique V, la cual permaneció allí algunos meses.

Yo recorrí muchas partes del reino; pero como habia ido á escribir la historia de las revoluciones de Italia y no á describir sitios pintorescos, buscaba noticias políticas y no curiosos paisajes.

Dejé á Nápoles en agosto, causándome esto un gran pesar. El que ha conocido esta ciudad, no acierta á dejarla, y si lo hace, nunca se conforma con la idea de no volverla á ver.

Poco despues llegué á Roma. Aquí ¡cuántas descripciones pudiera yo hacer! ¡qué de maravillas pintar!... Pero así en Roma como en Nápoles, Palermo, Florencia, Parma, Venecia, Pavía, Milan, Génova, el Piamonte y en todas las grandes ciudades de la Península que sucesivamente he recorrido, dejaba á un lado la lira del poeta, no queriendo sino la pluma del historiador.

Visité sucesivamente cada uno de los teatros en que habian ocurrido los acontecimientos políticos mas dignos de notarse. Las cancillerías de todos los Estados me franquearon sus archivos, donde recogí los documentos mas auténticos. Comunicáronseme biografías ocultas hasta ahora, y recibí las mas íntimas confidencias.

Ví á Bolonia, patria de los famosos pintores el Guido, el Dominicano, el Albano y los tres Carrachos; eché una rápida ojeada á sus dos altas torres, una de las cuales recuerda la torre inclinada de Pisa, y tomé la vuelta de Módena, ciudad célebre en la historia, por haberle dado asilo á Bruto despues del asesinato de César. Desde allí me dirigí á Parma.

Mandaba en esta ciudad el general Crotti, esforzado veterano de los ejércitos de Napoleon y oficial de la legion de honor. Se habia distinguido durante la revolucion italiana por su fidelidad á sus príncipes, y vino á buscarme á mi alojamiento, para llevarme al *Casino de los bosques*, deliciosa morada de la duquesa de Parma. Aguar-

daba allí S. A. R., y tuve el placer de pasar con ella algunos dias.

Fuí luego á examinar atentamente las famosas plazas fuertes que tanto papel hicieron en la guerra de la independencia; á saber, Mantua, Verona, Peschiera, Vicenza, Padua, Cremona, etc., y llegué por fin á Venecia.

¡*Venecia*! ¿Cómo le negaré yo á mi pluma una palabra descriptiva sobre la ciudad de los cuatrocientos canales, ciudad única en esta tierra?... ¿Cómo olvidar las pasadas glorias de esa gran reina de las aguas? El estandarte del leon de San Márcos ¿no habia ondeado triunfante en 1204 sobre los muros de Bizancio?... Al nombre solo de Venecia, y como saludando á la irresistible conquistadora, ¿no habia dejado el Oriente todas las maravillas de las artes, para coronarla con sus inmortalidades?

La gran república anti-democrática de los doges, en que el poder patricio lo era todo y el pueblo nada, ¿no habia humillado en su presencia á las naciones mas altivas? ¿no habia poseido *el tridente de Neptuno*, que en un verso célebre se apellida *el cetro del mundo*?...

¡Con qué interés recorrí esta ciudad maravillosa, morada del placer! «*La plaza de San Márcos*, decia Napoleon, *es un salon al que solo el cielo es digno de servir de bóveda.*» Pero ¡ay! Venecia no es ya la capital espléndida del

Adriático; el último sitio, en que el valor de sus habitantes, prescindiendo de todo, es preciso confesar que aun la ha ilustrado, ha descargado sobre ella nuevos golpes. El leon de San Márcos ha replegado sus alas, y Venecia no es ya sino la *Palmyra de los mares.* No importa; protegida por sus inmortales recuerdos y sus admirables monumentos, Venecia es siempre la misma poesía, en medio de sus brillantes ruinas, en que todo es aun mármol y oro, cielo y agua, cantos y prestigio, góndolas y amor.

Permanecí algun tiempo en esta aristocrática ciudad, donde Manini habia creido poder fundar en nuestros dias una república democrática; y volví á partir para Milan, de donde regresé á Francia por el lago Mayor, las islas Borroméas y el Simplon. Mi tarea estaba rematada.

Aquí debo declarar que donde quiera he encontrado ayuda y apoyo en mis investigaciones. «*La verdad!... la verdad!*» me repetian todos los partidos, y escuché á unos y á otros, y estudié cada opinion.

Nunca me he ceñido al testimonio de una *sola* persona, ni á las páginas de un *solo* documento, sino que sobre cada hecho he oido multitud de

pareceres y consultado muchos escritos diferentes. He reunido inmensos materiales; he prestado oidos á millares de relaciones; he consultado á testigos y jueces. Despues, he preguntado á mi conciencia; y remitiéndome á los fallos de la opinion pública sobre muchos acontecimientos y muchos hombres,

« He visto, he oido y escrito. »



LA ITALIA ROJA.

PRIMERA PARTE.

Revolucion de Roma y la Alta Italia.

He visto, he oido y escrito.

CAPITULO PRIMERO.

La Francia.—La Suiza.—Las sociedades secretas.—Mazzini, Gioberti y Rossi.—Vida y muerte de Gregorio XVI.

El año de 1815 habia visto caer al gigante de las batallas, y la Francia descansaba al cabo de sus largas agitaciones bajo el cetro paternal de los herederos de San Luis. La Francia no podia haber olvidado que á sus reyes legítimos les debia su estension, su poderío y su gloria. Recordaba que Felipe Augusto le habia adquirido la Normandía, el Anjou, el Maine, la Turena, el Poitou, el Vermandés y los condados de Avreux y Alenzon. Sabia que Felipe el Atrevido la habia enriquecido con el Languedoc; Felipe el Hermoso asegurádolo á Lion por medio de un tratado, y la Champaña, asi como la Brie, por medio de un matrimonio.

No podia ignorar que Felipe de Valois le habia dado el Delfinado; Carlos V, la Saintonge y el Lemosin; Carlos VII, la Guyena y el Perigord; Luis XI, la Provenza; Luis XII, la Bretaña; Enrique IV, el Bearn y la Navarra; Luis XIV, el Rosellon, la Flandes, la Alsacia, el Artois, el Franco-Condado y el Nivernais; Luis XV, la Córcega, el ducado de Bar y la Lorena; y Carlos X, en fin, la Argelia. Recuerdos semejantes ¿hubieran podido borrarse fácilmente?

El hermoso reino de los Borbones ¿no habia sido hecho y creado por los Borbones, pieza á pieza, y de siglo en siglo? La gratitud pública ¿no debia estar vinculada para siempre, de generacion en generacion, en esa larga línea de soberanos, que con la corona en la cabeza y la espada en la mano habian enaltecido tanto el nombre de la Francia?.. ¡Oh! si; porque el rey en la historia de la nacion era la sociedad misma personificada. El rey era la religion, la propiedad, el honor, la familia y la patria, representado todo por un jefe hereditario en quien estaban vinculados los destinos del mundo. Este sagrado principio del órden, atravesando las edades y construyendo en ellas el magnífico monumento de la monarquía francesa, la mas gloriosa entre todas, habia mudado de nombre muchas veces; pero á despecho de las revoluciones, ese genio prepotente y misterioso, no habia podido pasar ni perecer: debia subsistir grande, inmutable, inmortal; se llamaba *«el rey de Francia.»*

La Europa respiraba en paz. Napoleon desde la roca de su destierro habia visto apagarse los últimos incendios de la guerra; y la prosperidad renacia en todas partes con el regreso á los principios de la justicia y del derecho: pero entretanto, un nuevo órden de cosas se levantaba en el horizonte político; un hecho inmenso se producia y comenzaba á fascinar las inteligencias. Era, bajo el nombre de *gobierno representativo*, el trastorno de las antiguas leyes mo-

nárquicas; era la organizacion de un sistema nuevo que debia repartir el poder entre la corona y las masas, lo cual, al decir de *Proudhon*, «era cierta cosa como la cuadratura del círculo, el movimiento perpétuo y la piedra filosofal (1).»

La Inglaterra se habia dado una Constitucion con la mira de avigorar su aristocracia; mas la Francia habia promulgado otra para acabar de destruir la suya. Acostumbrados á modelarse por Paris, todos los pueblos quisieron un gobierno representativo á la francesa. La nueva Carta abria libre paso á las ideas democráticas que Napoleon en su reinado se habia esforzado en sofocar para tranquilidad de las naciones: alzóse de uno á otro cabo del mundo un clamoreo general de: "*Cartas*! *Constituciones*!" La propaganda de los novadores tuvo un éxito inaudito. El movimiento no debia ya detenerse: la fiebre fué europea.

Los hombres de la fé nueva se titularon *liberales*: pero sus deseos y esperanzas ¿eran realmente mejorar la suerte de las naciones?...... ¡Ay! los principales caudillos del partido democrático, ambiciosos enemigos de los esplendores ajenos, solo maquinaban la destruccion de un órden social en que ellos no figuraban, para llegar á tener siquiera ruinas en que dominar.

¿Qué les importaba realmente la ventura del pueblo y del pais? Lo que necesitaban, ante todo, era el medio de apoderarse esclusivamente de honores y la fortuna, rompiendo todos los obstáculos. La forma constitucional era para ellos el *plano inclinado* que haria bajar poco á poco de su alta y brillante esfera á la antigua autoridad suprema; que la despojaria gradualmente de su aureola y prestigio; que comenzaria una nivelacion que tambien á ella le alcanzaria; y por último, que despues de trascurrido cierto tiempo, tras-

(1) *Confessions d' un revolutionaire*, pág. 289.

formando las *monarquías* en *repúblicas*, precipitaria inevitablemente al realismo, mas tarde ó mas temprano, desde el capitolio á las gemonias.

La historia va á suministrarnos la prueba de ello.

Constituida la Helvecia en pais neutral en virtud del pacto suizo de 1815, reuniéronse allí todas esas hordas de aventureros de quienes se sirven los jefes de las revoluciones para bambolear los tronos, y á quienes rechazan con desprecio, tan pronto come escalan el poder.

Allí estuvo el cuartel de refugio de todos los intrigantes que no tenian casa ni hogar, de todos los abogados sin pleitos, de todos los médicos sin enfermos, de todos los profesores sin alumnos, de todos los deudores en quiebra perseguidos por sus acreedores, de todos los requeridos en la justicia, escapados del castigo vengador, y de todos los refugiados políticos que habian huido de su patria, despues de haber intentado trastornarla. Allí, en fin, estuvo el puerto franco de todas las teorías humanitarias, el punto céntrico donde todas las insurrecciones fueron á pedir su contraseña, y el hogar comun de que salieron todos los tizones revolucionarios que debian incendiar la Europa.

Uno de los primeros que organizaron en Italia *sociedades secretas*, fué el famoso poeta Byron. Toda doctrina que podia ofrecerle medio de acrecentar su nombradía, todo acaecimiento que mudando la faz del mundo podia abrirle nuevas vias, halaga la imaginacion de este hombre escéptico y ateo. Instalado en Rávena, comenzó desde allí á combatir juntamente al poder monárquico y al religioso: pues aborrecia al Papa, á esa gran pirámide de la Iglesia católica, contra la cual el mismo Napoleon se habia estrellado en medio de su gloria. A la voz del genio inglés, Ferrara, Bolonia,

Rávena y Forti no tardaron en poblarse de los pretendidos apóstoles de la regeneracion europea.

Los *jueces-francos* pertenecian ya á la historia, y los *fracmasones* iban de caida, cuando aparecieron los *carbonarios* (1).

Constituidas en términos que nunca pudiera revelarse su existencia, y ligadas entre sí con espantosos juramentos, estas *sociedades secretas*, agregadas para el crímen, declararon una guerra de esterminio, no tan solo á los tronos y á los altares, sino tambien á todo el órden social. Formaron tribunales invisibles, en que decretaban sin piedad la muerte de todo individuo que les hacia sombra. Una vez admitido en estas guaridas de depravacion, todo iniciado se despojaba de su personalidad; no tenia ya ni patria ni familia; pertenecia á sus señores; y como si estuviese soldado á la inteligencia de ellos, debia á la menor señal, obedecerles ciegamente con el puñal en la mano: en una palabra, era de ellos en cuerpo y alma.

La horrible catástrofe de 1830, consagrando el derecho de las insurrecciones, vino á comunicarles nueva fuerza. Luis Felipe habia tomado de encima de una cuna, el cetro que solo hubiera podido tomar legítimamente de encima de un ataud, y todas las sociedades secretas le aplaudieron con frenesí; porque sabian muy bien que con restablecer un dosel de púrpura sobre montones de ruinas públicas, no se hace una monarquía. Pensaban, y con razon, que quien pone una corona en la frente del usurpador, autoriza así á otro

(1) El primer escritor francés que descubrió estas sociedades, fué Mr. de Marchangy. Los liberales de entonces pretestaron, que las páginas de su famoso folleto solo contenian sueños de poeta.

para que se la rompa en la cabeza; y por eso mas envalentonados que nunca los inovadores victoriosos, se pusieron en sus clandestinos arsenales á limpiar con nueva energía las armas de la destruccion.

Estos niveladores incansables y envenenadores del linage humano, les prometian á los pueblos la edad de oro, y no hablaban sino de justicia, independencia y fraternidad; mas bajo estas palabras engañosas, se predicaba la desobediencia á las leyes y el llamamiento á las sediciones. Lo mismo ha sucedido siempre: los sectarios de 1793, sus herederos de 1830, y sus discípulos de 1848, ¿no han hablado todos del mismo modo y tenido el mismo fin? Apellidan amor de la patria al trastorno de la sociedad; la impiedad es su razon, y el crímen su virtud.

Al espantoso *pandemonio* de la Suiza acudieron todos los demonios de la anarquía, y hácia el año de 1834, estas potencias de la iniquidad, que querian abolir al rico y no abolir al pobre; que trataban de destruir la familia, el hogar, la propiedad y la religion para no poner en su lugar sino el aislamiento, la ruina y la nada; estos regeneradores salvajes que le decian al mismo Dios: «*retírate*!» eligieron para gran maestre á ***Mazzini***.

Este futuro triunviro de Roma, espulsado de Francia á consecuencia de tres asesinatos (1), pasó á instalarse en la Helvecia. Los ***carbonarios***, aconsejados de él, mudaron entonces de forma y de nombre. Tambien se agruparon á su rededor otras sectas denominadas: ***La alianza de los justos***, ***y el Proletariado ladron***.

(1) Este trágico suceso acaeció en el café de Rodas. Dos italianos, Emiliani y Lazzareschi, y la esposa de uno de ellos, cayeron allí muertos á puñaladas. Mazzini y la Cecilia habian presidido al tribunal secreto en que fueron condenados aquellos infelices. (Cretineau Joly, *Histoire du Sonderbund*, tom. I, página 124.

Pero no le bastaba al gran maestre revolucionar una nacion, sino que le era preciso trastornarlas todas. Creóse *la jóven Alemania, la jóven Suiza, la jóven Polonia, la jóven España, y la jóven Europa.*

Las sociedades secretas se propagaron de uno á otro confin del mundo, y entablaron mútuas correspondencias. La Francia tuvo la *sociedad de las Estaciones, la sociedad de las Familias, los Amigos del pueblo y los Derechos del hombre.*

Mazzini presidia al conjunto.

Este Moisés del espíritu del mal habia elegido á Ginebra para su Sinai: desde allí, promulgando sus *tablas de la ley*, hacia retumbar á lo lejos sus truenos. Allí se le llegaron sucesivamente muchos revolucionarios oscuros á la sazon, que debian adquirir mas adelante tan triste celebridad; tales como los *Sterbinis*, los *Galettis*, los *Ricciardis*, los *Ramorinos*, los *Romeos* y otros. Hallábanse allí tambien Weinting, oficial de sastre, cuyo nombre habia de resonar en Roma horriblemente, Simon Schmit, el curtidor, Augusto Beker, y el viejo Albrecht, que se decia inspirado.

El evangelio de estos regeneradores eran «*Las palabras de un Creyente*», y todos aprendian de memoria este pasaje de Lamartine:

«Removerán la sociedad, hasta que el odioso individualismo ceda su puesto al socialismo... La caridad es el socialismo.» (*Viaje á Oriente*, tom. 4, página 330).

Allí tambien apareció Gioberti (1).

Ningun demócrata ejerció nunca mayor imperio que él sobre sus conciudadanos. Imitando á Arnaldo de Brescia, incensó los vicios del pueblo, y se constituyó su panegirista. Como sus discursos y escritos entusiasmaban á los liberales, fué preso y desterrado.

(1) El presbítero Vicente Gioberti nació en Turin á principios del siglo.

Este ambicioso abate, tersita de las malas pasiones, aspiraba al supremo pontificado de ellos. Bien que fuese ardiente carbonario, no por eso dejaba de menospreciar á *la jóven Italia*; porque siendo Mazzini su competidor en fama, le era un rival odioso. Refugióse en Lausana, porque en Ginebra se gritaba ya: *fuera Dios* (1). Straus seguia en correspondencia con él.

Straus con su nuevo dogma, en que se declaraba que Jesucristo no era mas que un myto, y la Biblia una novela vieja, formaba parte de las sociedades secretas de Alemania. Straus predicaba entonces el ateismo.

Hacia mucho tiempo que residia allí otra celebridad no menor: era Pelegrino Rossi.

Este hombre, natural de Carrara, cuya vida aventurera no fué mas que una larga escursion en busca de la fortuna, habia comenzado en tiempo de Murat por ser individuo del *gobierno provisional* de Bolonia, cuando Joaquin quiso apoderarse de Italia. Derrotado su patrono, se dió á la fuga; y cuando la alta dieta suiza le encargó que revisara el pacto federal de 1815, presentó un informe en que el radicalismo tocaba á sus últimos límites, y en que se aconsejaba finalmente la destruccion del gobierno federal.

Este carbonario, mal visto de Mazzini, que no debia tardar en ser impopular, era el hombre de las *nacionalidades*; porque habiendo sucesivamente sido napolitano en Calabria, suizo en Ginebra, francés en París, toscano en la primera asamblea de Florencia, romano en los Salones del Vaticano, bien podia llamarse el *endondeismo* personificado. Ciudadano ambulante de todos los paises, habia adoptado un nuevo género de patria, que no estaba aun inscrito en ningun mapa geográfico: la patria del salario, los honores y los minis-

(1) Gritábase allí igualmente *«abajo los que tienen criados!»* Fué tambien á establecerse en Bélgica.

terios. En cuanto á sus convicciones políticas, variaban con arreglo á las circunstancias, y aunque republicano en los clubs de los demócratas, era realista en la cámara de los pares.

Las sociedades secretas eran en su principio poco poderosas; pero en Suiza y en Italia, así como en Alemania y en Francia, suplian lo escaso de su fuerza con la audacia y la mentira; de suerte que los crédulos á quienes engañaban, se figuraron como incomensurables Titanes á algunos ridículos Lilipucianos. Los carbonarios, que segun ellos decian, estaban *en todas partes y en ninguna*, no tadaron en hacerse formidables á favor de los misteriosos terrores que sabian esparcir en su rededor; y sin embargo, antes de julio de 1830, la enumeracion de sus famosos ejércitos solo hubiera inspirado lástima, si se hubiera sabido exactamente lo que era semejante fantasmagoría.

Mas presididas por Mazzini, las sociedades secretas progresaron á mas andar. Este jefe de *la jóven Italia* instituyó clubs en todos los paises, para atizar el fuego de la rebelion y seguir por entre escombros y sangre el delirio de la república universal. Llamó cerca de sí á todos los aventureros polacos, judios errantes de la rebelion, y á todos los barricadores parisienses, esbirros consagrados al servicio de las perturbaciones sociales; y les encargó la desmoralizacion de Europa. Organizó, en fin, *cuerpos francos ó condottieri*, especie de *malandrines* y de guías encargados de la propaganda de las ideas democráticas; *scides* á quienes ponia en movimiento por medio de un hilo invisible, y hacia marchar en todas direcciones, trabajando á hierro y fuego en la emancipacion de los pueblos y la redencion de la humanidad (1).

(1) Ramorino era uno de los capitanes de esos cuerpos francos. Mazzini le envió á tentar una espedicion contra Saboya, que fué tan deplorable como ridícula.

Asi apuntaba el comunismo; el socialismo venia enseguida.

En Friburgo se fechó el primer boletin revolucionario, triste y funesto eco de la victoria de julio, que empezó la série de los desastres de Europa.

«—Vamos á derrocar las monarquías, escribia Armando Carrel á Anselmo Petetin en 1834.—«Mas luego que esa »lucha se haya rematado, tendremos que sostener inmedia»tamente otra contra esta multitud de imbéciles furiosos que »hay en nuestras filas (1).»

«—No sois sino unos embusteros é hipócritas, les decia mas tarde Proudhon á sus hermanos y amigos.—«Vuestras »doctrinas son tan repugnantes como ridículas (2).»

«Ciudadano *Luis Blanc*! sois un *catapasteles-políticos*, »nada mas. Ciudadano *Pedro Leroux*! no sois sino un *maltusiano*, *ecléctico*, *liberal*, *ateo* y *propietario*. Cuando uno de »vosotros dice: MATA! responde el otro: ACOGOTA! (3).»

Oigamos ahora á Mazzini, jefe de una religion nueva. Sus planes y su fin están escritos en una especie de catecismo: con que dejemos al oráculo que hable.

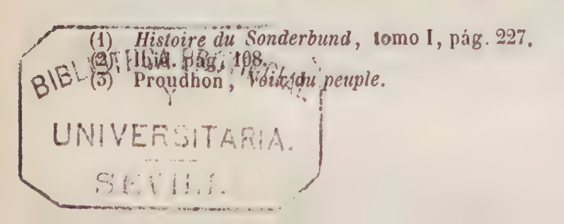
INSTRUCCIONES Y MEDIOS.

«La regeneracion debe hacerse en los grandes paises como la Francia por medio del pueblo; en los otros, seña»ladamente en Italia, por medio de los príncipes.

«El *Papa* entrará en la via de las reformas por la *nece»sidad*; el *rey del Piamonte*, por la idea de *la corona de »Italia;* el *gran duque de Toscana*, por inclinacion, debi»lidad é imitacion; el *rey de Nápoles*, por fuerza.

«Los pueblos que hubieren obtenido constituciones, y

(1) *Histoire du Sonderbund*, tomo I, pág. 227.
(2) Ibid. pág. 108.
(3) Proudhon, *Voix du peuple*.



»adquirido por este medio el derecho de ser exigentes, po-»drán hablar en alta voz y disponer la insurreccion.

«Los que estuvieren todavia bajo el yugo de sus princi-»pes, deberán manifestar sus necesidades *cantando*, para »no espantar ni desagradar demasiado.

«Aprovechaos de la menor concesion para reunir y remo-»ver las masas so pretesto de gratitud. Las fiestas, los himnos »y las reuniones tumultuosas darán impulso á las ideas, y »haciendo al pueblo exigente, le harán apreciar su fuer-»za (1).»

ORGANIZACION DE LA JOVEN ITALIA.

«Artículo 1.° Esta sociedad se ha constituido para des-»truir indispensablemente todos los gobiernos de la penín-»sula, y formar un solo Estado de toda Italia bajo la forma »republicana.

«Art. 2.° Habiendo reconocido los horribles males del »poder absoluto, y *los todavia mayores de las monarquías »constitucionales*, debemos trabajar en la formacion de una »república única é indivisible.

. . . .

«Art. 30. Los que no obedecieren las órdenes de la so-»ciedad secreta, ó revelaren sus misterios, morirán irremi-»siblemente á puñaladas. A igual pena quedan sujetos los »traidores.

«Art. 31. El tribunal secreto pronunciará la sentencia y »designará uno ó dos afiliados que la ejecuten sin dilacion.

«Art. 32. El que se negare á ejecutar la sentencia, será »considerado como perjuro, y como tal, muerto inconti-»nentemente.

(1) *Delle presenti condizioni d' Italia*, por el duque de Ventognano, pág. 13 y sig.

«Art. 33. Si la víctima se escapare, será perseguida sin »descanso por todas partes; y el culpable recibirá el golpe »de una mano invisible, aunque estuviere en el regazo de »su madre ó en el tabernáculo de Cristo.

«Art. 34. Cada tribunal secreto será competente, no solo »para juzgar á los adeptos culpables, sino para hacer morir »á todo aquel á quien hubiere anatematizado.

. . . .

«Art. 39. Los oficiales llevarán una daga de forma anti»gua; los sargentos y soldados tendrán fusiles y bayonetas, »mas un puñal de un pié de largo, atado á la cintura, y »sobre el cual prestarán juramento, etc. etc. (1).»

Firmado, MAZZINI.

. . . .

Y toda esta organizacion se llevó á cabo, y todas estas instrucciones se cumplieron. Vamos á ver su resultado.

La Italia entera se halló envuelta en una red de traiciones y maldades; los asesinatos políticos se ejecutaron en diversas partes: el director de la policía en Módena, el prefecto de policía de Nápoles, el legado de Rávena, Lessing de Zurich, los generales de La Tour, de Auwers Wald, de Lemberg y de Lignewski; mas adelante el conde Rossi y otros muchos menos conocidos, serán condenados á muerte y heridos por las misteriosas asambleas. Las revoluciones están en pujanza.

El contagio progresa con rapidez. Muchos cantones suizos, donde aun viven los nobles descendientes de Guillermo Tell, Mechtal, Furst y Arnold, levántanse indignados contra las *escuálidas sombras* de Robespierre y Saint-Just. *Josef Leu* se atrevió á combatirlas con voz vigorosa y pura; pero

(1) *Piccola Cronaca, o episodi della storia contemporanea*, par M. Benedetto Cautalupo. Naples, 1849 y 1850, pág. 117, 123, 125.

héroe y mártir, cayó bajo el puñal de los carbonarios: atacaba á la iniquidad, y se habia hecho merecedor de su venganza (1).

Los asesinatos se suceden (2); tras del puñal, el veneno; que todos los medios son buenos para el crímen. Muchos homicidas son presos, juzgados y castigados (3); pero con esto lo que hace es crecer la audacia de los reformadores, que reproduciendo antiguos usos, llaman *santos* y *mártires* á los bandidos y asesinos. Los albañales revolucionarios exhalan siempre las mismas miasmas, y tienen siempre los mismos cienos.

A consecuencia de los desastres de 1830, habian salido agentes insurreccionales de París, ayudados por los comités suizos, con objeto de activar en Italia el movimiento revolucionario. Módena primero, y poco despues Bolonia, enarbolan la bandera de la rebelion. Roma va á seguir su ejemplo.

Gregorio XVI era Papa á la sazon.

¡Qué de traiciones en su reinado! ¡Qué de conspiraciones y revueltas!... Todos los reyes de la tierra habian retrocedido entonces ante los parapetos de julio, y todos con oido desatento escuchaban tranquilamente el ruido sordo y continuo del martillo destructor, que amenazando demoler sus tronos, minaba en sus cimientos al edificio social.

(1) Fué asesinado en su casa de un pistoletazo por un tal Muller.

(2) Hubo una serie de tentativas de asesinato contra los legados. Dispararon un pistoletazo al carruaje de Rivarola, que hirió gravemente á su secretario. Una tarde en la plaza pública de Bayona un sacerdote recibió 40 tiros, porque se le reputaba confidente del legado.

(3) Targhini, sobrino de un criado del Papa, y Montanari, cirujano, fueron ajusticiados por asesinatos políticos.

Apenas elegido Gregorio XVI, estallaba en Roma una conspiracion espantosa. Un pistoletazo, disparado en la plaza Colonna, debia ser la señal de una vasta sublevacion. La vigilancia de Benetti, secretario de Estado, desbarató la trama; pero esto no fué sino aplazar la partida (1).

Bolonia era el centro de las pasiones anárquicas: la familia Bonaparte propuso allí la deposicion de Gregorio XVI. «*El papado no es cosa de nuestro siglo*» escribia entonces Luis Napoleon, hermano del presidente de la república francesa; y las Romañas proclamaron la destitucion del Santo Pontífice.

En el mismo año de 1831, María Luisa era espulsada de sus Estados por los *carbonarios*, que proclamaban tambien su destronamiento y formaban en Parma un gobierno provisional. Su triunfo solo duró veinte dias, y María Luisa, auxiliada por el Austria, volvió á entrar triunfante en su capital.

Entre los que se habian sublevado contra el Papa, distinguióse muy particularmente Luis Napoleon, que combatió personalmente en *Terni*, y murió mas adelante en *Forli*. Los rebeldes eran muchos, y estaban bien armados. Contábanse 400 en Spoleto, donde quisieron retener en rehenes al arzobispo Mastai (Pio IX), que logró escaparse de sus manos, merced á su piadosa elocuencia. El Santo Padre envió contra ellos tropas que los derrotaron (2).

(1) A consecuencia de esta trama, Gregorio XVI mandó salir inmediatamente de Roma á todos los estranjeros, como no justificaran sus motivos de residencia.

(2) Anteriormente las tropas pontificias habian entrado en

Esto no obstante, rehiciéronse fuertes los facciosos, que hasta entonces en todas partes habian sido vencidos por las tropas pontificias y austriacas, y alzaron de nuevo su frente amenazadora. Fórmanse en columnas movibles; matan al conde Bosdari, alcalde de Ancona, y cometen horrores de todas clases.

Piden con gritos desaforados la libertad de imprenta, y quieren la organizacion de una guardia nacional. Con plumas demagógicas y espadas revolucionarias, con tales elementos de disolucion, con tales palancas para batir continuamente en brecha al poder y al órden, saben que no hay gobierno posible: que esto no es sino la rebelion legalmente constituida, y la anarquía escavando impune los fundamentos de la sociedad.

El Santo Padre habia fulminado una escomunion contra los sediciosos: mas ¿qué les importaban los rayos del Vaticano, no creyendo ni en Dios ni en su ministro? Solo hubieran creido en los demonios... si se hubieran fiado de sí mismos.

Pídese una amnistía, que Gregorio XVI se niega de pronto á conceder; pero como sus numerosos enemigos tenian el apoyo de la Francia, tuvo por fin que darla, no sin borrar de la lista de los amnistiados á los principales jefes de la rebelion, tales como ***Mamiani***, ***Vicini***, ***Ferreti***, ***Orioli***, ***Sercognani***, ***Silvani***, ***Sterbini***, ***Luis Napoleon*** y otros muchos.

Entretanto la monarquía ciudadana de París habia cer-

Cesena á viva fuerza y á cañonazos; habíanse apoderado de Rieti, donde Sercognani habia tambien proclamado un gobierno provisional. Este faccioso solo resistió tres dias, y se fugó. Muchos años despues murió miserablemente en un hospicio de París.

cenado poco á poco sus afectuosas relaciones con los patriotas, y dado fin á sus simpatizaciones democráticas. Ya no cantaba la Marsellesa en los balcones de su palacio, y comenzaba á querer mas bien una alianza con los reyes de la tierra, que los *vivas* de los arrabaleros de París: temia por otra parte que en Italia, así como en Francia, llegase á tal pujanza el derecho de insurreccion, que fuera la única y soberana ley.

Así pues, negoció con las potencias estranjeras en lo tocante á la Santa Sede, y le remitió á Gregorio XVI un *memorandum*, en que se le prometia el auxilio de Francia é Inglaterra, con tal que reformase algun tanto su gobierno, procurando sobre todo secularizar la administracion.

El Santo Padre, si bien protestó contra semejante ataque á su soberanía temporal, aceptó no obstante algunas de las condiciones propuestas. Consintió en nombrar de cada tres jueces en materia civil y criminal, dos legos que trabajasen en el bienestar de la nacion, puestos de acuerdo con los legados (1): mas tarde promulgó un código civil, y al año siguiente otro criminal.

Estas medidas, que destruian abusos inveterados, eran de una utilidad manifiesta. Pero ¿eran por ventura mejoras y reformas lo que querian los discípulos de Mazzini? No: lo que necesitaban era honores, riquezas y que la autoridad mudase de lugar en provecho suyo. ¿Qué deseaban? Derribarlo todo, para apoderarse de todo; arruinarlo todo, para ellos enriquecerse. ¿Qué importa que el pais caiga envilecido, como ellos suban poderosos?

La revolucion, falta ya de pretesto para sacar la espada, esparce infames libelos; ataca con las armas del escarnio, no solo los derechos del poder, sino los dogmas de la religion;

(1) Hasta entonces no habia habido consejos provinciales.

añade la blasfemia á la impiedad; insulta juntamente al cetro y á la tiara; y ¡cosa tan deplorable como estraña en un siglo de civilizacion! ninguna potencia se levanta indignada para imponerle silencio; ninguna pluma enérgica viene á estigmatizarla con su indignacion. ¿Y por qué la Europa entera permanece muda? Ay! porque la Francia se calla.

Las sociedades secretas continuaban propagándose por toda Europa; y cuando la Santa Sede hubo obtenido que las tropas francesas y austriacas evacuaran los Estados pontificios, fué preciso crear tribunales estraordinarios para contener las sublevaciones de la jóven Italia. La espedicion de los Bandieras en Calabria estaba premeditada de antemano por los adeptos de Mazzini. En Forli, Fuenza y otros muchos pueblos de la Romaña estalló de nuevo la revolucion, siendo sus caudillos los mismos hombres á quien habia amnistiado el papa en 1831.

Rímini cae de improviso en poder de una horda sublevada; el primer cuidado de los rebeldes es saquear el tesoro público, y luego proclamar un gobierno provisional. Gizzi, legado en Forli, nada habia sabido, ni visto, ni previsto.

Rímini se habia figurado que todo el pais comarcano imitaria su ejemplo; pero no fué así, y tuvo precision de rendirse, cuando las tropas leales se presentaron ante sus muros. Los regimientos suizos, los voluntarios y los carabineros vencieron en todas partes á los rebeldes. Galetti fué preso, y Beltrami, Lobatelli y otros jefes, dados á la fuga, se retiraron á Francia y Toscana, refugios habituales de los anarquistas. Los planes se malograron, y la ciudad eterna triunfó.

«—Las naciones, decia entonces Mazzini suspirando, las

»naciones no están aun bastante maduras para emanciparse; habrán menester mas luces.»

Penetrado de esta idea el príncipe de Canino, el primogénito de las revoluciones romanas, pensó que era necesario reforzar las sociedades secretas, organizando abiertamente con el nombre de *Congreso científico* una vasta propaganda revolucionaria. Esta medida fué adoptada.

El congreso, al tenor de sus reglamentos, debia reunirse cada año, socolor de estudios literarios y científicos, en una de las grandes ciudades de Italia; cada una tendria alternativamente su vez, para que difundiéndose las luces en cada territorio, como un sol vivificante, hicieran madurar á cada pueblo. Las grandes bases de la regeneracion italiana eran las siguientes como preludio y como cebo:

1.ª *Prometer la Lombardía al Piamonte:* este era el sueño dorado de Carlos Alberto.

2.ª *Agrandar el Estado romano con todos los paises que le separan de Venecia*: esta esperanza era á própusito para seducir al gobierno pontificio.

3.ª *Ofrecer la Cerdeña al rey de Nápoles*: esto podia tentar á las Dos Sicilias.

El plan se puso hábilmente en egecucion. El *Congreso científico* dió principio á sus tareas, y enseñó públicamente, so pretesto de artes y de ciencias, las doctrinas de la jóven Italia. Turin, Génova, Florencia, Nápoles y otras grandes ciudades vieron llegar sucesivamente á los apóstoles de la nueva fé. Todas las puertas se les franquearon: solo Gregorio XVI tuvo valor para cerrarles las suyas, porque habia sabido comprender su objeto. . . . .

Preciso es hacerle justicia á Gregorio XVI. Solo, sin fuerzas ni apoyo, se resistió victoriosamente, en las circuns-

tancias mas críticas; á los fautores de rebeliones. Lejos de ser un tirano inclemente, perdonó mucho, demasiado quizás. Hásele echado en cara el no haber corregido ciertos abusos del gobierno pontificio, ni haber favorecido bastante el movimiento industrial de la época; mas ¿cómo introducir mejoras en la organizacion administrativa, ocuparse en las necesidades del comercio y trabajar en los progresos de las artes, allí, donde las facciones se agitan sin cesar, donde todo el órden social está en peligro cada dia? Pudo cometer faltas, no hay duda; pero supo reprimir los desórdenes, y permaneció firme en su trono.

Gregorio XVI murió el 1.° de junio de 1846.

Las sociedades secretas dieron por primera vez un grito de alegría: Mazzini, á quien Gioberti denunció mas adelante en sus escritos como el *mayor enemigo de la Italia* (1), veía rayar en aquel momento el alba de su futura gloria. Las revoluciones de Roma, Nápoles, Palermo, Florencia, Milan, Parma, Módena y Venecia iban sucesivamente á estallar. El gran movimiento de Italia se prepara: la anarquía va á ponerse en marcha, y sus pasos serán de gigante.

(1) *Vease*: *Ggli ultimi sessentanove giorni della republica in Roma.* Roma, pág. 152.



CAPITULO SEGUNDO.

Advenimiento de Pio IX.—La amnistía y las fiestas.—El conde Rossi.—La Consulta de Estado.—Tumultos y conspiraciones.—El abate Gioberti y el P. Ventura.—El Sunderbund y Cicero-Vacchio.—El 24 de febrero de 1848.

Juan Maria Mastai, de una familia noble de *Sinigaglia*, nació el 13 de mayo de 1792. Muchos de sus antepasados habíanse distinguido en la milicia y en el sacerdocio. Educado bajo la tutela de su tio el prelado Pablo Mastai, se aplicó por mucho tiempo al estudio de las ciencias abstractas, y vivió ignorado, hasta la edad en que entró en la carrera eclesiástica, empezando entonces á darse á conocer por sus conocimientos y virtudes. En 1823 fué enviado á Chile, en calidad de agregado al vicario apóstolico monseñor Juan Mazzi, y tenia á la sazon 31 años.

Llamado en seguida por Leon XII, fué nombrado superior del hospicio de San Miguel en Ripa, y despues, en 1827, tomó posesion de la silla arzobispal de Spoleto, donde permaneció hasta 1832, en que fué trasladado al obispado de Imola. En 1840, fué nombrado cardenal; y el 16 de junio de 1846, proclamado papa.

Pero antes de la decision del cónclave, se pensaba que reuniria mayor número de votos el cardenal Gizzi, que habia adquirido muy alta reputacion en Bélgica y Lucerna, donde habia desempeñado las funciones de nuncio. Pasaba por hombre de talento y de progreso á los ojos de los reformadores, quienes recordaban que en 1845, siendo legado en Forli, habia dejado pasar, con notable singularidad, los desórdenes que hubiera podido sofocar al punto.

El marqués de Azeglio, que era en aquella época un mero refugiado político, y que posteriormente hizo en Turin un gran papel, le habia hecho figurar en un folleto político como un liberal declarado. Títulos así le valian muchas simpatías; de modo que habiendo corrido la voz en Roma, cuando el cónclave iba á declararse, de que Gizzi salia nombrado papa, fué recibida esta nueva con los mas vivos aplausos.

La inesperada eleccion del cardenal Mastai sorprendió á Roma; hubo esperanzas fallidas entre los agitadores, y al anunciarse al pueblo con las ceremonias de costumbre la exaltacion de Pio IX, resonaron bien pocas aclamaciones.

Pero no tardaron en mudarse las ideas: las sociedades secretas dieron la consigna, y el nuevo pontífice se vió al punto rodeado de lisonjas cada dia mayores y de protestas entusiastas; no parecia sino que todos los partidos, fundiéndose en uno solo, cifraban su dicha en postrarse á sus pies, formando un solo hacecillo de cariños y de amor. El incienso humeó por todas partes, y el mundo entero aplaudió.

De todos los gobiernos de Europa, el de Roma era indudablemente en aquella época, el que reclamaba con mas urgencia útiles mejoras, reformas indispensables y prudentes libertades. Roma estaba como rezagada en todos los buenos movimientos de una civilizacion ilustrada; y la antigua reina de las artes parecia haberse colocado fuera de todos los progresos felices. Las personas sensatas convenian en ello, y Pio IX lo comprendia tambien así. Estudiando su siglo y su pueblo, que ansiaban aire y luz, pensó que á nuevas y notorias necesidades debian ofrecerse nuevos alimentos políticos; pero estaban allí los Mazzinianos, y para mancharlo y corromperlo todo, las harpías aguardaban el festin.

La Italia roja estaba en su puesto: sus jefes, tendiendo artificiosos lazos al nuevo pontífice, debian en breve apoderarse de sus intenciones generosas y de sus miras benéficas, no para convertirlas en provecho del pueblo, sino para que este se removiese en provecho de ellos y su rapacidad; no para servir á la nacion, sino para perder al papado; no para ilustrar la tiara, sino para revolucionar el pais.

¿Cuál fué su primer ensayo? Suplicar al Santo Padre amnistiara á todos los reos políticos desterrados por su predecesor. El noble corazon de Pio IX no podia sospechar que el lazo de la perfidia estuviera oculto en una súplica á su clemencia. Hombre de mansedumbre y de paz, consistió en perdonar, y el 17 de julio de 1846, otorgó la amnistía (1).

Solo una condicion les impuso á los agraciados: «que prometieran por su honor no conspirar en adelante contra el gobierno pontificio.»

¡Qué cosa mas justa y sencilla!

Al punto, segun las instrucciones trazadas en el libro de Mazzini, estallan en la capital arrebatos de júbilo que rayan en delirio. Sábese por la noche la noticia; y el pueblo con hachones encendidos se dirige en tropel al Quirinal, acompañado de numerosas músicas. Los gritos del entusiasmo y la admiracion se mezclan con el ruido de los clarines, cornetas y timbales, formando una irrupcion de agradecimientos, un trueno de apoteosis; y en medio de tan alegres frenesíes, parece que se levanta hasta los cielos, cual luminosa aurora, el nombre adorado de Pio IX.

Así se pasó toda la noche: al dia siguiente, iguales alegrías; y en los venideros, las mismas ovaciones. Olas de hombres, mujeres, ancianos y niños, cuando salia, se pos-

(1) Este acto fué realmente un *perdon*; pero se tuvo buen cuidado de llamarle *amnistía*.

traban á los piés de sus caballos, y á su vuelta, corrian, con un sol abrasador ó la mas copiosa lluvia, á esperar que se abriera el postigo de su coche, para dejar pasar la santa mano que los bendecia.

Los alborozos se hacen estáticos. En medio de bobalicones asombrados, de falsos entusiastas y de veletas sentimentales, Pio IX no pasó ya su vida sino debajo de arcos triunfales, lluvias de flores y nubes de armonía. Míranle trémulos de júbilo; háblanle con lágrimas de alborozo; conviértenle en un héroe mitológico con estátuas, cantares, palmas, bajos-relieves y pebeteros. Ya no se permite que tenga caballos en su carruaje, pues el pueblo los quita, y lo arrastra. Al pasar él, se pronuncian en alta voz estas palabras: «Es hermoso como la esperanza, fuerte como el leon, manso como el cordero, justo como Dios.» Pero ¡ay! esto era incienso de los infiernos.

Y nadie recordaba en Roma que los mismos ímpetus populares saludaban á Luis XVI en París poco antes de 1793; y todos se habian olvidado de que Robespierre y Marat hacian tambien himnos y cantares en favor de su augusto ídolo; y se apartaba el pensamiento de lo que á la postre habia sido, en 21 de enero, la cabeza del rey constitucional.

Sin embargo, á los ojos del observador, las demostraciones romanas iban tomando sucesivamente un carácter singular: el entusiasmo tenia sus jefes, y las turbas fraternizantes estaban, digámoslo así, regimentadas por batallones con sus oradores y sus guias. En los primeros dias todo se habia reducido á aclamaciones vivas; mas en los siguientes aparecieron ya banderas y banderolas; y despues vinieron las inscripciones y divisas: todo esto marcado con el sello revolucionario.

No habia ya ímpetus populares, sino demostraciónes calculadas: se arreglaban las efervescencias, y se organizaban los delirios.

¡Cuántos dias de baile! qué de noches iluminadas! Nunca habia oido el mundo tal concierto de bendiciones, lisonjas y regocijos. Los colores pontificios, blanco y amarillo, eran los únicos que se querian llevar; y á tal punto llegó la exageracion, que en los banquetes y mesas de mas fama se servian huevos duros, que era preciso comer (de buena ó mala gana), porque eran *blancos y amarillos.*

El decreto de amnistía y los nombres de los agraciados, aparecen en todas las paredes, y se publican bajo todas formas; vénse fijados en las iglesias, estampados en los pañuelos de bolsillo, celebrados en los cantares: es indispensable que los rebeldes tengan ovaciones, como aureolas Pio IX. Es en fin Roma un volcan de alegrías y festejos; pero bajo tan gozosas lavas de placer avanzan ya ocultas las tempestades y la destruccion.

Los amnistiados se habian sometido á las condiciones del Santo Padre. Los Sterbinis, Galettis, Ferretis, Oriolis y demás penados políticos habian jurado por su honor no urdir ya tramas culpables; pero ¿qué son los juramentos para hombres que no reconocen ni superiores sobre la tierra, ni Soberano en el cielo? Hubo no obstante uno que se negó á prestar el juramento, no viendo en él una palabra vana; ese hombre era Mamiani, á quien mas adelante se le verá ministro.

Sterbini desempeñaba á la sazon en Marsella, á falta de otra cosa mejor, las funciones de *espia* de dos grandes potencias estranjeras.

Entre los que daban mayores y mas ruidosas muestras de gratitud, se distinguia Josef Galetti. Hijo de un barbero de Bolonia, habia comenzado su vida, decian, por ser aprendiz de peluquero, mas despues se habia hecho abogado. Preso

segun la voz pública, por haber robado las alhajas de un convento, habia sido nuevamente encarcelado por falsificador de escrituras privadas, y esto le habia naturalmente conducido á lanzarse en los *santos* deberes de la insurreccion. Indultado por el Papa, viósele desmayarse de gratitud á sus pies, y comulgar de entusiasmo con sus cohermanos en la iglesia de San Pedro *in Vinculis*. Ay! estos eran los singulares títulos, porque debia merecer mas adelante las charreteras de teniente general y la cartera de ministro.

Inquieto el gobierno entretanto, de las exageradas simpatías del populacho romano, resolvió ponerles término. Promulgóse su prohibicion, que fué al principio recibida con sumo respeto; mas luego la murmuraron, diciendo que era cosa imposible reprimir los acentos del agradecimiento y del amor. Los conciliábulos secretos, los artífices de arengas y cantatas, y los organizadores de apoteósis, declararon que seria indigno de la nacion el ahogar secretamente en el fondo de los corazones sus sentimientos patrióticos; que la modestia del Santo Padre, en esta circunstancia, no debia sino aumentar mas todavia, si esto era imposible, el entusiasmo general; y finalmente, que oponerse á las manifestaciones nacionales fuera insultar á Roma y al papa.

Con esto redóblase el frenesí; toman las adulaciones cierto aire de rebelion, y los hacimientos de gracias aparecen ya con ciertos visos de motin.

Pio IX, seguro de sus buenas intenciones y fuerte por su conciencia irreprensible, ¿hubiera podido imaginarse entonces, rodeado de tantos engaños, que si le habian elegido por ídolo, no era sino porque le querian para víctima? El soberano pontífice veía acercarse á la santa mesa y postrarse al pie de los altares, á sus incansables encomiadores: para ellos

la hipocresía era un arma, y la Eucaristía un medio.

Por primera vez se difundieron entonces por los Estados romanos falsas insinuaciones. Decíase con reserva que Pio IX, partidario acérrimo de las ideas liberales como toda su familia, habia principiado su carrera contra el despotismo, sentando plaza de soldado, y despues se habia afiliado entre los francmasones. Los discípulos de Mazzini le condenaron al ultrage de su veneracion, y lo saetearon con sus elogios. Borraban al cristianismo, y abolian el papado; pero se postraban ante Pio IX, que era la deidad del progreso, el regenerador del linage humano, la aurora de una fé nueva, el Mesías de la nacionalidad italiana.

Así se transfiguraba Roma: así, entre nubes de incienso seductor, asaltaban las sociedades secretas la silla apostólica. En breve la poblacion romana, diestramente dirigida, comenzó á suplicar al nuevo Leon X, al sublime protector de las artes, del comercio y de la industria, al pontífice predestinado á sobresalir entre los mas grandes papas, realzando el esplendor de la tiara... que prosiguiera por la senda en que habia entrado haciendo ansiadas reformas; que con grandes concesiones políticas se acrecentarian su gloria y poderío. La mayor parte de aquellas turbas peticionarias no sabian realmente ni lo que reclamaban de la Santa Sede, ni siquiera á dónde iban; pero dejábanse ciegamente conducir, y Mazzini las dominaba.

La vuelta de los amnistiados al seno de su patria era una ocasion de alegre tumulto y de apasionados desahogos, que no podia menos de aprovecharse con avidez. Bailes, diputaciones, banquetes, serenatas, fuegos artificiales, iluminaciones, ofrendas patrióticas; nada, en fin, hizo falta para celebrar el triunfo de aquellos héroes de la época.

Los amnistiados son, como es claro, los amigos privilegiados del Santo Padre: ¡ay del que no lo piense asi! Se grita «¡*abajo el prelado Vici!*» porque en los balcones de este delegado de Spoleto no se habian encendido bastante aprisa las mechas y el sebo del patriotismo.

Difúndense con profusion en el público grabados, en que se representa al Santo Padre fraternizando con los Giobertis, Sterbinis, Galettis y otros de la misma laya: otras caricaturas representan á las congregaciones de Estado deliberando sobre la oportunidad de la amnistía. Para ensalzar mejor á Pio IX, se insulta á la memoria de Gregorio XVI. Procesiones patrióticas pasean con burla y escarnio por las plazas y calles mas públicas el retrato de este último papa, en tanto que en Sabina se queman públicamente las armas del antiguo secretario de Estado Lambruschini. El nombre de *gregoriano* viene á ser un dictado injurioso; los prelados y cardenales que han ocupado anteriormente altos empleos, son tratados de retrógados indignos, y ahorcados en efigie.

Son silbados los gobernadores de provincia que tratan de contener el frenesí de las turbas: obligan estas al gobierno á que rompa la disciplina militar, permitiendo que la guarnicion mezcle sus vivas con las algazaras populares. Separan al papa de su Iglesia, representándole á los religiosos, que llenos de espanto se mantenian apartados de las turbulencias esteriores, como absurdas epiménides, á quien nadie podia espantarles el sueño; ni los tiempos, ni el papa, ni Dios. Fuérzanle tambien á oir las maldiciones lanzadas contra la mitra y la sotana; porque está como en un cepo de hierro, en medio de las degradantes alegrias, gozosas traiciones y espléndidas maldades que le rodean. No pueden ya disimularle, que los ruidosos clamoreos que le persiguen, no van dirigidos ni al jefe de la cristiandad ni al representante del Señor, sino al reformador de las antiguas leyes, al apóstol

de un nuevo culto. Nada aquí ya de piadoso. Hay buen cuidado de separar constantemente al pontífice del hombre: siempre y en donde quiera, ¡*Viva Pio IX*! nunca y en ninguna parte, ¡*Viva el Papa*!

Poco despues fué peor todavia. Circularon por la ciudad puñales que amenazaban al alto clero, y en cuya hoja se leia esta inscripcion: ¡*Viva Pio IX*! Mas adelante juntáronse dos clamores, dos gritos resonaron á una: ¡*Viva Pio IX*! ¡*Abajo el Papa*!

Conociendo por fin la pérfida mira de los exagerados júbilos de Roma, el Santo Padre trató de volver los ánimos y la opinion hácia graves y sérias instituciones. Con tan loable intencion, el 24 de agosto de 1846, publicó el cardenal Gizzi una circular, en que se mandaba á los jefes de las principales ciudades pontificias proveyeran á la educacion gratuita de los niños bajo la vigilancia de las autoridades locales. Pero no eran estas las ideas que bullian en las cabezas: habia llegado el momento de sustituir á regocijos que no podian ser eternos, otros medios mas nuevos y no menos tumultuosos, encaminados al mismo fin; y bajo el nombre de *circoli*, ó círculos, se organizaron clubs.

Allí, en aquellos focos de desórden y destruccion, en aquel hervidero de odios y de envidia, los amnistiados, proclamándose los representantes del pueblo, levantaron atrevidamente su voz. Echaron desde luego á un lado los juramentos, porque la INSURRECCION, *el mas santo de los deberes*, les pedia este sacrificio.

Todos los dias se ponian allí en tela de juicio los actos de la autoridad y la obediencia que se les debia, y bajo el patronato de los círculos se planteó un periódico que estaba encargado de derramar el vituperio y el desprecio sobre el gobierno y sus ministros, y que redactado por el prelado Gazzola y el marqués Potenziani, llegó á serles un arma poderosa.

M. Rossi, que poco tiempo antes habia sido enviado estraordinario de Luis Felipe cerca de la Santa Sede para pedir la espulsion de los jesuitas (de Francia), y despues nombrado embajador, conde y par en recompensa de sus servicios, veía á la sazon con placer las arterías demagógicas de sus antiguos hermanos y amigos. Pero *su escelencia el conde de Rossi* ¿no era en Roma aquel *ciudadano Rossi* de Ginebra? ¿No formaba parte de las *sociedades secretas* de Italia, cuando Gregorio XVI le llamaba el *renegado político*? ¿No debia su nobramiento de plenipotenciario francés á los progresos del radicalismo?... Era, pues, muy justo que Rossi aplaudiese á los agitadores, ó al menos lo *aparentase*. Así nunca pasaban las demostraciones populares por bajo de su balcon, sin que saliese á saludarlas; para lo cual, á falta de pañueio, hasta se quitó un dia su corbata.

Sin embargo, solo en secreto y á pesar suyo las apoyaba; porque tenia de Francia instrucciones en que se le mandaba no se mostrase hostil al gobierno pontificio. «*Yo soy tambien un amnistiado*» le decia al Santo Padre, dándole gracias por el beneficio de la amnistía: y mientras le hacia humildemente la corte al soberano del Quirinal, y aspiraba á las primeras dignidades aristocráticas, sentia en lo íntimo de su alma que no le convenia de ningun modo á su posicion el chocar abiertamente con los principios democráticos, que habian derrocado en París la soberanía legítima. Les debia su rango y sus títulos (1).

No obstante, debemos hacer aquí justicia al hombre valeroso, que tan cruelmente ha expiado los culpables principios de su vida con el fatal brillo de su muerte. Vuelto á las

(1) Las targetas del ciudadano Rossi y de los individuos de su familia eran notables por su color antidemocrático.—S. E. el conde de Rossi, par de Francia y embajador en Roma.—El vizconde Alderan de Rossi (hijo mayor).—El baron Eduardo de Rossi (hijo segundo); y asi los demas.

sagradas leyes de la justicia y del órden, se mostró uno de los mas firmes apoyos de Pio IX, siendo su primer ministro. El conde Rossi tenia sin disputa talento, grande inteligencia y un alma nada comun; pero la Providencia es inflexible á veces. El que habia sido individuo de las sociedadas secretas, donde se juraba mortal odio á todas las escelencias, altezas, majestades y santidades de la tierra, debia caer algun dia bajo el puñal de sus hermanos, cuando hecho él tambien *esceleneia*, tratara de proteger al poder, renegar de sus antecedentes y salvar el órden social...

¡Cuántas lecciones providenciales!

Elevémonos á regiones mas altas. La monarquía, ***nacida de la insurreccion***, ¿no debia quedar hecha trizas en 1848 en los ribazos de la rebelion? Y en 1815 ¿no se habia visto al héroe de las ***invasiones en paises estranjeros***, víctima á su vez de las ***invasiones en Francia***, caer del trono mas hermoso de la tierra en la mas espantable roca del cautiverio?... ¡Qué de ejemplos dados al mundo, ejemplos repetidos y sin fin! ¡Lugar á la justicia de Dios!

Deseoso Pio IX de dar á su pueblo las mejoras políticas que le parecian necesarias, habia reflexionado maduramente sobre las reformas que deseaba hacer en la administracion de justicia y de la hacienda. El 8 de noviembre de 1846 debia, segun costumbre, tomar solemnemente posesion de la púrpura romana en San Juan de Letran. La víspera, queriendo inaugurar la fiesta con un acto que probara su deseo de favorecer las artes, el comercio y la industria, publicó un decreto sobre caminos de hierro, de los cuales se concedian cuatro líneas importantes, que abririan á los Estados romanos nuevas vias de prosperidad. Pero no era esto lo que querian los grandes reformadores del pais, en cuyos planes y

miras no se tenian présentes ni las prosperidades del comercio ni las necesidades de la industria. Así fué que el decreto produjo escasa impresion en Roma; y el papa, al dirigirse á la iglesia, tuvo el dolor profundo de oir saludar con injuriosas rechiflas á los prelados que le acompañaban.

Aquel mismo dia dirigió una admirable encíclica á todos los obispos católicos de la cristiandad; pero cuanto mas desenvolvia él sus ideas evangélicas, mas tramaban otros su ruina. Ya los arcos triunfales levantados á Pio IX por el famoso carretero Cicero-Vacchio, cerraban el paso á los carruajes de los prelados que iban en su escolta (1); y los estudiantes de la universidad le perseguian tambien ya á su salida de las iglesias, pidiéndole con desaforada grita una *escuela politécnica* (2).

Las turbas no saludan ya al pastor sino para forzarle á desamparar su rebaño. Aquí, es silbado el cardenal Marini, gobernador de Roma, para obligarle á dar su dimision; allí, Angelo Bruneti, llamado tambien *Cicero-Vacchio*, queriendo contra la costumbre celebrar con pompa el nombre bautismal del papa, viene en procesion militar, con orquestas y ramilletes, á gritar bajo el balcon del Quirinal: ¡ *Viva Pio IX solo* ! (3) !

Cada dia trae nuevos desórdenes; cada fiesta, otro nuevo escándalo.

Entretanto Florencia, antes tan tranquila y feliz, bien que abriera su puerta hospitalaria á todos los revolucionarios estranjeros, veía alzarse, inspirados por el contagioso aliento de sus huéspedes, á jóvenes patriotas; es decir, á fogosos hijos del desórden, aptos para derribar todos los gobiernos. Las primeras algazaras en Toscana habian tenido

(1) El 8 de setiembre de 1846.
(2) El 7 de diciembre de 1846.
(3) El 27 de diciembre de 1846.

por objeto obtener una guardia cívica y la libertad de imprenta (1). Guerrazzi, célebre novelista y abogado distinguido, comenzaba allí su carrera política (2).

En el mes de enero estalla un motin en Liorna, acaudillado por Guerrazzi; pero la rebelion fué sofocada, y su fautor enviado á la isla de Elba, al fuerte de *Porto-Ferrajo.* ¡Quién hubiera pensado entonces que este mismo atentado habia de servirle algun dia de título para ser primer ministro en Florencia!...

Pio IX habia mudado al gobernador de Roma, y monseñor Grasselini habia reemplazado al cardenal Marini. Para comenzar dignamente el año de 1847, el cardenal Gizzi, nombrado secretario de Estado por complacer á los agitadores, hizo distribuir el 1.° de enero una circular, en que se anunciaba que una comision especial de entendidos jurisconsultos preparaba un código de leyes criminales, á fin de hacer mas espedita la administracion de justicia, definir la naturaleza de los delitos, aplicar el merecido castigo y quitar todo pretesto á la arbitrariedad. El Santo Padre abolia al mismo tiempo los tribunales del *Oditore* y del *Capitole*, reuniéndolos al tribunal supremo, llamado *Sacra consulta.* Todo lego que hubiera cursado en la universidad y obtenido el título de bachiller en leyes, podia ser admitido desde luego como promotor en aquellos tribunales, y por tanto ser nombrado juez.

Pero estas concesiones y reformas, tan ardientemente so-

(1) Logróse en efecto, y la Toscana tuvo los periódicos mas demagógicos: el *Alba* y la *Patria* en Florencia; la *Italia* en Pisa; el *Pueblo* en Sena, y el *Correo Liornés* en Liorna.

(2) Era autor del *Sitio de Florencia* y de la *Batalla de Benevento*; publicó un folleto político dirigido *al príncipe y al pueblo,* que causó entonces gran sensacion.

licitadas poco antes, ¿fueron saludadas por la pública gratitud? Ay! no eran ya bastantes para satisfacer las exigencias. Se ensalzaba aun á Pio IX; pero se insultaba á la Santa Sede.

Las gentes de las provincias, aleccionadas por sus caudillos, y prestando oidos á sus infames calumnias, miraban con horror á la autoridad. En todos los puntos se organiza contra el gobierno un vasto sistema de ataque. Los propagandistas enviados á Bolonia y Ferrara denuncian allí al odio general á todas las administraciones de Roma, como compuestas de miserables retrógados, que se oponen á las ideas liberales de Pio IX, y conspiran en su daño. Los nombres mas respetables, indignamente fijados en las plazas públicas, son entregados á la execracion del pais. Cuéntanse hechos atroces; invéntanse horribles conspiraciones que deben estallar á una hora fija; exhúmase de los fastos de 1793 la tradicion de esos complots, y la Europa asombrada sabe por las gacetas radicales, que los miembros mas distinguidos del Sacro Colegio han tramado la muerte de quince mil romanos que la casualidad designaria, y á quien deberán herir sin misericordia las balas de la reaccion.

Dícese que no pasa dia sin que no sean villanamente asesinados en secreto algunos de los admiradores del Santo Padre. Todos los jefes de policía son denunciados como traidores y homicidas; todos los gobernadores de provincia, como sus cómplices; y en fin, hasta las tropas mismas, como los instrumentos liberticidas de los tiranos de la nacion.

Segun las sociedades secretas, el solo dique que puede y debe oponerse al torrente asolador del despotismo, es el poder popular. Es pues indispensable que el pueblo se arme, que defienda él mismo sus derechos, y vele por la conservacion del órden: es preciso que se levante en su fuerza y majestad, para ir en auxilio de Pio IX, quebrantar las cadenas que le traban, y volverle á sus grandes destinos.

:

Ufano el pueblo con el magnífico papel que tambien él va á representar, no solo se reune y delibera, sino que hasta quiere sustituir por sí mismo tanto á los directores de policía como á los demas jefes de administracion. Al efecto levantan los *círculos* imperiosamente su voz, y combinan enérgicos medios para triunfar cuanto antes de toda resistencia, y resuelven desplegar abiertamente la bandera de la insurreccion si no se concede al punto, primero en Bolonia y luego en Ferrara, la institucion de la guardia cívica.

Amedrentado el gobierno, no se atreve á resistir, y cede. Bolonia tendrá inmediatamente una guardia nacional; despues le llegará su turno á Ferrara; con esto, no so'o se multiplican los círculos dentro de los muros de la ciudad eterna, sino que se constituyen en sesion permanente.

Declárase una guerra mas implacable que nunca á todos los prelados, cardenales y depositarios del poder. Aparecen en los periódicos como obra de los retrógados los asesinatos cometidos en Roma y previamente decretados en el tribunal de las sociedades secretas. En vano se crea el 13 de marzo una junta de censura, con objeto de contener las publicaciones incendiarias, que ultrajando á un mismo tiempo la religion y la moral, provocan al puñal de los asesinos, para que acometa á los defensores del órden social: el torrente revolucionario la arrambla, como á todos los demas diques que se le oponen.

En 17 de abril de 1847 apareció una notificacion del cardenal Gizzi dirigida al pueblo, en la cual despues de recordar los beneficios hechos por el papa, se prometia, para calmar los ánimos, la institucion de una *Consulta de Estado*; es decir, de un poder nuevo que daria su dictámen sobre todas las providencias que se tomaran, y examinaria todos los

actos que fueran consecuencia de ellas. Pio IX, al dar este paso, se habia dejado llevar de argumentos especiosos, segun los cuales la *Consulta de Estado* daria juntamente robustez á la Santa Sede y garantías á la nacion.

Al instante, siguiendo la costumbre invariable, grandes aplausos populares. La notificacion, impresa en grandes caracteres y rodeada de cuatrocientas luces, es llevada por la noche como un estandarte militar á la plaza del Quirinal. La algazara, el júbilo, la efervescencia suben de punto.

Algunos dias despues, gran banquete en el Coliseo, para celebrar el aniversario de la fundacion de Roma. Sterbini, en un discurso vehemente, en que Pio IX era un segundo Numa, ni una palabra dice en loor del pontificado. Algunos señores romanos aplauden; muchos se abstienen, señaladamente los Barberinis, los Dorias, los Chigis, el príncipe Torlonia, el marqués Patrizzi, el príncipe Massimo y otros.

En el mes de mayo, sermon en la iglesia de *Santa María de los Angeles*, donde el arcediano *Lorini* pronuncia un discurso de foro. Apláudenle palmoteando como en el teatro, y los sombreros no se quitan ya en la casa de Dios.

El 16 de junio se presentan en Roma algunas diputaciones provinciales en alarde militar, con músicas y banderas. Ensáyanse sin duda en las insurrecciones. Pónese de moda el nuevo himno de Sterbini, que comienza asi: « *Sacude ¡oh Roma! tu indigno polvo* (1)! »

Grasselini, gobernador de Roma, era un hombre de progreso y de libertad; pero como queria el progreso hermanado con la prudencia, y la libertad con el órden, los círculos acordaron perderle.

Espárcense nuevos terrores. ¡Qué de conspiraciones es-

(1) Habia compuesto otros anteriormente. En aquellas diputaciones de provincia se distinguia multitud de malhechores y asesinos.

pantosas! Ya se susurra que los reaccionarios, pagados por el Austria, intentan llevarse al papa; ya es el cuerpo de carabineros, quien de acuerdo con las tropas del rey de Nápoles, debe apoderarse de la ciudad y degollar á los verdaderos sostenedores de Pio IX, á los amnistiados, á los amigos del pueblo. El poder militar, que se opone á los desórdenes, es principalmente á quien se trata de perder en la opinion pública, para sustituirle con una milicia ciudadana que apoye las insurrecciones. Para conseguir este fin, no se omitirá medio alguno, por malvado que sea. Citemos un ejemplo entre mil.

Los carbonarios habian decretado la muerte del coronel Freddi y sorteado al asesino. Este último sigue paso á paso á su víctima, acecha todos sus movimientos, calcula la hora y el sitio en que debe clavar su puñal. Pero tres veces yerra el golpe. Circunstancias tan estrañas como imprevistas le impiden las tres veces realizar el crímen. Espantado de estos obstáculos, que juzga providenciales, vacila y no se atreve á proseguir.

Pero segun las instrucciones del tribunal invisible, deberá pagar con su vida la violacion de su juramento. Ha llegado la hora prefija en que habrá de dar cuenta de su comision, y ahora tiembla por sí mismo. ¡Qué hará! Busca á un sacerdote; échase á su pies, y le revela su secreto. El eclesiástico, reconocida la exactitud del relato, se presenta al coronel, y le informa del peligro que le amenaza: Freddi, por librar al asesino del puñal de sus amigos, le entrega algunas monedas de oro, con las cuales huye y desaparece.

Difúndese al punto en Roma la noticia del crímen frustrado, y los radicales la esplotan en su provecho de este modo. Publican que estaba á punto de estallar una conspiracion infernal contra Pio IX, á cuyo frente se hallaba el coronel Freddi, ayudado del cardenal Lambruschini; que un

patriota armado de un puñal habia ido á desbaratarla, y en el momento mas crítico le habia faltado valor; pero que á pesar de eso, su buen deseo de salvar al papa se habia cumplido.

Estas mentiras son aplaudidas; estas calumnias, aceptadas. En vano la pesquisa que se manda hacer sobre el caso, demuestra plenamente el enredo de los anarquistas: lo que ellos dicen prevalece.

En fin; las falsas relaciones y las calumnias son creidas en todas partes: hasta las clases altas les dan oidos. La desconfianza contra la policía y el odio á la autoridad se propagan con rapidez. Se llega hasta afirmar que la vida del Sumo Pontífice está en peligro entre aquellos fautores del crímen. La prensa acredita estos rumores, ostentando un lujo estraordinario de amor al sucesor de San Pedro; y todo el mundo tiembla por Pio IX. ¿Dónde encontrar un medio de salvacion? Las sociedades secretas lo indican: es preciso armar al pueblo. Es indispensable una *guardia cívica*, que se pide á voz en cuello. Algunos príncipes romanos se ponen á la cabeza del movimiento: el papa se rinde á la unanimidad de los deseos, y por decreto del 5 de julio de 1847, Roma y todas las demas ciudades de los Estados pontificios tendrán su guardia nacional.

La revolucion, dueña del terreno, marcha de victoria en victoria. Segun los radicales, Pio IX está hoy bajo la égida del pueblo armado, y es libre para obrar á su manera: ya no tiene grillos ni trabas. ¡Qué se presente al fin tal cual es! Ninguno de sus antiguos servidores debe quedar á su lado. ¡Qué obre! y que Roma se admire!

Era el mes de julio; mes nefasto en los tiempos actuales. Por primera vez habian ocurrido en Luca algunos tumultos. Habiéndose pedido y logrado algunas concesiones á los gritos de ¡*viva Pio IX*! se celebraron con tal entusiasmo, que

rayaba en delirio; pero en el tumulto de las fiestas, el duque fué insultado: recompensa patriótica (1).

En Nápoles ensayos de desórdenes; en Florencia los mismos síntomas; en Sicilia y en las Calabrias se preparan insurrecciones; la Italia entera se agita, está en las primeras escenas del drama.

El 15 de julio de 1847, tumulto en Roma por haberse esparcido el rumor de que la guardia nacional, si bien decretada, no llegaria á instalarse. Fíjanse en las esquinas carteles inmensos, verdaderas listas de proscripcion, en que se leen los nombres de Lambruschini, Grasselini, Freddi y otros muchos. Difúndese grande alarma en la ciudad, pues se anuncia positivamente, que una pandilla de asesinos, pagada por la policía, va á poner á Roma á fuego y sangre. Todos huyen: las calles quedan desiertas. Los príncipes Borghese y Aldobrandini y el príncipe de Regnano corren aterrados en busca del Papa.

«*Salvadnos*, le dicen á Su Santidad, *de horribles matanzas*!»

Y consiguen á fuerza de súplicas, que se arme inmediatamente la guardia nacional. Tres horas despues estaba ya la órden dada.

Los jefes de batallon se apresuran á reunir cuanta gente pueden en la plaza de la ***Pilota***. Allí se distribuirán fusiles, espadas y banderas.

La misma noche, pavoroso espectáculo! Los agitadores, armados en sigilo, marchan al fulgor de los hachones; y á la vista de cada bandera, gritan: ¡***Viva la guardia cívica***! Pero estos saludos fraternales no eran sino vociferaciones satánicas; pues en tanto, á favor de las sombras de la noche,

(1) Se retiró á Massa-Carrara. (*Véase la Storia degli avvenimenti d'Italia* por Fernando Ranelli).

se violaban los domicilios, hacíanse pesquisas populares, y con el puñal en el cinto, se buscaba á aquellos cuyos nombres figuraban en las listas de proscripcion. Por fortuna solo pocos fueron aprehendidos; pues muchos lograron escaparse; entre ellos Grasselini (1).

¿Y qué sucedió despues de estos desórdenes? ¿Hubo sumaria y castigo? No: el miedo pasmó al poder, y la impunidad fué la ley.

Habíase acordado en los conciliábulos de la *Italia roja*, que el cardenal Ferreti sustituyera al cardenal Gizzi. Este último, ídolo en algun tiempo de los liberales, habia perdido enteramente su crédito. Sus antiguos partidarios gritaban: ¡*Fuera Gizzi*! No tiene ya sus ideas de ellos, es un retrógado, sirve á sus enemigos, es un renegado, está en el poder, es un traidor.

Es verdad que el cardenal Ferretti se habia mostrado amigo del órden; pero como los manejos revelucionarios de su hermano Pedro Ferretti, antiguo condenado político, podian influir en sus opiniones y conducta, se lo propusieron al Santo Padre.

Como la eleccion parecia buena, Pio IX aceptó á Ferretti, y le nombró ministro de Estado. La guardia nacional manifestó por ello la mayor satisfaccion, y se pasó á otras tramas; á la espulsion de los jesuitas.

El famoso abate Gioberti acababa de enviar á Roma algunos cajones llenos de su obra titulada: *El Jesuita moderno*. La autoridad pontificia trató de atajar la propagacion de este libro anti-religioso, prohibido en Turin y en Nápoles; mas fueron vanos sus esfuerzos.

Las máximas políticas de esta obra revelucionaria se ce-

(1) Estas mismas escenas se repitieron en las provincias para encontrar á los que se habian huido de Roma.

lebraron con entusiasmo, y el autor fué ensalzado hasta las nubes.

La admiracion rayó en idolatría. El retrato del abate Giobertti se puso al público, no solo en todas las tiendas, puestos, calles y encrucijadas, como el de *Cicero-Vacchio*, sino hasta en el santuario de las iglesias. Resuenan himnos en su alabanza, y celebran su gloria los magnates. El abate Sieyes queda oscurecido; el abate Lamennais ya no es nada, y se grita: «*Viva Gioberti!*» como se gritaba: Viva Pio IX!

El padre Ventura, á quien privaban del sueño los laureles del clérigo piamontés, queriendo igualarle y aun escederle en elucubraciones demagógicas, levanta su voz de trueno, y publica sus fogosas ideas. Habia dicho en otro tiempo: «El papado es una *monarquía hereditaria*, porque el Papa, »que crea sus cardenales, es evidentemente *el padre*. Ahora »bien, su sucesor es elegido de entre *sus hijos*; luego el pa»pado es una *monarquía hereditaria*.»

Pero ¡ay! su lenguaje es muy diferente ahora: El padre Ventura propone la abolicion de todas las leyes existentes: quiere rehacerlo todo: nobleza, iglesia, clero. En su sentir, nada de lo que existe debe quedar en pié. Este teatino radical quiere mudar hasta las antiguas armas de Roma; y aun ha elegido las nuevas: *Remo*, *Rómulo y la Loba*, es decir: dos pilletes y una fiera. ¿Queria significar su escudo: *poblacion y república*?

Como el abate Gioberti y el padre Ventura consideraban á la guardia cívica como *una fuerza popular*, se trabajaba en hacer que licenciasen á las tropas suizas, que se tenian por *una fuerza gubernamental* (1); y todo esto se maquinaba en medio de regocijos y de fiestas. Las ovaciones de la milicia ciudadana servian admirablemente de pretesto para ha-

(1) El principal punto de reunion de los anarquistas estaba en el *Corso*, en casa de un estanquero llamado *Piccioni*.

cer demostraciones injuriosas contra los jesuitas, y dar gritos de ódio contra los regimientos suizos: recogíanse ofrendas ó donativos para vestir á la cívica; y el presbítero Gioberti triunfaba.

Por el mes de setiembre habia desembarcado en Liorna el príncipe de Canino con su secretario el doctor Luis Masi. Vestía el príncipe de *soldado* de la guardia nacional, y su secretario de *capitan*. Uno y otro habian arengado á la ciudad, predicando la guerra al Austria; tambien habian hecho juramentos patrióticos, y abrazado á Guerrazzi, Montanelli y demas Mazzinianos de aquella tierra, gritando repetidas veces: *Viva Pio IX*! *Viva Cárlos Alberto*! *Viva Leopoldo II*!

En fin, con palabras embozadas, á son de trompeta y campana, habian profetizado la república (1).

Este mismo príncipe de Canino estuvo por aquel tiempo en Venecia, donde con motivo del congreso científico recitó una perorata de las mas demágicas. Mas ¿qué hizo la ciudad aristocrática de los Doges? Le espulsó de su recinto y le hizo conducir de nuevo á la frontera, acompañado de un comisario de policía, á quien el príncipe, agradecido, le dió para memoria su escarapela tricolor.

En octubre siguiente, el duque de Luca abdicaba en favor del de Toscana; y Génova se hacia de notar por sus graves desórdenes. Solo el duque de Módena se resistía aun á la tempestad.

Pio IX entretanto, por un *motu proprio* del 2 de octubre, habia formado consejos municipales y un senado en Roma. Anteriormente, en abril, habia prometido la *consulta de Estado*; y en noviembre de 1847, se dió esta institucion. Quiso Pio IX componer su *consulta de Estado* de hombres de honor y de talento; pero no obstante sus cuidados y deseos,

(1) Estracto del suplemento al *Correo liornés* del 11 de setiembre de 1849.

habíanse introducido en ella algunos traidores. Sin embargo, se habia nombrado para presidirla al cardenal Antonelli, prelado de mérito nada comun. Imposible hubiera sido hacer eleccion mas atinada.

La *consulta de Estado* se inaugura con pompa sin igual. Faroles chinescos, fuegos artificiales, bailes y serenatas, nada falta á las demostraciones del júbilo popular. En medio de la fiesta, viéronse de pronto desplegarse las banderas de todas las potencias de Italia: los ministros de Toscana y Turin se habian prestado voluntariamente á este alarde, y la autoridad no habia podido impedirlo. Las banderas, puestas en hilera y acompañadas de tambores, trompetas y clarines, son saludadas con frenéticas aclamaciones.

Las sociedades secretas habian querido representar la unidad italiana por el cuadro militar de aquellas oriflamas reunidas que marchaban juntas, dando de esta manera un vasto objeto político á la instalacion de un gran cuerpo administrativo. La Santa Sede aparecia favorable á la idea de una futura cruzada; y en medio de los regocijos de la paz, era aquello el simulacro de la guerra (1).

El horizonte político estaba cargado de tempestades. Con el traje de guardia nacional se habia revolucionado á la generacion de la edad viril; y con el mismo uniforme se trató de revolucionar á la adolescencia. Regimentóse á los muchachos de siete á doce años, cuya instruccion se confió á un carbonario piamontés llamado *Questa*; y en diciembre de 1847, hubo ya un ejército de pilletes, con fusiles adecuados á su talla, impuestos en los principios del desórden y llamados los *batallones de la Esperanza*.

(1) El cardenal Ferretti se habia opuesto vivamente al paseo de las banderas; pero su hermano Ferreti, el ministro de Turin, y madama Torlonia combatian su oposicion; habíanse avistado con el papa, y su partido habia triunfado.

En este mismo mes de octubre bajaba silenciosamente al sepulcro la emperatriz Maria Luisa, princesa augusta á quien el cielo habia al parecer prometido los mas brillantes destinos. Compañera de Napoleon, habia tenido el mundo á sus pies: y bien que hubiera podido aun en sus desgracias, conservar una aureola... prefirió eclisarse á sí misma. Las pompas de la gloria y el esplendor de la nombradía no cuadraban de manera alguna á su condicion blanda y apacible. No pudiendo ser grande y sublime, solo fué benéfica y bondadosa. París no se acuerda ya de ella: Parma no la olvidará jamás.

El Sunderbund de Suiza llamaba entonces la atencion pública. El 3 de diciembre de 1847 se anuncia oficialmente en Roma la nueva de la victoria alcanzada por los protestantes sobre los católicos. La revolucion italiana, comprimida en parte en los invernáculos de los clubs, estalla al punto mas estrepitosa y asoladora que los truenos y lavas del Vesuvio y del Etna. Los espíritus de subversion cuentan con otro foco de desórden. Ilumínase espléndidamente la ciudad eterna, y sale de entre sus muros tal griterío de triunfo, que hace estremecerse en sus sepulcros á todos los santos y mártires de la Iglesia. Las campanas tocan á todo vuelo, cual si celebraran otra victoria de Lepanto; y una muchedumbre feroz salta embriagada por las calles al ardiente lucir de las antorchas, dando estos gritos nunca allí oidos: «¡*Vivan*! *vivan los protestantes*!

Los adeptos de Mazzini no disfrazan ya sus tendencias: pública y claramente marchan á la conquista de las perturbaciones sociales. El resonante oprobio que sus impías bacanales hacen sufrir á la metrópoli de Sisto V, es para la Iglesia católica como el primer doblar de su agonía. Brama

asombrado el Tíber; la Europa cristiana se ha retemblado; la caida de la Santa Sede es inevitable.

En vano Pio IX se muestra indignado; su palabra no tiene fuerza ya. Los hijos de la *Italia roja* no han menester su nombre en adelante para conseguir sus fines: la trapacería es ya supérflua. El cardenal Ferreti, consternado, dimitirá en breve su cargo de secretario de Estado en favor del cardenal Bofondi, legado de Rávena (1). El padre Ventura, continuando sus predicaciones reformistas, pedirá la espulsion de todo lo que no sea progresivo: á sus instancias tienen que salir para Ancona, de donde habian ido, los hermanos de la escuela cristiana, y los jesuitas son espulsados de Fano. En todo, en fin, logran su deseo los anarquistas.

Habia Pio IX anunciado que visitaria el colegio de jesuitas. Esta noticia produce una esplosion de murmuraciones, y la muchedumbre se dirige amotinada al Quirinal, gritando: ¡*Derecho al pueblo*! Ciérranse las puertas del palacio: los suizos toman las armas; la caballería acude al galope. Con esto, redóblase el furor entre los amotinados: tales precauciones les parecen insultos; tiénense por vendidos. Una diputacion introducida cerca del Santo Padre, le hace fuertes reconvenciones. Pio IX, para calmar la irritacion, promete que el siguiente dia por la tarde se presentará en el *Corso* á la multitud que le llama. El motin se apacigua al instante.

Fiel á su palabra, Pio IX se dirige á otro dia al Vaticano, y de allí solemnemente al Corso. Una poblacion numerosa y turbulenta escolta su carruaje, al que no deja que se acerque ningun prelado de la corte. Con protestas de amor y fi-

(1) Ferreti fué á Rávena á ocupar la plaza de Bofondi, á lo que nadie se opuso, porque este tenia, como su predecesor, hermanos que habian sido condenados políticos en 1831.

delidad á su persona, van mezclados sarcasmos é injurias contra los cardenales y la Iglesia. Los testimonios de respeto, prodigados há poco con tanta efusion al regenerador de la Santa Sede, debilítanse y desaparecen. El famoso Angelo Brunetti, llamado tambien *Cicero-Vacchio*, subido en un carruaje que sigue inmediatamente al del papa, escita las risas del populacho con una bandera grotesca que lleva y los dicharachos que profiere. Las buenas almas se estremecen; la revolucion deja caer poco á poco sus últimos velos: las flores no ocultan ya el abismo.

Otros acaecimientos espantosos vienen al instante en auxilio de los anarquistas; porque habia comenzado ya el año fatal de 1848.

El 12 de enero, revolucion en Palermo y triunfo de los sublevados: Fernando II ha perdido la Sicilia, donde se proclamará su destronamiento.

El 29 de enero, insurrecciones en Nápoles y Constitucion prometida.

El 8 de febrero, conmociones en Turin y Constitucion promulgada.

El 12 de febrero, tumulto en Monaco y Constitucion por Florestan I.

El 18 de febrero, sublevaciones en Toscana y otorgamiento de Constitucion.

Fermentacion pues, en todos los pueblos.

Roma acoge estas noticias con frenéticas aclamaciones: una comision espone al papa la urgente necesidad de seguir el impulso general y dar tambien á Roma una Carta democrática. Lord Minto, enviado estraordinario de Lóndres, atizaba el fuego de la rebelion. Ay! érale ya imposible á Pio IX luchar contra la anarquía. En vano trataria de sustraerse á

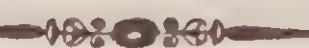
la tempestad europea; la revolucion que le encierra, está ahora segura de su presa; Pio IX no tiene ya mas apoyo que su piedad, ni mas consuelo que la oracion, ni mas amparo que Dios.

¿Espera tal vez cansar el furor de sus enemigos con sus angélicas virtudes y su paciente resignacion? Oh! el genio de las revoluciones no se para nunca en su impetuoso vuelo: nada le conmueve, nada le calma. Sordo á la voz de la razon como á los gritos de la humanidad, álzase ardiente y sin freno, pasa frio y sin piedad.

Pio IX junta su consejo, y le ordena que redacte con prudencia y mesura las bases de una Constitucion ajustada á la gravedad de las circunstancias; mas el pueblo, ayudado por los periódicos é impulsado por las sociedades secretas, no quiere dilaciones ni estudios, y pide que la Constitucion sea al punto promulgada. Roma no tiene tiempo para aguardar.

Aquí, otro golpe teatral! catástrofe espantosa! París se ha sublevado: el trono de Luis Felipe se derrumba... ¡La república! héla en Francia.

¡Veinticuatro de febrero, salud!



CAPITULO TERCERO.

Combustion general de Italia.—Insurreccion de Milan.—Revolucion de Parma.—República en Venecia.—Espulsion de los jesuitas de Roma.

París no tiene ya rey ni monarquía: ha llegado el dia terrible del juicio de Dios. Estrepitosa como el rayo, solemne como la expiacion, la caida de Luis Felipe ha despertado la fé en los corazones; no es posible ya dudar del cielo; se vé á la Providencia.

Lo que habian traido las barricadas, ha sido por ellas mismas arrebatado: la corona ciudadana queda hecha polvo por el principio revolucionario en la misma cabeza de la usurpacion. Luis Felipe, que vió morir á Cárlos X desterrado en Austria, morirá proscrito en Inglaterra; y Francia, de caida en caida, viene á caer en la república.

Hé ahí otro *hecho consumado*. Reyes de la tierra! preparaos: vuestro turno va á llegar, y será justo. Pues dejásteis caer el derecho de otro, temblad no caiga tambien el vuestro! *Pues reconocísteis á julio, habeis merecido á febrero* (1).

(1) *Plaza al derecho*, pág. 78.

A fines de 1847 los jefes de la jóven Italia habian fijado su atencion en el rey de Cerdeña como en un apoyo protector. Las sociedades secretas eran poderosas en el Piamonte mucho tiempo hacia; porque habian comprendido á Cárlos Alberto. Hé aquí su vida en dos palabras.

A la caida de Napoleon, el Piamonte habia vuelto á poder de sus antiguos príncipes; mas cuando estalló la revolucion de Nápoles, Turin se habia igualmente sublevado: entonces apareció Cárlos Alberto.

Afiliado en la gran secta de los carbonarios, el príncipe de Cariñan, llamado por esta á favorecer el movimiento revolucionario, y alzándose contra su rey, se puso al frente de las insurrecciones de la Lombardía. Pero fiel á sus perplejidades é irresoluciones habituales, valiente y medroso á un mismo tiempo, se mostró entonces lo que fué el resto de su vida; ambicioso irresoluto, demócrata caballeresco y realista revolucionario, que queria meter pié en todas partes, sin tener cabeza en ninguna.

Torpe y mal aconsejado, buen soldado y mal capitan, se sublevó en el Piamonte, cuando la rebelion estaba sofocada en Nápoles. Esta vez comenzó muy tarde; otra comenzará muy temprano.

Los Austriacos le batieron en Vercelli, porque su ejército no le era enteramente fiel. Bien pronto, mudando de bandera, abandonó á su partido, y el radical de Italia fué á desembainar la espada contra los radicales de España. El príncipe de Cariñan, convertido en *granadero francés* en aquella época, se distinguió por su valor en el Trocadero. París no vió mas que sus laureles; Turin le perdonó sus errores.

Heredero ya del trono, fué rey en 1831. Los carbonarios, sus antiguos hermanos, acudieron á él inmediatamente. Recibiólos bastante mal al principio, pues el absolutismo habia entrado en sus gustos: mas luego, espantado de los progre-

sos de *la jóven Italia*, mudó otra vez de ideas, y volvió al radicalismo.

¿Cuáles eran sus planes y sus miras? Ay! ¿acaso lo sabia él mismo? Cárlos Alberto fluctuó constantemente entre decisiones contrarias y perpétuas contradicciones: nunca perteneció en realidad á opinion alguna, y engañó á todos los partidos. ¿Y qué resultó de aqui á la postre? Que no siendo capaz de representar el papel á que se creia destinado, aspiró vanamente á ser el libertador de la Lombardía veneciana, y no fué sino el instrumento revolucionario de *la Italia roja*.

Mazzini le habia escrito proponiéndole la corona de *toda la Italia*, si queria armarse en favor de la libertad de la Península. Este mismo Mazzini habia hecho anteriormente iguales proposiciones al rey de Nápoles, á Pio IX y al duque de Módena: renovóselas mas adelante á cada uno de los príncipes de Italia, y aun al mariscal Radetzky, bajo la condicion de que abandonara inmediatamente al Austria, y renegara para siempre jamás de su pais.

Cárlos Alberto se habia hecho sordo en un principio á los ofrecimientos del gran agitador; pero en setiembre de 1847 dejóse al parecer seducir, en vista de las grandes demostraciones populares que hubo en el Piamonte, y señaladamente en Novara, donde á la vez que se gritaba *Viva Pio IX*! *Viva Cárlos Alberto*! *Viva Gioberti*! se pedia la independencia de Italia. En octubre, nuevas demostraciones en Génova y Turin: el rey de Cerdeña comenzaba á entrar en las ideas de *la jóven Italia*; y como la diplomacia estranjera se hubiese alarmado por ello: «*la Italia fará da se* (1)» le habia respondido el príncipe con altivez; y los carbonarios aplaudieron.

(1) «*La Italia obrará por sí.*» *Storia degli avvenimenti d'Italia*, cuaderno 12.

Apresúranse á unir á Cárlos Alberto y Pio IX en un entusiasmo parecido. Al efecto, las mismas fiestas y la misma táctica. Se trata de levantarles estátuas en Novara, la una en frente de la otra; se les mira como á dos principios encarnados que aspiran á una misma gloria. Se admite en tercer lugar al duque de Toscana, apoyo de los refugiados políticos. Segun los conciliábulos secretos, todos tres forman la *trinidad revolucionaria*, á quien debe incensar la Italia progresista; y todos tres caminan á su perdicion.

Volvamos ahora á Roma.

Enero de 1848 habia dado otro aspecto á las ideas: no se trataba ya de *reformas*, sino de *constituciones*. Febrero hará mas todvia; pues caminará *á las repúblicas*: despues, salvando otras distancias, llegará *el socialismo*.

¡Qué de entusiasmo en las márgenes del Tíber!... Una república en París!... Ah! ni aun las sociedades secretas aciertan á creer en tal triunfo, que ha sobrepujado á su esperanza. ¿Qué no puede esperarse en adelante? ¡*Abajo las monarquías*! *abajo la religion*! *abajo todo órden*! *abajo toda ley*!... ¡Triunfadores, gloria al caos!

Las manifestaciones furibundas de la ciudad de las siete colinas, parecen orgías de demonios. Por la noche, todas las calles centellean de faroles, hachas y fuegos artificiales: de dia, el populacho uniformado y el populacho andrajoso recorren procesionalmente la ciudad con banderas tricolores, blandiendo hierros homicidas y ahullando la Marsellesa. Los trastornos de París presiden evidentemente á las insurrecciones de Roma. Todas las rebeliones á porfia deben darse fraternalmente la mano.

Corren á la embajada de Austria, donde hacen pedazos y queman el busto y armas del emperador. Acometen á las es-

tátuas é imágenes; hacen sobre ellas descargas cerradas y se cren un pueblo ***sublime.***

Despues de este auto de fé, deberá seguir un holocausto, es menester que corra la sangre de los jesuitas.

El 14 de marzo se proclamó la Constitucion de Pio IX, de quien tambien se hubiera podido decir la famosa frase: ***es demasiado tarde.*** No se vió arrebato alguno de entusiasmo: ¿quién pensaba ya en fundar algo? Se trataba solo de destruir.

El 13 de marzo, Viena está en combustion: Meternich el sostén de Luis Felipe, se ha visto en ruinas.

El 18, barricadas en Berlin, y conmociones espantosas. El rey se vió precisado á huir.

El mismo dia, esplosion terrible en Milan.

La víspera se habia recibido en esta ciudad la noticia de la insurreccion de Viena. El conde de Cazati que era á la sazon podestá, se dirije al palacio del gobierno al frente de una turba popular, con ánimo de pedir la institucion de la ***guardia cívica, la abolicion de la policía*** y una ***representacion nacional***; pero como se niegan á recibirle, el pueblo se enfurece, la guardia austriaca toma las armas, y se disparan los primeros tiros.

Al punto, la capital en masa se subleva á los gritos de ¡*Viva Pio IX*! Cuajada de barricadas, combate por espacio de cinco dias enteros, y rechaza su guarnicion con indomable energía.

Aquella guarnicion, aunque fuerte de 15 á 16 mil hombres, se vé forzada á retroceder ante una poblacion sin armas, á quien la desesperacion hace invencible.

Los Milaneses, aunque encerrados dentro de sus murallas por un cordon de tropas enemigas, se ponen en correspon-

dencía con los campos por medio de globos llenos de proclamas, á quienes los soldados de Radetzky disparaban en vano fusilazos. Los campesinos toman las armas y acuden de todas partes. Los habitantes de la gran ciudad los veian venir de lejos desde lo alto de sus campanarios: los Austriacos son atacados, acosados, batidos: corre además la voz de que llega Cárlos Alberto al frente de un ejército para sostener la insurreccion. El mariscal Radetzky resuelve prudenremente abandonar la plaza; se replega á las inespugnables fortalezas de la Lombardía austriaca; y los milaneses triunfantes se nombran un gobierno provisional (1).

El 20 de marzo, revolucion en Parma. A la emperatriz María Luisa, que no tenia sus Estados sino de por vida, habia sucedido Cárlos II de Borbon, duque de Luca. Los Parmesanos, al recibir la noticia de la insurreccion de Milan, se levantan contra su príncipe; recorren la ciudad tocando á arebato, y hacen fuego á las centinelas alemanas. La destruccion era el fin; el austriaco, el pretesto.

Cárlos II hubiera podido fácilmente triunfar de aquel motin dejando obrar á sus tropas; mas temió la efusion de sangre, y su humanidad le perdió. Ay! otro tanto han hecho muchos reyes, y otro tanto les ha sucedido.

El duque manda á los soldados volver á sus cuarteles; y al punto el príncipe hereditario se arranca despechado sus carreteras, y las arroja á los pies de su padre. La tempestad continúa con nueva fuerza, y Cárlos II, pensando aplacarla, crea una regencia encargada de formar una Constitucion. Despues quiso alejarse de Parma; pero se opusieron á su partida.

(1) Componíase del conde *Cazati*, presidente, de *Boromeo*, *Durini*, *Litta*, *Strigelli*, *Guilini*, *Bereta*, *Guerrieri y Greppi*. En seguida impuso contribuciones, y ordenó alistamientos. Pero ya muchos pueblos del campo se oponian á la guerra de independencia y señaladamente á la intervencion piamontesa. Se gritaba ya entre ellos *viva Radetzky!...*

¿Qué hizo luego la regencia? Usando de sus poderes soberanos, se constituyó en gobierno provisional y en junta de salvacion pública; despidió las tropas austriacas; publicó una Constitucion sumamente democrática; instituyó una guardia nacional, y le arrancó al duque la promesa de enviar á su hijo al Piamonte, á la cabeza de sus tropas. ¡Cuántos festejos! ¡qué de ovaciones á consecuencia de estas medidas! El duque es paseado en triunfo; preludio ordinario de las catástrofes.

Al dia siguiente, ultrajes públicos: toda la prensa se desencadena contra los homenajes tributados á Cárlos II. Habia este hecho salir á su hijo para Turin con pliegos para Cárlos Alberto, y á poca distancia de Cremona el jóven príncipe es traidoramente detenido por algunos voluntarios. Le sacan de su carruaje, le atan las manos con pañuelos, le llenan de insultos, y hasta le amenazan con la muerte. Amarrado con fuertes ligaduras, es conducido á Cremona, donde el populacho enfurecido le recibe con vociferaciones inauditas. La gendarmería se apodera de él, y le lleva al palacio del gobierno provisional de la ciudad, donde le retienen por espacio de diez y seis horas, entregado á todos los tormentos del hambre y la prision. En vano los despachos de su padre le presentaban como general en los ejércitos de la independencia; pues se piensa probablemente que Cárlos Alberto se curará muy poco de tener por apoyo al hijo del príncipe cuyos estados ambiciona, y el príncipe hereditario de Parma, despues de los interrogatorios mas injuriosos, es enviado á Milan (1).

El 10 de abril siguiente, Cárlos II, obligado á huir de

(1) Despues de dos meses de arresto, se escapó clandestinamente y se fué á Génova, de donde salió para Malta, disfrazado de marino. De Malta se dirijió á Nápoles, y de Nápoles á Inglaterra. *Novara* en fin le volvió á *Parma*.

sus Estados, tomaba el camino del destierro, y el *abate Gioberti,* asi como el padre *Gavazzi,* hacian uno tras otro su entrada triunfal en Parma. La esposa y la nuera del duque, gravemente enferma la una, y la otra en cinta de siete meses, no habian podido partir en compañía de su marido y suegro. El gobierno provisional las abruma de humillaciones: les prohibe vivir en las grandes habitaciones de su palacio, y las confina á miserables estancias; les niega las cosas mas necesarias á la vida, y finalmente las obliga de la manera mas brutal á dejar la ciudad de Parma.

La jóven duquesa era linda, amable, benigna, benéfica, y poco antes el ídolo del pais. Como hermana del conde de Chambord, era de la sangre de los reyes de Francia; pero nada de esto aboga en su favor. No obstante su preñez avanzada, la obligan á huir de noche, con una copiosa lluvia, en una especie de cabriolé descubierto; al pasar por Bolonia, para ir á pedir refugio en Toscana, detenida la augusta fugitiva por bandas atroces, se salva como por milagro de la muerte (1).

Inmediatamente despues de estos hechos, el ducado de Parma se daba al rey de Cerdeña, y un comisario piamontés venia á tomar posesion del pais en nombre de Cárlos Alberto.

Pero anudemos el hilo de los acontecimientos en el mes de marzo de 1848.

(1) El gran duque de Toscana le dió asilo en sus Estados hasta tanto que lo fué á pedir él mismo al rey de Nápoles. En cuanto á la duquesa madre, obtuvo del gobierno revolucionario de *Módena*, menos inhumano que el de Parma, permiso de residir en esta última ciudad hasta su completa curacion.

El 23, república en Venecia y nuevas escenas que describir. *Daniel Manin y Nicolás Tomáseo*, ambos jefes de la *jóven Italia,* habian sido encarcelados poco antes, por haber publicado escritos políticos. Estos dos hombres, prescindiendo de su opinion, eran generalmente estimados. El pueblo corre de tropel á su prision, y pide se les ponga en libertad. A consecuencia de la negativa, estalla un motin, y se desempiedra la plaza de San Marcos.

El 17 de marzo, despues de muchos disparos de fusil, los presos recobran su libertad. Manin es llevado en triunfo en una silla á la plaza del palacio ducal, donde arenga á la muchedumbre, y allí, en presencia de la tropa, se echan abajo de los *tres grandes mástiles* las banderas tremoladas del Austria.

El 18, pide el pueblo que se le arme, y quiere una guardia nacional. El ayuntamiento y el gobernador civil, M. Palfy, acceden á la demanda, y aquella misma noche circulan por la ciudad patrullas guerreras.

El 22, se amotinan los trabajadores del arsenal, y matan en la madrugada á su coronel Marinovich. Manin, al frente de la milicia nacional, se dirige al arsenal, que guardaban por dentro tropas austriacas, y por fuera la *marina* veneciana de *tierra* (1). El comandante de estos marinos quiere cerrar el paso á Manin, y manda hacer fuego; pero sus soldados se negaron á ello, rinden las armas, y aun uno de ellos llega á dar un bayonetazo á su jefe.

Manin entra en el arsenal; se presenta con altivez al general Martini, que era el gobernador, y le intima que deje el mando en manos de su ayudante *Garaziani*, coronel veneciano, que habia sido suegro del famoso *Bandiera*, an-

(1) Hay en Venecia marinos de tierra y de mar.

tiguo cabecilla de la insurreccion calabresa. Martini vacila al principio, luego se somete..... y se rinde (1).

Obligóse ademas al general Martini á que escribiera á la escuadra del mar Adriático, para que volviese inmediatamente al puerto (los oficiales y marineros de esta escuadra eran casi todos venecianos). Entretanto, el abogado *Avesani*, seguido de las autoridades municipales y los jefes de la milicia nacional, forzaba al gobernador civil Palfy á ceder sus poderes al general Zichy, comandante de la plaza, é intimaba luego á este mismo le entregara al punto la ciudad.

¡Quién lo hubiera creido! Este último, lleno de pavor al oir bramar la sedicion en su puerta, capituló al cabo de dos horas. La guarnicion evacua la ciudad. Manin y Tomáseo se apoderaron del poder supremo, y en la misma nonoche del 22 se proclamó la república (2).

¡Qué de acontecimientos uno tras otro!......

(1) Las tropas austriacas fueron consignadas en el mismo arsenal y guardadas de vista por la milicia nacional, que se habia apoderado de sus cañones.

(2) Si la órden firmada por Martini hubiera llegado á su destino, Venecia hubiera tenido fuerzas considerables; pero el nuevo gobierno habia confiado dicha órden al piróscafo austriaco que conducia al gobernador Palfy y demas autoridades á quienes se espulsaba de la ciudad. Este piróscafo interceptó el despacho, y la escuadra no tuvo de él conocimiento. El Austria, que deseaba ante todo tener buques, dejó á los oficiales y marineros venecianos, que estaban á bordo, en libertad de servir ó marcharse: la mayor parte se retiraron. Los venecianos quedaron tan sorprendidos de la victoria de Manin, que la atribuyeron á milagro, cuyo honor redundó por entero en la *Madona*, á la cual pasearon en triunfo. Palfy fué castigado por su gobierno con privacion perpétua de todo empleo, y Zichy condenado á diez años de detencion. El general Martini, amigo del príncipe Schwartzenberg, es actualmente ministro de Austria en Nápoles.

Y ¿qué hacia entretanto la antigua ciudad de Rómulo y de César? Continuaba escandalizando á la Europa católica. En el convento de jesuitas las turbas habian querido degollar á un predicador, por haberse atrevido á decir en el púlpito, que *el templo del Señor no debia ser considerado como una Sinagoga.* Acometido de malvados, el orador cristiano se habia salvado por una especie de milagro.

Eran los dias últimos de marzo de 1848, cuando una tarde el príncipe Piombino, comandante de un batallon de la guardia cívica, recibió la órden de velar por la seguridad de los establecimientos religiosos, que segun se aseguraba, debian correr peligro aquella misma noche. El príncipe trasmitió la órden al marqués Patrizi, gefe de legion y bravo militar.

—«Que se toque llamada,» dijo este.

Pero le responden gritos de indignacion. Susurran que semejante providencia solo ha podido dictarla un enemigo del gobierno y partidario de los jesuitas, que el papa no ha tenido parte en ella, y que Patrizzi es un traidor.

En vez de tocar llamada, se toca generala.

La guardia nacional habia acudido á las inmediaciones del convento que peligraba; pero una parte de sus soldados, en lugar de oponerse á las furibundas declamaciones del populacho, junta á ellas su grita sanguinaria. Golpean violentamente á las puertas, mezclan con las amenazas la befa, cantan el *Miserere.* «*—Mortajas! abrid las sepulturas!*» gritan por fuera voces enronquecidas; y allí, en medio de las tinieblas, blandiendo á un tiempo agudas picas y pez encendida, instrumentos de matanza y de incendio, los caníbales entonan el *De profundis* con salvaje vocería (1).

(1) Las mismas escenas hubo en Nápoles; era perfecta la imitacion. ¡Qué armonía entre los caudillos!

¿Quién á vista de tan horrible espectáculo no hubiera temido por la vida de los jesuitas? Nada habia al parecer que pudiera salvarlos; nada, sino el ausilio de la Providencia, y ese ausilio les vino.

De en medio de la milicia ciudadana, álzanse de improviso voces protectoras, que obran en ciertas almas una mudanza súbita é imprevista: el dedo de Dios estaba allí manifiesto. Muchos oficiales, ayudados de algunos valientes, se ponen delante de los verdugos, con la firme resolucion de salvar á las víctimas. Las puertas resistieron á las hachas, y el puñal de los asesinos retrocedió ante la espada de los defensores del órden. Calmóse la gritería; se apagó el fuego de las hachas, la tempestad se fué alejando, y al primer albor de la aurora el cláustro estaba en pié todavia.

Pero acaso la catástrofe se haya tan solo aplazado; porque los facciosos no tienen ya freno, y el poder carece de fuerza.

El padre general de los jesuitas, tranquilo y resignado, escribe al Santo Pontífice, preguntándole si la congregacion debe disolverse y retirarse; Pio IX le responde por medio del cardenal Castracani, que no puede ni quiere mandar su espulsion; pero que no contando ya con la milicia ciudadana, carece de medios para defenderlos y de fuerza para salvarlos.

El padre general reune inmediatamente su consejo, y en presencia del enviado del papa se decide, que para prevenir calamidades espantosas se disuelva la Compañía.

Y en efecto, al siguiente dia dejaban á Roma los jesuitas, y la anarquía, coronada la frente, caminaba de triunfo en triunfo.

CAPITULO CUARTO.

Guerra de la independencia.—Manifiesto de Cárlos Alberto.—Partida del ejército piamontés.—Salida de las legiones romanas.

La desorganizacion francesa de febrero se hallaba á la sazon en medio de sus primeras apoteosis. Las calles de París estaban, como las de Roma, cuajadas de bandas tomultuosas, que paseaban por ellas sus picas nacionales, sus banderas tricolores y sus gorros encarnados. Víanse en ambas ciudades las mismas repeticiones, los mismos alardes, con la sola diferencia de que la nueva república francesa tenia trazas de burlarse juntamente de sí misma y del mundo entero; tan burlesco era en ella lo atroz. El año 48 completaba por lo ridículo el esperimento hecho en el 93 por el terror (1).

Mas no por eso Roma se esforzaba menos en saludar con su admiracion entusiasta las farsas de su imitadora. Habíase nombrado otro ministerio.

(1) Y sin embargo, Causidiere decia á los cuarenta y ocho comisarios del gobierno de entonces.—«Incendiaremos á Paris sin dejar en él piedra sobre piedra.» *Rapport du comité d'enquéte*, tomo I, pág. 357.

El cardenal *Antonelli*, presidente del Consejo y ministro de Negocios estranjeros.

Gaetano Rechy, ministro del Interior.

El abogado *Sturbineti*, para Gracia y Justicia.

Aldobrandini, para Guerra.

Galetti, para el de Policía.

Este último hizo publicar inmediatamente, que la congregacion de Jesus, que habia salido desterrada, habia sido espulsada por órden del papa, y que todos sus bienes quedaban confiscados. Pio IX desmiente á su ministro: inútil acto de valor.

Alzábanse á la sazon, como otra tronada, clamores inmensos; y la voz de *la jóven Italia* resonoba por todas partes apellidando guerra.

«*Emancipar la Italia de la dominacion estranjera*» ha venido á ser el pensamiento de fuego, que volando de pueblo en pueblo, despierta, electriza, abrasa. «*A las armas*!» repiten todos los órganos de la prensa con unánime entusiasmo. «*A las armas*!» repiten poblaciones enteras con patriótico delirio.

A vista de tan solemnes demostraciones, y estrechado por las apremiantes instancias de todos los jefes de sociedades secretas, Cárlos Alberto desenvaina por fin su espada. Ya no mira como un sueño la corona de la Lombardía. Se predica una cruzada; y el Piamonte, hasta entonces en perfecta armonía con Viena; el Piamonte, á quien nadie ataca, y que por tanto no tiene derecho para atacar á nadie, se declara contra el Austria, y se pone al frente de las sublevaciones de la Península. Turin, levantándose en favor de la unidad italiana, es, dicen, *la estrella de los magos* que guia á la *redencion*. Al redoble de los tambores, y entre los rumores de la guer-

ra, plántanse en varias partes árboles de la libertad; una efervescencia increible y un irresistible delirio se estienden de provincia en provincia; grandes y pequeños, ricos y pobres, todos quieren armarse, todos combatir; la Italia se levanta en masa.

Ah! en este entusiasmo nacional hubo ciertamente al principio un patriotismo sincero; hubo sentimientos generosos, sacrificios admirables; pero allí tambien se ocultaban, en falaces promesas y apariencias sublimes, los lazos mas infames y las mas villanas traiciones. Este levantamiento no careció, en verdad, de razon ni de escusa; en él latieron corazones leales, y se vieron hazañas de valor: pero estaba allí la *revolucion*, esa madre de la anarquía, que en todos tiempos es la misma. Hija sangrienta de 1793, triste fatalidad de 1830, delirio odioso de 1848, apoderábase del movimiento para falsificarlo, del heroismo para envilecerlo, de la gloria para mancillarla.

El maridaje impuro de la causa antisocial y republicana con la causa nacional y patriótica, iba á perder á la Península. ¿Y cómo podia ser de otro modo? Del seno de una *Italia heróica* se habia levantado *la Italia roja*.

¡Lamentable fatalidad! La revolucion de los misioneros del socialismo se arrojaba allí, como siempre y en todas partes, al través de la libertad. En vano, tomando un lenguaje hipócrita y una falsa fisonomía, procuraba ocultar su verdadero objeto y su natural semblante: la máscara se iba cayendo por momentos, y el espectro se mostraba, y todos se estremecian al verlo. La hidra anárquica aparecia; el honor cejaba en su presencia; la libertad debia perecer.

El rey de Cerdeña habia reunido mumerosos ejércitos; pero ¿se declara resueltamente por la guerra de la indepen-

dencia? No, nada hay en él positivo; obedeciendo á su naturaleza, anda siempre perplejo; quiere, y teme de querer; se atreve, y tiene miedo de atreverse.

Nadie comprende exactamente sus intenciones y deseos. Está en correspondencia secreta con el Austria, secreta con el papa, secreta con el rey de Nápoles, secreta con la *jóven Italia*; y junto á las murallas de Ancona decia el príncipe de Canino, hablando de él al general Pepé: «*es de fé muy dudosa* (1).»

Cárlos Alberto tiene caricias para todos los partidos, espantos para todas las revoluciones. Ambiciona las conquistas, y teme las batallas: su valor es indisputable, y su espada permanece inactiva: es de una piedad notoria, y mira como un peligro sostener la religion; tiende su frente á la corona, y sus reflexiones la rechazan. Todos los partidos le ensalzan en público; en secreto, todos le juzgan sospechoso. No es monarca, ni pueblo; no es incrédulo, ni creyente; y como ante la púrpura que tiene en perspectiva, no es el derecho ni el hecho, caerá por uno y por otro.

Sus soldados, cansados de esperar su resolucion, parten antes de recibir órden para ello, y es preciso que los siga á su pesar. Los Austriacos acaban de evacuar á Milan; la suerte está echada: el 28 de marzo Cárlos Alberto declara formalmente la guerra al Austria: «¡*Espulsemos*, dice, *á los bárbaros de Italia*!» y sin embargo, la víspera mandaba aún á su ministro de negocios estranjeros trasmitir al representante del Austria en Turin la espresion de sus pensamientos afectuosos y de sus sentimientos pacíficos.

El 31 de marzo ocupaba á Lodi, y habia publicado el siguiente manifiesto: «Italianos! Vengo solo, yo solo, para »llevar á cabo la grande obra de la independencia italiana.

(1) *Histoire des révolutions de l'Italie*, por el general Pepé, página 84.

»En breve se verá libre nuestra patria de la dominacion es-»tranjera. ¡Valientes compatriotas, á las armas!»

Este grito resuena en toda la Italia. Cárlos Alberto manda cortar muchos puentes en la Lombardía; inunda los campos; parapeta los caminos, y fortifica hasta las aldeas. Los Austriacos se retiran sobre Verona.

El estreno de los Piamonteses es brillante; el entusiasmo general. Cárlos Alberto, recibiendo refuerzos de todos los puntos de Italia, iba á caminar de victoria en victoria: el enemigo retrocede á medida que él avanza, y la Italia se cree salvada.

Salvada! pero Mazzini y consortes ¿no dirigian el movimiento de la Península?... ¿Qué iban á hacer esos destructores, esos hombres mil veces peores que los antiguos bárbaros del Norte, quienes al pasarlo todo á fuego y sangre, no asolaban al menos á *su patria*? Iban á hacer traicion á sus apoyos protectores, á poner trabas y á perder á Cárlos Alberto. Mientras el rey piamontés, rechazando á los Austriacos, creia ganar con sus proezas la corona de la Lombardía, los revolucionarios en recompensa procuraban quitarle á Milan, predicando allí la república.

Mas adelante el general Ramorino, discípulo querido de Mazzini, no pensaba sino en proclamar la república en Génova, en vez de *libertar* á la Italia en *Novara*.

Donde quiera, las mismas perfidias. En tanto que el rey de las Dos Sicilias envia sus soldados á la cruzada italiana; Mazzini en cambio, por medio de sus agentes secretos, le espedirá la *gran insurreccion de Nápoles*.

Otro tanto acontece sucesivamente en Roma, Florencia, Parma, Módena y en todas partes. Mazzini quiere príncipes que le apoyen; pero ¡ay de aquellos á quienes llama!

Florencia y Nápoles habian enviado sus contingentes al ejército piamontés: Roma preparaba tambien sus tropas.

Abrense suscriciones públicas para subvenir á los gastos de la guerra, y estaciónanse en las plazas recaudadores que reciben las ofrendas de los patriotas. La gente se dirige en tropel á casa de los ministros de Turin y Florencia, con quienes quiere fraternizar; el ministro austriaco es públicamente insultado.

Los periódicos están llenos de escitaciones al patriotismo nacional. Multitud de combatientes acuden á alistarse bajo las banderas de la nueva cruzada; pero ¡qué de aventureros entre ellos! Unos son militares condenados y proscritos poco antes; otros son como bandidos, que nunca han manejado sino el puñal y andan perseguidos por delitos infames. Esta hez del género humano se distribuye á sí misma sus grados; todos á porfía quieren ser oficiales, capitanes, coroneles, generales. El homónimo del ministro *Galetti*, que es el lion de los especieros de Roma con el apodo de *maja-pimienta*, se dará el título mas alto. Quieren servir, no hay duda; pero ante todo, quieren mandar.

Esta peste ambulante, que está á punto de marchar, forma dos legiones apellidadas *romanas*. Al frente de la primera va Delgrande, ex-coronel de la guardia nacional, hombre muy conocido por su profunda inmoralidad (1). Manda la segunda Patrizzi, tonto honrado y ciego valiente.

En vano Pio IX ha querido oponerse á la organizacion de este ejército; en vano ha declarado que por su órden se habian enviado tropas á la frontera, para mantener contra el Austria la integridad del territorio: ya no se cree en su palabra, y se resiste á su voluntad.

El gran duque de Toscana habia declarado la guerra al Austria, y de Florencia habian ya salido cuatro mil volun-

(1) Fué acusado públicamente de haber asesinado á un labrador cuya vida perjudicaba á sus intereses; y en su casa se habia decidido el asesinato del coronel Freddi.

tarios, entre los cuales figuraba el famoso Montanelli, que debia mas adelante revolucionar á su pais. Este profesor de Pisa se habia mostrado tremendo antagonista de Guerrazzi, cuando este último fué deportado á la isla de Elba, por haber sublevado á Liorna. Sin embargo, ambos enemigos debian algun dia encontrarse en Florencia, gobernando juntos el timon del Estado!...

Las legiones romanas están en marcha. Han prometido no pasar la frontera, mientras el Santo Padre no las autorice para ello; y para subvenir á los gastos del Estado, piden los círculos que se confisquen y embargen los bienes del clero. Se necesitan cuatro millones de escudos.

M. Rossi, el enviado de Luis Felipe que habia obtenido la dispersion de los jesuitas en Francia, aconseja á la iglesia romana, que para salvar sus intereses y conservar su influencia, sacrifique voluntariamente la susodicha cantidad. Adóptase el parecer del diplomático: pero antes de realizarlo, los acontecimientos, que se precipitaban hácia una catástrofe, iban á derribarlo todo á un tiempo: clero, leyes y gobierno.

Organízanse otras nuevas legiones destinadas á combatir al Austria.—¡*Viva la independencia italiana*! gritaba lord Minto en pleno teatro, y con voz entusiasmada.

La princesa Belgiojoso, la *Débora* burlesca de Italia, y Cicero-Vacchio, el grotesco *Mazaniello* de Roma, arengan á las poblaciones (1).

Sterbini, Canino, Gavazzi y otros jefes, pasando por bajo los arcos de Tito y Constantino, recorren la Via Apia y las inmediaciones del Capitolio, dando gritos de guerra y de independencia.

(1) Cicero-Vacchio se quedó en Roma, creido de que su presencia era allí necesaria para salvar la patria, y envió á su hijo en lugar suyo.

El barnavita Gavazzi quiso hablar en el coliseo.

"Amigos! dice el tribuno á la muchedumbre: las sa»gradas iniciales de la redencion I. N. R. I. deberán signi»ficar en lo sucesivo: ***Italia Nacion*, *Religiosa Indepen»dencia***! Romanos! Desde lo alto de esas tapias cuarenta »emperadores, senadores y Brutos os contemplan!..."

¡Caricatura de lo sublime! Hab'aba como ***en las Pirámides***, y se creia un Napoleon (1).

Un populacho desenfrenado, que impone espanto y horror, escolta con banderas y palmas á los caudillos de la ***Italia roja***. A la manera que tras desastrosa tormenta aparecen súbito sobre la superficie de la tierra reptiles desconocidos y animales dañinos ocultos hasta entonces en ella; así las revoluciones sociales de un pueblo hacen aparecer en él de improviso una generacion nueva, tan atroz como inesperada. Recuerdos, historia, monumentos, usos, grandezas, tradiciones; todo esto le choca y ofende. Ruinas! nada mas queruinas! hé aquí lo que necesitan esos hombres. Blasfeman de lo que ignoran; corrompen á cuanto tocan. Nubes sin agua, impelidas por un huracán de encontradas pasiones; astros errantes, que abrasan sin alumbrar; árboles de muerte y sin raices, que no dan mas fruto que cenizas; olas

(1) En Parma se espresó de un modo todavía mas insensato que en el coliseo:—»A las armas! hermanos, esclamó desde el balcon del palacio ducal. Unanse á mí todas vuestras madres, hermanas, mujeres y *cocotas* (literal), para empujaros al campo del honor. Sé que hay sacerdotes que vituperan mi lenguaje; pero en verdad os digo, hermanos mios, que los sacerdotes no son generalmente sino un hato de haraganes, que no piensan una palabra de cuanto dicen...»

El P. Gavazzi se hizo capellan tesorero de la division de Ferrari, y en el primer encuentro se escapó, llevándose consigo la caja del regimiento. Gavazzi publicó sobre este punto en los periódicos la justificacion mas singular, pues aseguró que ***una bala de cañon se habia llevado é incendiado la caja susodicha.***

embravecidas, cuya furia estalla como el Occéano y se complacen solo en sumersiones...; nacieron de la tempestad y viven solo de estragos.

Ferrari, nombrado general en jefe de aquellas cohortes improvisadas, quiere que Pio IX bendiga sus pendones: el papa se niega á ello. Ferrari insiste: se le responde con nuevas é incontrastables negativas.

No importa: como la diputacion que ha enviado al Quirinal, afirma que el jefe de la Iglesia, asociándose de corazon á sus vehementes esperanzas, ha orado por sus santas banderas; los bandidos dejan á Roma (1).

Atraviesan los Estados pontificios pillándolo todo al paso. En Monteroni queman sus alojamientos, despues de haberlos robado. Invaden luego una grande abadía, propiedad del cardenal Ferreti, y la asuelan enteramente. Iguales infamias cometen en Terni, pequeña ciudad episcopal.

Los que tratan de reprimir el desórden son perseguidos y asesinados.

Una noche, algunos soldados apagan las luces en su cuerpo de guardia, roban á sus oficiales y los matan; luego, muchos de ellos se huyen con el botin, llevándose armas y bagajes. Esto hubiera podido causar algun vacío; pero nuevos reclutas los reemplazan, y cada dia llegan mas. El oficio parece lucrativo, y las bandas armadas van en aumento. Para ellas, matar es libertar; destruir, regenerar.

En el camino se habian dado á sí mismos otro general; el piamontés *Durando* les habia parecido digno de serlo.

(1) Llegado al Adigio, se condujo Ferrari de tal modo al atacar el fuerte de Casanella, que en sentir del general Pepé, merecia, cuando menos, ser destituido por un consejo de guerra. Sus soldados querian matarle, y se vió obligado á huir. Lo que no impidió que mas adelante el triunvirato le nombrase teniente general. (*Histoire des révolutions de l' Italie*, por el general Pepé, pág. 143, 197).

Este al llegar á Ferrara, publicó una órden del dia, en que sin tener en cuenta la voluntad de Pio IX, se manda pasar la frontera: el papa se opone á ello. Ya el 29 de abril, en pleno consistorio, se habia declarado contra la guerra; y una encíclica del 1.° de mayo, en que se confirman sus anteriores disposiciones, prohibe que se ataque al Austria (1).

Al instante, horribles clamores. Durando no obedecerá. Roma se subleva indignada: entre la *Italia roja* y la Santa Sede se han roto ya todas las amistades.

La estátua santa ha caido del pedestal revolucionario, y Pio IX ha perdido sus prestigios: no mas aureola, ni mas incienso: á sus pies todo se hunde y se quebranta: no hay remedio; está jurada su ruina.

(1) Su alocucion al Consistorio se insertó en los periódicos.

CAPITULO QUINTO.

Nuevos desórdenes en Roma.—Brillantes principios de Carlos Alberto.—Unidad italiana.

En los hermosos dias de la primavera, un domingo por la mañana, se esparce por Roma, dando gritos contra el Santo Pontífice, una turba feroz, compuesta en parte de milicianos nacionales, y en parte de esa hez monstruosa de las ciudades que vomitan los dias nefastos. Intentan obligarle por medio de la intimidacion á que declare solemnemente la guerra al Austria. Todas las salidas de la ciudad están cerradas y guardadas por la cívica: en vano Pio IX, preso de los facciosos, procura tranquilizarlos con una proclama enteramente paternal; la irritacion está en su colmo.

Gran número de cardenales, entre ellos Bernetti, La Genga, Ostini, Vanicelli, y Simonetti tienen sus casas sitiadas por el pueblo, y están custodiados en ellas con centinelas de vista. Pio IX no ha podido librar de esa misma cautividad á los cardenales Mattei, Lambruschini, Gizzi y Patrizzi, sino enviándolos al Quirinal. Envia tambien á su mayordomo en su carruje á buscar al cardenal de la Genga; pero el mayordomo, perseguido por las invectivas del populacho, solo se

libra de él por la energía del coronel Salviati, hermano del príncipe Borghese. Toma el encargo de dirigirse con el mismo objeto á casa del cardenal Bernetti; mas al llegar á la puerta de la Chancillería, cuya entrada le prohibió la cívica, le apuntan con sus fusiles los centine'as, y tiene que retirarse.

El Santo Padre llama al punto en auxilio de Bernetti al general príncipe de Rospigliosi: este obedece, y parte acompañado de monseñor de la Porta; pero los rebeldes no tienen mas respeto á la autoridad militar que á la religiosa; las charreteras son tan insultadas como la sotana.

Sin embargo, el general llega á avistarse con el cardenal Bernetti, cuyos jardines estaba destruyendo la turba, y desempeña atrevidamente su encargo.

El prelado, firme y animoso, finge no creer en el peligro, y se niega á dejar su casa. Esta negativa le salvó; porque la cívica tenia preparadas sus armas, y si hubiera salido, en la misma puerta le hubieran fusilado

Tres dias duraron estas escenas; los círculos estaban en sesion permanente; el ministerio Recchy habia hecho su dimision. El populacho y la cívica, dueños absolutos de todo, piden que á semejanza de París tenga Roma *un gobierno provisional.*

Y ¡hé ahí el término á que habian gradualmente conducido las generosas concesiones del papa!... ¡Hé ahí los frutos maravillosos que debia producir *el árbol de la vida*, llamado *Constitucion!...* Las reformas solo habian engendrado el desórden; y la libertad era puramente la anarquía.

La eleccion de diputados se habia verificado constitucionalmente con las intrigas y corrupcion que es de costumbre; la fiebre revolucionaria estaba en su paroxismo. El célebre Maniani, aquel mismo á quien la clemencia de Pio IX

habia llamado del destierro, está encargado de entenderse con el noble cardenal Antonelli, una de las lumbreras de la Iglesia y uno de los mas firmes apoyos del papa, para formar un nuevo ministerio. Presenta con habilidad algunos nombres distinguidos; porque su hipocresía afectaba aun moderacion. Propone primero al cardenal Altieri para presidente del gabinete; luego, como esa eleccion hubiera sido atinadísima, vuelve á otro dia, y le declara á Pio IX que el pueblo romano no quiere absolutamente ver sacerdotes en el gobierno; y exige sobre todo que el ministerio de Negocios estranjeros tenga en su jurisdiccion el ramo de pasaportes, desempeñado por un lego. Con efecto, esto tenia tres objetos: facilitar la vuelta legal de los emigrados poniendo en regla sus pasaportes; ejercer libremente la propaganda en el estranjero, y comenzar la caida del poder espiritual.

Pio IX, que no era ya sino la fantasma de un soberano, trató de conservar algunos restos de autoridad. Pidió que se dividiese el ministerio de Negocios estranjeros, y consiguió que un lego entendiese en todo lo concerniente á los legos, y un eclesiástico en todo lo relativo á la Iglesia.

Acordado este punto, el conde Marcheti (1) fué elegido para lo primero, y el cardenal Orioli para lo segundo. El ministerio, escepto uno solo de sus individuos, no se compuso despues sino de legos. El príncipe Doria tuvo la cartera de la Guerra, Maniani la del Interior, y el duque de Regnano, radical, la de Obras públicas. Comenzó este gabinete á desempeñar su encargo en mayo de 1848.

Continuaban saliendo de todas partes tropas para la cruzada contra el Austria. El general Laugier, á la cabeza de 6,000 voluntarios, habia peleado valerosamente en *Cur-*

(1) A Marcheti le agregaron un liberal furioso llamado Catabana.

tatone y *Montanara*; pero no obstante las proezas de su gente, habia sido derrotado al fin de mayo; Montanelli, herido y prisionero en el último combate, habia sido trasportado á la ciudadela de Mántua; y divulgada la noticia de su muerte, su patria hasta habia ya resuelto que se le hiciesen solemnes funerales.

Por entonces se presentaba Michievicz delante de Milan con un fuerte destacamento de polacos; invadia Durando la Romaña con sus legiones; el general Pepé habia salido de Nápoles con un ejército de 12 á 15,000 hombres; y 4,000 napolitanos, mandados por el general Statella, entraban como vencedores en Bolonia el 16 del mismo mayo.

El coronel *La Masa*, que habia llegado á Ferrara acaudillando 90 *sicilianos* rebelados contra su rey, queria sitiar la ciudadela (1). «*Treinta normandos*, decia, habian bastado en otro tiempo para conquistar el reino de Nápoles.» Juzgando pues escesivo el número de soldados que tenia delante de Ferrara, habia enviado una tercera parte de ellos á defender á Treviso contra el ejército austriaco. Verdad es que *La Masa* no tuvo entonces la fortuna de tomar á Ferrara; pero en cambio tuvo despues en Mesina la ventaja.... de huir.

Desde que se habia proclamado en Venecia la república, todas las villas y aldeas del Veneciado se habian emancipado del yugo austriaco.

Las fortalezas de Palmanova y Osopo, situadas en la frontera de Italia por la parte de Trieste, se hallaban en poder de Manin:

La importante plaza de Udina, por la parte de la Carintia, habia seguido el impulso general:

En Padua, Treviso y Vicenza habia habido iguales triunfos:

(1) *Crónica popular*, pág. 156.

Y la antigua ciudad de los doges se imaginaba haber vuelto á los hermosos dias de su independencia: triunfaba la república.

Entretanto el rey de Cerdeña, pasado el Mincio, habia comenzado brillantemente la campaña. *La Italia roja* publicaba en las cuatro partes del mundo, que una victoria decisiva habia inmortalizado en el puente de Goito sus banderas; y que ante las trompetas del ejército piamontés, que corria á la tierra prometida, Cárlos Alberto veria al punto caer las murallas de *Jericó*, ó sean *Mántua* y *Verona.*

En los boletines de los victoriosos, difundidos en Roma y Nápoles, se leian las noticias siguientes:

«—El ejército austriaco ha dejado de existir.»

«—Cuarenta mil prisioneros se han postrado ante *la grande espada de Italia.*»

«—Radeztky, con las dos piernas rotas, ha sido arrastrado á la cola de su caballo, en medio de las aclamaciones del ejército.»

«—Mántua está tomada.»

«—Verona se ha rendido.»

«—Venecia ha celebrado estas victorias con admirables iluminaciones (1).»

«—El enemigo ha perdido todos sus cañones, todas sus banderas, todos sus bagajes.»

«—El número de muertos es incalculable (2).»

Sin embargo, habiendo querido computar algunas personas el número de muertos y heridos austriacos, segun las versiones publicadas, lo hicieron subir los boletines á 7.800,500.

(1) En efecto, hubo tres veces iluminaciones por la falsa rendicion de Verona.

(2) El boletin impreso y publicado que anunciaba la toma de Mántua, estaba enriquecido con un soneto magnífico; los pormenores del combate eran portentosos; aquello era maravilloso mas que la toma de Troya.

¡Qué triunfo tan inconmesurable! Nunca se habia visto otro semejante!

Despues se le anunciaba oficialmente á Europa, que ejércitos, tambien *incalculables*, llegaban de todas partes al cuartel general del héroe libertador. De aquí partian 30,000 hombres; de allí, 40,000; de allá, 25,000; de esta parte, 60,000; de aquella, 80,000; de esa otra, 50,000. A la derecha iba un pais entero; á la izquierda, todos los pueblos en masa. Mr. Lamartine le enviaba 100,000 hombres á Cárlos Alberto, segun le habia prometido al general Pepé (1). Y todo esto formaba millones de espadas y bayonetas; y con todo esto se estaba tanto mas seguro de la victoria, cuanto que se aseguraba al mismo tiempo, que no habia ya ejército austriaco. Pero entonces ¿á qué tantas fuerzas?

Sin embargo, las narraciones de los mazzinianos no eran del todo fabulosas. El rey de Cerdeña veia efectivamente que todo le salia á medida de su deseo: su ejército efectivo habia subido á 90,000 hombres (2); los Austriacos, derrotados en *Pastrengo*, son por él batidos de nuevo en Santa Lucía, y sus soldados se cubren de gloria: el enemigo marcha de desastre en desastre.

La insurreccion de Italia habia estallado á un mismo tiempo desde el Tesino al Isonzo, y desde el Pó hasta los Alpes. En Como, la guarnicion se habia visto precisada á rendirse; en Bérgamo, se habia retirado á toda prisa. *Pavia, Cremona* y *Pizzighattone* espulsaban á los austriacos. En *Monza*, quedaba prisionero uno de los batallones de Radetzky; en *Brescia,* tenian que capitular los dominadores, des-

(1) *Histoire des revolutions de l'Italie*, por el general Pepé, pág. 22.

(2) La Toscana le habia enviado de 5 á 6,000; los romanos 19 000; Nápoles 15,000; Parma y Módena 3,000, y de todas partes se le allegaban voluntarios.

pues de haberles cogido dos generales y muchos oficiales. En fin, la victoria de *Goito* habia adornado con nuevos laureles la frente de los vencedores.

En la tarde de ese dia memorable sabia Cárlos Alberto, en el campo de batalla, la rendicion de la importante plaza de *Peschiera* (1). ¡Inmenso triunfo era aquel! El ejército sardo, entusiasmado, ensalzó hasta las nubes el nombre del libertador de la Lombardía veneciana; y el rey de Cerdeña, entre las aclamaciones de los pueblos y el ejército, vió cómo lo saludaban rey de Italia (2).

La estrella de Cárlos Alberto brillaba entonces con vivísimo resplandor; todo le presagiaba al parecer los mas brillantes destinos: mas para ello necesitaba de un génio proporcionado á su posicion, y la Providencia se lo habia negado.

Colmado de triunfos, no supo sin embarge aprovecharlos, pues como de costumbre le faltó resolucion. Cantáronse *Te-Deums* con solemne pompa; mas no se tomó partido alguno. Al ver la fortuna arrastrarse á sus piés, olvidó que tenia alas.

Como los austriacos se retiraban ante él por donde quiera, se creyó árbitro de la suerte de la Península.

La Lombardía estaba á punto de declararse provincia piamontesa (3), y el Veneciado iba á seguir el mismo ejemplo (4): Parma y Módena se habian entregado al Piamonte; Cárlos Alberto, allá en su interior, les agregaba ya á Florencia, pareciéndole evidente que la Toscana no podia conser-

(1) Peschiera capituló por falta de víveres.
(2) Historia de la insurreccion y de la campaña de Italia en 1848, pág. 81.
(3) Esto se verificó el 13 de junio de 1848.
(4) Los diputados de Venecia llegaron á este efecto el 11 de junio.

var en su trono á una familia austriaca, habiéndose jurado hacer una guerra de esterminio á toda la raza tudesca: luego, los Estados pontificios redondearian admirablemente el imperio del moderno César. ¿No se decia claramente en los clubs que el poder temporal no cuadraba ya á un papa del siglo XIX, y que Pio IX podria muy bien contentarse con el obispado de Roma, dotado de inmensas rentas que le pagaria el conquistador de la Península? Y despues; ¿no se podria bajar hácia Nápoles? La Sicilia clamaba por una dinastía nueva, y podian insurreccionarse las Calabrias. Oh! el maravilloso pais de Fernando II seria el complemento indispensable á los triunfos del Alejandro en esperanza y del Napoleon en ciernes. Mas ¡ay! todo esto, en proporcion mas vasta, recordaba la *lechera* de la fábula; Radetzky iba á romper *el cántaro de la leche.*

Cárlos Alberto se hallaba á la sazon en el apogeo de su gloria: pero los hombres de la *república* no habian sublevado la Italia para dar palmas á un *rey*. Mazzini y los suyos se encontraban allí. Organizábanse en todas partes guardias nacionales, y como todo el mundo se hacia soldado, resultaba de ello que nadie realmente lo era ya. Tales parodias de ejércitos, en que cualquier individuo, sin derechos ni trabajo y en pocos instantes, se hacia capitan, coronel y general, destruian el antiguo espíritu militar, y degradaban á los verdaderos galones.

Mientras tanto, la prensa roja, en vez de secundar los esfuerzos del rey libertador, solo se ocupaba en el porvenir de los demagogos triunfantes. Insultábase al ejército como á instrumento del despotismo, y se infamaba á Cárlos Alberto como á tirano militar. No se hablaba sino de igualdad y fraternidad; no se trataba ya de monarquía y ni de heroismo. Se declara una guerra sorda á la aristocracia de las victorias, que tiende á levantar un gran soberano en vez de

fundar una gran república. La aberracion está en las ideas, la perversidad en los corazones, la ceguedad en todas partes.

Milan, en virtud de manejos secretos, se indigna al pensar que Turin pueda ser la capital futura del héroe piamontés, y esclama soberbiamente: «*¿Qué necesidad teniamos de ese hombre? ¡Nosotros nos bastamos!*»

El pais lombardo no se apiña ya en rededor de Cárlos Alberto; Pio IX habia abandonado esta causa. Los periódicos continuan sus ataques, y se esfuerzan en dar un golpe de muerte á la fuerza militar matando la disciplina. Cárlos Alberto estaba lejos de tener bastante carácter para poder á un tiempo imponer silencio á la imprenta, resistir á las tempestades de la revolucion, y arrostrar los azares de la guerra. Su cabeza se pierde en medio del desórden de los ánimos junto con el tumulto de los campamentos, y ya su estrella se eclipsa.

Sin embargo, Viena aterrorizada le proponia la paz: en aquella época y en la triste posicion en que se hallaba la capital del Austria, hubiera concedido la independencia de la Lombardía por algunas sumas de dinero; se hubiera contentado con el reino Veneto, y el tratado hubiera sido glorioso para el rey de Cerdeña: pero estas proposiciones indignaban á Mazzini, y fueron desdeñosamente reprobadas.

Cárlos Alberto habia recibido cuantos refuerzos podia esperar. Aguardábase en Niza al famoso Garibaldi, valiente filibustero, que se habia puesto él mismo la faja de general, y llegaba de América con un centenar de aventureros que habian combatido á su lado en Montevideo. El ejército sardo estaba completo en un todo. Cárlos Alberto, en vez de aprovecharse de sus primeras victorias, que tan brillantes fueron, atacando vigorosamente á los austriacos desmoralizados, pasando rápidamente el Adagio, y utilizando las ventajas que le ofrecía el Veneciado y la escuadra sardo-vene-

ciana perdió un tiempo precioso en sitiar fortalezas, y permaneció inactivo delante de ***Mantua***. Esta plaza, situada entre aguas y lagunas, era inconquistable.

Pero ¿cuál era el plan de campaña entre las potencias coligadas? ¿Debian combatir todas por interés del rey de Cerdeña, ó cada una por su cuenta particular? ¿Obrarian de acuerdo con Cárlos Alberto, ó separadamente de sus miras? ¿Serian ejército independiente, ó tropas auxiliares? ¿A qué alta supremacía se obligaban á obedecer?

Los romanos, toscanos, sicilianos, modeneses, napolitados, parmesanos, venecianos, y aun la gente de Monaco ¿deberán entrar en la misma categoría, adoptar la misma marcha, y hacer el mismo papel? Pero entre aquellos aliados de diversas clases, hay jefes á quienes repugnará tanto el someterse á la dominacion sarda como á la tiranía austriaca; hay almas monárquicas que no consentirian en derrocar las antiguas instituciones del pais por inovaciones inequívocas. ¿Por ventura se figurará Cárlos Alberto que los pequeños soberanos de Italia no habián tomado las armas, sino para facilitarle los medios de reunir á la suya sus coronas? Y por otra parte, ¿no sostiene vigorosamente Mazzini opiniones republicanas, que no quieren reyes en ninguna parte? ¿Cómo poner en armonía semejante confusion de ideas? ¿Cómo conciliar tantas y tan contrarias exigencias? ¡Qué tenebroso caos!... ¿Cómo finalmente andar en medio de tan confuso laberinto, donde hay tantos Minotauros que devoren, sin ningun hilo conductor?

Y suponiendo que los Austriacos fueran al fin espulsados, ¿para quién el provecho de tan grande obra? ¿Qué se hará de la Lombardía?... ¿Qué de la Península entera? La famosa ***unidad italiana*** ¿se cuenta entre las cosas posibles?

Desde luego ***Milan*** no querrá ser un anejo de ***Turin***, y Palermo ha pretendido separarse de Nápoles.

Génova la soberbia está en posicion muy alta, para que no aspire á sacudir el yugo de la *metrópoli sarda.*

Florencia tiene sobrada dignidad, para que se humille á ser vasalla de *Roma.*

Módena, que desprecia con desdén á Bolonia, se avergonzaría de ocupar un lugar inferior á Parma; y esta, por su parte, rechazaria con indignacion la idea de someterse á la *corona de hierro.*

Liorna es una ciudad comercial demasiado notable, para que no ambicione el ser *puerto franco* y *ciudad libre.*

La república de San Marino no puede ser incorporada á un estado monárquico.

Monaco, que acaba de darse una carta fundamental, deberá forzosamente permanecer potencia constitucional á parte.

Y *Mántua la inespugnable*, ¿por ventura no tendrá derecho á figurar como ciudad de primer órden?

Niza no debiera en realidad depender sino de sí misma:

¡Y Venecia! ¿acaso podria entrar en una organizacion general de otro modo que como independiente de todo reino?

¿No es preciso que cada una de estas ciudades sea una capital, fuera de toda rivalidad vecina? ¿Cómo amalgamar tantas vanidades, que se alzan todas enfurecidas á cada atentado que se comete contra su mutua soberanía? ¡Qué Babel!

Evidentemente el acuerdo general de Italia, á consecuencia de su libertamiento, seria un combate á muerte entre todos los paises emancipados.

Estas maduras reflexiones debieran haber precedido á los armamentos patrióticos, pues hubiera sido prudente y razonable meditar antes de obrar: pero la *prudencia*! la *razon*! son insignificantes bagatelas, virtudes eminentemente retrógadas. Se abstuvieron pues de pensar; y las objecciones se miraron como antipatrióticas.

¡*A las armas*! *á las armas*! continuaba gritando el entusiasmo público; y preocupados enteramente con la guerra sagrada, sin tener en cuenta lo que antes existia, no acordaron ni lo que debia hacerse, mientras durase, ni lo que habria que resolver despues. Partieron como quien va á correr aventuras, y en el Occéano de los azares, por entre escollos inumerables, la imposibilidad fué el término, la estravagancia el piloto, y el vértigo la brújula.

Sin embargo, de Florencia y Nápoles se habian enviado á Roma plenipotenciarios, para tratar del *porvenir italiano*: pero Cárlos Alberto se habia contentado con responder, por conducto de su ministro Pareto, estas arrogantes palabras:

«Pensaremos en tratados, cuando hayamos ganado victorias.»



CAPITULO SESTO.

Situacion de Nápoles, Venecia y Florencia.—El abate Gioberti en Roma.—Apertura de las Cámaras.—Nuevos desórdenes.

El mes de mayo de 1848 habia sido fértil en grandes acontecimientos. El mas importante de todos fué el triunfo del rey Fernando II sobre la revolucion de Nápoles. En la segunda parte de este libro se referirá circunstanciadamente este gran drama histórico, cuyos resultados fueron inmensos para la salvacion de Europa.

El soberano de Nápoles, que habia vencido ya á la insurreccion en su capital, y se aprestaba á reconquistar la Sicilia, habia llamado sus tropas de la liga italiana, asi como á la escuadra que bloqueaba á Trieste en union con la flota sarda y veneciana. Este llamamiento fué el primer golpe que sufrió la cruzada: Mazzini habia pensado derribar á Fernando con sublevar á Nápoles; pero solo habia conseguido destruir la *unidad italiana.*

El general Pepé, que se negaba á obedecer las órdenes de su rey, abandonado de la mayor parte de sus tropas, partió para Venecia, á donde llegó en el mes de junio. Quedá-

banle solamente dos batallones de voluntarios napolitanos, á quienes llamaba *batallones modelos*, una batería de ocho piezas y algunos centenares de soldados de diferentes armas. Estos, aunque se pasaban al estranjero, se apellidaban soldados leales, y en una órden del dia su jefe les hablaba con estas palabras mas que estrañas: «*Habeis sido modelo de todas las virtudes* (1).»

Venecia y sus fuertes, completamente bloqueados por el cuerpo de ejército austriaco que mandaba el general Welden, pensaron que en circunstancias tales debia tomarse una gran medida nacional; y los hombres de la independencia decretaron, con su acostumbrado patriotismo, la reunion del Veneciado al Piamonte. Manini se retiró al momento: su república se habia hundido.

El gran duque de Toscana habia dado hacia tiempo una constitucion á Florencia: esta constitucion, que primero fué *á la francesa*, se habia recompuesto *á la sarda*. Así era peor que del otro modo, y por tanto merecia la preferencia (2). Una amnistía, publicada á continuacion, habia puesto en libertad á Guerrazzi. Se dió principio á las elecciones. El rebelde Guerrazzi fué elegido diputado en tres distritos; y el radical Montanelli, prisionero á la sazon en Mántua, fué nombrado representante del pueblo con entusiasmo.

La revolucion se enseñoreaba del poder en Toscana como en Roma. «*Reformas*! *Reformas*!» le gritaban los agitadores al gran duque Leopoldo, bajo los balcones del palacio Pitti: lo que valia tanto como decir: «Achicaos cuanto antes, para

(1) Pepé, *Histoire des révolutions de l'Italie*, pág. 400.

(2) El júbilo popular se habia manifestado al principio, segun las instrucciones de Mazzini, con demostraciones delirantes; luego se habia juzgado que la constitucion, aunque mas democrática que la de Turin, de Francia y de Nápoles, era sin duda insuficiente, y se meditaba ya... otra cosa. (Véase la *Storia degli avvenimenti d'Italia*, cuaderno, 19, pág. 150).

que podamos luego aplanaros con igual presteza, y echaros todavia mas presto.»

Ay! el gran duque de Toscana habia sido uno de los primeros en dejarse llevar de las lisonjas populares. Hacia mucho tiempo, que rodeado de inciensos y de palmas se adormecia tranquilamente oyendo el lejano rumor de las tempestades; y cubriendo con su real égida las doctrinas de perdicion, tomaba de buena fé, en sus estraños desvaríos, el Ténaro por el Eliseo. Si los Toscanos, fatalmente descarriados, fueron mas adelante culpables, su príncipe les habia dado el ejemplo,

Sin embargo, ¿quién se habia mostrado mas dispuesto que él á sacrificarlo todo por su pueblo? Por dar gusto á los exaltados, omitió en sus actos el título de *Alteza Imperial de Austria*: no habia concesiones á que no se resignase de buena gana; y ¿cómo se lo agradeció la *Italia roja*? Hablando de él en estos términos: «Al gran duque de Toscana le faltaba solo una sotana para ser todo un jesuita (1).»

En el mes de junio debian abrirse las Cámaras en Roma. Quince dias antes llegó el abate Gioberti, el hombre de la córte de Turin, y se alojó en la fonda de Inglaterra, en frente del palacio Torlonia. La llegada de este célebre eclesiástico, que nada tenia de religioso ni en sus ideas ni en su traje, habia dado lugar á demostraciones de regocijo; la milicia cívica le formaba una guardia de honor.

Pide audiencia al papa.

Su Santidad le responde por conducto de monseñor de Médicis, que le recibirá; pero exije que se presente con el traje propio de su estado. Un tal Spilman, que tiene un hermano jesuita, le ofrece un hábito de sacerdote, y Gioberti lo acepta. Por desgracia la sotana era muy corta, y no habia sombrero. ¿Qué importa? Un hongo de lego puede com-

(1) *Histoire des révolutions de l'Italie*, por Pepé, pág. 201.

pletar el atavío, y el abate Gioberti se presenta al Santo Padre en traje de carnaval.

Pio IX le recibe no obstante con una bondad verdaderamente apostólica; y Gioberti, fingiéndose enternecido, promete retractar los pasajes de sus escritos que la Iglesia condena. ¿Cumplirá su palabra? Pronto lo veremos.

Dirígese á la apertura de las Cámaras, en que el cardenal Altieri ocupaba el asiento del papa (1); y llama allí la atencion con sus aplausos demagógicos. Tiene despues largas conferencias con el padre Ventura, de cuyas resultas publica un nuevo folleto político sobre la *Independencia romana*, y una completa apología de su libro el *Jesuita moderno*. Vuelve en fin á salir para Bolonia mas exaltado que nunca; y por sus instigaciones el ayuntamiento romano, mudando el nombre de la calle que habitaba, la llama *Strada Gioberti* (2).

Al dia siguiente de abrirse las Cámaras, leyó Mamiani sn programa, en que indicaba la marcha política que se proponia seguir. En él apenas se hacia ya mencion de Pio IX.

«*El papa*, decia Mamiani, *sentado en la serena paz de los dogmas religiosos, ora, bendice y perdona.*»

A esto se limitaban las atribuciones de Su Santidad. Así Pio IX no tenia ya realmente poder ni autoridad. No obstante la division del ministerio de Negocios estranjeros, no podia ya mantener libre correspondencia con el mundo católico: Marchetti tomaba previamente conocimiento de las cartas de Su Santidad, veía las contestaciones, y hacia luego de ellas el uso que bien le parecia: de manera que el Santo Padre no era en cierto modo sino el secretario de Marchetti.

(1) Acompañaban á Altieri los prelados Médicis, Borromeo y Lúcidi.

(2) Hízose presentar igualmente á la Universidad, donde fué calorosamente cumplimentado por el rector Frateni y el profesor Verri, jesuita espulsado de su comunidad.

Una mañana, el 30 de julio de 1848, sube Marcheti á ver al papa con un diario de Módena en la mano, cuyo título oculta, y le lee, como oficial, la noticia de una gran victoria conseguida por Cárlos Alberto.

A este artículo, tomado de otro periódico, precedian algunas palabras que lo ponian en duda; pero Marchetti se guarda bien de comunicárselas al Santo Padre, y á eso de las doce del dia, poco mas, se difunde por toda la ciudad el rumor del nuevo triunfo del ejército piamontés. Con objeto de acreditarlo, una estafeta, salida de Roma por la puerta Angélica, volvia á entrar por la *del Pópolo*, con un pliego enorme y gritando: *Victoria*! *Victoria*!

¿Cuál era el objeto de estas supercherías? ¿Tarde ó temprano no se descubriria la verdad?... Ah! era preciso tener al populacho en continua exaltacion; y á grandes regocijos, causados por la publicacion de una victoria, sucederian forzosamente grandes furores al saber una derrota.

«Cuidad, escribia Mazzini á sus correligionarios; cuidad »de no dejar nunca dormirse al pueblo fuera de las agitacio»nes. Rodeadle constantemente de rumores, emociones, sor»presas, mentiras y fiestas. Esto será desórden, enhorabuena: »pero no se revoluciona ningun pais con calma, moral y »virtudes. Para que venga á nosotros, es preciso le saquemos »fuera de sí.»

Las dos eran de la noche, cuando una turba estrepitosa y exaltada, sacudiendo estopas inflamadas y agitando banderas tricolores, se hallaba enfrente de casa del marqués Pareto, ministro de Cerdeña, y le llamaba á su balcon.

«—¿El rey Cárlos Alberto ha batido de veras á los Austriacos?» le preguntan con gritos desaforados.

«—Espero, dijo al pueblo el plenipotenciario, que nuestra victoria sea cosa cierta; pero todavia no tengo de ello noticia oficial.»

Estas palabras parecian un tanto vagas; pero la turba alborotada ha juzgado que no desmentir la noticia era confirmar el triunfo; y prorrumpe en numerosos *vivas*.

De allí corre á las iglesias, y á palos obliga á los sacristanes á que echen las campanas á vuelo (1). En calles y ventanas, en altos y en bajos, se encienden faroles, se tiran pistoletazos, se disparan cohetes y petardos que crujen como fuego de peloton, como descargas de artillería; y todo esto entremezclado de salvajes aclamaciones. No parece sino que la capital del mundo cristiano ha tornado á la invasion de los Hunos; pero ay! el *azote de Dios* era esta vez la misma Roma.

Al rayar el dia piden los clubs un *Te-Deum* en accion de gracias por la derrota de los Tudescos; el cardenal se dirije primero al ministro de policía, para asegurarse antes de la certeza del hecho.

«Sí, cantad el *Te-Deum*» responde friamente Galletti.

Dáse al punto la órden para ello: la ceremonia religiosa se verificará en los Teatinos, en la iglesia de San Andrés del Valle, declarada *iglesia nacional*.

Allí está el padre Ventura. ¡O indignacion general!

Este se dirije á la muchedumbre, y hablándole con fúnebre solemnidad: «Hermanos, dice el amigo de Gioberti, hay »aquí una horrible superchería, una perfidia sin ejemplo. El »*Te-Deum* que va á cantarse no es en honor de las victorias »del Piamonte, sino al contrario, en celebridad de un triun»fo de Radetzky. ¡Se burlan del pueblo y de Roma!»

La multitud se retira exasperada. *Venganza* es el grito general: una catástrofe es inminente.

(1) Solo en la iglesia de San Juan no pudo el pueblo conseguirlo.

CAPITULO SÉTIMO.

Reveses de la jóven Italia.—Batalla de Custoza.—Derrota de Cárlos Alberto.—Capitulacion de Milan.—Triunfo de Radetzky.—Mas desórdenes en Roma.

Habian pasado los hermosos dias del rey de Cerdeña; sus dorados sueños empezaban á desvanecerse, y el entusiasmo italiano se iba disminuyendo sin cesar. Mazzini peroraba en Milan, no en favor de Cárlos Alberto, sino en pró de una república. Las operaciones militares carecian de plan y de armonía: veíanse donde quiera defecciones, errores, indisciplina, cansancio.

La Lombardía rechazaba mas que nunca á la Cerdeña, y el soberano del Piamonte iba á rodar de desastre en desastre. Habia perdido un tiempo precioso delante de Mántua; y las cosas comenzaban á mudar de aspecto por parte de los Austriacos. El general Nugent, enviado en socorro de Radetzky con un cuerpo de ejército reunido á toda prisa en el Isonzo, se habia apoderado de Palma-Nova, defendida por el general Zucchy; de allí se habia marchado con unos 18,000 hombres sobre Udina, que le abrió las puertas.

El general Durando, encargado de impedir la reunion de

Nugent y Radetzky, despues de pasar el Pó y dirigirse al *Piade,* riachuelo que bajando de los Alpes desagua en el mar Adriático, habia juntado á sus legiones romanas cierto número de estudiantes de Padua, y se lisonjeaba del buen éxito de su espedicion. ¡Vana esperanza! pues fracasó completamente, y tuvo que retirarse á Vicenza.

Animadas allí sus tropas con la presencia de Manin y Tomáseo, habian peleado valerosamente al principio y rechazado al enemigo hácia el Adigio; pero los generales Aspre y Wratislaw habian vuelto á la carga; y Durando, bien que se hubiese preparado para la resistencia mas heróica, teniendo como tenia diez mil valientes á sus órdenes y por consejero al marqués de Azeglio, presidente ahora del Consejo de ministros en Turin; Durando, decimos, se habia apresurado á... capitular, quedando él y los suyos prisioneros (1).

Sin embargo, puestos en libertad poco despues, los vencidos de Vicenza habian vuelto á Roma, donde recibidos á guisa de triunfadores, se les habian arrojado palmas y coronas como á los antiguos Césares del Capitolio.

Radetzky habia vuelto á la ofensiva, y sus tropas se hallaban concentradas alrededor de Verona. En cuanto á las de Cárlos Alberto, estaban esparcidas en una línea muy estensa, y les faltaba un gran capitan.

Los Austriacos atacaron al enemigo en *Somma-Campagna,* y lo echaron de esta posicion importante despues de una resistencia vigorosa. Retiróse el general piamontés Sonnez á Villafranca; con lo que el mariscal Radetzky se quedó en posesion de las dos márgenes del Mincio desde Porti á Vallagio, como tambien de las alturas que las coronaban.

Sabedor Cárlos Alberto de tan fatales nuevas, dejando á la vista de Mántua sus tropas de la márgen derecha, llevó

(1) Se les dió libertad bajo la solemne promesa de no pelear mas contra los Austriacos en aquella campaña.

las de la izquierda á Villafranca, donde se hallaban reunidas en la noche del 23 al 24 de junio.

El duque de Saboya se dirigió á Custoza á la cabeza de nueve mil hombres, y el de Génova á Somma-Campagna con una columna de cinco mil (1): mandaba en jefe el general Bava. Todos tres dan principio al combate con bravura, y los Austriacos, atacados de improviso, retroceden en desórden hácia Oliosi, habiendo perdido de cuatrocientos á quinientos hombres, y dejado en poder de los vencedores mil ochocientos prisioneros y dos banderas.

Al siguiente dia 24, Cárlos Alberto en persona se habia reunido al general Bava, y daba Radetzky la famosa batalla de Custoza.

Grande fué este dia para el Austria.

El rey de Cerdeña y sus hijos mostraron un valor admirable todo el tiempo que duró la pelea; pero sus tropas, faltas de sustento por espacio de treinta horas, rendidas de fatiga por las marchas y contramarchas de los dias anteriores, estaban completamente desalentadas, y mas murieron de esto, que cayeron por las balas enemigas.

Infatigable en el campo del honor, Cárlos Alberto no desmayaba aun... Vanos esfuerzos, inútil resistencia: la fortuna le volvia la espalda. A las seis de la tarde se daba en todos los puntos la órden de retirarse hácia Villafranca, porque la batalla estaba ya completamente perdida: á las ocho, Radestky, dueño del campo, habia reconquistado la Italia.

De Villafranca se dirigió Cárlos Alberto á Goito, primer teatro de su gloria. El desaliento era general; los representantes del gobierno provisional de Milan habian tomado la fuga; el ejército sardo carecia de víveres. El rey propuso un armisticio á Radetzky: este le impuso condiciones duras,

(1) Quedaban 5 000 de reserva en un punto intermedio, y 2,000 guardaban á Villafranca.

pero razonables. Cárlos Alberto se retiraba á Cremona. Deseaba cubrir aun una parte de la Lombardía, y se proponia defender á Milan; pero Milan, que no habia previsto reveses, no habia tomado medida alguna de precaucion para librarse de desastres. El desgraciado rey de Cerdeña, desde el Mincio hasta Milan, en ningun punto pudo hacer frente al enemigo. Cerca de Lodi quiso probar á combatir; pero al aproximarse los vencedores, sus soldados, faltos siempre de víveres y muertos de hambre, vuelven pié atrás y se dispersan. Quince mil se fugaron por los caminos del Pó y del Tesino; y al llegar á la vista de Milan, Cárlos Alberto tenia veinticinco mil hombres tan solo (1).

En la mañana del 4 de agosto, se alojó en uno de los arrabales de la ciudad, en la posada de San Jorge: Radetzky iba en su persecucion.

A las cuatro de la tarde se traba el combate en la puerta Romana entre los Austriacos y los Sardos. Una tempestad horrible vino á confundir los fragores del trueno con el estampido del cañon. Cárlos Alberto en lo recio de la pelea tuvo aun bellos momentos: rechazó á sus enemigos; pero este fué el resplandor postrero de una estrella que iba á eclipsarse. La junta de defensa de Milan habia hecho pegar fuego á algunas casas del arrabal de que hubieran podido apoderarse los Austriacos para hostilizar á la ciudad; de manera que las tropas reales siguieron peleando al estampido del cañon, al estruendo del rayo, al fulgor de los incendios y el sonido de la campana. No parecia sino que se desencadenaban juntamente en su daño los elementos, la naturaleza y los hombres.

La noche interrumpió la batalla: los Piamonteses habian perdido nueve piezas de artillería, y acorralados contra los muros de Milan, no podian ya esperar la victoria.

(1) En Goito, siete dias antes, tenia aun doblado número.

Los jefes del ejército sardo juzgaron indispensable capitular aquella misma noche. Milan, sin tropas, ni víveres ni municiones, no podia ofrecerles ausilio alguno. Garibaldi acababa de salir de allí para cubrir á Brescia; y los habitantes de la ciudad, si bien tocaban á rebato y construian barricadas, no tenian ya esta vez ni buena voluntad, ni energía moral, ni audacia guerrera. ¿Qué se habian hecho los milaneses de las famosas jornadas de marzo?

Cárlos Alberto tuvo que resolverse á capitular: ofreció restituir á Milan bajo condiciones honrosas, y retirarse á la otra parte del Tesino. Si Radetzky hubiera estado menos impaciente de volver á la ciudad de donde la insurreccion le habia echado, hubiera podido obligar al rey de Cerdeña á rendir las armas y entregarse á discrecion: pero quiso mas bien tratar, que destruir (1).

Segun el convenio estipulado, el mariscal concedia al rey el plazo de dos dias para volver al Piamonte, y veinte y cuatro horas á los que quisieran abandonar la ciudad, despues de entrar en ella los Austriacos. Obligóse á respetar religiosamente las personas y propiedades. Esta capitulacion era mas ventajosa de lo que debia esperarse. Milan la supo el 5 por la mañana.

«¡*Traicion*! *traicion*!» gritaba el pueblo enfurecido. Y se dirige en masa hácia el palacio Greppi, donde acababa de llegar Cárlos Alberto (2).

¡*Quememos el palacio*! *muera el traidor*! clamaban con espantosa gritería.

El rey sale al balcon, y quiere hablar á la muchedumbre.

(1) *Custoza*, por un capitan de artillería francés. Turin, 1843.

(2) Este palacio está en el centro de la ciudad, frente al famoso teatro de la *Scala*.

«Milaneses! dice el príncipe con un ardor caballeresco dígno de admirarse, aunque poco en armonía con los tiempos, los hombres y el lugar en que estaba. ¡Milaneses! si mi capitulacion os disgusta, la anulo al instante; y si lo exigís, combatamos! Yo me sepultaré con vosotros bajo las ruinas de la ciudad (1).»

El ayuntamiento, aterrorizado, no adoptaba semejantes ideas. Los individuos de su consejo, que habian ordenado levantamientos en masa en todo el pais, menos en su ciudad, suplican al rey que mantenga su determinacion. Cárlos Alberto cede á sus instancias, y el 5 por la tarde le anuncia al pueblo el potdestá, que la capitulacion está irrevocablemente firmada.

El furor popular estalla al punto.

Hordas frenéticas van recorriendo las calles: sabedoras de que el rey iba á partir, vuelcan sus carruajes, saquean sus bagajes, y forman barricadas alrededor de su palacio, para oponerse á su salida y retenerle preso. Gritan que *llegan los franceses*; que acaban de recibir noticia de ello; que el rey hace traicion á todo el mundo: y el héroe libertador, el jefe de la *Unidad italiana*, el soberaao futuro de toda la Península, se ve allí vorgonzosamente sorprendido por insultantes silbas é infames irrisiones. Entonces, separado de sus tropas, que acampaban fuera de la ciudad, trató de hablar otra vez á los amotinados; pero estos le hicieron fuego sin piedad. La pared de su palacio fué acribillada de balazos, que felizmente no le dieron á él; solo faltó que para coronar sus actos, no hubieran los revolucionarios lombardos escrito estas palabras en el plomo de sus balas: «*¡A Cárlos Alberto, los milaneses reconocidos!*»

Querian incendiar el palacio, y los peligros del príncipe

(1) Estas palabras fueron impresas y fijadas inmediatamente en las paredes del palacio.

crecian por momentos. El caballero de la Marmora, dejándose deslizar desde lo alto de una ventana, á favor de la oscuridad y sin ser visto, corre al campo piamontés, donde llega felizmente, y vuelve poco despues en busca de Cárlos Alberto con un regimiento de carabineros.

Seria como media noche cuando el rey trata de salirse. Esta idea exaspera á la muchedumbre. La campana de rebato vuelve á sonar su lúgubre tañido; las incendiadas casas del arrabal despedian aun horribles resplandores; tirábanse acá y allá fusilazos en las plazas y encrucijadas; sentíanse ruidos horribles, á que sucedian pavorosos silencios. La ciudad estaba aterrada. El rey logró salir de ella, no sin ser tiroteado en todas las calles y plazas, mientras que protegido por sus tropas la atravesaba. En la puerta *Vercellini* costó muchísimo trabajo disipar las masas y abrir paso; pero al fin Cárlos Alberto pudo mas, y su vida, al menos, se salvó.

Pero ¡cuán trocada estaba su suerte! ¡Qué de amargas reflexiones se agolpaban en su espíritu! Habia visto pasar por delante de sus ojos, bien así como en fantásticas nubes, la corona de hierro de los lombardos, la antigua veste de Cárlo Magno, el gorro ducal de Venecia, los cetros de Parma y de Módena, la púrpura de César Augusto y la diadema de Sicilia (1).

¡Qué de ilusiones encantadoras! Ay! una ráfaga de viento acaba de romper para siempre todas aquellas burbujas de jabon que resplandecian ante las pérfidas arengas de Mazzini, y centelleaban ante el mentido sol *de las cruzadas*. Maravillas, coronas, gloria, unidad, regeneracion, nacionalidades... todo desaparecia á un tiempo ante los ojos del conquistador vencido; solo quedaban presentes sus pesares

(1) La corona de Sicilia fué traida á Turin por el duque de Serra de Falco, despues de la derrota de Custoza.

y un abismo, Mazzini y sus alevosías, ruinas y... Radetzky.

Al siguiente dia, 6 de agosto, hizo este su entrada triunfante en Milan. Sus tropas eran magníficas, y su porte fué admirable. Nada de insultos ni bravatas: dignidad y sencillez. Mazzini y sus demagos, que tanto habian contribuido á todos los desastres de Cerdeña, se huyeron á la hora del peligro con su acostumbrada cobardía. Y ¿por qué huian de Radetzky... ¿No habian servido admirablemente á la causa austriaca? ¿Quién habia trabajado mas que ellos en la ruina de Cárlos Alberto? Radetzky les debia sus victorias.

El 9 de agosto, un armisticio, firmado entre el rey de Cerdeña y el vencedor austriaco, salvó á la capital del Piamonte; porque en manos de Radetzky hubiera estado el apoderarse inmediatamente de Turin. Peschiera fué restituida al Austria; Osopo capituló dos meses despues. Garibaldi, á la cabeza de unos mil hombres, echó hácia la parte del Lago Mayor, donde quiso hacer la guerra con partidas. Cárlos Alberto hizo volver su flota de Venecia, y Radetzky, entrado en *Milan*, fué á prepararse allí para *Novara*, página final del drama.

¡Qué de agitacion en Florencia! Habíase verificado en esta ciudad un cange de prisioneros, despues de la rendicion de Milan; y el profesor Montanelli, puesto en libertad, estaba de vuelta en Toscana. ¡Cuántas fiestas! ¡qué alborozo!... Su partida para la primera cruzada, el valor que habia desplegado, segun decian, en el glorioso combate de *Curtonone*, su cautividad en *Mántua*, la noticia de su muerte, los honores fúnebres que se le habian hecho en muchos puntos, las lágrimas que se habian derramado sobre su tumba; todo habia añadido nuevos prestigios á su nombre, ya por muchos títulos famoso, y acrecentado su gran celebridad.

A su llegada, se le cofreció la presidencia de la Cámara de

diputados; pero se negó á admitirla so pretesto de salud: aspiraba á destinos mas altos.

En los primeros dias de agosto, la Cámara romana se habia declarado en sesion permanente, para ocuparse, segun decia, en nuevos armamentos contra el Austria.

Esto no era en realidad mas que un pretesto: el verdadero objeto era declararse *constituyente.*

Una diputacion de la asamblea, compuesta del abogado Sereni y de los reformadores Sturbinetti y Pontenziani, va á intimar al jefe de la cristiandad que inmediatamente declare la guerra al emperador.

El Santo Padre escucha, y se niega.

La multitud revolucionaria, armada de estoques y picas, aguardaba que saliese la diputacion, para saber lo resuelto por el Santo Padre.

La noche estendia su asombrado manto sobre la ciudad.

Sabe la turba que los enviados de la Cámara han salido mal en su mensaje, y al saberlo da rienda suelta á su furor.

Las ventanas del cardenal Lambruschini caen hechas pedazos á pedradas.

Algunos radicales se precipitan en el carruaje de Sereni y le dan de bofetones.

Luego, desnudo el brazo y hachones en mano, recorren la ciudad vociferando: ¡*Mueran los sacerdotes*! ¡*abajo el papa*!

Se llega al desenlace de la crísis.

Sereni, marcado con la mas vergonzosa de las señales, da su dimision al momento: Sturbinetti le reemplaza.

Los Austriacos habian entrado en Ferrara. Pio IX protesta contra tal usurpacion. Mamiani, ministro del interior, lanza al instante, y esto contra la voluntad del Santo Padre, una

circular en que se pide el levantamiento en masa de los pueblos contra los invasores del pais. El Papa escribe al emperador; envia además al general austriaco una diputacion presidida por el príncipe Corsini, y Ferrara es evacuada.

Pero el genio de las revoluciones estendia mas y mas su cetro de fuego sobre los Estados pontificios. Gracias á las discusiones de la Cámara, todas las cabezas hervian. Las sesesiones legislativas en Roma, así como en Paris, solo ofrecian escenas repugnantes y tumultos escandalosos; la Cámara era en cierto modo una arena de gladiadores, donde á injuria grosera se respondia con puños inminentes; y el gobierno, falto de fuerza, era allí arrastrado por el cieno. El ministerio daba su dimision; los huracanes estaban desencadenados, y el rayo, en Roma encendido, iba á caer sobre la misma Roma.



CAPITULO OCTAVO.

Florencia.—Insurreccion de Liorna.—Programa de Mintanelli.—Catástrofe en Roma.

La Toscana era un pais privilegiado entre todos los de Italia. Nunca hubo gobierno mas paternal, nunca pueblo mas libre. Florencia con su hermoso cielo, sus vistas encantadoras y sus maravillosas galerias de cuadros, atraia multitud de estranjeros. Allí se iba á contemplar obras maestras y en busca de placeres; porque allí habia reposo y felicidad.

Las revoluciones llamadas populares se hacen siempre sin el pueblo y contra el pueblo: *sin el pueblo*, porque solo algunos ambiciosos sin freno, algunos intrigantes agobiados de deudas y de crímenes, y algunos tontos sin sentido, son los que trastornan los Estados, guardándose bien de consultarlos realmente: *contra el pueblo*, porque á cada revolucion que hace, paga mas contribuciones, tiene mucho menos trabajo, y al verse burlado siempre por los que le estravian en su provecho, se mata con sus propias manos.

Florencia les habia abierto las puertas á todos los revolucionarios estranjeros: ¿cómo podia lisonjearse de permanecer sana y pura, cuando daba hospitalidad á la peste y á

la depravacion? La revolucion parisiense de 1830 habia ya comenzado á corromperla; pero Florencia no reflexionaba en sus consecuencias futuras, ni habia visto en ella esta gran verdad del ciudadano Prudhon, el Tertuliano del vacío, y el San Agustin de la nada.

«En julio de 1830 se *concibió* la república democrática y social; lo de febrero no ha sido mas que su *parto* (1).»

En el mes de setiembre de 1848, Liorna, poblada de aventureros de todos los paises, se sublevó contra Florencia, queriendo declararse independiente. Guerrazzi, sin embargo de ser diputado, sostenia públicamente á los rebeldes; y el gran duque de Toscana, con objeto de sofocar la sedicion, se habia dirigido al campo de Pisa, donde habia reunido muchos guardias nacionales; pero en vez de combatir, negoció.

Los Liorneses pidieron por gobernador á Montanelli, y el gran duque se lo concedió. Montanelli le prometia por su honor al príncipe Leopoldo reducir á obediencia tanto á la ciudad como á sus habitantes: se creyó en su palabra y marchó; pero apenas llegado á su destino, muda completamente de lenguaje, y desde su balcon, que daba á la plaza pública, proclama solemnemente la *Constituyente italiana*; federacion contra el Austria y preludios de la república.

El ministerio toscano, presidido por *Caponi*, no poseía ningun hombre tan enérgico como las circunstancias lo requerian. Liorna habia trastornado á muchas cabezas.

Florencia, que en el siglo XVI llegaba hasta el absurdo estremo de nombrar á Jesucristo *rey de los Florentinos* (2),

(1) *Confessions d'un revolutionaire*, pág. 37.

(2) En 1527, conmovido fuertemente el trono de Clemente VII, á consecuencia del saqueo de Roma por las tropas de Cárlos V, hubo en Florencia una asamblea popular, que se deshizo de los Médicis, y á pluralidad de votos nombró por rey á *Jesucristo*. Solo hubo veinte papeletas contra la eleccion del hijo de Dios. (*Italie pittoresque* por J. de Norvins.)

estaba ahora ideando una regeneracion mazziniana. Violentos artículos de periódicos atacaban diariamente al gran duque y ensalzaban á Montanelli. Habíase obtenido una guardia cívica gritando: *Viva Gioberti*! *Viva Pio IX*! Pedíase un cambio de sistema con demostraciones amenazadoras; en vano las dos Cámaras prestan su apoyo al ministerio Caponi; pues este ministerio se espanta y se retira.

Al momento encarga el gran duque al baron Ricafoli la formacion de un ministerio en el sentido poco mas ó menos del anterior; mas opónense á ello las sociedades secretas. ¿Cómo resistir á la tempestad?

Benito Champy, ministro de Francia, alimenta las sediciones: el ministro inglés Hamilton es íntimo amigo de los rebeldes; Garibaldi se halla en Liorna con setenta cecineros y doscientos polacos. Los clubs trabajaban sin descanso; sabíase que habia habido revueltas y batallas en Génova. Leopoldo, cediendo á la fuerza, llama á Montanelli, y este tribuno victorioso, asociándose el faccioso Guerrazzi, disuelve al punto las Cámaras; el confaloniero se retira, y le reemplaza Peruzzi (1).

Muchos administradores y empleados dan lealmente su dimision; los demócratas, segun costumbre en semejantes casos, se apoderan de todos los destinos. El soberano habia acabado.

Montanelli presentó su programa: la *Constituyente italiana*. Esta asamblea, nombrada por el sufragio universal en

(1) No estando retribuido el empleo de confaloniero, y no pudiendo ocuparlo, segun la ley vigente, sino ricos propietarios nobles, era difícil que cayese en manos de un demagogo. Peruzzi, perteneciente á las familias mas distinguidas, fué elegido, porque encargado en tiempo del ministerio *Caponi* del cange de prisioneros en el campamento austriaco, se habia grangeado un nombre popular.

todos los Estados de la Península, debia reunirse en Roma, y tener dos períodos políticos: en el primero se hubieran dirigido todas las operaciones militares contra el Austria, votado los subsidios, armamentos y alistamientos, repartido los gastos entre los diferentes Estados de Italia y dirigido la opinion pública, inflamando el patriotismo; en el segundo, despues de libertada la patria, hubiera redactado el pacto federal de los Estados, fijado con principios democráticos las nuevas relaciones de gobernantes y gobernados, y finalmente, equilibrado por medio de instituciones liberales los poderes hasta entonces absolutos (1).

Mazzini no aceptaba este prospecto; no comprendia la idea de una constitucion italiana en que figurasen príncipes italianos, y que no fuera totalmente democrática; meditaba una república *hirviente y gloriosa*, que esparciendo su luz por el mundo desde lo alto del Capitolio, trastornara y republicanizara á la Italia entera.

«*La accion es el verbo de Dios*, decia y escribia Mazzini (*la accion*! léase *la insurreccion*): *los que separan la accion del pensamiento, dividen á Dios.*»

El duque de Toscana, que dejaba ya de tomar el título de archiduque de Austria, aceptaba el programa de Montanelli; el rey del Piamonte parecia hacer otro tanto; Nápoles calló.

Y Roma ¿qué debia pensar sobre este asunto? Pio IX, tratando de poner término á los escándalos de sus sesiones legislativas, habia prorrogado las Cámaras para el 13 de noviembre, y este acto de energía le habia restituido un tanto de calma al pais (2).

(1) El sufragio universal debia dominar al conjunto de la *Constituyente italiana.*

(2) Es curioso el ver cómo el mismo diputado Prudhon juzga á las asambleas deliberantes:—« Es necesario haber vivido en

Habíale encargado al famoso conde Rossi, antiguo embajador francés, la composicion de un nuevo ministerio ; el conde vaciló un momento, y al principio pareció espantado; pero al fin aceptó el cargo, si bien con repugnancia.

Su ministerio fué el siguiente :

Rossi quedó con tres carteras: la de *hacienda*, que se proponia conservar, y la de *gobernacion* y la de *policía*, que solo pensaba desempeñar interinamente; Accurci era nombrado director de policía, y Regletti, asesor de hacienda; el duque de Regnano entraba en el ministerio de la *guerra*; el abogado Cicognani, en el de *gracia y justicia*; otro llamado tambien Rossi pasaba al de *comercio*, y Montanelli se encargaba del de *obras públicas*.

Este ministerio de fusion ofrecia una amalgama singular: el noble se hallaba en él mezclado con el plebeyo, la constitucionalidad con el absolutismo, y la idea monárquica con la opinion republicana. El ciudadano conde Rossi introducia, tomándolo de la Francia de julio, este nuevo género administrativo, en que debian fraternizar todos los que se detestaban, y trabajar en buena armonía quienes no tenian mas pensamiento que esterminarse mútuamente.

Rossi, que del servicio de la Toscana habia pasado al del papa, oponia al programa Montanelli un contraproyecto á su manera. Proponia simplemente una especie de congreso general en Roma, donde cada soberano de Italia tendria su plenipotenciario con encargo de concluir, entre todos los Estados, un tratado de alianza defensiva. No habia aquí ni

ese *aislador* llamado Asamblea nacional, para concebir cómo los hombres que mas ignoran el estado de un pais, son casi siempre los que lo representan... El efecto de ese *embrollo representativo* en que me era forzoso vivir, fué el no tener yo inteligencia para nada.» (*Confessions d'un revolutionaire*, página 126.

mando del pueblo ni participacion nacional. El plan de Rossi hizo dar un grito de indignacion á los jefes de *la Italia roja.* Rossi no era ya el hombre de las sociedades secretas. Mazzini le fulminó su anatema: *¡muera el carbonario desleal!*

Mamiani, Canino, Sterbini y otros muchos de la misma bandera, partieron al congreso científico de Turin, donde se reunian todos los demagogos de Italia. Dícese que á su vuelta y al pasar por Liorna, se decidió la muerte de Rossi, en un conciliábulo secreto habido entre ellos y Guerrazzi. Igual decision se tomó aquella misma noche en la fonda Feder; en Turin se acordó tambien en el club Gioberti.

Segun noticias muy acreditadas en Toscana, el asesinato de Rossi se habia igualmente sometido á deliberacion en Florencia, en una casa de la *Via Santa Apollina*, hallándose presentes Montanelli, Sterbini y Galleti. Sorteóse el que debia darle el golpe á la víctima, y cayó la suerte sobre *Canino*: casualidad de antemano arreglada. Los conjurados habian pensado que este, por su fortuna y su condicion, tendria mas facilidad que otro alguno, no para asesinar él mismo, sino para disponer del puñal (1).

¿Se probó este último hecho? No; pero lo que sigue es mas cierto.

En Roma, en el teatro *Capranica*, se reunia dos veces por semana una sociedad de mazzinianos. M. Freborne, agente consular de Inglaterra, era el cajero de la compañía. Allí, entre ciento diez y seis asesinos, se decidió, por órden de Mazzini, sortear cuarenta: de entre estos cuarenta, encargados de proteger al asesino en jefe, tres nombres debian ser nuevamente elegidos por escrutinio. Estos últimos ele-

(1) Segun dicen, se le prometieron al asesino ocho ó diez mil duros.

gidos se llamaban *feratori*, y uno de ellos debia dar de puñaladas á Rossi.

Las elecciones de Toscana se habian hecho en medio de demostraciones turbulentas. Los agitadores de Florencia y Pisa invadieron los colegios, y presintiendo que los votos no les serian favorables, rompieron las urnas del escrutinio. Sin embargo, las elecciones continuaron; y el resultado, aunque democrático, dió una mayoría poco favorable al ministerio.

Era el mes de noviembre, cuando de repente circuló una horrible nueva.... El homicida triunfa en Roma; el Quirinal está sitiado; la sangre corre... el pueblo es el amo; la Santa Sede... ya no existe.

Ay! demasiado cierto era!



CAPITULO NOVENO.

Asesinato del conde Rossi.—Ataque del Quirinal.—El príncipe de Canino.—Fuga del papa á Gaeta.

El 15 de noviembre era el dia señalado para la apertura de las Cámaras en Roma. Inquieto por los rumores siniestros que circulaban contra él por la ciudad, el conde Rossi se habia determinado á tomar algunas medidas de precaucion. En la sesion solemne debian hallarse algunos carabineros venidos de las provincias; el ministro les habia pasado revista y dádoles instrucciones; esto enfurece á los anarquistas, y se sienten hervir sus amenazas. Los menestrales del desórden y del ruido, sostenidos por la guardia cívica, estienden el terror en torno suyo. Espantado el duque de Regnano, les arenga en el cuartel general de la cancillería apostólica; les anuncia oficialmente que no habrá carabineros en la ceremonia; les afirma que Rossi, lleno de confianza en la guardia nacional, solo á ella quiere por apoyo; y la noche se pasa con tranquilidad. El duque piensa que todo lo ha salvado.

En la mañana de aquel funesto dia hallábase Rossi con su esposa, cuando recibe de la condesa de Menou, señora fran-

cesa residente en Roma, un billete concebido en estos términos:

«¡Guardaos bien de ir al palacio legislativo! La muerte os espera allí!!...»

La duquesa de Regnano, otra de sus amigas, le escribe en el mismo sentido. El ministro lee con calma, rechaza con desdén los avisos, y al separarse de su esposa, no se nota en su semblante turbacion alguna. En presencia de las enemistades y peligros, solia envolverse en soberbio y estóico silencio: «*Quieren mataros*,» le dicen; y como el duque de Guisa á Blois: «*no se atreverán*,» responde para sí.

Vivia en la gran calle del Corso. Al bajar de su casa para ir á la cancillería, un sacerdote le habla quedito en la escalera:

«Señor! no salga V. E., que lo van á asesinar.»—«*Nada me hará retroceder*, responde el valeroso Rossi: ***la causa del papa es la de Dios.***»

Estas palabras ilustrarán su memoria.

Veíanse por allí algunos carabineros, pero pocos y aislados. El ministro sube en carruaje, y parte vestido de grande uniforme de presidente del consejo. El discurso que habia preparado para el caso, le parecia propio para causar cierto efecto en los representantes del pais. Su coche desemboca en la plaza donde estaba el palacio de la Cámara, y le reciben con numerosos silbidos: Rossi no les presta atencion alguna; su fisonomía permanece impasible. Eran como las tres de la tarde; los diputados se hallaban en sus bancos.

Los caballos del ministro entran por la gran puerta de la cancillería. Desde por la mañana se hallaban apostados en todas las escaleras de este palacio los cuarenta asesinos de la sociedad Capránica (1). El conde Rossi se apea del carrua-

(1) Eran treinta y nueve; solo uno habia faltado.

je con una calma y una serenidad imperturbables. Hay en su continente cierto aire despreciativo y majestuoso, que desafia los furores y los ódios; su sonrisa era sarcástica.

Un gentío considerable se apiñaba á su rededor; por él se abre paso, arrojándole miradas de desafio. A su derecha hay una escalera; sube acompañado de Righetti, su asesor de hacienda. De improviso, en las primeras gradas, un hombre que se le acerca, le da un golpe en el costado con el puño de una daga; el conde Rossi se vuelve; y al punto, por la parte opuesta, otro asesino que lo seguia, le atraviesa la garganta de una puñalada.

El ministro ni da siquiera un ay!: saca un pañuelo del bolsillo, y con mano todavía firme, lo tiene apoyado en su cuello; sube aun algunos escalones. Un resto de energía moral neutralizaba el efecto de una herida de muerte. «*Esto es hecho*! *esto es hecho*! gritaban muchas voces. El ministro habia llegado á lo alto de la escalera, cuyas gradas iba ensangrentando; allí su rostro palidece: vacila: su pañuelo estaba horriblemente teñido en sangre; el pavor convertia en hielo á los asistentes. Los que se habian precipitado en su ausilio, le rodean y sostienen; pero cae exánime en sus brazos.

No lejos de allí estaba el cardenal Gazzoli; este oye clamores espantosos. Una multitud desordenada invade las primeras salas de su estancia. El prelado, no comprendiendo la causa del alboroto, se presenta á ella, y esclama:

«*¿A dónde vais? ¿Para qué me quieren? Soy el cardenal Gazzoli*; *siempre he sido amigo del pueblo....*»

El terror que le asalta no le deja proseguir. Vé allí á un hombre bañado en su sangre: un hombre asesinado... un ministro; reconoce al conde Rossi.

Pídense á un mismo tiempo los ausilios de la medicina y de la religion: el cura de San Lorenzo, que habitaba en la

cancillería, acude de los primeros; se acerca...., mas era demasiado tarde.

La víctima no existia ya.

En aquel mismo instante, uno de los jefes de la *Italia roja* decia en Bolonia, mirando su reloj: «Acaba de realizarse un gran suceso; Rossi no es ya de temer para nosotros.»

El matador habia hecho un profundo estudio de la manera de ejecutar su crímen. Nunca se dió puñalada con mas habilidad. Súpose despues, que el asesino se habia al efecto ejercitado poco antes con un cadáver en uno de los hospitales de Roma (1).

Detengámonos en presencia de este asesinato, y olvidando lo pasado del conde Rossi, no nos acordemos sino de su fin. Tirar piedras á un cadáver seria insultar á la humanidad. Quien ultrajase á la víctima, merecia que su sangre lo salpicara. Rossi, que despues de haber sido el ídolo de la anarquía, despreció la pasion popular, cayó delante de ella y á sus golpes. El homicida le conquistó la admiracion; su frente se ciñó una aureola al caer, y su lauro fué el puñal.

Informada la Cámara del odioso atentado *escuchó sus pormenores*, segun los periódicos progresistas, *con fria y reservada majestad*; *y luego se fueron sus individuos sin proferir una palabra; única conducta que debian observar, porque era fuerza callarse, sopena de ser víctima á su vez... Ante la venganza del pueblo, no habia mas remedio que inclinarse* (2).

(1) Habíase dicho que se llamaba *Bruto Gergo*, y aun habia asegurado un periódico, que habia sido asesinado por órden de las sociedades secretas. Pero estas noticias eran falsas; se llama, segun dicen, *Felix Nevi*. Se halla preso ahora, y fué aprehendido en Ancona, en la oficina de pasaportes, al partir para Grec a. Falta saber, si no hay en esto nueva equivocacion, pues nada está definitivamente probado.

(2) Historia de la última revolucion romana, publicada por la *Voix du Peuple*. Febrero de 1850.

Tomemos acta de estas confesiones: *la majestad fria y reservada* de la Cámara romana, si no fué una complicidad tácita y oculta, fué á lo menos un *miedo vil é ignominioso.* Este es un hecho evidentísimo.

El cuerpo diplomático se retiró al punto; el ministerio dió su dimision sin demora; y el cadáver del conde Rossi, que habia permanecido muchas horas en casa del cardenal Gazzoli, fué llevado á la iglesia.

Iba declinando el dia, y ¡espectáculo horrible! El populacho, algunos gendarmes y dos ó tres dragones pensaron que debian asociarse al asesinato. Han menester una parte en el crímen, y van á festejar al matador; y á esto se llama ***solemnidad piadosa*** (1).

¿Qué horrible procesion es esa que al fulgor de las hachas recorre las calles de la ciudad? Son los caníbales vencedores, que llevando en triunfo el arma del homicida, dan estos ahullidos infernales:

¡*Bendita sea la mano que ha herido á Rossi*! ¡*Bendito sea el puñal que le ha muerto!*

Dos coroneles piamonteses, llamados á Roma por la *Italia roja*, se hallaban en el *Círcolo* popular con el mayor Ravineti y otros oficiales: pónense á la cabeza de los terroristas, y encamínanse tumultuosamente á casa del presidente del consejo. Hay allí una viuda llorando y unos hijos desesperados; es preciso insultar á las lágrimas y á la desesperacion de aquella familia: esto se llamará *fraternidad* al estilo revolucionario.

¡*Bendito sea el puñal que lo ha muerto*! esclama la gavilla satánica; y obligan á la viuda á que ilumine sus ven-

(1) Véase el diario ya citado.

tanas y glorifique á sus verdugos... y aquella orgía duró hasta el amanecer.

La víspera habia llegado á Roma el famoso José Galetti, uno de los que pensaban y escribian entonces que «*la muerte de Rossi habia salido directamente del sufragio universal, como la espresion de una cosa necesaria.*» Mazzini habia escrito estas palabras: «*El asesinato de Rossi era necesario y justo.*» Su carta ha visto la luz pública (1).

Galetti, nombrado jefe de los carabineros, habita en la Minerva; el pueblo y los soldados corren en su busca, pues la fiesta sangrienta y nocturna necesita de su aprobacion para ser completa: el jefe de rebelion y de anarquía se presenta en su balcon, y es saludado con frenéticas aclamaciones.

«—Ciudadanos! esclama Galetti; ¿qué me quereis? Hablad!

«—Un nuevo ministerio! elegidlo.

«—Bien! lo tendreis; contad conmigo.»

Y la multitud desenfrenada saluda de nuevo con vivas de entusiasmo al que satisfecho y sonriéndose acaba de sancionar la infamia.

Se reconocia pues públicamente que la fechoría merecia galardon, que la víctima habia sido justamente castigada, y que habia en ello una oblacion necesaria. ¡Apoteósis al homicidio! La revolucion caminaba en su gloria; sus grandes deberes se cumplian; y entre las sombras de aquella noche sanguinaria, Roma no oyó mas que estos gritos: «¡*Bendita la mano*! ¡*Bendito el puñal*!»

¿Y qué hacia el ministro de la guerra mientras sus soldados *nacionalizaban* así con el asesinato? ¿Pensaba Reg-

(1) Véase el *Pópolo in Roma*, folleto italiano, 1850.

nano en vengar á su desventurado colega? No; el duque habia desaparecido.

En la mañana de la catástrofe, se dirigia á la Cámara en su coche. Sabe la muerte de Rossi; y persuadido de que siendo como era notoriamente partícipe de las opiniones políticas de su jefe, le guardara la misma suerte, retrocede á mas andar, y sin atreverse ni á despedirse siquiera de su familia, sale apresuradamente de Roma.

El y Rossi, profesores de las doctrinas de rebelion, habian ambos mendigado los aplausos populares, y el uno cae degollado por los suyos, y el otro huye de ellos despavorido.

El anciano general Zamboni, que mandaba en jefe la primera division militar, habia consignado las tropas en sus cuarteles una hora despues de la catástrofe de Rossi, y todas habian obedecido á sus órdenes. Un mayor, llamado *Léntulo*, desempeñaba interinamente el cargo de ministro de la Guerra, y Zamboni permanecia fiel (1).

Al dia siguiente, una diputacion de la Cámara queria ir á ofrecer á Pio IX la espresion de su dolor; mas se opuso á ello el príncipe de Canino.

El gran club de la ciudad, que era entonces el poder soberano, queriendo trasladarse al palacio legislativo, llama á sí á todos los guardias cívicos con quienes podia contar, y pide igualmente las tropas de línea. Quiere un aparato imponente. El coronel inglés Steward, que mandaba el castillo de San Angelo, dirige un billete al general Zamboni, consultándole sobre el particular. Zamboni, lleno de asombro,

(1) Por disposicion del gobierno republicano despues de la fuga de Pio IX, se formó consejo de guerra y fué condenado á muerte como jefe de reacion. Roma se consternó al saberlo; mas felizmente no se ejecutó la sentencia por falta de tiempo. Hubo motin en la ciudad y en los cuarteles, al saberse la prision de Zamboni, y fué preciso dispersarlo á la fuerza.

corre en busca del Papa. «*No dejeis que la tropa se reuna al pueblo*;» le responde con firmeza el jefe de la Iglesia; pero ya el nuevo ministro Léntulo habia autorizdo á la tropa de línea, para que fraternizara con los facciosos.

Pocas horas antes, dos sicarios de la insurreccion se habian presentado en su casa, y le habian dicho:

«Si impedís que vuestros soldados se junten á la manifestacion de los ciudadanos, morireis como Rossi, á puñaladas.»

Espantado Léntulo, se habia dirigido en busca de Su Santidad; y al oir que el Papa le prohibia dejar salir las tropas de sus cuarteles, habia osado proferir estas cobardes palabras:

«Tengo mujer é hijos, y no quiero que me maten.»

Zamboni, al salir tambien de verse con el Sumo Pontífice, encuentra algunos regimientos armados que se encaminaban á la plaza del Pópolo, y los manda volver atrás: los capitanes Gagiano, Vanacelli y Girendi le obedecen y se retiran; mas el coronel de dragones Savini, esclama: «*Tengo órden del ministro*;» y Zamboni es desobedecido.

Este general corre á casa de Léntulo, esperando hacerle revocar las órdenes que ha dado; é ignorando las palabras que este ministro ha dirigido al mismo Santo Padre, le ruega venga en su compañía á verse con Pio IX, y le lleva al Quirinal en su carruaje.

Pero las imposturas y traiciones debian sucederse sin descanso. Léntulo sube solo á ver al Sumo Pontífice; vuelve á bajar una media hora despues, y como quien acaba de conferenciar con Su Santidad, declara públicamente y en tono firme, en presencia del mayor Deglini, los capitanes Bonesi y Gagiano, el auditor general Rufini y el inspector militar Gaggioti, que «*en efecto, el papa consiente en que los tropas, la cívica y todos los ciudadanos, se reunan al gran*

Club. Todo el mundo se inclinó de buena fé ante la voluntad soberana; y la deslealtad prevalece.

De este modo la gran demostracion anárquica llega con gran fuerza á la Cámara; los diputados la reciben perfectamente, y reuniéndose á ella, se dirigen todos al Quirinal en busca de Pio IX. Llegados allí, los representantes de la nacion presentan á Su Santidad las siguientes peticiones del pueblo:

1.ª La nacionalidad italiana.

2.ª Una asamblea constituyente general para toda la Península, con pacto federativo.

3.ª Guerra al Austria.

4.ª El programa Mamiani.

El jefe de la cristiandad respondió friamente que tomaria todo esto en consideracion; pero al saberse esta respuesta que Galetti comunicó á los de fuera, hubo ahullidos en la plaza.

«*Decision ahora mismo! la queremos enseguida!... en seguida!* »

Vuelve Galetti á donde estaba el Santo Padre, é insiste con energía: Pio IX resiste con firmeza; y Galletti, retirándose al punto al balcon de palacio, se aparece de repente á la muchedumbre: aspiraba á un efecto teatral, y lo obtuvo á medida de su deseo; estaba previsto el resultado.

«Ciudadanos, grita el tribuno, hé aquí la respuesta del Papa: una negativa redonda y formal.»

Al oirse estas palabras, resuenan clamores espantosos: «Pues bien; obraremos por nosotros mismos.»

El jefe hace un ademán de aprobacion.

Un porta-estandarte, que se hallaba junto á él, añade sacando su espada: «Solo esto nos queda.»

Levántase un grito unánime de *¡Viva la república!* al cual se juntan otros muchos de *«¡Viva la constituyente italiana! ¡Viva el gobierno provisional!»*

Y todos los aceros se desenvainan, todas las espadas relumbran en la plaza, todos los puñales salen de las faltriqueras: la poblacion roja acababa de declararse *republicana*, y cuatro ó cinco mil hombres, con los brazos levantados y la cabeza descubierta, hacian el juramento de los Horacios.

Los clubistas, dando rabiosos alaridos, se abalanzan luego á una de las puertas del Quirinal, por la parte de *las cuatro fuentes*. Serian como las cuatro de la tarde. El papa manda entonces al ministro Montanari que escriba á Zamboni lo siguiente:

«¡El Quirinal está sitiado! General, cumplid con vuestro deber!»

Mas las puertas del Quirinal estaban cerradas, y el billete, confiado á monseñor Piccolomini, solo al dia siguiente pudo llegar á su destino; y entonces era muy tarde (1).

Los centinelas suizos, al ver á sus agresores, cruzaron valientemente las alabardas, pensando únicamente en rechazar al motin; y sus camaradas, acudiendo con fusil en mano, hicieron fuego á la tumultuosa reunion. Esta fué la señal de una esplosion espantosa.

Los valientes de la Helvecia, persuadidos de que iban á sufrir la suerte de sus hermanos del famoso 10 de agosto en París, quieren á lo menos vender caras sus vidas, y los unos se baten fuera, mientras los otros se parapetan dentro. Los rojos, en su frenesí, le habian prendido fuego á una de las puertas del Quirinal: mas los Suizos, ayudados de algunos bomberos, habian logrado apagarlo. Una muchedumbre

(1) Tan cerradas estaban las puertas, que ni aun fué posible salir á comprar víveres para la mesa del Santo Padre y de los cardenales.

armada invade los edificios que rodeaban la mansion pontificia, y desde allí dispara contra los Suizos; pero solo mata á algunos, al paso que entre los suyos son muchos los que mueren. Monseñor Palma, prefecto de palacio, que estaba en una de las ventanas del papa, es herido de una bala y espira á los pies de Pio IX.

A las siete y media de la tarde, la tropa de todos los cuarteles de Roma se halla en el teatro de la insurreccion. El general Zamboni, á quien no le dejaban llegar cerca del papa, habia enviado un mensaje á Su Santidad en que decia: *La mayoría de las tropas os es fiel.* Galetti habia interceptado el mensaje, y repetia estas palabras al Santo Padre: *Todas las tropas os venden.* Pio IX, engañado por todas partes, debia quedar preso, mientras resistiese á la voluntad de los facciosos.

Con todo, los Suizos se mantenian firmes en sus puestos. Los guardias nacionales y algunos soldados traidores á sus deberes continuaban sus descargas contra ellos, pero sin poder domar su va'or. Los sublevados, arrastrando acá y allá carros, vigas y muebles, se pusieron tambien á levantar parapetos en frente de los Suizos, para preservarse de sus cargas y fusileos. Léntulo, lleno de pavor y perdido completamente el tino, daba su dimision. Iba á darse órden á los amotinados para que pusieran en libertad á los presidarios; pero Zamboni pudo estorbarlo, encargándoles se apoderaran de los cardenales y los guardaran con centinelas de vista.

El príncipe de Canino, que con sable en mano se distinguia entre los sublevados mas rojos, se creia ya sin duda *rey de Roma*, y aunque cubierto con el gorro frigio, pensaba en el manto de abejas.

Apoderóse de un cañon que encontró en una cochera de la plaza de la Pilota, y este cañon se colocó apuntando contra la puerta del Quirinal.

Ya las bombas derribaban esta puerta: iba á darse un horrible asalto: el momento era solemne.

«*Cinco minutos no mas os quedan para decidiros*;» le decia al Santo Padre el prelado monseñor Pentini, presentándole su reloj.

Pio IX se siente helado de terror; la humanidad se sobrepone á su ánimo; manda llamar á Galetti; quiere que la lucha acabe, y tenga un término la matanza. «*Tregua al combate*» es su ruego; lo que tanto valia como implorar perdon.

Galetti se deshacia en protestas de fidelidad, cuando se hallaba en presencia del Sumo Pontífice; mas delante del pueblo, por el contrario, era la anarquía personificada.

«Santísimo Padre! le dice á Pio IX con el fuego de la exaltacion monárquica: quiero salvaros ó morir.»

Y poco despues ese mismo hombre firmaba alegremente el destronamiento del papa, y proclamaba la república entusiasmado.

Galetti encontró al augusto jefe de la Iglesia dispuesto á sufrir las voluntades del pueblo. Pio IX tenia la calma del justo y la resignacion del mártir. Accedió á cuanto se le imponia, y nombró el ministerio siguiente:

Rosmini, presidente del consejo (1); *Maniani*, ministro de negocios estranjeros; *Galetti*, del interior y de policía; *Sereni*, de gracia y justicia; *Sterbini*, de comercio y obras públicas; *Campello*, de la guerra; *Lunati*, de hacienda.

(1) Estaba igualmente encargado del ministerio de instruccion pública. Pocos dias despues le reemplazó Mazarell en la presidencia.

Con semejante gabinete no habia ya gobierno pontificio: el papa cesaba de existir.

Eran las diez de la noche, cuando el torrente popular se retiraba satisfecho. Pio IX, con solicitud paternal, no pensó ya sino en disponer se evadieran de palacio los que estaban amenazados del furor de los anarquistas, principalmente el cardenal Soglia, el cual fué llevado á la embajada de Francia.

Instalado el ministerio, se apresuró á consultar á la Cámara acerca del programa que debia seguirse; y no tardaron en ponerse de acuerdo. Algunos diputados proponian un mensaje á Pio IX, para manifestarle su gratitud, fidelidad y sumision; mas el príncipe de Canino, que nó se llamaba ya entonces mas que el *ciudadano Bonaparte,* se opuso á ello en estos términos (1):

«—Es inoportuno hablar aquí de sumision, de hacimientos de gracias y de fidelidad; obras son menester y no palabrería. Veamos primero lo que hará el ministerio. Deseamos tener, no una Constituyente bastarda, sino la *Constituyente italiana* de Montanelli, con Roma por capital de toda la Península...

«—A la cuestion, interrumpió una voz.

«—Estoy en ella enteramente, repuso el ciudadano Bonaparte, cuando me opongo á un mensaje de adhesion á Pio IX, porque sostengo de ese modo los derechos del *pueblo italiano*, nuestro único y legítimo soberano, que sabrá hacer pedazos cámaras, ministros y trono, cuando estos se opongan á los generosos impulsos de la primera nacion del mundo.»

(1) Véase la *Gaceta de Roma* del 20 de noviembre.

Este discurso fué el preludio de la proolamacion de la república, que se verificó pocos dias despues.

Los miembros del cuerpo diplomático, reunidos en rededor del Sumo Pontífice, le habian al parecer exhortado á someterse á las exigencias demagógicas; pero sus consejos de intimidad no correspondian en manera alguna á sus frases oficiales; pues en estas se habia declarado por unanimidad, que la fuga del Sumo Pontífice era una necesidad urgente. Sin ella no habia ya por lo visto salud para la Santa Sede; porque la presencia de Pio IX en Roma legitimaba allí en cierto modo los desórdenes y el crímen.

Si el papa permanecia en poder de los rebeldes, evidentemente iba á rodar de abismo en abismo; y á la cristiandad le importaba salvar al jefe de la Iglesia de una degradacion inminente; pues las máximas que habian cortado la cabeza de Luis XIV, podian sin escrúpulo derribar la de Pio IX.

Y sin embargo el Santo Pontífice no podia resolverse á dejar á Roma. Sumergido en mortales angustias y arrodillado al pié de los altares, imploraba la asistencia del Señor. ¿Qué partido tomaria? ¿Debia quedarse ó huir?

De improviso le entregan misteriosamente un paquete sellado que le enviaba el obispo de Valenza. Abre precipitadamente este paquete, y ve que contenia una *pixide*, especie de santo copon, que uno de sus predecesores, obligado tambien á dejar su capital, llevaba colgado al cuello: habia dentro hostias consagradas, destinadas á dar fuerzas en el dia del peligro y el viático en la hora de la muerte. Era adjunta una carta, concebida con corta diferencia en los siguientes términos:

«Santísimo Padre: Esa caja es la que llevaba consigo el »papa Pio VI, cuando se vió precisado á huir de Roma: de »ella tomaba santas luces y sublimes consuelos: se halla ab-

»solutamente en el mismo ser que cuando estaba en el pe-»cho del Sumo Pontífice desterrado.»

El prelado que enviaba tan precioso don á Pio IX, lo habia recibido del mismo Pio VI (1).

Esto fué como una ráfaga de luz, como un aviso venido del cielo. El sucesor del papa desterrado estrechó religiosamente contra su corazon la santa reliquia que le llegaba como un talisman divino; y tomada su resolucion al punto, no vaciló en huir.

En las secretas reuniones de los diplomáticos estranjeros, se acordó que Pio IX no opusiera ya la menor resistencia á la anarquía triunfante.

Así se pasaron ocho dias.

El Santo Padre pues, simulando obediencia delante de sus altivos señores, preparaba su evasion. El cielo cegaba á sus carceleros, cuya confianza era igual á su audacia.

Antes de la muerte de Rossi, los comandantes de la guardia nacional, los oficiales superiores de las tropas pontificias, una parte de la guardia noble y muchos grandes personajes ofrecian al papa sus servicios. Pero ¡ay! despues de la catástrofe del Quirinal, solo los fieles Suizos habian permanecido en sus puestos; y Pio IX no tenia ya cerca de su persona sino los guardias nobles de servicio, muchos embajadores ó ministros, los prelados Borromeo y Médicis, el cardenal Antonelli y el conde de Malherbe.

Los demás habian vuelto á plegar sus uniformes: sacudiéndoles el polvo, y colgándolos en su gabinete de tocador, los habian guardado en reserva. De este modo saldrian mas hermosos y lucirian mucho mas en el dia de gloria apostólica, en que bajo la cúpula de Miguel Angel volviera á entrar triunfante Pio IX.

(1) Este papa murió en Valenza.

Los representantes de las potencias estranjeras habian ofrecido asilo al Santo Padre en varias capitales; en Madrid, en Munich, en Prusia, en Bruselas y París. El duque de Harcourt insistió en que el Sumo Pontífice fuera á pedir hospitalidad á la república del 24 de febrero, y aun creia haberlo conseguido. A su juicio, la Francia era la mejor posada de tránsito en que pudiera hacer alto momentáneamente. Habíansele confiado los bagajes de Su Santidad; y el duque de Harcourt, creyendo ya tener al Vicario de Jesucristo, habia anunciado esta dichosa nueva al general Cavaignac. Grande fué el contento que recibió con ella el alto aspirante á la presidencia de la república francesa; pues la llegada de Pio IX le hubiera puesto en disposicion de poder fijar la tiara pontificia en las esquinas de París como un cartel electoral.

CAPITULO DÉCIMO.

Fuga del papa Pio IX.—Llegada á Gaeta.—La república proclamada en Roma.

La fuga del papa estaba irrevocablemente decidida: mas ¿qué camino debia tomarse?... Habiendo reconocido, despues de maduras reflexiones, cuán imprudente seria escojer el de Civita-Vecchia, por ser el mas frecuentado, se convino en que Pio IX se encaminara primero á Gaeta por las Lagunas Pontinas y en el coche de la condesa de Spaur, esposa del ministro de Baviera; que mientras tanto condujera el duque de Harcourt, protegido de la guardia de monseñor Stella, los efectos pontificios á Civita-Vecchia; y que fuera el ministro de Francia á esta ciudad á recibir á bordo del *Ténare* al Santo Padre, para trasportarle á Marsella.

Estaba todo definitivamente arreglado, cuando el 24 de noviembre de 1848, á las seis de la tarde, pidió Pio IX que le pusieran la mesa. Decian que estaba malo y disgustado.

Una hora antes, al pasar cerca de su guardia noble:

«Os doy las gracias, queridos hijos mios, habia dicho enternecido: os doy las gracias por el afecto que me habeis manifestado, y de que siempre me acordaré.»

Estas palabras habian causado sobresalto y profundo sentimiento.

Mientras le hacian en su gabinete dando audiencia á diversas personas, se despojó de su larga sotana blanca, y tomando el sencillo traje de clérigo, salió acompañado del señor Filippani su mayordomo, monseñor Stella y su ayuda de cámara Ricci. El duque de Harcourt permaneció en su gabinte como en conferencia con él: luego salió tambien el duque por delante de todos los oficiales de la guardia, y se oyó la campanilla con que tocaba ordinariamente Su Santidad, cuando alguno se despedia. En el mismo instante, un *scopatore segreto* (1) vino á avisar á la guardia noble, que podia dejar la sala, porque el papa se habia retirado.

El *scopatore* apagó las bugías.

Pio IX, despues de atravesar muchas salas poco alumbradas, llegó á la puerta de las *cuatro fuentes*, la famosa puerta quemada. Estaba allí un coche de alquiler perteneciente á un tal *Bianchone*, con un cochero que nada recelaba. El conde de Spaur subió en el pescante y el ayuda de cámara en la trasera; monseñor Stella se colocó junto al Santo Pontífice.

«Vaya con Dios el señor abate,» dijo Filippani despidiéndose de Su Santidad.

Con esto, un centinela que allí habia, nada receló, y el coche pudo alejarse (2).

Se fueron por las Lagunas Pontinas.

La condesa de Spaur habia partido de Roma aquella misma mañana con su hijo para su *villa* (quinta), situada cerca de *Albano*. Contaba impacientemente las horas, y aguardaba

(1) Equivale á un ayuda de cámara ó ugier.
(2) Dicese que estaban apostadas espías armadas para vigilar al papa é impedir su evasion. Una de ellas le vió pasar, mas no le conoció.

con ansiedad al ilustre fugitivo en el bonito valle de *Arícia*, ante la iglesia de *Galloro.*

Se hacia de noche; el tiempo estaba sombrío; llegan á donde ella se hallaba algunos carabineros de á caballo: llénase de espanto, pues se imagina que le van á anunciar tal vez el arresto de Pio IX. Tiemblan todos sus miembros... Pero no eran sino una partida nocturna.

La condesa se puso á platicar con ellos con la mayor indiferencia, cuando de pronto divisó por entre sombras dos bultos que se le acercaban: eran Pio IX y su marido.

«Vamos, querido conde, á ver si llegais! dijo como enfadada: siempre os haceis aguardar.»

Y apoyada en el brazo de un buen carabinero que no se cuidaba de nada, sube á su coche, donde tambien se colocaron el ministro y el abate. Uno de los otros militares cerró la portezuela en seguida, y los fugitivos partieron otra vez.

Llegaron á *Portella* sin obstáculo ni accidente. Hay allí una puerta en el camino con la garita de un aduanero napolitano al lado, porque allí empieza el reino de las Dos Sicilias: un paso mas, y fuera de peligro. ¡Oh! qué feliz fué aquel instante! Franca la puerta, pasan: el Santo Pontífice está en salvo.

La condesa de Spaur cruza las manos llorando de gozo. Pio IX estrecha tiernamente contra su pecho la caja sagrada de Pio VI, y levanta su frente hácia el cielo con la serenidad del justo y la gratitud del cristiano. Reza callandito un *Te-Deum* en accion de gracias por haberse libertado: su mirada habia tomado la dignidad apostólica del sucesor de San Pedro. El pobre fugitivo le dejaba su puesto al augusto soberano; el abate volvia á convertirse en papa.

Dos horas despues los tres viajeros echaban desde el ca-

mino una melancólica ojeada sobre el sepulcro de Ciceron. Allí fué donde el grande orador, tratando de escaparse tambien de sus verdugos, y dirigiéndose á Gaeta, fué detenido por los soldados de los triunviros de Roma. Ciceron iba en litera, y al ver al centurion que acababa de arrastrarle:

«—Te conozco, le dijo; he salvado en otra ocasion tu vida.»

«—¡Y yo te traigo la muerte!» replicó el feróz republicano.

Y Ciceron cayó degollado, y allí mismo fué sepultado.

¡Oh singular semejanza! Allí Pio IX se ocultaba para librarse del furor de los futuros triunviros de Roma. Él tambien huia hácia Gaeta de aquellos á quienes habia colmado de beneficios y dado la vida. El Santo Pontífice suspiró; contempló tristemente las viejas ruinas del mausoleo, en cuyo rededor serpenteaban algunos ramos de yedra, y donde no divagaba mas que el ave de la noche... y ante aquellas ruinas fúnebres, en memoria de aquel hombre ilustre, rogó por sus enemigos. Ciceron no habia creido sino en los *dioses desconocidos*: el *Dios conocido* salvaba á Pio IX.

A las diez de la mañana se apearon en la *locanda del Cicerone*, que es una venta edificada donde estaban los jardines en que se paseaba en otro tiempo el filósofo romano. Los restos del palacio en que vivia el elocuente adversario de Catilina, los baten hoy las olas del mar: aquello es lo pasado en toda su vaguedad, un sueño con todos sus misterios; pero lo que hay al menos de cierto, es que allí estuvo la morada del genio. La inmensidad se estiende para afuera; la inmortalidad estuvo adentro.

Juntáronse á Pio IX en *Mola* el cardenal Antonelli y el señor Arnao, secretario de la embajada de España. Hubo allí un consejo, en virtud del cual salió para Nápoles, el conde de Spaur, encargado de anunciarle á Fernando II la llegada del

jefe de la Iglesia. El rey acudió á Gaeta en aquella misma mañana.

Entretanto, Mr. Freslon, encaramado en la mas alta torre de Marsella, asestaba su anteojo á todas las olas del Mediterráneo, preguntándose á sí mismo: «*Ojos mios, ¿no veis nada venir?*» ¡Ay! el viento, que soplaba de recio, no traia en ningun vapor al gran elector santificado por quien suspiraba Cavaignac; al representante del Señor, que debia convertir de repente, en el escrutinio del sufragio universal, á un heredero de regicida en presidente de la república. ¡Linda mision para un papa!

El rey de Nápoles instaló á Pio IX en Gaeta en la mejor residencia de esta ciudad; que era una casita de cinco ventanas de fachada, con rejas verdes y paredes negras. El cardenal Antonelli residia con él; y en el entresuelo se acomodó el mayor Youngh, oficial suizo nombrado capitan de guardias del papa. Fernando II se alojó en la casa inmediata, en el *Casino militar*, donde tambien se acomodó la reina (1).

En Gaeta no hay mas que una sola calle buena; la que va de la puerta de tierra á la puerta del mar: las otras, formadas de casas pobres y abiertas en la vertiente de unos peñascos, tienen apenas cinco ó seis pies de anchura. Entre los muros de tan modesta ciudad estaban entonces mezcladas, sin poder apenas revolverse, las dignidades de la iglesia, las notabilidades de la córte y las graduaciones del ejército: lucian allí uniformes de todas clases, y se cruzaban intrigas de todos géneros.

La capital del mundo cristiano no supo la evasion de Pio IX hasta el 25 de noviembre á las siete de la maña-

(1) Aquí parió tambien luego. Tiene esta casita tres ventanas solamente á la calle.

na: una especie de estupor se habia difundido con tal noticia. Constitucion, papa, leyes, gobierno; todo desaparecia juntamente... menos el genio de las destrucciones. La república iba á aparecer.

Luego que se hubo reunido en Gaeta el cuerpo diplomático, el Sumo Pontífice protestó contra todo cuanto habia pasado en Roma antes de su evasion; declaró cesante al ministerio del 16 de noviembre, y nombró una comision gubernativa que lo reemplazara.

Roma, en vez de aceptar esta comision, envió una diputacion á Gaeta, para rogar al Santo Padre que volviese á entrar en su recinto. Pio IX se negó á ello terminantemente (1).

La ciudad de las siete colinas estableció al punto, como poder ejecutivo, una especie de *directorio*. Roma parodiaba á París.

Publicó de seguida un decreto en que se convocaba una *asamblea constituyente*; y esta *asamblea*, que nada en resúmen debia *constituir*, declaró inmediatamente que el Papa quedaba privado *para siempre jamás* de su poder temporal: luego, como remate del exordio, se proclamó en Roma, desde lo alto del Capitolio, la república, la *gloriosa* república; porque á todas las feas saturnales de la anarquía hay que darles, segun costumbre, el epíteto de *gloriosas*. Véase si no las revoluciones de julio y febrero: en París están sus modelos.

(1) El caballero *Stanislao d'Aloe* publicó una obrita con el nombre de *Diario de la llegada* y *estancia de Pio IX en Gaeta*, donde hay interesantísimos pormenores con respecto á Su Santidad. Esta publicacion está escrita con el buen talento de un noble defensor de la monarquía y la religion.

CAPITULO UNDÉCIMO.

Mazzini—Revolucion de Toscana.—República en Liorna.—Fuga del gran duque de Toscana á Gaeta.—Gobierno provisional en Florencia.—Batalla de Novara.—Abdicacion de Cárlos Alberto.

En 9 de enero de 1849 (1), abria en persona el gran duque de Toscana Leopoldo las Cámaras ó Córtes. En el propio mes era el abate Gioberti nombrado ministro en Turin y presidente del consejo. Mazzini estaba en Florencia: habíale llamado el gobierno provisional en su ayuda, y le ofrecia montes y maravillas; pero Mazzini presentía la derrota de la rebelion Toscana, y pensaba ir á Liorna, para de allí cabalgar hácia Roma. Esperan al triunviro en el Capitolio, donde está la roca Tarpeya: mas no tuvo los honores de aquel, y las glorias de esta le faltaron.

¡Qué de enredos no habia urdido este Mahoma cosmopolita para el logro de sus doctrinas impías! Ya, con el supuesto nombre de *Strozzi*, organizaba cuerpos francos, y les daba

(1) Un mes justo antes del destronamiento del papa, que fué en 9 de febrero.

por caudillo el *condottiere* Ramorino; ya concedia el derecho de vida y muerte á puñales hábiles que de oculto herian segun sus órdenes; y cometido el crímen, hacian desaparecer el cadáver con arreglo á otro nuevo firmán.

¡Y qué cinismo en sus palabras! Un dia, estando en casa de Montanelli, donde se trataba acerca del papa:

«—¿Cuál seria vuestro plan en Roma?» le preguntó el conde Paulo Fontani.

«—No tengo ninguno resuelto, respondió el futuro triun»viro: nuestro fin es la destruccion entera del órden social »existente; despues veremos, rematado esto, cómo recompo»ner otro nuevo. Nada de papas ni reyes.»

Pero ¿por qué tan famoso jefe, que daba tan horrerosas instrucciones á sus súbditos, para que fuesen á encender guerras de esterminio en todos los paises de Europa; ¿por qué, se pregunta, no asistia nunca en persona á ninguna batalla? Ah! es que como verdadera osífraga política, si bien le gustaba no vivir mas que entre cadáveres, se escondia en cualquiera parte donde veia la muerte, sin querer esponer su vida en ninguna.

Las sesiones legislativas de Florencia, continuamente eran interrumpidas por los clamores de las tribunas públicas, donde escandalizaban en grande los patriotas de Liorna y los ciudadanos de las inmediaciones. Por fin se dejó ver, en una hermosa mañana, el famoso proyecto de ley escogitado por Montanelli: *la Constituyente romana.* Este proyecto fué acaloradamente discutido; y como las tribunas y los periódicos le prestaban su apoyo estrepitoso, preciso fué que la Cámara lo aprobase.

Estaba el desórden en creciente: á Guerrazzi le costaba ya trabajo contener el famoso club de Florencia, que á to-

da costa queria grandes demostraciones populares; cuando en 30 de enero empieza á susurrarse, que los Liorneses intentan venir sobre la capital. Montanelli habia nombrado gobernador de Florencia á un doctor llamado *Cárlos Pigly,* quien no debia tardar en proclamar la república. Todo es sobresalto y angustia en el palacio Pitti, pues dicen que se están armando ya los asesinos. El gran duque ve la tempestad echarse encima; quiere huir de ella, y parte para Sienna, donde estaba reunida su familia.

Al llegar á esta ciudad, no tiene sino motivos para alegrarse. La antigua bandera toscana, *azul y roja*, es allí desplegada por el pueblo en vez del pabellon tricolor. Nada de gritos constitucionales: amor sin límites á su príncipe. Los demagogos de Florencia entretanto, quejándose contra la reaccion, piden la vuelta del gran duque; y si no quiere volver, *«su destronamiento.»*

Pasa Montanelli á donde está el príncipe: sin duda va á imponer alguna ley, á dictar algunas órdenes; mas Leopoldo ha tomado ya su resolucion, y el 3 de febrero por la tarde sabe Montanelli, que en la madrugada de aquel mismo dia se ha fugado el gran duque de Sienna: dos cartas oficiales se lo anuncian. Leopoldo ha partido para *San Stéphano.*

Vuelve furioso á Florencia el ministro: por la noche dá cuenta á sus colegas y al gran club de lo ocurrido en Sienna; y al dia siguiente comunica las cartas del príncipe á todas las autoridades civiles y militares. Inmediatamente son convocadas las Cámaras; Guerrazzi manda tocar generala; la guarnicion se pone sobre las armas para sostener las libertades constitucionales; el ministerio dimite.

Pídenle á la Cámara un *gobierno provisional*, compues-

to de Montanelli, Guerrazzi y Mozzoni. Muchos diputados se retiran: la discusion es borrascosísima.

De pronto, en lo recio del debate, invade el recinto legislativo, á pesar de la guardia de servicio, una diputacion del club soberano, reunido entonces en las arcadas dichas *Loggia dei Lanzi.* Lleva la diputacion una bandera con el mote siguiente: «*¡Viva el gobierno provisional! ¡Vivan Montanelli, Guerrazzi y Mazzoni!*» El tumulto está en su auge.

Inútil es que los diputados traten de establecer la calma y el silencio; los chillidos de afuera, acordes con los de adentro, ninguna libertad dejan ya á los ánimos, ningun órden á las deliberaciones: es fuerza votar entre las amenazas; no hay mas que someterse á la tempestad.

Queda nombrado el gobierno provisional segun el voto prescrito, y los tres recien elegidos salen del salon triunfantes, en medio de la estrepitosa ovacion de los terroristas.

Encamínanse al Senado.

A lo largo del tránsito, se leia en las paredes el siguiente pasquin:

"¡En el nombre de Dios y del pais!

»Considerando que el poder del papa es una fraudulenta »usurpacion que pide á gritos venganza... Considerando que »el Pontífice actual ha dado la santa comunion al infame ase»sino Borbon de Nápoles... ¡maldicion en el papa Pio IX! ..»

Enero de 1849.

¡Justo cielo! y otras veces habia Pio IX sido á quien toda Italia adoraba. Sirva de ejemplo á los ídolos del pueblo.

Recibió el Senado al gobierno provisional con aparente sosiego, y quedó enterado de las cartas del gran duque. Lue-

go, como le presentasen la ley que acababan de votar los diputados :

«—El nuevo poder, dijo el duque de Casigliano, no pue»de ser aceptado por nosotros, á no ser que obre en nom»bre del príncipe.»

«—Pues yo, respondió Guerrazzi, elegido por el pueblo, »gobernaré en nombre del pueblo.»

Siempre las mismas supercherías. ¿Dónde lo habia el pueblo elegido? ¿Quién habia consultado al pueblo? El Senado se calló. En los dias del desórden, no hay mas poder supremo que el *pavor*.

Se formó otro ministerio. *Mordini*, presidente del club, se acomodó con la cartera de negocios estranjeros. Estos señores no se olvidan nunca de sí mismos: su patriotismo lo exije así.

Empiezan mas de firme las demostraciones populares. Un tal Nicoloni, seguido de una gavilla de bandidos á sueldo, proclama en las calles y plazas públicas el destronamiento del gran duque (1).

Plántanse en todas partes árboles de la libertad, como si se quisiera convertir en un bosque á Florencia (2).

Vuelven las banderas tricolores á emprender sus paseos patrióticos, en que se ahulla la Marsellesa. Las armas del Austria y Nápoles son arrojadas al fuego; y las estátuas é insignias del gran duque caen todas por tierra.

De dia en dia nuevas exigencias. Piden *la union romana, otras leyes, otros diputados, otros ministros y el caos* en fin: piden *la república*.

El provisional mismo tambien se desenfrena: hubiera él

(1) Esta especie de pregon, le valió 1200 reales. (Véase al fin de este capítulo el informe de la comision de pesquisa del 26 de agosto al 11 de abril de 1849)

(2) Esta fué obra de estranjeros. Los Florentinos la reprobaban.

querido permanecer en el puesto ajeno; pero otros codician ya el suyo. Toma el partido de disolver las Cámaras; y adoptando el sufragio universal, convoca á una doble eleccion de diputados: unos, para la *Asamblea Constituyente* de Roma; otros, para la *Asamblea toscana* de Florencia: siempre la idea de Montanelli.

Principian las elecciones; los anarquistas están en su puesto, y los hombres de bien se retiran. Hay en blanco muchas papeletas, y otras tienen nombres estraños; como *Pio IX*, *VVeligton*, *Bu-Maza, Luis Felipe y Radetzky*. El pasatiempo no dejaba pues de ser oportuno.

Las elecciones hubieran llevado á la Cámara, á despecho de la demagogia, á las personas mas notables del partido moderado, si estas no hubieran rehusado casi todas, como lo hicieron, dando así lugar á una reaccion que empezó del 8 de febrero á últimos de marzo, época en que debia abrirse la asamblea.

Las papeletas de voto se transformaron en tacos de fusil.

Las gentes, tanto de las ciudades como de las villas y lugares de la Toscana, se alzaron contra aquel nuevo régimen. Tenian demasiados *privilegios* y hartas *libertades* de aquellas que únicamente les traian *desórdenes* y *ruinas*.

El gobierno reprimió indignado momentáneamente el alzamiento nacional, creando partidas movibles de Lioneses, que recorrian los campos con órden de arrestar á todos los sospechosos. Las cárceles se llenaron al punto, porque la *libertad* así lo ordenaba.

Pero el general Laugier, que venia de *Carrara*, donde comandaba un cuerpo de tropas toscanas, habia permanecido fiel al gran duque, y marchaba hácia *Pietra Santa* gritando: ¡*Viva Leopoldo*! El abate Gioberti, que hecho ministro en Turin, se declaraba ya contra los que atacaban á la auto-

ridad, le prometia una intervencion piamontesa. Turin se habia indignado, porque los otros ministros de Cárlos Alberto se declaraban por Guerrazzi. Laugier, acogido por todas partes con demostraciones realistas, tenia fijos los ojos en Florencia, y aguardaba la hora propicia para obrar.

El gobierno atemorizado proclamó la ley marcial, y nombró una comision militar, que fusilara dentro de veinticuatro horas á todo reaccionario. Una sola persona tuvo la debilidad de consentir en formar parte de semejante comision; y como ella sola no bastaba, hubo que retirar la ley.

Sobrevinieron entonces luchas horrorosas. Guerrazzi se resistía á los clubs, que organizaban la anarquía; se resistia tambien á los pueblos, que reclamaban su príncipe; y reprobaba tanto el programa de Montanelli como la república Mazziniana. Queria que se sometiera á la decision de la Asamblea, la reforma de gobierno que debia instituirse; y mientras esto se llevaba á cabo, maltrataba vergonzosamente al pais, haciéndole pasar en su presencia por todas las horcas caudinas del oprobio y las brutalidades.

En el ínterin el gobernador de Liorna, el ciudadano doctor Pigly, el hombre de Montanelli, tomó una alta iniciativa; y el 17 de febrero proclamó á son de trompeta *la república.*

Mazzini estaba á la sazon en Liorna; y en tanto que el doctor charlatan desde el alto balcon de su palacio despachaba con frases de melodrama y gestos de energúmeno su específico revolucionario, el caudillo de *la Italia roja* se hacia llevar en triunfo por las calles y las plazas. Ambos eran émulos en farsas, y los espectadores fraternizaban.

Informado Montanelli de lo que acontecia en Liorna, fué á casa de su colega Guerrazzi, y rebosando de gozo:

«—¡Ea! esclamó: ¡llegó la nuestra! La república hace falta en Florencia.

«—Pero á este efecto, replicó el jefe del gobierno provisional, ¿teneis que darme tres mil hombres de tropa?

«—Sí; y dispuestos á protegernos.

«—Pues bien: ¿cuáles son? ¡qué vengan!

«—Mañana por la mañana los vereis.»

Pero al dia siguiente no hubo mas tropa que un populacho á sueldo. Guerrazzi se indigna y se enfurece. Hay otra contienda entre ambos, mas fuerte que nunca, y Montanelli queda debajo.

Mas con todo, ese mismo Montanelli no estaba nada menos que cierto de que el pueblo prestaria asentimiento á sus deseos; porque en aquel mismo instante escribia las siguientes líneas á su vasallo Pigly:

«La reaccion principia en Florencia. Os enviamos dinero; »enviadnos á toda prisa bravos (1).»

El gran duque de Toscana habia sabido en San Stéphano la nueva revolucion de Liorna: oia de lejos las salvas de artillería que tiraban en Orbitello para celebrar el advenimiento de la república; y no ignoraba que Montanelli habia ordenado á las tropas de que disponia, que marcharan hácia San Stéphano á cogerle como pudieran, fuese en mar ó fuese en tierra.

Así las cosas, llega cerca del príncipe desterrado el buque de vapor piamontés la *María Antonieta*, con un enviado de Gioberti que le ofrecia un asilo en el Piamonte y la intervencion de Cerdeña. Aunque esto hubiera sido tenerlo en rehenes en Turin, tan atemorizado estaba Leopoldo, que aun quiere aceptar la ofrenda: pero antes de resolverse definitivamente, desea consultar á Pio IX. Y ¿cómo hacerlo?... ¿de

(1) Véase el Informe sobre la hacienda en el final de este capítulo.

qué modo?... ¿Tiene acaso algun buque á sus órdenes? Ninguno.

Estaba entonces á su lado el ayudante de campo del general Charetre, Mr. Prevost de Saint-Marc. Este oficial valeroso, que habia combatido por la causa realista en España y Portugal, se ofrece á ir á Gaeta en una mera barquilla de pescar...

Tenia la barca cuatro remeros, y aunque habia quien apostase mil contra uno á que no llegaba á Gaeta, Saint-Marc no obstante partió.

El viento se muestra favorable, y el frágil esquife se resbala sobre las aguas con rapidez. Una distancia de 180 millas, que en aquellas circunstancias no se hubiera podido atravesar en menos de quince dias, se salva en cuarenta horas sin ningun obstáculo ni adversidad, y el encargo queda hecho.

Estaba el gran duque en consejo con todos los ministros estranjeros residentes en la Toscana, y los de Francia, España é Inglaterra (1) lo habian casi decidido á echarse en brazos del Piamonte, cuando de pronto se presentó Saint-Marc con cartas de Pio IX y del rey de Nápoles. Todo en aquel instante se trocó, y á otro dia, despues de dada á su pueblo una proclama en que apelaba á su justicia, Leopoldo se embarcó para el puerto de Gaeta. Iba á juntarse con el papa.

Refiramos aquí un interesante episodio de aquella época desventurada. Es el siguiente.

La gran duquesa debia reunirse á su marido en San

(1) Era el ministro de Francia M. Benoit-Champy, el de España Villa Marino y el de Inglaterra un hermano de sir Georges Hamilton.

Stéphano, con sus hijos, su familia, el general Sproni, la condesa Palagi, dama de honor, la condesa de Bradi, francesa y aya de las archiduquesas, y Mr. Prevost de Saint-Marc. Su Alteza Imperial tomó el camino de Orbitello; mas luego que hubo entrado en esta ciudad, el pueblo cercó su coche, y le cerró el paso.

«Queremos que la duquesa se pare aquí», clamaban un sinnúmero de voces. La princesa habla, suplica...; pero se empeñan en detenerla.

Los gritos se iban convirtiendo en amenazas, cuando súbito se levanta la duquesa, y puesta de pié en su birlocho, dirige estas palabras á la multitud:

«—Atrás! quiero pasar. Me dejo de súplicas; lo mando.»

¡Oh imperio de la energía! El pueb'o se intimida y ceja; aquella mujer le parece sublime. «*Tiene razon*», esc'ama; y todos se orillan, y ella pasa triunfante.

La Cámara se abre á fines de marzo; y despues de aplazar la cuestion de la *unidad italiana*, nombra á Guerrazzi jefe del poder ejecutivo, y le inviste de una especie de dictadura suprema.

Este se aprovecha inmediatamente de sus facultades para deshacerse de Montanelli, su temible rival, enviándole en mision á París. Con el propio motivo, y so pretesto de trabajar en la propaganda, despachó tambien de a'lí á *La Cecilia*. Todo esto, por de contado, costó crecidas sumas (1).

Por último hizo ir á Florencia cierto número de volun-

(1) Véase el estracto del Informe ya citado. Por él se sabe cuánto costaban los manejos revolucionarios, y qué retribuciones se concedian á los hombres de la insurreccion. Este documento es tanto mas instructivo, cuanto que da á una la medida del patriotismo de los agitadores y los precios á que hacian pagarse sus convicciones.

tarios Liorneses con quienes podia contar, los cuales fueron su guardia pretoriana.

Prepárabase á la sazon uno de los acontecimientos mas grandes de la historia moderna: la famosa batalla de *Novara*. El abate Gioberti, ministro en el Piamonte, se oponian á que se rompiesen las hostilidades con el Austria. Fiel al odio que le tenia jurado á Mazzini, queria que se marchara á Roma con doce ó quince mil hombres á reedificar la Santa Sede y echar por tierra la república: mas su dictámen no prevaleció.

El rey de Nápoles se preparaba para reconquistar la Sicilia: habia hecho tocar retirada entre las tropas napolitanas enviadas á la Lombardía, y daba principio á la brillante campaña en que iba á ilustrarse su ejército.

En cuanto á Venecia, emancipada del yugo piamontés á consecuencia de la capitulacion de Milan, habia destituido todas las autoridades puestas por Cárlos Alberto, llamado al mando á todas las criaturas de la república, y dádose la dicha de un *gobierno provisional*. Manin, vuelto al poder, erguia en ella de nuevo su orgullosa frente (1).

En el otoño de 1848 habia puesto en buen estado de defensa los sesenta y cuatro puntos fortificados de la ciudad; y actualmente contaba con 14,000 hombres de tropas de lí-

(1) Cuando el Veneciado se reunió al Piamonte, Manin cesó inmediatamente en sus funciones, y Cárlos Alberto envió á Venecia dos comisarios piamonteses, *Colli* y *Cibrario*, que reunidos al abogado *Castelli* tomaron las riendas del Estado en nombre de él. Pero la batalla de Custoza cambió el aspecto de las cosas, y los Piamonteses tuvieron que marcharse despues de un reinado de pocos dias. Castelli tambien cayó á su turno, y le sucedió una especie de triunvirato: Manin era jefe del poder ejecutivo; el contraalmirante Graziani tenia á su cargo el departamenio de marina, y el coronel Cavedalis corria con el de la guerra.

nea (1), 2,500 artilleros y 4,000 marinos. El general Pepé y su jefe de estado mayor Ulloa, en una brillante salida que habian hecho del fuerte de Malghera (2), habian repelido á los Austriacos, hecho 700 prisioneros y cogido ocho piezas de artillería. Pero como Nápoles habia llamado sus tropas, tambien Roma habia reclamado las suyas, y Venecia, bien que la hubiese un gran triunfo electrizado, habia visto no obstante decrecer sus fuerzas (3).

La Asamblea venecina habia juzgado en febrero de 1849 que era urgente modificar la forma de su gobierno; porque los monumentos indestructibles llamados *constituciones fundamentales*, tienen la inevitable ventaja de estar siempre desbaratando y rehaciendo: lo que no obsta nada, para que sus aficionados se estasíen ante los gobiernos *representativos y provisionales*. Y además ¿por qué no se han de encantar? ¿No adoraban con tenacidad lo Egipcios de otros tiempos á los ibis, los cocodrilos y las cebollas?

(1) De los cuales eran 5,000 Romanos mandados por el general Ferrari, y 2,000 Lombardos.

(2) *Malghera* ó *Morghera*. Pepé, en su libro citado, escribe lo primero.

(3) Las bajas se llenaron con nuevos voluntarios. La guardia nacional hizo el servicio de las baterías, y de entre algunas familias nobles se formaron dos brigadas de artilleros que tomaron el nombre de *Bandiera* y el de *Moro*, en memoria de los dos oficiales de la marina que fueron jefes de la insurreccion calabresa. Como era menester atender á los gastos ocasionados por el sitio (3.400,000 libras por mes), los ricos se obligaron voluntariamente á entregarle al Estado sus alhajas y objetos de valor. El gobierno decretó la emision de cierto papel-moneda, que estaba garantido por los propietarios del pais, y debia amortizarse por un nuevo gravámen del 25 por 100 sobre las rentas individuales. De este modo se sacaron 40 millones de libras. ¡O qué ganancias tan pingües las de las revoluciones!

Habíase pues abolido el triunvirato tras la primera derrota de Cárlos Alberto. Manin quedaba de dictador (1).

El 12 de marzo de 1849 finaba el armisticio habido entre el Piamonte y el Austria; mas se prorogó hasta el 20.

La derrota de Custoza y la capitulacion de Milan habian sido realmente el fin del movimiento de la Peninsula: lo demás no debia ser sino languideces, desfallecimientos, ruinas. La Italia, débil como estaba, iba á mostrar bien pronto su impotencia.

Mazzini y sus demagogos acusaban al monarquismo de los desastres de la cruzada.

«La guerra de los príncipes se ha rematado, decian en sus conciliábulos secretos; la de los pueblos va á principiar. La era de las naciones libres nosotros la abriremos por un alzamiento general de las masas. Nada de reyes en ninguna parte; repúblicas en todas; que así nuestro triunfo esta vez será cierto.»

Los clubs habian tomado nuevos bríos, y la prensa continuaba en sus desafueros con mas furia. Roma y Florencia eran los dos centros de la demagogia, y tras la catástrofe del malogrado Rossi, muerto por sus antiguos camaradas, Italia se habia precipitado en brazos de la anarquía republicana: Mazzini subia al Capitolio.

Gioberti, llegado á ser ministro en el Piamonte, habia tomado este mote por programa: «*Guerra inmediata al Austria.*» Y la Cámara de diputados, por no haberlo adoptado de seguida, fué disuelta y reemplazada por otra enteramen-

(1) Su ministerio, que se tenia por responsable, se componia asi: *Manin*, negocios estranjeros; *Cavedalis*, guerra; *Graziani*, marina; *Pésaro*, hacienda; y el abate *Camin*, instruccion pública.

te roja, que lo aceptó sin dilacion. La primera hubiera deseado una guerra régia; la segunda pretendia organizar una guerra republicana (1).

Y con todo esto, el abate Gioberti, que entonces queria, segun costumbre, mantener la autoridad del gobierno, por cuanto habia llegado ya al poder; blasfemaba de las locuras anárquicas de Florencia y Roma. Bien hubiera deseado aun intervenir en favor del gran duque de Toscana; mas contaba sin sus cofrades y amigos, pues sus colegas los ministros y sus correligionarios los diputados se pronunciaron contra él con indignacion. Inquieto, indeciso y alucinado el rey, se inclinó primero á Gioberti, y luego se entregó á los demagogos. El abate cae al punto, y Cárlos Alberto toma las armas; porque la guerra va á empezarse otra vez.

Sale el general Pepé de Venecia con una division de ocho mil hombres y dos baterías, para ir á reforzar el ejército piamontés. Los Austriacos habian evacuado á Parma; y los Lombardos, que habian cogido á traicion al jóven duque, lo tenian prisionero en Milan. El duque de Módena se habia visto forzado á dejar su capital; y Cárlos Alberto, habiendo ordenado un alistamiento general en el Veneciado y la Lombardía, iba á verse á la cebeza de 120,000 (2).

Por desgracia en Turin estaba el tesoro vacío, y las tropas reales, por falta de jefes esperimentados y hábiles administradores, iban á carecer precisamente en los momentos mas críticos, como suele suceder, de víveres, municiones, dinero y artillería.

(1) *Histoire de la campagne de Novare*, por un capitan de artillería francés, pág. 28. Turin, 1850.

(2) Segun la *Histoire de la campagne de Novare*, pág. 50, eran 135,000 hombres; pero segun Pepé en su *Histoire des révolutions de l'Italie*, pág. 226, no llegaron sino á 120,000.

Encamínase Cárlos Alberto, primero á Alejandría, y despues á su cuartel general. Al saber su entrada en campaña, álzase Brescia y espulsa á los Austriacos no sin prodigios de valor. Allí murió Nugent, y ¡cosa notable! este valeroso militar, maravillado de las hazañas del enemigo, y queriendo darle un testimonio de su admiracion, nombró á la ciudad de Brescia su universal heredera (1).

El general piamontés La Mármora invade el ducado de Parma. La Lombardía habia prometido alzarse toda entera, tan pronto como se presentara el ejército sardo; pero no cumplió su promesa.

Roma y Florencia debian tambien suministrarle inmensos recursos á la nueva cruzada; pero caidas en la impotencia con su régimen republicano, no tenian ya ni dinero ni fuerza; y á mayor abundamiento, Mazzini, como soñaba siempre en la independencia nacional por el alzamiento de los pueblos, no trataba de favorecer la emancipacion de Italia por el heroismo de un monarca: deseaba él, mas que la espulsion de los Tudescos, la caida de los tronos.

Con respecto al ejército piamontés, minado por los demagos y mal dispuesto para una guerra que en esta ocasion hacia á su pesar, estaba mas indisciplinado que nunca (2), y prestaba oidos á las doctrinas revolucionarias, que pierden á cuantos las escuchan. La insubordinacion pasaba en él por entusiasmo, y la desvergüenza en las ideas se llamaba fuego del patriotismo. Luego, entraba en campaña con negros presentimientos; pues veia claramente que en el nuevo alzamiento de escudos permanecia solo el Piamonte.

Era el general en jefe de Cárlos Alberto un polaco llamado *Chrzanovvsky*. A sus órdenes estaban los dos hijos del rey, Perona, Bes, La Mármora, Durando, conocido ya por

(1) Pepé, obra citada, pág. 163.
(2) El mismo, pág. 253.

sus desastres en el Veneciado, y Ramorino, el *condottiere* (conductor) predilecto de Mazzini y el confidente secreto de sus miras (1).

En cuanto al valiente Radetzky, que tenia á la sazon 83 años, pues habia nacido en Galitzia en 1865, marchaba adelante al frente de 80,000 hombres, teniendo sus almacenes bien provistos. Habia ya pasado el Ticino, y todo le presagiaba la victoria (2).

Con todo, Cárlos Alberto creia todavia en el libertamiento de Italia. Pero los tiempos cambian las ideas, y el ardiente entusiasmo de la Península cedia su puesto á una fria desanimacion: Italia no tenia ya delirios felices, sino tremendas convulsiones. Lo mismo que Pio IX á los ojos de las sociedades secretas no era ya *el Santo de su revolucion*, asi Cárlos Alberto no era ya tampoco *la espada heróica.*

«En el trono de las barricadas, decia el general Pepé, *cualquier pueblo es rey, cualquier pueblo es papa* (3).»

En hora buena: pero *pueblo rey* es palabra ya muy gastada; *pueblo papa* es mucho mas nueva. *El hombre es Dios,* dicen los panteistas; pero entonces *el pueblo* es todo un Olimpo de dioses; tambien es á la vez *rey, papa y Dios.* ¡Pobre humanidad! ¡Con cuánto aplomo se burlan de tí esos tus falsos regeneradores!

Mas volvamos á Cárlos Alberto, que marcha, mira, llama... ¡Ay! el tiempo de los paseos militares, mas ó menos estratégicos, habian ya definitivamente pasado. Ya no impelia

(1) Ramorino fué elegido por Cárlos Alberto compelido por las sociedades secretas. Pepé, pág. 246.

(2) Sus generales eran VVratislavv, Apre, Appel, Thorn y VVoche.

(3) *Révolutions de l'Italie*, pág. 366.

el entusiasmo de los pueblos á las columnas vivaces de la *unidad* contra las fogosas murallas de Radetzky para una independencia problemática. Muchos caudillos que al alzarse á revindicar los derechos del pueblo, declararon que ni una pulgada habia de terreno que no debiera convertirse en un campo de batalla, desaparecian de *esos campos de batalla* sin haber adquirido una *pulgada de terreno* siquiera. Así, tantos bravos como habian perecido, y ¡vaya si habia bravos!... tantas arengas como se habian despachado, y ¡cuidado que las habia á cargas!... tantos cañonazos y tiroteos en que Dios solo sabe la pólvora que se habia gastado; todo esto no debia rematar sino en las mas completas decepciones. De todas las marchas de la cruzada y todos los planes de los unitarios, solo debian quedar, en definitiva, alfileres clavados inútilmente en algunos mapas de los diplomáticos de la insurreccion.

La historia será sin duda severa al juzgar á Cárlos Alberto. Dirá que como militar, tuvo las nobles acciones del valor, pero nunca las miras elevadas del génio; tuvo algunas inspiraciones felices, pero nada de profundas combinaciones. Hubo en su existencia cuatro periodos: *la rebelion, el despotismo, las concesiones* y *la conquista.* En ninguno fué ni firme ni franco; jugó con todos ellos, y todos ellos jugaron con él.

Pero menester es confesarlo: la batalla de Novara fué una admirable página de su vida; y ante página tan inmortal huye de la pluma toda réplica, conmuévese el corazon, y los desaciertos se olvidan. Hay hombres que solo parecen grandes en su prosperidad; mas al rey de Cerdeña le sucede lo opuesto: al subir, se achicó; al caer, se engrandece: Cárlos Alberto, en su último dia, enalteció la lid en su persona hasta el heroismo, y el sufrimiento hasta la virtud. Su infortunio fué su gloria.

Radetzky el 20 de marzo por la mañana echaba dos puentes sobre el Tesino, y marchaba por Pavía hácia el Piamonte con mas de 60,000 hombres y 200 bocas de fuego. Ramorino debia estar en *la Cava* para cortarle el paso al enemigo; pero el amigo de Mazzini no estuvo allí. Su intencion secreta era desfilar sobre Génova, y proclamar allí la ***república***, mientras Radetzky batia en retirada á la ***monarquía***: pero falto de valor en el momento de obrar, el traidor únicamente supo franquear el paso; no pudo proseguir su plan, porqué sus tropas le desobedecieron, y fué preso y mas adelante castigado. Sin embargo, el Austria, que triunfó, le debia á él su gloria.

El 21 de marzo estaban frente á frente en Montara los ejércitos austriacos y piamonteses. Y cosa estraña; en el momento en que el general polaco Chrzanowky perdia la causa italiana en Novara, otro polaco, Mierolawsky, perdia tambien la causa de Sicilia en Catana.

Faltaban, como de costumbre, los víveres. El general Bes tuvo primeramente algunos encuentros felices en la Sforzesca, é hizo muchos prisioneros. El principio fué bueno y brillante; la brigada de Savoya se cubrió de gloria; y Wratislaw tuvo que cejar á Gembolo. Pero Durando mientras tanto se dejaba batir en *Mortara*; Ramorino hacia traicion en *la Cava*; La Mármora iba en derrota; y en remate de jornada los Piamonteses se replegaban hácia Novara, habiendo perdido 2,000 prisioneros y 5 cañones. Los Austriacos habian triunfado; y esto no obstante, los periódicos piamonteses tocaban las fanfarrias de la victoria, como en aquellos dias de las locas exageraciones de la cruzada.

Reproduzcamos sus partes:

«Los nuestros han quedado vencedores en toda la línea; »el enemigo ha sido arrojado al otro lado del Ticino. Hemos »cogido 20,000 fusiles. La Mármora está al otro lado de en-

«frente, aguardando á los fugitivos para acabar con ellos. Dios »está con nosotros.» (Carta del diputado Constantino inserta en el *Monitore toscano*, 24 de marzo).

El parte del general Chrzanowsky estaba en un estilo algo mas templado.

"Nuestras tropas, decia, se han retirado: Ramorino ha »sido traidor en *la Cava*, y el enemigo ha entrado en Mor»tara. Nuestro cuartel general está en *Novara*, donde tam»bien está el rey con sus hijos."

El Boletin de la *Opinione*, periódico de Turin, decia:

"Los Austriacos han sido completamente batidos: les he»mos hecho 6,000 prisioneros. Chrzanowsky se ha inmorta»lizado.»

La *Campana del Pópolo*, otro periódico de la misma capital, publicaba la carta siguiente:

"Son las siete de la mañana: suelto la espada, y tomo »la pluma. Están en nuestro poder 1,500 Austriacos: la ener»gía de Cárlos Alberto es incomprensible. Hemos perdido á »*Mortara*; pero el general Ramorino dará cuenta de sus »maniobras. El rey y sus hijos, al saber que los Austriacos »estaban en Mortara, han esclamado: «*Perfectamente: mañana todos serán nuestros prisioneros* (1).»

El mismo sistema de enredos.

El 23 de marzo, batalla de Novara.

Las tropas piamontesas estaban fatigadas por las lides de los dias precedentes; pero no podian retroceder. A las

(1) Esta estraña carta de un oficial piamontés fué reproducida en el periódico napolitano *El Eco de la libertad*, en 31 de marzo.

once de la mañana empezó el fuego en *la Bicocca,* y se estendió en toda la línea. La brigada de Savoya y la de Savona se portaron con tanto heroismo como el dia anterior; todas las posiciones fueron tomadas y vueltas á tomar muchas veces. El duque de Génova pasó con la reserva al fuerte de la Bicocca, donde debia decidirse la suerte de la jornada, y combatió allí con tal valor, que reventó muchos caballos, y continuó á pie dando órdenes sin miedo ni turbacion.

Hasta las cuatro y media de la tarde ganaba el rey de Cerdeña; pero á las cinco la fortuna se trocó. Los Austriacos tomaron la Bicocca, y rompieron el centro del ejército piamontés, que se retiró en desórden hácia *Novara,* teniendo tan encima al enemigo, que llegó á poner sus baterías en medio de los fugitivos de su retaguardia. Chrzanowsky no dió muestras ni de talento ni de energía; y la batalla se perdió.

«Victoria! victoria! imprimia en 25 de marzo el *Diario de Génova*: acaba de llegar un posta sin aliento, que nos anuncia la completa destruccion de los Austriacos. Cien carros de enemigos heridos atraviesan los campos, donde el somaten toca á su entierro, y la *libertad* grita *victoria!*»

Siempre con las mismas decepciones.

Oh! Cárlos Alberto en Novara habia caido desde la encumbrada cúspide de sus ilusiones hasta el abismo de su adversidad. En su última batalla buscaba constantemente en medio del fuego la muerte como héroe; pero el rayo le heria sin echarle por tierra.

Uno de sus generales le asió del brazo y le sacó por fuerza de la pelea (1).

«No, no: quiero caer ahí; dijo el príncipe desasiéndose. General! dejadme morir... este es mi último dia... dejadme.»

(1) Se llamaba Giácome Durando: pero no era aquel que capituló en Vicenza.

Solo con mucho trabajo pudieron sacarle de entre las bombas y balas que zumbaban en su rededor. Llegado á los muros de Novara, tomó una resolucion súbita. Tenia cerca de sí á sus dos hijos, el duque de Savoya y el de Génova, á sus dos ayudantes de campo, al ministro Cordona y al general en jefe polaco; y dirijiéndose á estos últimos:

«Yo, les dijo, no soy ya rey: mi hijo es vuestro soberano. En él abdico: mi tarea está concluida.»

Y abrazó á sus hijos.

Su voz estaba enternecida, pero era firme; y su dolor habia tomado el carácter sagrado de la resignacion.

Dió gracias á sus fieles servidores por todas las pruebas que habia recibido de su amor y fidelidad.

«Con Dios! repuso: os dejo; me iré á tierra estraña...
»lo mas lejos que pueda. Pues no he podido libertar á Ita-
»lia, buscaré fuera de ella mi sepulcro. ¡Dios me dé fuerzas
»hasta entonces! y llegue mi hijo á ser con el manto menos
»desgraciado que yo!»

Lágrimas de ternura corrian por todos los párpados: los ojos de Cárlos Alberto estaban elevados hácia el cielo; y su frente resplandecia con triste y doloroso fulgor en la completa y sublime abnegacion de su pensamiento.

En vano los circunstantes le suplicaban desconsolados que desistiese de su cruel resolucion: el príncipe permaneció inflexible. Abrazólos uno á uno, y á media noche, partido el corazon, despojado de todos sus esplendores, sin corona ni cortesanos, seguido de un solo criado, tomó el camino del destierro.

Oporto, en la estremidad de Portugal, le parecia la playa mas distante del teatro de las revoluciones: la escogió.... para en ella morir.

CAPITULO DUODÉCIMO.

Sublevacion de Génova.—Guerrazzi en Florencia.— El conde Digny de Cambrai.—Restauracion del gran duque de Toscana.

En aquella misma noche fué Novara teatro de los mas horrorosos desórdenes. Tal era la desesperacion de las soldados vencidos, que se pusieron á saquear las casas, y quisieron pegarle fuego á la ciudad en venganza, decian, de la traicion que les habian hecho los Lombardos, que despues de haberlos conducido á la guerra, los habian abandonado. Si hubieran estado en Milan, hubieran puesto á sangre y fuego esta ciudad. La caballería cargó sobre los amotinados; de lo que resultó que se estuvieron batiendo en las calles unos contra otros toda la noche (1).

El duque de Savoya sucedió á su padre. Radetzky, que no queria ya tratar con Cárlos Alberto, firmó inmediatamente el armisticio que su hijo le proponia; lo que dió lugar á que corriesen voces desagradables.

Decíase reservadamente en el campamento, que el nuevo rey, en la inteligencia de que si la batalla de Novara se per-

(1) Véase el opúsculo italiano *Novara*. Turin 1850.

dia, subiria de seguida al trono, estaba desde el dia anterior en relaciones con Radetzky. Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el mariscal austriaco, pudiendo entonces haber tomado sin dificultad á Turin, se mostró sumamente generoso. El Austria reclamó ochenta millones por los gastos de la guerra, y la paz se ajustó en seguida (1). .

Mal paradero habia tenido tambien de esta hecha *la independencia italiana*. La primera campaña habia durado cuatro meses; la segunda duró cuatro dias: aquella tuvo dias de gloria; esta no fué mas que una desastrosa demencia. Los Mazzinianos quisieron convertir á los bravos del Piamonte en bayonetas inteligentes; y los soldados de Cárlos Alberto en Novara no fueron ya los héroes de Pastrengo, Santa Lucia y Goito. Tanto se les habia hablado de *sus derechos*, que se habian olvidado ya de *sus deberes*.

En cuanto al rey de Cerdeña, que habia echado de sus Estados á los príncipes sus vecinos, tambien se veia él espulsado á su vez. Repitamos de nuevo estas palabras: ¡*Lugar á la justicia de Dios*!»

En 30 de marzo se mudaba de ministerio en Turin. El abate Gioberti se hacia dar una mision estraordinaria para París, donde como enemigo eterno é implacable de Mazzini, iba á decidir á Luis Napoleon en favor de la espedicion de Roma, proyectada por Cavaignac: pero su poder habia decaido, y su presencia no causó ningun efecto en París.

(1) Pero no se firmó hasta agosto, en cuyo mes los Austriacos evacuaron el territorio piamontés y la ciudadela de Alejandria. Hubo alguna reduccion en la suma exigida.

(El autor no dice si los 80 millones era de francos, como nos inclinamos á creer, ó de cualquiera otra moneda.—*Observacion del Traductor.*)

Allí pasó oscurecido y desdeñado, hasta caer poco á poco en el olvido. Su renombre con los desastres de Italia habia fracasado.

Y entretanto Roma, prosiguiendo ciega el curso de sus estravagancias, no queria de ningun modo reconocer el dedo de la Providencia en la ruina de las revoluciones. Mazzini estaba dentro de los muros de la ciudad eterna, fundando allí *á perpetuidad*, segun la fórmula comun, *la gloriosa república* del Tíber. Acababa de proclamarse el triunvirato, de que era jefe Mazzini, y sus cólegas se llamaban *Arnellini* y *Saffi*. Estas tres parcas se tenian por tres sabios; pero ya los juzgaremos por sus obras.

Parma iba á ser tomada por los soldados de Radetzky. El duque renunciaba de la corona en favor de su hijo.

Los Sicilianos quedaban derrotados en Catana.

Brescia, Bérgamo y Como, que se habian alzado al darse la batalla de Novara, y habian espulsado á sus dominadores, volvian á someterse al yugo austriaco.

Venecia sola quedaba aun. El general Pepé habia impelido á 2,000 Piamonteses que allí habia, á declarar traidor á Italia á Cárlos Alberto, y á no reconocerle ya por su rey: mas los Piamonteses indignados habian dejado en seguida á Venencia (1).

Génova, poblada á la sazon por una multitud de aventureros de todos los paises, pensó que aquel momento era oportuno para deshacerse de la dominacion piamontesa y constituirse tambien en república: así pues se sublevó el 31 de marzo; espulsó á la guarnicion sarda el 2 de abril, y se dió en *gloriosa* recompensa un gobierno provisional. Mas *la gloria* desgraciadamente fué de corta duracion; pues aun no habian pasado algunos dias, cuando ya La Mármora atacaba

(1) *Custoza*, opúsculo italiano ya citado. Turin, 1849.

á la ciudad emancipada; y despues de muchos tiros de fusil, algunos de cañon contra las murallas y muchas granadas, volvia á tomarse la plaza fuerte, y se firmaba el 11 del mismo mes una capitulacion: la república habia abortado.

El triunfador Guerrazzi, omnipotente en Florencia todavia, tenia demasiado talento y perspicacia para no ver que en virtud de los acontecimientos que acababan de pasar, era inminente ya la restauracion del gran duque de Toscana. Así, al propio tiempo en que lo acusaban en la Cámara de estar en misteriosas relaciones con el gobierno pasado, y gritaba él en la tribuna: «*Semejante acusacion es tan insensata para quien la hiciera, como seria estúpida para quienes le dieran fé*», trataba secretamente con los ministros estranjeros para la vuelta del soberano. Engañaba por una parte y por otra, y por ambas le sacudieron (1).

Los bandidos lionerses, á quienes él habia llamado á Florencia, cometian horribles escesos: en las tabernas donde no querian pagar, en los sitios públicos donde insultaban á á las mujeres, y en las calles donde apaleaban á la gente, resonaban clamores de indignacion general. El pueblo estaba enojadísimo; y solo pensaba en vengarse.

Pide el ayuntamiento la espulsion de los enviados de Pigly, y dáseles la órden de partir por el camino de hierro de Liorna; pero el 11 de abril, cuando se disponian para ir á los wagones, ármase entre ellos y los Florentinos la primera contienda. La cosa se puso pronto séria: tócase generala; corre la sangre en la plaza vieja de *Santa María Novella*, donde habia sido quemado el coche del general Statella, cuan-

(1) Véanse en el *Monitore Toscano* las palabras pronunciadas por Guerrazzi el 30 de marzo en la Cámara.

do volvia de la cruzada contra el Austria (1). Llega la guardia nacional en refuerzo: descárganle los Liorneses; pero ametrallados por ella á su turno, quedan vencidos y dispersos.

La reaccion empieza al punto.

Algunos concejales de Florencia, aprovechando la derrota de los Liorneses, y apoyados en la inmensa mayoría del pais, resuelven en la noche del 11 al 12 de abril ponerse á la cabeza del movimiento contrarevolucionario, y asestan todas sus baterías.

En la misma noche se empezó á talar aquella especie de *selva-negra*, que habian plantado en las calles con el nombre de *árboles de la libertad*. A las siete de la mañana, sublevado el pueblo por todas partes, no dejaba en pié ninguna insignia de la tiranía revolucionaria. Todas las inmundicias de *la Italia roja* estaban ya arrinconadas; y despues de aquella gran medida de purificacion nacional fueron las armas del gran duque colocadas en su sitio.

Los gritos de ¡*Viva Leopoldo*! resonaron del uno al otro estremo de la ciudad; y las gentes en su contento decian: «¡Ah! esta vez no hay ya gritos pagados.»

Eran las diez de la mañana, cuando el conde Digny de Cambrai, individuo del ayuntamiento que hacia las veces del confaloniero, por estar este gravemente enfermo á la sazon, dió una enérgica proclama, y tomó, en nombre del gran duque Leopoldo, las riendas del Estado. Muchas notabilidades del pais se pusieron de su parte, especialmente el marqués *Caponi*, el consejero *Capoquadri*, el baron *Ricasoli*, el mar-

(1) Este general formaba parte de la espedicion de Pepé. Llamado por el rey de Nápoles, obedeció y abandonó la cruzada; pero al pasar por Florencia, los bullangueros acudieron á su posada, y no pudiendo echarle mano, porque afortunadamente pudo escaparse, aplacaron su furor con pillar y quemar su coche, que tuvo que dejarse al huir.

qués Cárlos *Torrigiani* y el comandante de la guardia nacional *Zanetti.*

Guerrazzi en tanto, no pudiendo aun creer que así se deshicieran de su *glorioso* gobierno provisional, sin contar con él para nada; prepara una viva resistencia. Convoca la Cámara al palacio viejo; pero solamente acuden diez y seis diputados, y esos están todos temblando. Los otros prefieren las delicias del hogar, y se abstienen modestamente.

Luego da órden á 300 guardias nacionales, con cuya fidelidad le parece poder contar, para que acudan á su defensa. Por último, obliga á los pocos diputados que le quedan, á decretar un acta de acusacion contra el ayuntamiento; y estos de buena ó mala gana se ponen á deliberar...

Abrese de pronto la puerta; penetra audazmente hasta el centro del salon el conde Digny, y con voz enérgica:

«Señores, dice el noble y fiel realista: vosotros estais decretando un acta de acusacion contra nosotros. Pues bien: yo os declaro, en nombre del ayuntamiento, que estais perdidos. Cambiad al punto de bandera, ó de lo contrario yo no respondo de vuestras cabezas.»

Iban algunos á contestarle, cuando prosiguiendo:

«Diputados, dijo, abrid esas ventanas. ¿Veis esa inmensidad de gente? Pues llamando está á su soberano. ¿Oís esos clamores de afuera? Pues todos os acusan.»

Túrbase la asamblea: sus individuos miran, oyen, tiemblan. Cuatro, pidiendo unirse al consejo municipal para tomar medidas adecuadas á las circunstancias, se pasan al partido opuesto á Guerrazzi, y el conde se retira con ellos.

Pero ¿y los otros doce diputados? Ignórase lo que se hicieron. Nadie tampoco les quiso ya hacer caso.

La gente se amotinaba mas y mas, y los sublevados gritaban por toda la ciudad: ¡*Abajo Guerrazzi*! El jefe del poder ejecutivo, bien que tuviera todavia de su parte algunos

hombres armados, propuso no obstante un arreglo al ayuntamiento, y pidió tratar con él.

Jugando con dos barajas como de costumbre, Guerrazzi le concederá su apoyo y el de sus partidarios bajo ciertas condiciones; y así tendrá su partecita en el triunfo.

Delibérase por largo rato, aguardando unos y otros á que entretanto se manifestara totalmente la voluntad popular. Como los *seides* de Guerrazzi aun no estaban abatidos, habia *sies* y *nones* á medida que eran mas ó menos favorables ó adversas, ya á la restauracion monárquica, ya al gobierno provisional, las noticias que venian de afuera. Por último, la contienda se acabó á las cinco: el partido de Guerrazzi sucumbió, y el pueblo quedó boyante.

Las últimas proposiciones de Guerrazzi son al punto rechazadas. El ayuntamiento, vestido de gala y precedido de una inmensa bandera con las armas del gran duque, se encamina á pié al palacio viejo, resguardado por la multitud. Ya no se oyen otros gritos que estos, mil veces repetidos:

«¡*Viva Leopoldo*! ¡*Fuera Guerrazzi*! ¡ *El gran duque como estaba antes*! »

El ayuntamiento se apodera del mando supremo; entra triunfante en el palacio, y arresta allí á Guerrazzi.

Así se desvaneció para siempre aquella brillante fantasma, que se creyó formidable gigante, y solo fué enano alborotador. Confinada en la fortaleza de Belvedere, aquella celebridad tan alta desapareció sin ruido ni oposicion de la grande escena del mundo: nadie ha oido hablar mas acerca de él.

El pueblo, puesto enfrente del edificio donde Guerrazzi dictaba otras veces sus voluntades absolutas, pedia á voz en cuello un busto del gran duque; y como no fuese fácil procurarle de pronto ninguno, la gente se impacientó; mas por fin se satisfizo su deseo. Luego que el busto apareció en el balcon, todos saludaron la real imágen entusiasmados, y dan-

do suelta á su júbilo nadie cometió ningun esceso. Allí no hubo el menor desórden, ni tampoco hubo ninguna venganza.

Como todos los ministros se habian fugado, el ayuntamiento nombró otros (1).

Enviáronse proclamas á todas las provincias, las cuales se adhirieron muy contentas al nuevo hecho consumado. Tambien se envió inmediatamente á Gaeta una diputacion que llevaba á su cabeza el presidente de la Cámara; y entretanto que volvia el príncipe Leopoldo, el Estado fué gobernado en su nombre.

Sabido que fué en Liorna el 12 de abril el arresto de Guerrazzi, propuso el confaloniero Fabbri que inmediatamente partiesen en socorro del ilustre cautivo; pero nadie tomó las armas: todos prefirieron estarse quietos, fuera de Fobbri, que *tomó*... las de Villladiego.

La noche que siguió al 12 de abril, estaban cubiertas de fuegos artificiales todas las alturas que circuyen á Florencia. Los campos, iluminados tambien como la capital, presentaban un golpe de vista prodigioso. Las luminarias eran tan mágicas, que no parecia aquello sino un pais de hadas.

Ni un grito siquiera se oyó de oposicion: hubo unanimidad fabulosa; y por todas partes, asi en los campos como en la ciudad, embriagado el pueblo de contento, repetia sin cesar:

«Ahora no hay engaño: estos no son ya gritos pagados.»

ESTRACTO *del «Rapporto della comissione incaricata, etc.» del* 26 *de octubre al* 11 *de abril de* 1849.

Las gratificaciones dadas en 168 dias á los amotinadores

(1) De los ministros fugitivos cogieron á *Mazzoni* y á *Adami*. Ambos están todavia, segun dicen, encarcelados.

importaron 200,000 francos (748,000 reales). Hé aqui algunas partidas de esa enorme suma (1):

A *Nicolini*, en 8 de enero de 1849 y 13 de febrero siguiente, para gastos secretos. . .	12,000 rs.
Este Nicolini fué quien con su gavilla pregonó en las calles de Florencia el destronamiento del gran duque. La recompensa era mezquina.	
A *La Cecilia*, enviado á París á trabajar en la propaganda.	4,000
A Luis *Barbanera*, para gastos secretos. . .	160
A Andrés *Romeo*, enviado á Turin á la propaganda.	11,200
A Bautista *Maggini*, sacerdote que andaba de mision por las provincias, y fué fusilado en Liorna (en marzo y por un mes).	600
Al coronel *Forbes*, guerrillero al principio en Sicilia y luego oficial de Garibaldi (en marzo de 1849).	2,400
A Enrique *Redi*, cabeza de motin.	600
A Clemente *Busi*, para gastos secretos (en 27 de noviembre de 1848).	2,000
Al doctor Cárlos *Pigly*, gobernador de Liorna, para pagar á veinte ciudadanos armados y encargados de vigilar á todos los sospechosos de estar en relaciones con el gran duque (en 17 de febrero de 1849).	2,000
Al secretario del mismo gobernador, para gastos menudos.	12,000
Al comandante de batallon *Petrachi*, que habia sido cartero, para pagar los sueldos de su columna armada.	7,500
Al comandante de batallon *Guarducci*, para gastos de los voluntarios que salieron arma-	

(1) Estos números, como redondos, no son enteramente exactos; pero bastan para dar una idea del modo de gastar de tales gentes. En el original francés están unas partidas en francos y otras en libras toscanas. Nosotros hemos preferido convertirlas todas en reales, contando cada libra por 5 y cada franco por 4, á fin de evitar picos.—N. *del T.*

mados para Reggio á insurreccionar aquel pais (en 24 de febrero de 1849). 15,000

Al doctor *Pigly*, gobernador, para un negocio importante (en 28 de febrero). 100,000

Con este dinero proclamó al dia siguiente la república en Liorna.

Al secretario del mismo, para la ejecucion de las órdenes presentes (en 1.° de marzo). . 100,000

Esta lista es demasiado larga para continuar.

Notemos ahora que fuera de los 200,000 francos repartidos en 168 dias para tales fechorías, se gastaban por otras partes enormes sumas para atender á las necesidades de la revolucion. Citemos algunas de ellas:

A la casa de *Adami*, de Liorna, para sostener la república. . . . . 6.096,755 rs.

Esta partida es buena. Quien daba la órden de pago á la casa de *Adami*, del comercio de Liorna, era el ministro de hacienda *Adami*. Pero no se entregó toda la suma, sino 3.621,530; lo que ya era una cosa decente para una república á medio engendrar.

A Luis *Frappoli*, coronel improvisado, pero vírgen de toda lid, enviado á París á la propaganda revolucionaria, y diputado en Roma y Turin á un mismo tiempo. . . . 800,000

Provisto de estos fondos el tal Frappoli, enganchaba en las calles de París á los ganapanes de todos los paises, para mandarlos á Roma y Florencia.

A *Montanelli*, en oro y letras de cambio sobre París, para sus necesidades particulares. . 80,000

En cuanto al ministro de negocios estranjeros *Mordini*, como presentia su derrota, habia mandado á París para sus gastos personales. 2.000,000

Pero no pudo llegar mas que la mitad de la suma: la otra mitad fué retenida, por no haberse despachado bastante aprisa las cartas-órdenes de pago.

¡Qué de infames dilapidaciones!

CAPITULO DÉCIMOTERCIO.

Intervencion francesa en Roma.—Desembarco en Civita-Vecchia.—Las dos repúblicas una enfrente de otra.—Roma sitiada.—M. Lesseps.—Noticias de Venecia.—El general Garibaldi.—Fanfarronadas de victoria.

La jóven Italia habia muerto. Las sociedades secretas no daban ya señal de vida; el comunismo y el socialismo estaban batidos y consternados. El edificio social tornaba á levantarse en todos los puntos de Europa, y los tronos se afirmaban. ¿Qué iba á ser de la Santa Sede?

La Francia habia reputado de mal gusto la imitacion burlesca de su república hecha en el Vaticano. Como su segunda hermana no era para ella, en verdad, sino una pobre bastarda, dijo á la asombrada Europa: «*Allá en el Tíber hay pelotera; yo enviaré una patrulla.*»

Y en tanto que *Ricciardi*, *Menotti* y *Filippi*, enviados romanos en París, solicitaban el apoyo de Luis Napoleon, el 23 de abril se embarcaba en Marsella un ejército francés.

Solo sí que no se le esplica por qué, cómo y con qué fines se le envia á guerrear por la parte de Civita-Vecchia.

Unos piensan que los regimientos franceses, enviados en vapores como mercancías políticas, solo tienen una mision de paz y fraternidad. ¡Bravo! pues en tal caso esto seria puramente un negocio de buena vecindad, en que se trataria solo de cuestiones de industria, comercio y artes.

Otros piensan, por el contrario, que la espedicion puede haberse emprendido con la mira de restablecer el pontificado. ¡Perfectamente! pues entonces seria una cuestion religiosa, en que se disputaria amistosamente sobre el dogma espiritual y la teocracia mística.

Este afirma que el pensamiento de Barrot y Marrast es simplemente llegar al viejo templo de Júpiter Tonante, al Coliseo y á la Columna Trajana antes que las legiones austriacas. ¡Muy bien! pues esto seria ganar un premio á la carrera, y recordaria á *Hipómene* y *Atalante*, escepto aquello de las manzanas de oro.

Aquel por fin certifica que el objeto único de la espedicion es establecer en Roma un maravilloso justo-medio, una mezcla armoniosa de república y pontificado. ¡Tanto mejor! Pues segun eso todo el lance estaria reducido á una fusion conciliadora; á un gracioso equilibrio entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, entre lo justo y lo injusto, el ateismo y la piedad, el infierno y el cielo. Cosa en verdad liviana: inocente cuestion de equilibrio.

Y el ministro francés ¿qué dice? Nada: á veces callar es hablar. Sin embargo, esplica por qué no debe... esplicarse. Mr. Barrot está á un mismo tiempo por que se sostenga y por que se derribe; está por el Santo Padre y por Mazzini; hubiera alargado una mano á Bruto, saludando con la otra á César.

Tiene opiniones para todos los gustos; por eso no es del gusto de nadie.

«Si se consulta al sufragio universal, escribia el triunviro

Mazzini, la Francia no puede ir con espada en mano á matar á una república tan legal como ella.»

Y en efecto, las dos repúblicas eran tan *legales* una como otra.

Si Mr. Barrot hubiera hecho ingénuamente esta pregunta:

«¿La nacion romana ha sido consultada, como lo ha sido la Francia?»

«Cierto que sí, absolutamente lo mismo» ; hubiera podido responder todo el mundo.

Pero Mr. Barrot no se atrevió á dirigir semejante réplica, y los granaderos franceses tuvieron el encargo de ir á verificar á fusilazos, estocadas y cañonazos, si la nacion romana habia pedido realmente la república.

Luis Napoleon por su parte hizo dar acerca de la partida del general en jefe Oudinot esplicaciones minuciosas, de que resultaba positivamente que el pensamiento del gobierno francés era... no tener ninguno.

La espedicion que habia salido para Civita-Vecchia, iba mandada por el general Oudinot. La intencion de este general, segun las instrucciones que habia recibido , era respetar el voto del pais. En cuanto al papa, no se hablaba de él una palabra.

Civita-Vecchia abre sus puertas, y entrega á los Franceses 120 piezas de artillería y repuestos considerables de pólvora y municiones. Se iza la bandera de la república francesa sobre un *árbol de la libertad* romana. En los edificios públicos descollan los trofeos tricolores: la fraternizacion ultramarina es reputada una verdad... como la Carta de Luis Felipe; las simpatías son generales; los afectos recíprocos.

«Abracémonos, y asunto concuido» decian las poblaciones *ansiosas*.

Y lo estaban... de no batirse.

En órden á Pio IX, silencio absoluto.

Sin embargo, el papa envia un legado al campo de Oudinot; se le saluda cortésmente, y luego vuelve á partir sin ruido.

Oudinot escribe á París que «en Gaeta se habian hecho todos los esfuerzos posibles, para conservarle á Francia *su libertad de accion.*» La frase, no era en verdad muy clara; pero entraba en ella la palabra *libertad*, y parecia satisfactoria.

El mismo general anuncia á los Estados romanos que viene «*para preservarlos de inmensas desgracias.*»

Mazzini responde con la mayor arrogancia:

«La fuerza puede mucho en el mundo; pero me repugna el creer que la Francia republicana, *nacida bajo los mismos auspicios que que la república romana*, quiera derrocar nuestros *derechos* que son los suyos.»

El triunviro tenia razon, y su paralelo era exacto: las dos repúblicas tenian *los mismos derechos*.

En consecuencia, Mazzini, que pensaba como el ciudadano Proudhon, «que *Mario, Catilina y Julio Cesar, eran jefes del socialismo en sus tiempos* (1)»; pidió antes de abrir las puertas de Roma, que se reconociera oficialmente su *gloriosa* república. Con efecto, entre cohermanos, de republicanos á republicanos, un simple apreton de diestras amistoso, una leve cortesía de reconocimiento, no podia negarse razonablemente. Pero ¡quién lo creyera! esto pareció una indiscrecion que no venia á cuento.

Febrero no quiere tratar de igual á igual. Los Franceses desarman á Civita-Vechia, y con sable en mano y mecha encendida se disponen á marchar para Roma.

El ministerio francés protesta sin embargo contra todos intencion agresiva.

(1) *Confessions d' un révolutionaire*, pág. 303.

Los sucesores de Horacio Cocles, Curcio y Scévola no serán sitiados ni ametrallados, sino por serles esto útil y agradable.

La Cámara de los representantes de Francia se huelga mucho de tan deliciosa concordia, de pensamiento tan cordial; é invita al gobierno *á que tome al punto las medidas necesarias para que la espedicion de Roma no se aparte mas tiempo de su objeto*. Pero ¿qué objeto?

Hé aquí de lo que no se hace mencion.

Dicen *que el habla se le ha dado al hombre para disfrazar su pensamiento*. Enhorabuena: mas para eso es preciso tenga alguno.

A cerca del Santo Padre, ni siquiera una palabra. No parecia sino que nada tenia que ver en el asunto.

Una carta del príncipe Luis Napoleon al ciudadano Edgardo Ney habia sido mas esplícita; pero se habia mirado como la nota de un cuerpo de guardia, caida por descuido de la faldriquera de un cabo. Fué leida, y nada mas.

El ministro de negocios estranjeros prometia solemnemente en la tribuna no atacar á los Romanos; y el mismo ministro enviaba por telégrafo la órden de hacer lo contrario.

Acababa de llegar á Roma Garibaldi, y la presencia de este famoso guerrillero ponia allí espanto á los ánimos. Desde aquel momento habia cesado toda manifestacion popular en favor de los Franceses.

El 28 de abril de 1849 hay gran revista militar en la plaza de los Santos Apóstoles; y Garibaldi se desata allí en imprecaciones contra Cavaignac, á quien apellida *sotacómitre* del Austria. Entusiasmo de rigor; se sabe que los Franceses se aproximan.

«—¡Ciudadanos! grita el belicoso *Sterbini* con voz estentórea: ¿sufrireis que estranjeros, cualesquiera que sean, vengan á imponernos el antiguo yugo papal?...»

«—No; no. ¡Viva la república!» responde la tropa entusiasmada.

Y sobre la bandera de la unidad italiana juran defender á Roma hasta la muerte. Comiénzase á parapetar las calles (1). En el *Transtévere*, hombres, mujeres, niños; todos se arman de azadones y picas; todos quieren lanzarse á la pelea. Cicero Vacchio, al frente de los suyos, se imagina que en aquel momento será una medida sumamente provechosa á la salud pública quemar inmediatamente los confesonarios de muchas iglesias, y procede él mismo á esta obra (2).

Con la misma ocasion le pegaron fuego tambien á las carrozas de los cardenales. Luego, todo el mundo afiló su espada, y por órden del triunvirato se iluminaron las casas todas las noches. Era aquello alegre como un sarcófago.

El 30 de abril, primer ataque. Los Franceses habian creido entrar sin combate; mas fueron vigorosamente rechazados. Al decir exagerado de los Romanos, tuvieron que lamentar las siguientes pérdidas: 400 *muertos*, 400 *prisioneros* y 600 *heridos* (3).

Y los triunviros publicaron poco despues, á guisa de proclama, el estraño chiste que sigue:

«¡En nombre de Dios y del Pueblo! Considerando que

(1) Se nombró una comision de barricadas, compuesta de los ciudadanos Cernuschi, Cattabení, Caldesi y Andreini (Véase el *Saggio di Roma* por Vecchio, pág. 32).

(2) En la iglesia de San Cárlos, en el Corso y en San Lorenzo in Lucino los confesonarios quemados eran obras maestras de escultura.

(3) *Sggio di Roma*, por Vecchio, pág. 25.

»entre la república francesa y la de Roma *no hay ni puede »haber guerra*, los Franceses prisioneros quedan libres, y »serán conducidos nuevamente á su campo. El pueblo roma- »no saludará con fraternales demostraciones á los valientes »soldados de la república su hermana. (Roma 8 de mayo de 1848.)»

Y este cartel, sériamente fijado en las esquinas, iba ilustrado con tres firmas: *Mazzini*, *Armellini*, *Saffi*; triunviros (1).

La batalla de Novara y la restauracion del gran duque de Toscana eran tristes presagios para la revolucion del Tíber. Pero la Francia le infundia secretas esperanzas, pues las fogatas de insurreccion no estaban completamente apagadas, y Liorna aun se resistia.

El general Langier habia ayudado por todas partes al restablecimiento de la autoridad legítima en Toscana. El gran duque habia enviado á Florencia al conde Serristori, con poderes para mandar allí en su nombre. La guardia nacional apoyaba vigorosamente al gobierno, en tanto que las tropas de línea combatian á las columnas móviles de los Liorneses esparcidas en desórden.

Faltaba solo someter á Liorna; pero este foco de insurreccion parecia resuelto á defenderse enérgicamente. La ciudad se habia fortificado; hacíanse parapetos en todas las calles, y las arengas patrióticas aturdian los oidos. Afluia allí una multitud enorme de refugiados estranjeros, y toda la gente rica se habia huido (2).

El 11 de mayo se presentaron delante de Liorna los Aus-

(1) Véase la obra citada en la página anterior.

(2) Cincuenta Franceses, que se titulaban oficiales y llevaban trages de capricho, se hallaban á la cabeza de los rebeldes. Parte de ellos fueron cogidos y fusilados. Uno, llamado *Michel*, tenia la marca de ladron en la espalda.

triacos, y principiaron sus ataques. El príncipe Albreicht, hermano de la reina de Nápoles é hijo del archiduque Cárlos, mandaba una de las divisiones del ejército: el duque de Módena se distinguió en él por su valor, y uno de sus ayudantes de campo, llamado Weswechier, fué herido estando á su lado. Allí se hallaba tambien el general en jefe d'Aspre. Estaban tomadas todas las disposiciones para un sitio largo y terrible: se aguardaban combates formidables...

Mas este largo sitio duró ¡*dos horas*!!!

Quedaba enteramente sometida la Toscana, y el gran duque podia volver ya á Florencia (1).

Por su parte, el rey de Nápoles se encaminaba á Roma con sus tropas, mientras los Austriacos se apoderaban de Bolonia. Poco antes habian desembarcado en la ria del Tíber algunos miles de Españoles, á las órdenes del general Córdoba (2).

El 17 de mayo se presentaba á Mazzini el ciudadano Lesseps, enviado estraordinario de Francia. Este, segun los periódicos decian, iba á arreglar las diferencias, suspender las hostilidades y aclarar en fin los negocios.

Verdad es que en las instrucciones enigmáticas que habia recibido, se le *significaba* que.... no *significase* nada; y asimismo es verdad que á nadie con tales *instrucciones* podia *instruir*. Pero hubo de ocurrírsele por acaso tener una idea propia; la de que la república francesa, *en resumidas cuentas*, debia sostener á la república romana; y con arreglo á este juicio obró.

Comienza proponiendo la conservacion en Roma del *gobierno provisional*, «hasta el momento en que llamadas las poblaciones romanas á manifestar sus deseos, optaran por la forma de gobierno que debiera regirlas.»

(1) No volvió hasta el 25 de julio siguiente.

(2) No tomaron parte alguna en los combates delante de Roma.

En su sentir, tienen ese derecho. Luego envia á los triunviros la proposicion de declarar *«que la república francesa asegura contra toda invasion estranjera el territorio ocupado por nuestras tropas.»*

No contento con esto el ciudadano Lesseps, firma un tratado que contiene las estipulaciones siguientes:

«Art. 1.° La Francia asegura su apoyo á las poblaciones »de los Estados romanos. El ejército francés será mirado »por ellas como un ejército amigo, que viene á cooperar en la defensa del territorio.»

Esto valia tanto como decir *alianza defensiva*, y ponia las fuerzas de la Francia á disposicion del triunvirato, en el momento que las tropas del Austria, de España y de Nápoles estaban en marcha contra Roma.

El artículo 2.° reconoce luego la república romana, conservándole la administracion del pais.

En fin, el artículo 3.° contiene estas palabras: «La república francesa asegura contra cualquiera intervencion estranjera el territorio ocupado por sus tropas.

Es decir, que el ciudadano Lesseps, en su lógica intempestiva, se imaginaba cándidamente que la nacion francesa estaba de veras en república. ¡Oh! hay gentes que miran y no ven.

A consecuencia de estos convenios, firmados y rubricados, el ciudadano Lesseps fué severamente reprehendido, llamado con premura á París y citado ante el consejo de Estado. Hubo mútua mistificacion (1).

La república romana, que pretendia haberse establecido en las orillas del Tíber por la gracia de Dios y del *sufragio universal*, aunque gran número de sus electores se hubiese

(1) Lesseps publicó un folleto en que justificaba que el ministerio diferiria del consejo de Estado. El folleto fué juzgado y condenado.

negado á votar por ella; habia emitido tambien su papel-moneda; y este papel se descontaba *al 42 por ciento* (1).

El 19 de mayo estaba en Velletri el rey de Nápoles. Habíasele ocultado el momentáneo armisticio que Roma le debia al ciudadano Lesseps; y todas las tropas de Mazzini pudieron maniobrar contra las suyas sin oposicion del ejército francés. Fué una odiosa alevosía.

Garibaldi cae de improviso sobre los Napolitanos, y se cree por un momento vencedor; pero la artillería de Nápoles y los valientes del general Ischitella sostienen el choque con admirable bravura. Garibaldi fué rechazado.

En medio de la pelea, el rey con sus dos hermanos los condes de Aquila y de Trápani, permaneció constantemente en el sitio del peligro. El coronel Colonna, cargando á la cabeza de los cazadores á caballo, cruzó su espada con Garibaldi, que con su blusa encarnada y todo estuvo á pique de ser cogido, y no debió su salvacion sino á un negro que habia traido de Montevideo (2).

La artillería napolitana se llevó todo el lauro de la jornada. El rey, dueño del campo de batalla, se retiró luego á Terracina. Un siglo antes, en aquel mismo paraje, el rey Cárlos III habia ganado contra los Austriacos la famosa batalla de Velletri, que le aseguró su reino y la independencia del pais.

Mientras los Franceses ponian sitio á Roma, sitiaban tambien los Austriacos á Bolonia. Aquí hagamos otra vez justicia al valor: Bolonia opuso una resistencia tenaz á las legiones enemigas, y no sucumbió sino al cabo de doce dias de ataque: su defensa fué notable.

(1) *Saggio di Roma*, por Vecchio, pág. 80.
(2) Este negro fué muerto poco despues por un casco de bomba, al entrar en el convento de los *Siete Dolores*, de donde iba á echar á las religiosas.

Las noticias llegadas de Venecia distaban mucho entonces de ser favorables á la causa Mazziniana. Venecia habia pedido socorros á toda la Italia; pero ¿qué le habian respondido los *Círcolos*? Que era muy *mendiga*; y la Península entera le habia dado solamente una limosna de 100,000 fr. (1).

El cónsul inglés Mr. Clinton Dawkins declaraba que *la resistencia de esta ciudad nacia únicamente del capricho ambicioso de Manin*, y el cónsul francés por el contrario sostenia enérgicamente la república: pero una carta del duque de Harcourt á Pepé, que en setiembre de 1848 prometia un socorro de 4,000 hombres, no habia tenido ningun resultado (2).

Manin, reunida la asamblea, le habia declarado su situacion.

«¿Era preciso rendirse, por haber perdido la batalla de Novara? Roma aun estaba en pié; la Alemania y Hungría seguian en combustion; Kossuth les escribia á los Venecianos exhortándolos á resistirse; los ejércitos de los príncipes, ilustrados por las sociedades secretas, ¿no vendrian al fin á alistarse en la bandera *de los pueblos?*»

La asamblea habia decidido que Venecia se batiera hasta el último estremo, y habíase acuñado una medalla que inmortalizara tan grande acto. Pepé habia vuelto á Venecia; pero habia peleado sin fruto. Verdad es que con una salida brillante, en que habia hecho 800 prisioneros en *Mestre* y cojido 6 cañones y muchas banderas, habia electrizado instantáneamente á la antigua ciudad de los doges; pero el fuerte de Malghera babia sido tomado á pesar de heróicos combates; el coronel napolitano Rosarol, apellidado el Argante de Venecia, habia caido muerto por una bala de cañon en el gran puente de la Laguna, en la batería de San Antonio;

(1) 400,000 reales, poco menos.
(2) *Revolutions de l'Italie*, pág. 172.

las numerosas legiones del Austria se reforzaban de dia en dia; y Venecia, sola, abandonada de la Italia entera, no contaba ya, para salvarse, sino con los prodigios del valor y la omnipotencia de la desesperacion (1).

El 2 de junio espiraba el armisticio de Lesseps en Roma. Aunque el *ultimatum* francés habia sido rechazado, una diputacion del triunvirato habia ido no obstante á ofrecer, en su munificencia, al general Oudinot poco antes una galera cargada de cigarros y tabaco para sus soldados (contenia 50,000 cigarros); pero entre los paquetes de tabaco y los atados de cigarros iban tambien proclamas incendiarias y escitaciones á la traicion. La indignacion fué general, y Mazzini quedó confundido (2).

Publicábanse contra Pio IX las mas infames calumnias. Citábanse circulares de Gaeta dirigidas al P. Rossi, en que á todos los campesinos de los Estados pontificios se les ordenaba que *diesen de puñaladas al enemigo, y degollasen á toque de campana á todo el mundo, sin esceptuar siquiera á los niños de pecho* (3). Roma aparentaba creer estas cosas.

Era Roma á la sazon el receptáculo de todos los revolucionarios estranjeros, que batidos, echados y maldecidos en todos los puntos de Italia, se reunian por última vez á orillas del cenagoso Tíber, para introducir allí todavía las gracias del desórden y las delicias de la anarquía.

Garibaldi era uno de sus principales caudillos. Digamos aquí dos palabras sobre tan célebre aventurero.

Nació en la ciudad de Niza, donde comenzó su carrera

(1) Su escuadra se aumentó con algunos buques, y el puente de la Laguna, enteramente destruido por la parte de Malghera, fué fortificado con tres baterías.

(2) *Precis historique de l' expedition francaise in Italie*, por un oficial de estado mayor, pág. 4.

(3) *Saggio di Roma*, por Vecchio, pág. 95.

por ser maestro de escuela, y fué luego preso por delitos políticos; mas salido de la prision, fletó un buque pequeño, y tomó el oficio de corsario. Dirigiéndose despues á América con algunos proscritos de su laya, guerreó en Montevideo; y vuelto mas tarde á Italia, acompañado de sus filibusteros, se habia hecho un héroe de la cruzada. Injusto fuera decir que este rojo no fué un bravo; pues se le vió donde quiera pelear.

No se contentó con meter á sus compatriotas en medio de los peligros, auxiliándolos solamente con vanas peroratas y astutas mentiras; sino que espuso él tambien denodadamente su vida.

Esforzado y activo, pero de mediano talento, este *condottiere* hubiera sido en la edad media un famoso *rutero* (1). Demagogo bravo y sin miedo, se portó en la nuestra como un bandido heróico, sostuvo una independencia aventurera, y la echó de gran capitan. Si no tuvo en su favor la justicia, tuvo al menos el valor.

El general Oudinot, acampado en la quinta de Santucci, sobre un monte que dominaba á Roma, continuaba sin esplicarse; mas los oficiales franceses, que veian á lo lejos tremolar en todos los edificios públicos banderas rojas coronadas del gorro frigio, comprendian perfectamente que no podian haber venido á glorificar y sostener en Roma, lo que habian silvado y echado al suelo en París.

Eran los sitiadores 25,000 hombres: el enemigo tenia unos 30,000 combatientes, poderosa artilleria y murallas respetables (2).

(1) Llamábanse *routiers* en el siglo XII los cabos ó jefes de unas partidas lijeras de foragidos de que solian valerse los reyes de Francia para arrasar y pillar las tierras señoriales. Eran terribles por los estragos que causaban, y ofrecian cierta semejanza en su organizacion con nuestros miñones, escopeteros ó mozos de escuadra.—N. *del T.*

(2) Parte del general Vaillant.

El 3 de junio comenzaron de nuevo las hostilidades, y en aquel mismo dia el general Vaillant, comandante de ingenieros, se apoderó del convento de San Pancracio, que está en el monte Janículo; tomó luego la quinta (villa) de Pámphili, poco distante del Vaticano, y atacó despues la de Corsini, aunque dominada casi por el cañon de la plaza. Esta fuerte posicion fué tomada, perdida y vuelta á tomar hasta nueve veces. Distinguiéronse allí los Lombardos, y de una y otra parte hubo prodigios de valor. Fué necesaria toda la intrepidez francesa para ganarla definitivamente. Abriéronse trincheras con singular habilidad, y comenzó el bombardeo; pero no se permitió lanzar bombas sino en ciertas direcciones, y aunque se batian en brecha las murallas, no se queria tampoco entrar al asalto, por librar del saqueo que pudiera seguirse á la ciudad.

Se quiere vencer, pero no destruir. Se guardarán principalmente de emprender esas guerras callejeras con que hubiera querido regalar á Roma el ciudadano *Laviron*, profesor de barricadas procedente de Paris. El entendido general Vaillant habia dicho para sí desde lo alto del Janículo: «*Tomaré el toro por las astas, y lo tumbaré vencido á mis pies.*» Todos los parapetos de los bullangueros, todos los trabajos interiores de la ciudad, todos los recursos de la traicion, debian caer inútiles é impotentes ante las combinaciones de su genio.

¡Contrastes singulares del sitio! Mientras las tropas francesas no pensaban sino en salvar la ciudad eterna de los horrores de la destruccion; los falsos defensores de la misma ciudad solo se esforzaban en asolar como Vándalos sus cercanías. La admirable quinta Borghese fué por ellos convertida en un monton de escombros. El ciudadano Canino pegaba fuego á una de sus casas de campo, para así probarles á los *rojos*, que tenia á mucha honra el ejercer el *sagrado*

derecho de la destruccion. Las granjas mas halagüeñas, con sus deliciosas campiñas, sus estátuas y pinturas, fueron por ellos saqueadas, quemadas y arrasadas (1).

Roma, que hubo de juzgar el proceder de unos y otros, dirá que los sitiadores eran quienes procuraban salvarla, mientras los sitiados solo trabajaban para destruirla.

Era mediado el mes de junio, cuando iba por fin á cesar la indecision sobre el pensamiento del gobierno francés. Habíanse verificado en Francia las nuevas elecciones, y estas resultaban mas en sentido monárquico y religioso, que no comunistas ni republicano. Iban pues los diputados que se aguardaban en las márgenes del Sena, á declararse indudablemente contra el triunvirato de Roma y en favor del Sumo Pontífice; en cuya inteligencia el gobierno se decide, y el general en jefe Oudinot recibe por último órdenes positivas: el sitio de Roma, sostenido con el vigor conveniente, fué digno de la gran nacion que lo ponia.

Mazzini, no obstante, estaba lejos de desmayar. Contaba con un 13 de junio en Paris, que proclamara una *república roja*, é hicieron cesar el sitio en seguida. El héroe del Conservatorio de artes y oficios, que se burlaba del abate Gioberti, tenia al triunvirato al corriente de las maquinaciones de Francia.

Como Roma no dudaba del próximo triunfo de las próximas barricadas de la ciudad del 24 de febrero, enviaba á esta dinero para alimentar los motines, y en la mañana misma del famoso 13 de junio, cuando Changarnier triufaba, anunciaba el triunvirato anticipadamente á sus defendidos, que el pueblo frances, repuesto en su soberano poderío, ha-

(1) *Gli ultimi sessantanove giorni della republica in Roma*, pág. 165.

bia echado por las ventanas á su nueva Cámara y encerrado á Napoleon en Vincennes.

En el ínterin, y llena de las mas dulces ilusiones, la ciudad de los modernos Brutos apela á sus antiguos recuerdos de heroismo y esplendor. Verdad es que no tiene ya cuatro millones de habitantes como en el reinado de Claudio; mas no por eso se resiste con menos brio, y quien mas se distingue es su artillería.

La princesa Belgiojoso, nombrada presidenta de la junta de hospitales, se aloja en el Quirinal. La ciudad está cuajada de parapetos, y no hay combate en que Roma, vencedora ó vencida, no proclame el triunfo y tenga boletines á lo Napoleon el Grande. Citemos uno de los mas curiosos:

«Romanos! habeis rechazado y puesto en derrota á las »milicias mas valientes de Europa!!! Habeis ido á la muerte »como se corre á un festin!!! Nada iguala á vuestra gloria!!!... «Os habíamos dicho: *Sed grandes*! Vuestros hechos han res»pondido: *Lo somos*!!! (1).»

Austerlitz quedaba eclipsado; Marengo no valia ya un ardite; y en la noche de las pretéritas edades caian aplanados los antiguos *Césares*.

(1) *Saggio di Roma*, per Vecchio, pág. 161.



CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

Talleres nacionales en Roma.—Ataques y combates.—Victoria de Oudinot.—Toma de Roma.—Caida del triunvirato.—Fin de la república romana.—Fin de la república de Venecia.

El general Rostoland, encargado del mando de la segunda division, habia llegado á Santucci, donde tan bravo militar debia unir nuevas palmas á sus antiguos trofeos. Un dia, estando en uno de los boquetes abiertos en los muros de Roma, un tiro de obús le llevó un faldon de la casaca. «*Otro me queda, con que tengo bastante*», dijo el general sonriéndose, y siguió quieto en su puesto.

Mazzini habia establecido talleres nacionales como los de París, donde millares de vagabundos y ganapanes eran largamente retribuidos por su no hacer nada. Allí pasaban la mayor parte de ellos su tiempo en emborracharse: en las calles, donde gritaban: ¡*Viva la república*!, insultaban á las mujeres, degollaban á los sacerdotes, y cometian atrocidades de todo género (1).

(1) Hubo en esta época muchos sacerdotes asesinados en Roma, señaladamente en el convento de San Calisto. Las pandillas armadas que se habian señoreado de la ciudad, inspira-

Estaba la verdadera Roma consternada; y bien que Mazzini se mostrase con frecuencia, á pié y á caballo, á las poblaciones *presurosas*, estas solo aplaudian bien poco á su señoría republicana. Por lo que despechado el triunviro, se veia en la necesidad de esplicar asi el silencio público:

«Nada quiero tener de comun con el tirano de Roma.»

¡Y este *tirano* era *Pio IX*!!!!

Entretanto, no obstante los triunfos de Mazzini y consortes, el general Oudinot marchaba de victoria en victoria, sin que en las dificultades mas temibles hubiera nada capaz de doblegar la firmeza de su carácter, ni insuperable á la intrepidez de sus brazos. Para salvar los monumentos de la ciudad eterna, habíase impuesto Oudinot duras necesidades. Saquear á Roma en nuestros dias hubiera causado la deshonra de quien lo ordenase: por lo que temeroso de una devastacion irreparable, no osaba atacar la ciudad por los puntos en que podia hacérsele la menor resistencia. Mas no importa; cuantos mas obstáculos insuperables haya, tanta mas gloria habrá que conseguir. Las comunicaciones estaban interrumpidas; cortados los acueductos; practicables siete brechas.... Los Franceses lo han superado todo. El último asalto se prepara ya.

Era la noche del 29 al 30 de junio, cuando el general Vaillant, asistido del comandante Frossard, abrió sus últimas tircheras; y como hubieran los Romanos iluminado magníficamente la cúpula del Vaticano en honor al príncipe de los Apóstoles, el espresado general sonriéndose dijo:

han tal terror, que nadie se atrevia á oponerse á la ejecucion de sus crímenes. Hubo, sin embargo, algunos hombres valerosos que fueron escepcion de regla tan general, y entre ellos se cita al caballero Zeloni, quien sacó á un pobre jesuita, llamado Betti, de entre las manos de sus verdugos, en la calle de Mazarino, con gran peligro de su vida.

«Necesitaba luz para mis trabajos, y San Pedro ha querido iluminarme.»

Los Franceses trepan por la brecha: están en un terraplen. Pero ¡obstáculos inesperados! ante ellos hay unos como precipicios, y mas allá *la muralla Aureliana,* otra línea fortificada. Al punto, mientras algunos de los vencedores atacan las obras interiores que los detienen, salen otros de la plaza para abrír otras brechas y esplorar otras entradas. Luego, fortificaciones de afuera como bastiones de adentro, todo se toma á la bayoneta: el enemigo huye por todas partes, y Mazzini se ve perdido.

Inútil es que el artículo 5.º de la *Constitucion Marrastina* diga terminantemente: «*La república francesa no emplea nunca sus fuerzas contra la libertad de ningun pueblo.*» Tambien es inútil que los triunviros griten: «Levantaos, »pueblos de Italia!.... ¡maldito de Dios sea el enemigo que »hollare la tierra sagrada de Roma! La Francia, llena de in»dignacion, reniega de los soldados que la deshonran, y los »echa de su seno (1).» Y lo es mas todavia, que los generales Sturbinetti y Galetti se vanaglorien de haber hecho prodigios de heroismo, que dejarán estupefacto al universo.

En vano trescientos Franceses, con sus blusas rojas á lo Garibaldi, armados contra sus compatriotas y acaudillados del barricador *Laviron* (2), se distinguian por su maravillosa intrepidez: en vano Belgas, Polacos, Lombardos, Sicilianos y otros estranjeros de todas castas combatian allí por la nacionalidad de Bruselas, Varsovia, Milan, Palermo y otros puntos.... La sublime Constituyente, por consejo del general Roselli, comandante de las tropas romanas, publicó al fin el 3 de julio de 1849 un decreto del tenor siguiente:

»¡En el nombre de Dios y en el nombre del pueblo! la

(1) Vecchio, *Sitio de Roma,* pág. 161.
(2) A *Laviron* lo mataron en una trinchera de allí á poco.

asamblea: 1.° deja una defensa ya imposible, y 2.° permanece en su puesto.»

Pero como los sitiados no estaban ya para poder capitular con honrosas condiciones, no tuvieron mas que pura y simplemente someterse á discrecion; porque forzoso era someterse de ese modo.

El primer artículo del decreto de los Constituyentes romanos: «*Toda defensa cesará*», fué naturalmente aprobado. El segundo: «*La asamblea permanece en su puesto*», fué de derecho modificado asi: «*La asamblea no permanecerá en su puesto.*»

El triunvirato hizo dimision, y sus miembros fueron reemplazados por *Saliceti*, *Calandrelli* y *Mariani.* La repúblíca francesa, representada por las bayonetas de Oudinot, entró triunfante y batiendo marcha en la república romana, que no sabia aun positivamente ni por qué la habian atacado, ni por quién habia sido combatida, ni á quién la entregarian.

La *asamblea constituyente* de Roma, que se habia *constituido inmutable*, y que habia decretado no variar de sitio, fué desalojada del Capitolio, y á una con la república, echada á la calle sin ningun género de miramientos. Ya lo habia previsto así Caussidiere, cuando les decia á los *rojos* de París:

«Tarde ó temprano, de un lado ú otro, *nos espantarán á escobazos, cual si fuésemos abejorros* (1).»

Pero ellos no habian creido en su gracia profética.

¡Hecho providencial! No habia en toda Europa, al parecer, sino la república francesa que pudiera ponerse de parte de la república romana; y en esa misma Europa, por el contrario, la primera nacion que se levantó contra la república romana, fué la república francesa.

(1) *Sociétés secrètes*, Paris 1850.

El triunvirato desapareció.

El agente consular británico Freeborn, que habia publicado durante el sitio una protesta contra el bombardeo de Roma por los Franceses, dió pasaportes ingleses á todos los revolucionarios que quisieron escaparse. Luego, para justificar esta conducta, dijo que si él no hubiera dado tales documentos á los *bravos* que defendian la ciudad, todo lo hubieran ellos saquedado y destrozado. ¡Vaya unos *bravos* los protegidos del señor Freeborn! y qué opinion tan linda le merecian á su mismo protector!

La princesa Belgiojoso tuvo que evacuar el Quirinal con su botica y sus drogas. Garibaldi, á quien dejaron de intento escaparse, pudiendo haber quedado prisionero, se dirigió á San Marino con un resto de 3,000 *blusas rojas*, pidiendole á una república *enana* refugio para sus anarquistas *gigantes* (1); y los Mazzinianos pronunciaron estas pomposas palabras que la historia colocará mas allá de lo sublime:

«La república romana, que salió pura del libre voto del

(1) Poco despues salió de San Marino, y su tropa se dispersó. Luego quiso embarcarse, y el viento le arrojó en las playas de la Toscana, donde su mujer murió de fatiga y necesidad, en medio de un monte desierto. Detenido mas tarde en el Piamonte, fué puesto en libertad por órden del gobierno. El general La Mármora le envió á Cerdeña dicha órden con la faja de general. Dióle tambien una pension; pero le impuso la obligacion de ir á disfrutarla á Tanger, en Africa. Garibaldi permaneció allí efectivamente algun tiempo; y por entonces anunció el *Clamor Público* que habia entrado á servir al emperador de Marruecos; pero esta noticia salió falsa. (Sabido es que se desembarcó en Cádiz con ánimo de residir en España, y tuvo que embarcarse para Gibraltar, porque el gobierno español le negó la residencia). Garibaldi está ahora en América (se fué desde Gibraltar). El general Arezzana, ministro de la guerra que fué en la república romana, lo llamó á *Nueva York*, donde reside y tiene una tienda bien poco acreditada. El plan de estos dos Italianos es ponerse á la cabeza de los *Anglo-Americanos*, que intentan hacer la famosa espedicion contra la Habana, y apoderarse de aquella hermosa Colonia española. Lo que será

pueblo, ha caido pura como Abel, bajo el cuchillo de Cain su hermano (1).»

El 3 de julio, á medio dia, el general Oudinot hizo su entrada triunfante en la capital del mundo cristiano. Los *transliverianos*, tan furibundos durante el sitio, cuando Garibaldi dominaba, acogieron á los vencedores con demostraciones de alegría y entusiasmo.

Oudinot estableció provisionalmente su cuartel general en la embajada de Francia, en el palacio Colonna: nombró á Rostolan gobernador de Roma, y al general Sauvan comandante de la plaza.

Habia aun veinte mil combatientes en la ciudad de las siete colinas: Oudinot licenció las tropas irregulares del triunvirato y los cuerpos formados despues de proclamada la república.

Cantóse un *Te-Deum* el domingo 13 de julio en la iglesia de San Pedro, en accion de gracias por la victoria de los Franceses.

El estandarte pontificio, alzado otra vez en el castillo de San Angelo, fué saludado por cien cañonazos en medio de las aclamaciones del pueblo y del ejército; y entonces tan solo fué cuando se conoció debida y claramente que las tropas de la república francesa habian guerreado para restablecer la soberanía pontificia. Las llaves de Roma le fueron enviadas á Pio IX; y el cuerpo municipal de la ciudad conquistada, queriendo testificarle al general Oudinot su agradeci-

una guerra de la república romana contra España, para vengarse de la espedicion del general Córdoba contra el triunvirato en 1849. Los demócratas americanos recibieron muy cumplidamente en *Nueva Yorck* á Garibaldi, quien tuvo en otro tiempo una miserable taberna en *Cincinati*.

(1) *Sitio de Roma*, pág, 193.

miento, decretó para él y para todos sus descendientes el título de ciudadanos romanos y los honores del patriciado (1).

Pero ¡cuántos males que reparar!

Los religiosos habian sido echados de sus cláustros, y quemados los archivos de los conventos. El gobierno republicano, para hacerse de dinero, habia despojado los palacios, las iglesias y las propiedades pontificias; habia fundido las campanas, vendido las maravillas del arte, creado papel-moneda, impuesto enormes tributos, y recargado al pueblo con préstamos forzosos: todo lo cual no impedia que el tesoro estuviese mas que nunca empobrecido y abrumado de deudas. Habíanse gastado en *socorros estraordinarios*, durante el corto reinado de los triunviros, nada menos que unos CIENTO VEINTE Y OCHO MILLONES DE REALES, fuera de otros *veinte y ocho millones* de bonos emitidos por el banco romano.

El 4 de julio, es decir, á otro dia de caida la república, se supo que los cuestores de la asamblea, no contentos con cerca de dos millones que tomaron, habian hecho que les señalaran otros 360,000 rs.; que el abogado Sturbinetti habia pagado á la guardia movilizada 1.368,000; que el poder ejecutivo se habia hecho aprontar en cuatro meses 960,000; y que la comision de barricadas habia recibido 1.336,000, para obras que el gobrnador habia pagado ya con otros fondos: que un tal Favri se habia gratificado á sí propio, para papel é impresion de los bonos romanos, con la suma de 1.476,000 rs.; que Manzoni se habia llevado consigo 792,000, y que el ministro de la Guerra se habia hecho amo de NOVENTA Y SEIS MILLONES, de los cuales se ignoraba cuán-

(1) *Sitio de Roma*, pág. 1849.—*Precis históríque et militaire de l'expédition francaise en Italie*, pág. 87 y 88.

tos se hubiera reservado para sí, porque sus cuentas están todavía por rendir. ¡Oh generosa república!... ¡Oh gobiernos baratos!... ¡Qué desintereses tan sublimes!... (1).

Las notabilidades de Roma fueron á ofrecerle al general Oudinot el socorro de sus esfuerzos para restablecer el órden. Entre las personas de valor y energía que mas se distinguieron por su fervor patriótico, figuró el príncipe Pedro *Odescalchi*, quien habia aceptado el encargo de componer un consejo municipal. Tambien hay que mencionar al marqués Campana, cuyo museo particular, de maravillosa riqueza en hecho de artes y antigüedades, contiene obras maestras y tesoros que envidiarian los reyes mas poderosos. El general Oudinot le nombró oficial de la legion de honor.

Y ¿qué se decia á las márgenes del Sena del memorable sitio de Roma? Ciertos cortesanos del ex-dictador Cavaignac proclamaban solemnemente, que cuanto acababa de cumplirse habia ceñido de *inmortal gloria* al cráneo de la república.

¡Qué gloria tan inmortal la de la república de Cavaignac!...Sin embargo, podia dudarse de ella, mientras que la de la *nacion francesa* y la de las *valientes legiones de Oudinot* era incontestable.

Otra vez mas acababa de probársele á la Europa, que los bravos soldados de Francia eran siempre los hijos de la gloria sin distincion de banderas; que en todos tiempos y lugares se mostraban dignos herederos de sus padres; que

(1) Téngase presente que todos estos números son redondos, y por lo mismo no pueden ser completamente esactos en una obra de este género.—(N. *del T.*)

no habian olvidado todavía ninguna guerrera tradicion de los tiempos de Carlomagno, Felipe Augusto, San Luis, Enrique IV, Luis IX y Napoleon; que si bien los habian circunvalado clamores revolucionarios, permanecian no obstante dignos de admiracion por su bravura y disciplina; y en fin, que Francia, aunque despues de reinos de esplendor ha tenido que atravesar momentáneamente vergonzosas dominaciones, no por eso dejaba de ser todavía en el campo de batalla la primera de las naciones del globo y la dueña de los destinos del mundo (1).

El sitio de Roma en definitiva, será uno de los hechos de armas mas hermosos del siglo; y el restauramiento del jefe de la Iglesia en la silla de San Pedro añadirá para siempre una admirable página mas en los anales inmortales de Francia.

El gran duque de Toscana habia vuelto á su capital; el rey Cárlos Alberto, cuyo valor y cuyas desgracias habian borrado la memoria de sus faltas y estravíos, habia muerto en Oporto, con sus ojos dolorosamente fijos en el lejano horizonte donde buscaba todavía su pensamiento á Italia. Una comision de cardenales llegaba á Roma para gobernar en ella á nombre del papa, en tanto que regresaba Su Santidad (2). Quedaba solo Venecia por someter.

En vano se lanzaban contra ella un dia y otro dia milla-

(1) En todo esto habla el autor con cierta pasion propia de franceses.—(N. *del T.*)

(2) La comision se componia de los cardenales Altieri, Genga y Vannicelli. La vuelta del papa á Roma está en el último capítulo del libro, intitulado *Conclusion*.

res de proyectiles; en vano el cólera, de acuerdo con la hambre, maltrataba furiosamente á los valerosos sitiados; en vano conspiraba todo contra la heróica ciudad para abatirla: Venecia aun estaba en pié (1).

Pero la Hungría estaba vencida, y todo en Europa iba quedando en paz. El Austria se habia repuesto en su poder, y Venecia debió capitular; sucumbió, sí, en la lucha; pero sucumbió á lo menos con gloria (2).

Napoleon, hablando de la Península, se espresaba así á principios de este siglo:

«Italia tiene la hermosura varonil del hombre, el suave pensar de la mujer y la vaga sinrazon del niño.» El inmortal estudiante de Brienna, que á la sazon obligaba á la Europa á hacerle antesalas, ¿hubiera hablado lo mismo en 1850?

Decian algunos años atrás: «*Los reyes se nos van*;» pero era una equivocacion: «*Los reyes se nos vienen.*» Lo que que por todas partes se va, lo que no quedará en ninguna, para honor de la humanidad, para dignidad de las naciones y para bien de los pueblos, es ¡á Dios gracias! *la República.*

(1) Manin habia espulsado de allí á Mordini, que de Florencia habia ido á refugiarse cerca de él, despues de la restauracion del gran duque.

(2) Venecia se rindió en la noche del 22 al 23 de agosto de 1849.



LA ITALIA ROJA.

SEGUNDA PARTE.

Revoluciones de Nápoles y Sicilia.

CAPITULO PRIMERO.

Reflexiones preliminares.—Ojeada sobre lo pasado en este reino.—Los Bandieras.—Congresos científicos.—Famosa protesta.—Reggio y Messina.—Primeros tumultos de Nápoles.—Majo y Desauget.—Triunfo de los rebeldes.—Gobierno provisional en Palermo.

Si la revolucion napolitana, en vez de ser vencida por las armas, se hubiera por sí misma detenido en su curso impetuoso para ver los daños, ruinas y desgracias en que se precipitaba, es indudable que escuchando la voz de la razon y del honor, se hubiera vuelto para atrás por sus mismos pasos, espantada de sus locuras y consternada por sus desastres.

Pero entre los hijos de la rebelion ¿es por ventura la razon guia? ¿Tiene el honor algun eco? ¡Ah! ¿y por qué, divididos y medrosos, los hombres de bien han de mostrarse constantemente débiles é indecisos ante los sombríos espíritus del mal? Si la lealtad firme y franca supiera estar siempre de pié para dominar y abatir á la perfidia, á buen seguro que esta se levantara, audaz y terrible, de las heces de la sociedad.

Hagamos aquí una importante observacion; y es que el espíritu revolucionario, que en París, en Roma y en otras muchas capitales se dejó ver principalmente entre las clases miserables; en Nápoles, por el contrario, no se manifestó sino entre los estudiantes, los dependientes del comercio, los abogados, los estranjeros y alguno que otro propietario. El pueblo napolitano, eminentemente realista, no comprendia ni queria comprender ninguna de esas doctrinas anárquicas que tienden á echar por tierra al trono y al altar. Intimamente poseido de su fé monárquica y religiosa, no se abalanza frenético hácia esa falsa luz de las ciencias políticas, que como agena de sus costumbres y circunstancias, lo abrasaria sin iluminarlo. En vano se le ponen delante los milagros de la emancipacion y de la libertad: mira, y nada vé. Desechando la idea de una vida regalada y espléndida, que no sabria siquiera pretender, acepta la suya tal como es, y no sueña en imposibles. Confia en su rey, como se lo dicta su conciencia; ama á su familia, como se lo prescribe su corazon; y ruega á Dios, como lo hacian sus padres.

En cuanto al *lazzarones,* pueblo aparte en medio del pueblo de las Dos Sicilias, falto por lo comun de casa y hogar, tiene tambien su carácter distintivo. Trabaja sin murmurar, y descansa con placer. Por la mañana se despierta contento, y por la noche se duerme cantando. Es jovial aun en sus quejas; y hasta cuando sufre, rie.

Ahora bien: este buen pueblo ¿qué necesita? Para comer unos cuantos *macarrones*; títeres por la tarde para divertirse; á medio dia un rato de sombra en una esquina; á la noche el empedrado de la calle por cama y á la luz de las estrellas la vista de su golfo encantado: el domingo una tarantela, un escapulario ó medalla con que adornar su pecho, una carrera en *coricolo*, y para completar el conjunto, las suaves brisas del mar, la poesía de su tranquila holganza, la serenidad de su pereza, su hermoso cielo y su fé en Dios.

En el trascurso de siglo y medio que duró la dominacion española (1), tuvo Nápoles 28 vireyes que á fuerza de contribuciones para España y multas para ellos, redujeron al mejor reino de Italia al mas triste estado de idiotismo y de miseria (2). Tamaños males habian de tener fin: pero cambiar la suerte de las Dos Sicilias no le tocaba ni á un feroz ***Prócida*** por Vísperas Sicilianas, ni á un miserable ***Manzaniello*** por estúpidas insurrecciones; que tanta gloria le estaba reservada á la augusta familia de los Borbones. El nieto de Luis XIV, Felipe V, rey de España, separando para siempre de su corona el reino de Nápoles, lo dió á su hijo Cárlos III (3).

(1) Desde Fernando el Católico hasta Felipe IV, es decir, desde el año 1501 al 1648.

(2) Cuando se hubieron agotado las minas del Nuevo-Mundo, España cargó la mano sobradamente en las contribuciones de las Dos Sicilias; de modo que todas las riquezas de este pais tan maltratado iban á parar á Madrid.

(Cuanto se dice aquí es sin duda cierto; pero hay que tener presentes las contiendas que tuvo con Francia España por la posesion de Nápoles y Sicilia.—N. *del T.*)

(3) Cárlos III era justo, entendido y humano. Fundó sabias instituciones; emancipó á sus súbditos promulgando el código *Carolino*, que aseguraba los derechos de cada uno y la igualdad de todos ante la ley; aligeró las cargas del Estado; protegió al comercio, é hizo de Nápoles la ciudad de las artes.

(Es decir, que este gran rey fué tan bueno en Nápoles como mas tarde en España).

Entonces, despues de siglos de guerra y opresion, la poética tierra confiada á los descendientes de San Luis respiró libre y dichosa. En ella se levantaron como por encanto palacios, fábricas, hospicios, teatros y monumentos de todos géneros (1). Herculano y Pompeya surgieron maravillosamente con todos los recuerdos de la antigua Roma, de entre las cenizas y las lavas en que las habia tenido sepultadas el Vesuvio por espacio de dos mil años; y el reino de Nápoles ocupó el alto rango que ocupar debia entre las naciones privilegiadas.

Continuaba Fernando I la obra de su padre, cuando estalló la primera revolucion francesa. Resistióse, pero inútilmente, contra la tempestad que tenia sobre sí: el general Championnet se posesionó del reino de Nápoles, y la república fué proclamada en él (2).

Pero no tardó el pais en sacudir el yugo estranjero. La poblacion entera de las Calabrias, con el cardenal Ruffo á su cabeza, marchó á libertar á Nápoles. El castillo de Sant'Elmo capituló; los pocos republicanos indígenas que aterrorizaban la ciudad, se desvanecieron en medio de la hurra nacional; y Fernando recuperó su corona.

Poco despues, otro cambio. Las Dos Sicilias cayeron en poder de Napoleon: Fernando se refugió en Palermo; y Mu-

(1) Son notables el magnífico palacio de Caserta y el admirable teatro de San Cárlos, ambos únicos en su género. Nápoles adquirió ademas riquezas artísticas, que aumentaron su esplendor.

(2) Este reino (como mas tarde el de España) fué dividido en departamentos, sin atender si esto convenia ó no á su situacion y á las costumbres y usos de sus habitantes. Despacháronse para todas partes *democratizadores*, que formaran otro *espíritu público*. Aboliéronse las fiestas religiosas; confiscáronse las propiedades; tasáronse las opiniones, de modo que el rico pagaba menos que el pobre, cuando justifica que era de de mejor opinion. He aquí la libertad bien entendida.

rat quedó de rey en Nápoles (1). Este, mas tarde, tuvo á su vez que huir; porque Napoleon no era ya señor del mundo; y Fernando I fué vengado.

Su primer acto fué dar una amnistía general. Mantuvo las instituciones francesas que podian convenir al pais (2); y Nápoles quedó en plena prosperidad. Pero nuevos tumultos revolucionarios obligaron al rey en 1820 á dar otra constitucion al reino. Asombrados los pueblos, la reprobaron enérgicamente: el ejército suplicó á Fernando, que la aboliera; y despues de nueve meses de desórdenes y calamidades el régimen odioso desapareció.

En 1825, Francisco I sucedió á su padre. Solo una tentativa revolucionaria, castigada inmediatamente, turbó la paz de sus Estados hasta 1830. En noviembre de este año subió al trono Fernando II, sin que el triunfo de las insurrecciones de París hubiese menoscabado el grande amor de los Napolitanos á sus príncipes legítimos.

Un perdon general para todos los condenados políticos señaló su advenimiento; y la admision á los empleos públicos de todos sus súbditos, sin distincion de clases, se cuenta entre sus primeros beneficios.

Jamás hubo alma menos déspota ni corazon mas humano. Este príncipe, hoy tan estrañamente calumniado, hizo siempre cuantas concesiones le parecieron propias para afianzar la dicha de su pueblo. Redujo el presupuesto de su real casa en cerca de ocho millones de reales al año; recorrió su reino, y visitó así las chozas como los palacios, dejando por todas partes señales de su justicia y su munificencia; acabó los arrecifes antiguamente empezados y abrió nuevos

(1) Este dió una constitucion en 1815.
(2) Una de ellas fué el *código de Napoleon*; solamente que en materia criminal suavizó la severidad de las leyes francesas.

caminos. Su nombre en fin bendecido de los pueblos que por sí mismos habian podido juzgarlo, no se pronunciaba por donde quiera, sino con el acento de la gratitud y de la admiracion (1).

Pero las *sociedades secretas* estendian ya su dominacion del uno al otro cabo del mundo. Sus principales jefes, en nombre de todos los pueblos de la Península de que se suponian legítimos representantes, le ofrecieron con mucha instancia y ahinco al rey de Nápoles *la corona de la Italia entera*, con tal que los ayudase á echar del pais á sus antiguos señores. Fernando II, reprobando tales proposiciones con desdén, se contentó con responderles por las simples palabras de la Biblia: «*No codiciarás los bienes ajenos.*»

Enfurecidos los anarquistas al oir esto, recurrieron á la rebelion. Ya agitaban los Abruzzos, ya removian las Calabrias; pero ante el afecto realista de las masas desmayaron constantemente. Así las cosas, desembarcaron de improviso cerca de Cotrona (2) dos oficiales italianos al servicio de la marina austriaca, hermanos y de apellido *Bandiera.* Iban acompañados de una veintena de Venecianos y Romanos, entre los cuales figuraban *Riccioti* y *Moro*, oficiales tambien de marina desertores; y esperaban ser acogidos con vivas simpatías; pero lleváronse chasco, pues ningun pueblo quiso insurreccionarse ni unirse á ellos.

Visto esto, atravesaron los Apeninos, y se encaminaron

(1) En las *tavoliere* de la Pulla estaban un sinnúmero de colonos atrasados en la renta de las tierras que cultivaban, y el rey les pagó sus deudas.

(2) Antigua república griega de la Calabria. Los Bandieras habian salido de Corfú en 1844. El menor de ellos se casó con una rica Veneciana, hija del coronel *Graziani*, la que de resultas de su casamiento murió desesperada.

hácia *Cosenza*, lugar donde *Alarico* fué enterrado. Allí, con el nombre de *unidad italiana*, quisieron proclamar *la república*. ¡Infructuosa tentativa! Los campesinos y la guardia urbana, favorecidos de algunos soldados, voluntariamente se precipitan sobre ellos, y los ponen en fuga.

Perseguidos los rebeldes en los montes, muchos de ellos mueren; los otros, hechos prisioneros, son conducidos á *San Giobani in Fiore*, cerca de la ciudad de *Cosenza*, donde inmediatamente son juzgados. Los cuatro cabecillas de la insurreccion, *Ricioli, Maro* y los dos hermanos *Bandieras*, fueron condenados á la última pena. Era menester hacer un ejemplar severo; y nadie mas bien que estos lo habian merecido.

«¡Señor! escribia Attilio Bandiera al rey de Nápoles en »22 de junio de 1844: Mi ánimo, al proclamar la indepen»dencia en la Calabria, era servir á la causa de la *Unidad* »*italiana*. Si quereis ser el soberano constitucional de toda »la Península, me entregaré en cuerpo y alma á V. M. (1)»

Esto era mal implorar su gracia. La justicia siguió sus trámites.

La deplorable empresa de los Bandieras no duró mas que de cinco á seis dias. *La jóven Italia* necesitaba otros medios para insurreccionar á los pueblos, cuando en 1845 hubo de celebrarse en Nápoles una de esas famosas juntas conocidas con el nombre de *Congresos científicos*. Canino y Orioli estaban al frente de esta propaganda revolucionaria: el rey, cuya buena fé nada le hacia sospechar, les abrió generosamente las puertas de su capital, y con ellos entraron en las Dos Sicilias, enmascaradas con las frases de la ciencia, las doctrinas de la anarquía (2).

(1) Piezas manuscritas del proceso de los Bandieras, cuaderno núm. 19.

(2) Fernando acogió á estos sabihondos de la literatura eru-

El ministro Santángelo, hombre de talento, instruccion y valor, quedó encargado de presidir al Congreso, cuya concurrencia fué grandísima (1). Pero en vano trató de contener la efervescencia de los ánimos: los discípulos de Mazzini se hicieron de nuevos adeptos. Nápoles, como todas las grandes ciudades de Italia, no pudo menos de contagiarse con las ideas de ***independencia*** y de ***unidad.*** El contagio maligno progresaba con rapidez.

Los hermanos de ***la jóven Italia*** enarbolaban impunemente sus banderas. Sabíanse en las Dos Sicilias los tumultos de Bolonia, de la Romaña, de Rímini y de Roma; el advenimiento de Pio IX y su famosa amnistía habian conmovido violentamente los ánimos; y los agitadores napolitanos, hasta entonces bien poco numerosos, empezaban á dejarse ver en público. Lijeras demostraciones, como modestos ensayos, saludaron sin mucho ruido al papa y á sus agaciados. Así el hilo de agua se iba zanjando su paso; despues el arrollo se lo prepararía al torrente.

Oyóse la primera campanada. Era por julio de 1847, cuando apareció la famosa ***protesta*** atribuida á ***Settembrini,*** profesor del líceo de ***Cantazaro.*** Ninguna publícacion incendiaria tuvo nunca un resultado mas funesto que este infame libelo, en que el rey de Nápoles y su gobierno aparecian como dignos de la execracion pública, y la reina madre, bien que adorada del pueblo por su beneficencia, era escandalosamente insultada. Escrito con enérgica pluma, terminaba

dita con régia magnificencia. Evaluóse en dos millones lo que costó su recepcion. El rey permitió á los refugiados políticos que formaban parte de la asociacion científica, que estuvieran en Nápoles con sus colegas, todo el tiempo que durara el Congreso.

(1) Asegúrase que hubo mas de 1,200 personas.

por apelar á la rebelion, á los puñales y á la guillotina. Era una tea encendida, y no podia menos de abrasar á cuanto cogiera por delante (1).

Estaba á la sazon el reino de Nápoles en contínua via de prosperidad. La deuda pública, ocasionada por los deplorables acontecimientos de 1820, se hallaba íntegramente pagada: abríanse magníficos arrecifes; y como en el tesoro hubiese reservas, el rey suprimia las contribuciones (2). Pero cuantas mas gracias tenia el pais que darle al monarca, tanto mas se irritaba la anarquía. Así fué que estalló una insurreccion en la Calabria.

De los principales que la acaudillaban en Reggio, era uno *Domenico Romeo*, agente del administrador de aduanas Benucci. Este habia sido encargado por el rey de vender á bajo precio, para alivio de las clases pobres, una cantidad considerable de trigo perteneciente al gobierno; y el dinero de la venta, que *Benucci* confió á su empleado *Romeo*, fué el que sirvió para pagar á los rebeldes sus respectivos sueldos.

Subleváronse el 2 de setiembre de 1847 gritando ¡*Viva Pio IX*! ¡*Viva la Constitucion*! ¡*Viva el rey*! Inmediatamente pasaron á las cárceles, y dieron suelta á todos los que en ellas habia, sin distincion de delitos: tomaron la ciudadela, que no tenia mas que unos veinte hombres de guarnicion: dieron una proclama, en que declaraban traidores

(1) El impresor de este folleto, segun se descubrió á los tres meses de pesquisas, fué un Francés llamado Seguin. El folleto, que desde luego fué recogido, se llegó á vender á tres duros el ejemplar. Véase la *Miscellanea del Giorno*. Paris 1847. Tomo II, pág. 316.

(2) Particularmente aquellas que desde el siglo XVI pesaban sobre los mas necesitados; tales como la de la *sal* y la alcabala de los granos. Esto hizo que las rentas del Estado se diminuyesen en *treinta millones* de reales: diminucion considerable para aquel reino.

al rey, á los ministros que se opusieran á sus deseos constitucionales: nombraron un gobierno provisional, presidido por uno de los suyos llamado *Pellicano*: distribuyéronse entre sí todos los empleos públicos; y en fin, se apoderaron de los fondos de la tesorería, para repartirlos en su provecho. «*Mi pueblo no debe de tener hambre*, decia un déspota de Oriente al levantarse satisfecho de la mesa; *pues acabo de comer perfectamente*.» Así hubiera podido decir tambien Romeo.

Reggio llamó á Messina á la grande obra de la *regeneracion* Siciliana; y esta ciudad respondió inmediatamente al llamamiento: hubo entre ambas la mas *cordial inteligencia*.

Pero entre tanto el telégrafo napolitano habia funcionado rápidamente, y tres dias despues arribaban á Reggio cuatro fragatas de vapor con un regimiento de línea y algunas piezas de artillería, al mando del príncipe Luis de Aquila.

Desembarcan las tropas de Nápoles... óyense muchos cañonazos... Ya no habia rebeldes: jefes y soldados se habian fugado.

Sin embargo, tratan de rehacerse en la aspereza de los montes, de donde descienden en bandas á recorrer los campos. Acógenlos por la fuerza en los caseríos y lugares indefensos, mientras que en los pueblos mayores los reciben á tiros. Colocados entre las tropas que los persiguen y los pueblos que los rechazan, no tardan en quedar deshechos. Solo, abandonado enteramente de los suyos, sin aliento y muerto de fatiga, llega Domenico Romeo á casa de un campesino. Abrenle la puerta; le conocen, y al instante, se oye un tiro, cuya bala acaba la rebelion, dando muerte á su jefe.

Otro tanto aconteció en Messina. Solamente que en esta ciudad los fondos del banco se salvaron de los insurrectos, quienes no tuvieron tiempo para repartírselos. Así, esta doble intentona de insurreccion únicamente sirvió para probar el

amor que á su rey le tenian los pueblos, y la clemencia de Fernando, que perdonó á muchos de los culpables. Uno de los agraciados fué *Andrés Romeo,* hermano de Domenico, el cual quiso dar mas tarde una prueba de su gratitud, jurando la muerte de su príncipe.

El conde Bresson, sacrificado por el gobierno francés al odio del inglés, se habia suicidado en Nápoles.

Por entonces, queriendo el rey dar mas fuerza al poder y mas actividad al gobierno, aumentó el número de sus ministros. Al efecto dividió el ministerio que Santángelo habia desempeñado solo por espacio de 17 años, en cuatro secciones pertenecientes á otros tantos ministerios nuevos, que se denominaron del *Interior,* de *Comercio*, de *Instruccion* y de *Obras públicas.*

Pero Santángelo, que en su larga y laboriosa carrera habia prestado grandísimos servicios al Estado, resentido de lo que el rey acababa de ordenar, creyó deberse retirar de los negocios. Su retirada produjo mas tarde muchas desazones y disgustos.

Con hombres nuevos empezaron á germinar nuevas doctrinas: aumentóse considerablemente la clase oficinesca; y los administradores en mantillas se creyeron todos hombres de Estado, cuyo porvenir seria de los mas brillantes, si continuaban haciéndose innovaciones. Al efecto, necesidad incesante de reformas y cambios; propagacion de las ideas mágicas de independencia y libertad: tratóse con desdén de incapacidades retrógadas á los antiguos talentos justificados; y los fautores de tumultos fueron tenidos por los únicos que se hallaban á la altura de las circunstancias.

Así ¿qué aconteció poco despues? La aparicion de la revolucion en la plaza Real de Nápoles.

Una noche, á fines de noviembre y hora de la retreta, en el momento en que la música militar atraia á la gente hácia palacio, de entre medias de unos corrillos de estudiantes y estranjeros salieron desaforados gritos que decian: «¡*Viva Pio IX*! ¡*Viva la amnistía*!»

En las noches siguientes, el mismo clamoreo; solo que gritaban ademas: «¡*Reformas*! *reformas*!» Y á tal punto llegó la audacia de los agitadores, que quisieron una vez forzar á la orquesta á que tocase el himno de Pio IX. La música se retiró (1); y entonces sí que fueron los furores y los insultos: «¡*Abajo*, gritaron, *el ministro de policía*! ¡*Abajo el confesor del rey*! (2)»

Encamínanse por la calle de Toledo al palacio del nuncio, á quien llamaron al balcon; pero no quiso presentarse. Los perturbadores dejaban caer de trecho en trecho escritos amenazadores y siniestros, y muchos se tapaban la cara con los anchos tapabocas de lana que se estilaban á la sazon. Estas pandillas se iban reforzando, y para llegar á deshecerlas, fué preciso emplear la fuerza.

En Nápoles no hubo mas que un desórden; pero en Palermo quisieron ya tumulto.

Era entonces teniente general del rey en Sicilia el duque de Majo, sugeto de buen carácter, decian; pero que tiritaba con cualquier viento y se ahogoba con cualquier calor. Tibio y flojo, esta especie de *baño de María* político debia ser una nulidad deplorable; y si se libró del fatal dictado de *traidor*, fué por el triste nombre de *imbécil*.

El 12 de enero era el cumpleaños del rey; y los Sicilianos

(1) Desde entonces no volvió á presentarse otra vez en la plaza.

(2) El ministro se llamaba *Delcaretto*, y el confesor era monseñor *Cloclé*.

anunciaron tres dias antes con carteles puestos en las esquinas, que solemnizarian la fiesta con un alzamiento general. Allí se conspiraba á gritos; allí todos se armaban sin recelo ni fatiga: Majo, por lo visto, estaba sordo y ciego (1).

Eran las siete de la mañana del citado dia, cuando los conspiradores se presentaron en público. ¿Cuántos eran? ¡*Setenta y cinco*! ¿Y que hubiera bastado para deshacer tanta fuerza? Unos cuantos gendarmes.

Pero ¿qué hizo el teniente general? Pensó que con ocho mil hombres de guarnicion, una fortaleza, municiones y artillería seria suma imprudencia atacar á un puñado de vocingleros. Así prohibió toda lucha; no intentó ninguna resistencia; reconcentró sus tropas en diferentes puntos de la ciudad, y abandonó el resto á los amotinados.

Aquella misma tarde los setenta y cinco de la mañana eran ya quinientos, y á otro dia este número se habia duplicado. Estendida la voz por los pueblos inmediatos, acudieron insurgentes tan de prisa y en tanto número, que á los dos ó tres dias ya se contaban por millares.

La marina inglesa aplaudia fervorosa á los hijos de la insurreccion; y sus oficiales, así en el jardin de Flora como en el teatro, desplegaban banderolas tricolores en la punta de sus espadas. Distinguíase entre ellos el commodoro ***Lushiston***, de quien puede con verdad asegurarse, que nunca ningun súbdito de la ***Gran Bretaña*** manifestó un entusiasmo... ***mas siciliano***.

(1) ¿Tenia la Sicilia por qué quejarse de Nápoles? No: era tratada mejor que su metrópoli, pues que ni quintas, ni papel sellado, ni sal estancada tenia. (En Nápoles se pagaba á 200 rs. el cántaro de sal, ó los dos quintales: en Sicilia la misma medida costaba una peseta.) El comercio del tabaco era libre (estaba tres veces mas barato que en Nápoles); y los derechos de aduanas mucho mas moderados. El rey solia ir á Sicilia, y casi nada negaba á los Sicilianos, á los cuales amaba con sinceridad.

Entretanto el duque de Majo, el general Vial y otros oficiales superiores, reunidos en el real palacio, conferenciaban sobre el acontecimiento. Pero ¿era el caso para charla? Convínose por último, en defender lo mejor que se pudiera las posiciones militares de la ciudad; tales como la plaza de *Santa Teresa*, donde estaba el tercer regimiento de dragones; el *Noviciado*, *San Giacomo*, el *Hospital civil*, la *Administracion* y los *Quattroventi*.

En el fuerte de *Castello á Mare* estaba de gobernador el coronel suizo *Gros*, á quien le ordenó Majo que simulase un bombardeo. El plan del bueno del duque, original en estremo, era por lo visto atacar sin batirse, y resistir sin defenderse. ¿Hacia falta abrir ó cerrar una puerta? Pues Majo ni la cerraba ni la abria.

Nada es tan fatal en las revoluciones como la indecision y el obrar á medias. Los inútiles cañonazos del fuerte solo sirvieron para irritar los ánimos: protestaron los cónsules estranjeros; y el fuego, encendido sin discrecion, hubo de apagarse con vergüenza.

La ciudad habia apelado á la gente del campo; y no tardaron en acudir cuadrillas de bandidos. Venian entre ellos *Salvator Miceli*, de la ciudad de Montreal, y el famoso ladron *Scordato*. Los rebeldes se iban haciendo tanto mas atrevidos, cuanto que solo tenian de frente una prudencia que podia muy bien llamarse cobardía, y un desacierto que se asemejaba á la defeccion.

Los principales Palermitanos se alistaron de miedo en el partido de la insurreccion. Establecieron un gobierno provisional dividido en muchas corporaciones encargadas de dirigir el Estado: declaráronse llamados á fundar *á perpetuidad* (estilo de la revolucion) *la nacionalidad siciliana*; y para afianzamiento de su obra tuvieron el apoyo de Inglaterra, la patrona de las rebeliones.

Lord Edgecumbe, enviado estraordinario de lord Palmerston, codiciaba ya la Sicilia para la Gran Bretaña; y habiéndose presentado como mediador entre los rebeldes y el duque de Majo, escribia con arrogancia al general Vial lo que sigue:

«El pueblo siciliano se cree en estado de hacer *reclamaciones muy fuertes,* y aguarda *concesiones muy considerables.* Así es que no se contentará con *promesas,* cuando necesita *seguridades* para ceder actualmente (1).»

Llegado que hubieron estas noticias á Nápoles, el rey celebró consejo de ministros, y decidióse en él enviar á Sicilia cuatro fragatas de vapor y otros navios, hasta el número total de doce, con unos 7,000 hombres y el general Desauget á su cabeza. Gozaba este militar de alguna fama, y nadie ponia en duda sus talentos.

Era almirante de la escuadra el príncipe Luis de Aquila.

El general Desauget desembarcó con los suyos en la noche del 15 de enero, y acampó fuera de la ciudad en el sitio llamado *Quattroventi,* que guardaban los soldados de Majo.

A la vista de la espedicion se apodera tal terror pánico de los insurgentes, que la mayor parte no piensan ya sino en huir. Unos se refugian en el buque inglés *Bul-Dog;* otros dirigen su vista hácia lo inaccesible de los montes. Así nada le quedaba al general en jefe del ejército espedicionario que hacer, sino convertir en polvo al enemigo: pero en vez de portarse como valiente, siguió el ejemplo de Majo.

¿Fué traidor? Nadie puede decirlo. ¿Cobarde? Nadie acertaria á pensarlo. ¿Estúpido? Hay sus dudas en ello. Todo fué misterioso en sus actos. Solo de un hecho no puede du-

(1) Carta de lord Edgecumbe al general Vial. Enero de 1848.

darse; y es que por la imperdonable estrañeza de sus planes y por las incalculables consecuencias de su conducta vino á ser la gran fatalidad de la época.

Tenia Desauget órden de ocupar la fuerte posicion de *Términe* y otros puntos inmediatos, para bloquear á Palermo por tierra, en tanto que la flota y la ciudadela la cercaban por el lado del mar. No faltaban ni víveres ni municiones: no habia mas que marchar adelante, y el triunfo era infalible. El general, sin embargo, no marchó.

¿Queria el triunfo... para otro? ¿Era miembro de sociedades secretas, como se susurraba?... Desauget habia pasado hasta entonces por hombre de valor esclarecido y pronto: ¿cómo pudo ese valor convertirse ni mas ni menos que en desacierto y torpeza?... La historia, sin duda, le será severa.

Puso en comunicacion su cuartel general de *Quattroventi* con las posiciones militares conservadas por el duque de Majo; pero en vez de unir enteramente sus tropas con las de este entrando con audacia en la ciudad, permaneció sin hacer nada en su campamento: aguardaba... no se sabe qué.

En vista de esto, empezaron los suyos á sospechar de su lealtad, y no faltó quien le acusara de perfidia. Era en efecto de notar, que cuando sus bravos reventaban de coraje, solo él detuviera sus arranques.

Confundidos de estrañeza los rebeldes, alzáronse mas fuertes que nunca de su estupor momentáneo, y apoyados á la encubierta por la marina inglesa, atacaron los apostaderos del duque de Majo, que estaban apenas guarnecidos. Los pocos soldados que en ellos habia, combatieron con valor; pero fué preciso ceder al mayor número; y esto pasaba

á cuatro pasos del cuartel general que hubiera podido socorrerlos..... ¡ *A las armas*! gritaba la tropa, y Desauget guardaba silencio.

Las posiciones militares de Majo fueron una tras otra evacuadas. El *Noviciado*, *San Giácomo*, el *Hospital civil*, el monasterio de *Santa Elisabetta* y la *Administracion* se rindieron á los rebeldes. Asi solo quedaban que tomar el real palacio y la ciudadela.

Grande algazara habia entre los vencedores, en las calles, en las plazas, en los teatros, en las iglesias, y en fin en todas partes. Amedrentado el duque, deliberó reunir su consejo á toda prisa: pero ¿va á decirle: «*Es menester pelear?*» No: sus palabras son: « *Es preciso huir.* » La Sicilia liberal, que mas tarde ofrecia tan generosamente su trono á tantos personajes, con manto, cetro y corona; hubiera debido ciertamente regalarle á este una palma.

Majo, abandonando su palacio, parte á escondidas en la noche del 25 al 26. Retírase á *Quattroventi*, donde el general Desauget, como Aquiles bajo su tienda, tenia sus armas á guisa de trofeo, y parecia secundar... al enemigo.

Si el duque hubiera á lo menos efectuado su retirada en órden de batalla y por fuera de la ciudad, hubiera llegado sano y salvo con los suyos á su destino: pero esta idea era demasiado sencilla, y la indiscrecion quedadaba muy descabalada. Asi pues, hace pasar sus columnas por calles tan estrechas como las de un villorrio, y sus soldados, desfilando á lo largo de la via *Olivuzza* por los sitios mas peligrosos, sufren un nutrido tiroteo á izquierda y derecha, sin divisar siquiera al enemigo, que les hace continuas descargas desde lo alto de las casas, tras de las tapias y por entre los setos. ¡Desgraciadas tropas! Estan armadas, y no pueden pelear; son atacadas, y no les queda otro consuelo que morir.

Llega Majo á *Quattroventi* con los restos de su ejército,

y entrega su autoridad en manos del general Desauget, con arreglo á las órdenes venidas de Nápoles. Todo ¡ay! de mal en peor.

El general en jefe pasa revista á sus fuerzas militares: tiene todavia mas de 10,000 hombres á sus órdenes, sin contar la guarnicion de *Castello á Mare*: este número es mayor del que realmente se necesita; nadie pues duda de que si quiere atacar con tales tropas, puede estar seguro de vencer. La espada arde en la vaina; solo se espera la señal, y la inaccion cesará en fin. En tal estado las cosas, ordena el general ¿qué? lo siguiente: « *¡Evacuar inmediatamente á Palermo!* (1) »

Alzáse un grito de indignacion en el ejército: nadie quiere creer lo que á su vista pasa. ¡Se ceja! ¿y ante qué peligro? ¡Se cede! ¿y á qué fuerza?

Hase resuelto retirarse á Messina, atravesando toda la Sicilia. ¡Cómo! ¿por entre poblaciones en que fermentan las ideas de la independencia? Pero tan vergonzosa retirada ¿no incitará á la tierra de los Tancredos y los Rogeres á un alzamiento general? Es posible, y aun probable; mas así se ordena, y es fuerza obedecer.

Empieza pues inmediatamente la retirada. Desauget hubiera podido embarcarse, pues tenia á su disposicion el puerto, la ciudadela y la escuadra. « *Por aquí* » decia el buen sentido; « *por allí* » la estravagancia. El general no vacila; y como el buen camino le disgusta, opta por los precipicios.

Enfróscanse las columnas reales en impracticables desfiladeros y angustiosas gargantas. Aguárdalas el Siciliano en la *Bocca di Falco*, entre barrancos y peñascales. Cercadas, acometidas y hechas una carnicería, salen de allí para rodar de desastre en desastre. El general pierde parte de su arti-

(1) *Cenno storico degli avvenimenti della troppa napolitana*, etc. 1848. Nápoles.

llería, equipajes y ejército; y todo esto se hace tan á punto y tan bien para los enemigos, que no parecia sino que estaba preparado de antemano.

Llega en fin Desauget al collado de *Villabate*, donde los rebeldes se habian fortificado. Allí, castillos inespugnables coronan las alturas: allí, hay ya cañones ingleses. ¿ Qué harán pues los Napolitanos ? ¿ hales llegado su último dia?...

No: ni miedo, ni abatimiento. La desesperacion es una fuerza; la noche hace brillar á las estrellas.

Cada obstáculo fue un triunfo, cada soldado un héroe. Los batallones, como estaban enojadisimos y tan solo respiraban venganza, cayeron sobre los Sicilianos con una rabia sin igual, y los deshicieron completamente; recuperaron su artillería reforzada con los cañones ingleses; tomaron por asalto casa á casa el pueblo fortificado de *Villabate*, y haciendo en él numerosos prisioneros, se coronaron por último de gloria (1).

Era á fines de febrero, cuando despues de pasadas las cumbres de *Castelduccia*, llegaba el ejército á las playas del mar cercanas á *Solanto*. Allí habia ya venido la flota, y ningun peligro amenazaba.

Allí tambien recibió Desauget órden de no continuar su campaña, y volver á Nápoles. El gobierno pensó sin duda que la Sicilia entera se perderia, si el comandante supremo llegaba á empezar de nuevo en Messina sus operaciones de Palermo.

El general en jefe obedeció: pero antes de embarcarse, como le faltase algun gran pensamiento, alguna concepcion nueva y atrevida para completar su obra, dió órden á su artillería *de abandonar todas las piezas y matar todas las*

(2) Véase la *Storia militare della rivoluzione avenuta in Palermo*, 1848, pág. 31.

bestias de carga. Igual matanza ordenó que hiciera la caballería. Esta medida era tan imprevista como inaudita.

Sufrieron la muerte algunas mulas; pero al llegarles su turno á los caballos, los ginetes se opusieron. No pudiendo comprender la utilidad de tan estraña determinacion, ni resolverse á degollar sus monturas, rehusaron el hacer de carniceros, y las salvaron de tan bárbara sentencia, echándoles la brida al cuello, y dejándolas errar por los campos.

Aquí tuvo lugar un episodio notable, un hecho digno de las edades fabulosas. Muchos caballos no quisieron dejar á sus amos: los siguieron á su pesar; y cuando los vieron embarcarse, se tiraron al mar, dando lastimosos relinchos. Sus amos, llorando, miraban desde lejos cómo cortaban las olas, sin poder ir en su ayuda: viéronlos fatigarse... despues pararse... y despues desaparecer (1).

Otro incidente curioso: el año siguiente, cuando el general Filanghieri reconquistó la Sicilia, todos los cañones escondidos se encontraron, y muchos caballos fueron otra vez cogidos.

Pero entre tanto, ¿qué pasaba en Palermo?

Luego que el duque de Majo hubo partido, el pueblo soberano invadió su palacio, y aunque el mayor de infantería *Ascenco* hubiera querido resistirse fuertemente con su débil guarnicion, como se le habia prescrito que capitulase, á fin de no derramar mas sangre, evacuó el palacio, donde el pueblo entró de seguida.

Las puertas de las cárceles fueron inmediatamente de par en par abiertas, para que salieran 13,000 malhechores

(1) Véase la *Storia militare della rivoluzione avenuta in Palermo*, 1848, pág. 31.

que encerraban; y los regeneradores, segun su invariable costumbre, procedieron á destruir los procesos (1).

La régia mansion fué saqueada desde lo alto hasta lo hondo; las tapicerías fueron arrancadas; los armarios abiertos y desocupados, los cuadros rasgados ó cogidos; los muebles destruidos ó robados. Desenlosáronse las mejores habitaciones, y arrancáronse los mosaicos. Fueron demolidos los bastiones. La casa del general napolitano Vial fué primero devastada, y luego arrasada: de ella solo escombros quedaron.

La misma suerte vino á caberles á las otras casas de Napolitanos afectos al rey. Unicamente se respetaron las iglesias, magníficos monumentos cuyas riquezas debieron tentar á muchos. El hermoso paseo que tenia Palermo á la orilla del mar, estaba adornado con admirables estátuas de los reyes de Sicilia, las que fueron echadas por tierra y despedazadas. Las revoluciones, que se presentan siempre para fundar, no triunfan nunca sino para destruir.

De cincuenta y dos individuos de policía hechos prisioneros, veinte y dos fueron acuchillados, y los treinta restantes, á quienes el pueblo soberano les habia concedido la vida á ruegos de algunos sacerdotes, se vieron encarcelados con algunos detenidos Napolitanos. Estos cautivos, despues de cruelmente maltratados, se creian salvos en la prision, cuando á la entrada de la noche penetran allí unos cuantos furiosos, y abalanzándose á ellos con hacha en mano, les dicen:

«Solo os queda tiempo para hacer vuestras últimas oraciones: encomendad vuestra alma á Dios.»

Y todas las víctimas perecieron en manos de aquellos verdugos.

El gobierno provisional, á cuya cabeza estaban *Ruggiero*

(2) *Histoire des revolutions de l'Italie*, pág. 284.

Séttimo y *Mariano Stábile*, hubiera podido ciertamente reprimir tales horrores, si hubiera tenido alguna energía: pero sus miembros, en medio de su omnipotencia, temblaban tambien ellos ante la revolucion que hubieran querido dominar: estaban retraidos, asustados, y sin atreverse ninguno á levantar la voz contra la opinion terrorista.

La casa del Banco habia tenido que abrir sus puertas: quedaba únicamente la ciudadela por someter. El gobierno napolitano, para evitar una efusion inútil de sangre, ordenó al gobernador que se rindiese. Este, al verse solo, se resigna á ello; pero sale con todos los honores de guerra, y tales y tantas pruebas de valor habian dado él y los suyos, que al evacuar la plaza fueron saludados con grandes aclamaciones por sus mismos enemigos, que les hacian justicia en esta parte.

Embarcáronse para Nápoles con tan vivo dolor en el alma, que parecian despedirse para siempre jamás. Y ¿por qué esa desesperacion? ¿por qué ese eterno abandono? ¡Ah! es que en aquel mismo instante Nápoles tambien estaba á las puertas de su perdicion. Era á fines de enero, y otra nueva tormenta amenazaba.



CAPITULO SEGUNDO.

Las Calabrias y Carducci.—Agitaciones en Nápoles.—El ministro Delcaretto.—El 27, 28 y 29 de enero.—La calle de Toledo y el Mercado.—El rey en medio de su pueblo.

En noviembre y diciembre habian sido de poca importancia las demostraciones populares de Nápoles; pero era tal la fermentacion anárquica en toda la Italia, que donde quiera se presentaban catástrofes en ella. Así, apenas se supo la la revolucion de Palermo en la capital de las Dos Sicilias, cuando empezaron los desórdenes. El primero, que se atrevió á dar la cara, fué un mesonero de Salermo, llamado *Costábile Carducci.* Puesto al frente de algunos facciosos, sublevó el *Cilento,* pais áspero y montañoso situado entre las Calabrias y Salermo, que adquirió bastante nombradía en el reinado de Murat por el espíritu sedicioso de sus habitantes y las turbulencias de sus carbonarios.

Los rebeldes, en número de unos mil, dieron principio á su obra cortando la barca del rio Salado, á fin de detener á la tropa que saliera á perseguirlos: mas no por eso se libraron de la persecucion. Carducci estaba en *Laurino*, posicion militar donde hubiera podido resistirse por mucho tiem-

po, por cuanto contaba con un castillo fortificado encima de un pico: pero luego que las tropas reales se presentaron, huyeron las bandas insurreccionadas, dándose tanta prisa, que ellas mismas se precipitaron desde lo alto de la peña tajada de Laurino (1).

Como la elevacion era grandísima, la caida fué horrorosa. Perecieron allí casi todos los fugitivos. Uno de ellos, rodando de peñasco en peñasco, ya medio despedazado por las puntas agudas del precipicio, se engarranchó al caer en las ramas de una encina, donde se quedó colgado. El infeliz perecia allí poco á poco, sin que nadie pudiera socorrerle. No hace mucho todavia, que en aquel mismo sitio se veia su esqueleto hecho andrajos y colgado aun en el tronco del árbol, dando vueltas sin parar y crugiendo en la fúria de los vientos.

Carducci, único que se salvó de tal desastre, dirigió sus pasos á las playas del mar, y en la villa de *Ascea* reunió de nuevo algunos partidarios, y cual tígre sediento de sangre, se entregó á todos los escesos de que era capaz su furor vengativo. Hizo arrestar al baron de *Maresca*, sospechoso de haber contribuido á la ejecucion de un reo político; le significó que solo diez minutos le quedaban que vivir; y habiendo protestado Maresca de su inocencia con respecto á la muerte de que se le acusaba, el héroe del Cilento contestó:

«—¡Que lo fusilen, y que calle!»

Pidió el baron permiso para escribir algunas líneas á su esposa y á sus hijos. «*Desde el otro mundo les escribirás*», dijo mofándose el verdugo.

Solicitó la víctima un sacerdote para reconciliarse con Dios.

(1) Domina este pico á un barranco atravesado por un riachuelo llamado *Calore*.

«—Que vaya á reconciliarse con el diablo!», respondió este filántropo de las sociedades secretas.

Y *Maresca* recibió la muerte.

Como se habian removido las provincias, la capital se agitaba. Mas en ella encontraban los anarquistas en sus planes obstáculos sin cuento: las tropas eran leales y fieles; las clases principales no querian fraternizar con la traicion; el pueblo se mostraba monárquico y religioso; y los trabajadores del puerto, á quienes apelaba la *Italia roja*, respondian que ellos no entendian nada de negocios políticos, y que no se meterian de ningun modo en lo que nada les importaba.

«*Trabajo, y no revoluciones*»; gritaban con recto juicio tales gentes.

A lo cual respondian con agudeza los doctores:

«*Esos ignorantes son unos estúpidos* (1).»

Por aquella época algunos agitadores atrevidos le presentaron al rey una esposicion, en que se hablaba de reformas, y se empezaba á vislumbrar el deseo de una representacion nacional. Pero nadie era tan osado todavia, que pronunciara abiertamente la palabra sacramental *Constitucion*: era menester ir por grados.

Pero ¿cómo remover las masas? Inventáronse terrores sin motivo en las plazas públicas, y diéronse sustos sin causa en las calles. Pasaban, por ejemplo, de pronto y á todo correr algunos coches llenos de estudiantes que fingian sobresalto y fuga. Entonces ciertas personas gritaban:

«—¡*Huid*! *huid*! *aprisa*!»

Y la gente palidecia. Pero volvian á gritar:

«—¡*Huid*! *miradlos*! *que vienen*!

Y las puertas de las tiendas se atrancaban con precipita-

(1) Véase la *Storia degli últimi fatti di Nápoli*, núm. 97, libro del partido exaltado.

cion, en tanto que la gente reunida en corrillos preguntaba:

«—*¿Por qué huir?*»

«—*¿Cómo por qué? ¡Miradlos!*»

«—*Pues ¿en dónde?*»

«—*Ya se oyen.*»

«—*Y ¿qué es eso?*»

«—*Eso es espantoso.*»

Y á las reiteradas preguntas de los curiosos estupefactos respondian los agitadores con palabras misteriosas. Despues propagaban los mas estraordinarios rumores. Nadie comprendia nada de aquellos tumultos inauditos, de aquellas amenazas imaginarias: pero todos estaban consternados, y lo que se deseaba, quedaba conseguido.

Así obedecian los afiliados de las sociedades secretas á las instrucciones del gran maestre. Así tambien comenzaron las revoluciones.

Los planes trazados en los principales conciliábulos de Nápoles eran estos:

1.° Deshacerse de monseñor *Coclé*, confesor del rey.

2.° Echar fuera al marqués *Delcaretto*, ministro superintendente de la policía.

3.° Arrumbar á Ferdando II y á toda su familia.

4.° Proclamar por último con *la independencia italiana* juntamente *la república unitaria*.

Continúan los alborotos en las calles. Manifestaciones sucesivas, cuya importancia se exagera, dan pábulo á sordas alarmas. El rey mismo, rodeado de consejeros pérfidos ó timoratos, no sabe qué pensar. ¿Era la voluntad nacional ó la intriga revolucionaria quien hacia llegar á él tales deseos inesplicados de *reformas*? ¿Qué le pedia verdaderamente la na-

cion? Y ¿era cierto que la verdadera nacion le pedia alguna cosa?...

El noble corazon del príncipe, en medio de sus perplejidades generosas, no contenia en el fondo mas que un pensamiento, que era el de calmar los espíritus agitados, acceder á proposiciones razonables, conceder sabias mejoras, y darle en fin á la nacion pruebas de lo mucho que la amaba.

Mas si por una parte adoptaba ideas de progreso reclamadas por las necesidades de la época, por otra se temia que concesiones obtenidas por medios anárquicos no viniesen á parar, tarde ó temprano, en la pérdida de su corona y la ruina de su pueblo. Así pues, Fernando II no acertaba á decidirse. Nápoles lo tenia perplejo; pero Palermo lo determinó.

La Sicilia se escapaba de su dominacion. La deplorable retirada del general Desauget acababa de escandalizar al reino, y hacia que la *Italia roja* se creyese triunfante. El rey, á fin de recobrar uno de sus mas hermosos Estados, y en la esperanza de impedir que Nápoles imitase á Palermo, optó por las concesiones.

«*Es ya muy tarde*», iban á decir.

Como despues de los desastres de Sicilia no bastaba proponer *simples reformas*, el rey se resolvió á entrar en las *vias constitucionales*: creyó de buena fé en catástrofes espantosas, si no prestaba oidos á los delegados del partido liberal. Los principales soberanos de Italia, y especialmente Pio IX, le inducian á seguir sus huellas. Tambien acaso le vino entonces al pensamiento, que el mejor medio de abrirles los ojos seria superarlos en concesiones; y entrado francamente en la carrera liberal, ir de seguida á su final objeto. Sea lo que fuere, él tomó su partido, y como primer sacrificio separó á su confesor; lo que era un paso inmenso, una brecha á su vida íntima. El gobierno de allí á poco iba á vogar á velas desplegadas por los altos mares de la revolucion.

La nueva medida, tomada en la mañana del 25 de enero, no satisfizo de ninguna manera las exigencias: fué menester alguna cosa mas.

El ministro de la policía *Delcaretto* fué por la tarde llamado á palacio; y en el momento en que entraba en el salon del rey sin ninguna desconfianza, fué arrestado, conducido por fuerza á la playa, y sin dejarle tiempo para despedirse de su familia siquiera, embarcado en un buque de vapor, que debia llevarlo á un punto cualquiera fuera del reino (1).

A bordo, es verdad, encontró todo lo que necesitaba: pero ¡cuánta amargura y cuánto dolor debió sufrir en sus primeras sensaciones! Mas tarde conoció que sin este aparente rigor no hubiera podido librarse de la muerte. Las sociedades secretas habian señalado la víctima á sus afiliados; y el monarca, maltratando á Delcaretto, lo habia salvado.

El suceso dió mucho que decir y que pensar.

Ya no iba á haber policía: los agitadores tenian ya de este modo las puertas de par en par abiertas. Nada de estorbos ni recelos: no era *el derecho al trabajo* lo que acababa de conquistarse, sino *el derecho á la anarquía.*

En agradecimiento de la espulsion del sacerdote y del ministro se organizó una *manifestacion monstruosa*, que tuvo lugar en el nefasto dia 27 del mes de enero.

La demostracion popular tenia todos los atavíos propios de su naturaleza: marchas procesionales, algazaras patrióticas, bosques de banderolas y vivas á Pio IX. Los promovedores oficiales del desórden tiraban moneda en algunos sitios para fervorizar el entusiasmo; y como estaba lloviendo aquel dia, desplegáronse con gran pompa paraguas tricolores, aun cuando no se hacia de ellos mencion en el prospecto.

(1) En Liorna y en Génova no le permitieron desembarcar. Así se vió precisado á andar errante por algun tiempo.

Se pensó hacer un drama formidable, y se vino á parar en un sainete burlesco.

En el momento mismo en que la simpatizacion ciudadana desfilaba por la calle de Toledo dirigiéndose hácia el *Mercatello* (mercadillo), el general Stratella, seguido de un piquete de húsares, intimó á los agitadores que se retirasen. «¡*Viva la Constitucion*!» le respondieron estos, sacudiendo sus banderolas.

Tiraron de repente un cañonazo, y en el fuerte de Sant'Elmo, que domina á la ciudad, se divisó una oriflama roja.

Los facciosos se imaginaron al principio que era una bandera belga, que les prometia la Constitucion de Bruselas; y como cuanto mas estravagante es una idea, tanto mas efecto causa entre las masas, empezaban estas á saltar de gozo, cuando se oyó otro cañonazo, y trás aquel, otro y otro. Imposible fué ya entonces andarse con ilusiones: la bandera y los truenos de la ciudadela anunciaban resistencia y guerra: la una era señal de que el *estado de sitio* quedaba proclamado; y los otros llamaban «*á las armas*.»

La tropa iba á marchar contra los amotinados.

El palacio del rey fué al punto rodeado de fuerzas imponentes: móntase numerosa artillería; abócanse algunas piezas contra la calle de Toledo, y despues de los efectos dramáticos sucédense las escenas cómicas.

Hubo empellones en el cortejo, y *sálvese-quien-pueda* sobre el santo suelo. La ruidosa procesion, con sus sublimes insignias, se disipó cual nube de paja al viento de un horizonte encapotado; las sediciosas banderolas desaparecieron cual pañuelos de bolsillo entre sábanas sucias, y los fuegos revolucionarios se apagaron como antorchas sin sebo. Entretanto el verdadero pueblo silbaba muy contento por las calles á las nacionalidades espantadas, que se salvaban á todo escape; y mientras que de trecho en trecho, alzando la cabe-

za, conjuraban á la posteridad muchos de los principales agitadores, echándola de guapos; todo se desbarataba como en los juegos de los *fantoccini* (muñecos de niños).

Aquí se hubiera rematado la revolucion, si el gobierno hubiera continuado desplegando una energía digna de él. Mas á otro dia, por el contrario, cuando hubiera debido hacer temblar, él mismo fué quien se intimidó. Hubo escrúpulos de conciencia, y la traicion no los tuvo.

Susurraron en la ciudad «que el general Roberti, gobernador el castillo de Sant'Elmo, habia enarbolado la bandera roja contra su gusto; que á no ser por el mayor Zanetti, no hubiera el cañon resonado; que las piezas de artillería de la fortaleza estaban abocadas de tal modo, que sus disparos fueran á parar al mar; y en fin, que si el pueblo napolitano se alzara otra vez á revindicar *sus justos derechos*, el general Roberti no tomaria sobre sí la responsabilidad de una *lucha impía* contra la *soberanía nacional*. (1)»

Por otra parte, andaban de corrillo en corrillo numerosos emisarios asegurando que el rey desaprobaba las medidas de la tarde anterior; que habia prohibido á sus soldados que vertiesen nunca la sangre de su pueblo, y que en este supuesto la autoridad sola era la culpable.

En tal lenguaje, no parecia sino que los vencedores pedian gracia ó perdon á los vencidos. Así se asegura naturalmente que el monarca no contaba mucho con su ejército; mientras este, al contrarío, se indignaba de no poderle probar libremente á donde rayaba su valerosa fidelidad. Así tambien se resolvió que volviesen á empezar con mas fervor que nunca las asomadas populares; y la anarquía tuvo otra vez confianza.

(1) Estos susurros no eran sino muy verdaderos. El general Pepé, en su *Histoire des revolutions d'Italie*, nota con admiracion la conducta de *Roberti*.

En la noche del 27 al 28 allegáronse al rey diputaciones compuestas de negociantes moderados, que le hablaron enérgicamente en nombre de *la jóven Italia*, y trataron de probarle que en vista de los triunfos palermitanos, la corona de las Dos Silias iba á caer de su frente sin remedio, como su majestad no promulgase, pronto pronto, una constitucion liberal.

Fernando II reunió con tal motivo su consejo. Mas ¿qué hubo en esta conferencia nocturna? ¡Oh gran Dios! Otras indignidades como aquellas que en julio de 1830 engañaron al rey de Francia en Rambouillet. A cada minuto llegaban á palacio mensajes, por el estilo de los que el general Maison le llevaba á Cárlos X.

«—¡Señor! la capital se halla en plena insurreccion: mañana será entregada á sangre y fuego: ya no hay resistencia posible.»

«—¡Señor! los Ingleses se declaran en favor de *la jóven Italia*; y hablan de bombardear á Nápoles.»

«—¡Señor! en el ejército se nota ya el espíritu de sedicion; las tropas están resueltas á no defender la Corona.»

«—¡Señor! todas las Calabrias se han sublevado; y vienen sobre Nápoles 30,000 hombres.»

«—¡Señor! que peligra vuestra existencia!... Inminente es la catástrofe; los puñales están ya sobre vuestra cabeza. ¡Por los cielos! no mas largas. Una constitucion, ó todo está perdido.»

Y este era el lenguaje de los hombres en quienes el trono tenia su confianza; y el rey, de quien tan infamemente se abusaba, no podia imaginarse, en la lealtad de su corazon, que ningunos peligros le rodeaban.

Predominaba el engaño; y el artificio iba á tener un éxito feliz.

Se pasó la noche en contínuas agitaciones y zozobras.

Por último, cediendo el rey á la fatiga, á la perfidia y á tanto sufrimiento, se resolvió definitivamente, pero en pró de la intriga.

El 18 de enero por la mañana, se divulgó la noticia de que Fernando II, accediendo á los deseos de sus súbditos, iba á dar una Constitucion al reino.

Estaba encargado de redactarla el ministerio, que á la sazon se componia de Serra Capriola, del baron Cesidio Bonanni, de los príncipes Dentice y Torella, del siciliano Scovazzo, de Cárlos Cianculli y del mariscal de campo Garzia.

Jactábanse de que la furia pública, como si el público estuviera enfurecido, se mitigaría ante la generosidad real; y al efecto el 29 de enero apareció anunciado en las esquinas, á guisa de cartel teatral, el programa de la Constitucion.

Eran las diez de la mañana, cuando estallaron los alborotos y delirios de costumbre. Habian consultado al catecismo de Mazzini; y como con arreglo á su doctrina no debia desde aquel momento hacerse la revolucion con tumultos, trataron de continuarla con fiestas y regocijos.

Una multitud inmensa se reunió inmediatamente en la plaza de palacio. Allí, bajo los balcones, pedia con grande algazara que se asomase su rey. Distinguíase entre ella el encargado de negocios de Inglaterra, que celebraba el régimen parlamentario, como si fuera á transformar á la vetusta y lastimosa *Partenope* en un jóven y hechicero *Dorado*.

Alí-Bajá, el hijo del anciano Mehemet-Alí, se paseaba en carroza por entre aquella exaltacion facticia, que tenia *la Italia roja* á sueldo. Este Egipcio, representante del *despotismo* oriental, apoyaba al parecer con toda su alma la bacanal *representativa*. «¡*Viva la Constitucion*!» gritaba él tambien con gorro en mano; y si hubiera tenido que comprender y esplicar qué era aquello que victoreaba, se hubiera visto tan apurado, al menos, como el populacho.

Entre tanto, accediendo el rey á las unánimes aclamaciones, salió á caballo de su palacio, seguido de sus dos hermanos el conde de Aquila y el de Trápani. Al verle, redobláronse los gritos, que por esta vez salian del corazon; pues muchas almas enmudecieron, al contemplar á aquel noble príncipe, sin escolta ni defensa, que haciendo abnegacion de sí mismo, y despojándose en parte de su omnipotencia, se entregaba en cierto modo medio desarmado á la generosidad de su pueblo.

El gran gentío que se apiñaba á su rededor, no le dejaba continuar. La actitud del rey, bien que fria, era digna; su frente estaba pálida, pero serena. Era indudable que en medio de aquellos gozosos frenesíes que le saludaban, se le ocurrian muy tristes pensamientos: presentía ya á dónde irian á parar aquellos efímeros instantes de gratitud; y por entre las risueñas imágenes de lo presente, entreveia las negras perfidias de lo venidero.

La reina madre, princesa eminentemente benéfica, y por lo mismo adorada del pueblo, estaba en el balcon de palacio con la reina jóven á su lado. Ambas, bañadas de lágrimas, dirigian sus ojos hácia el cielo, la una rogando por su hijo y la otra por su esposo. Sus voces no podian oirse; pero sus fisonomías, llenas de elocuencia y mas podorosas que la palabra, enternecian á la muchedumbre.

Algunos guardias de corps consiguieron abrirles paso al rey y á los príncipes, quienes se dirigian hácia la calle de Toledo. Todos los balcones y ventanas de esta anchurosa y larga calle se veian adornados con colchas y banderas. Estaba allí el cuartel general de los *Fratellos* (hermanos), llamados por otro nombre *Mazzinianos*; por lo cual resonaron aclamaciones que parecian rugidos, y hubo alegrías muy semejantes á saturnales. El vocabulario de aquellos energúmenos hubiera formado un volúmen en cuarto. Hé aquí algunas de sus voces:

«¡*Viva el rey*! ¡*viva la Constitucion*! ¡*viva Gioberti*! ¡*viva Romeo*! ¡*viva Mazzini*! ¡*viva Pio IX*! ¡*viva Toscana*! ¡*viva Mamiani*! ¡*viva Cárlos Alberto*! ¡*vivan los Bandieras*! ¡*vivan los Ingleses*! ¡*viva Cicero-Vacchio*!»

Todo esto, y lo restante, hubiera podido traducirse y resumirse en tres palabras: «¡*Viva la república*!» Pero la estravagancia no habia llegado aun á su apogeo.

Entre tanto, en otros barrios de la ciudad oíanse otros clamores enteramente opuestos: «¡*Viva el rey*! ¡*viva Dios*! ¡*viva la Madona* (*la vírgen*)! ¡*viva San Javier*! ¡*viva la real familia*!» ¡Qué de confusion! ¡qué espectáculo!

Revisemos ahora la calle de Toledo.

Allí, cada ciudadano del partido, rebozándose en un traje llamado patriótico, se presentaba con diversas formas. Algunos llevaban los colores nacionales sicilianos, belgas, franceses, lombardos y piamonteses luciendo en unas como mantas tricolores, que los envolvian de pies á cabeza. Muchos no variaban sino los colores de la parte superior del cuerpo, mientras otros preferian adornar la inferior. Como cada revolucion y cada pais tiene sus oropeles y sus insignias, todos los emblemas reunidos fueron alegremente adoptados para aquella solemnidad radical, ó mas bien dicho, para aquellas carnestolendas constitucionales, en que el delirio se disfrazaba en gozo.

Veíanse algunas calesas en que iban hombres de pie con una bandera tricolor tan gigantesca, que emparejaba con el tercer piso de las casas; mientras que chicuelos sentados á su rededor agitaban banderolas como abanicos.

Aquí, tres franceses, en un coche, simulaban su insignia nacional del modo siguiente: uno tenia una bandera roja de anchura desmesurada; otro llevaba otra igual azul, y la del tercero era blanca.

Allí, como símbolo de *fraternizacion*, se presentaba en

carretela descubierta un cuadro plástico decorado: un rico propietario, elegantemente vestido, estrechaba contra su pecho tiernamente á un pobre lazzarone cubierto de andrajos. El revés de esta medalla estaba en otras carrozas, donde el pobre, habiendo cambiado de papel, estrechaba con la misma ternura al rico. Así habia reciprocidad de cariños.

Saludaban á cada una de estas delirantes comparsas fervorosos aplausos: y mientras que en las masas, unos, con cierta seriedad que tiraba á sublime, gustaban de las pantomimas graves; otros, haciendo burlescos ademanes, se reian de todo á carcajadas.

Así jugueteaba y se divertia la rovolucion de Nápoles. Mas ¡ay! estas bufonadas en plaza pública y esta desvergüenza al aire libre precipitaban al Estado hácia su ruina.

El rey, continuando en recorrer su capital, habia dejado la calle de Toledo, cuartel de la Italia roja, para entrar en el *Mercado*. Aquí la escena iba á cambiar de aspecto; era la medalla vuelta: el monarca estaba en medio de su pueblo.

Los marineros, los pescadores, los jornaleros, los revendedores al menudeo, los hortelanos, los lazzarones... todas esas clases de la sociedad que los revolucionarios llaman *canalla*, cuando las ven fieles á la religion y al trono, acudieron asustadas hácia el rey. Habian oido decir que Fernando II, al cambiar las antiguas leyes del pais, habia tenido que ceder á la violencia; y como no comprendian qué significaba aquella constitucion improvisada, que repentinamente habia surgido del estiércol de la insurreccion, como yerba venenosa; se figuraron, inspirados por su apasionada fidelidad, que su príncipe era víctima de las facciones; que estas le empujaban hácia el abismo, y que su vida misma cor-

ria riesgo. Así fué que resonaron inmediatamente estos gritos espontáneos: «¡*Muera la Constitucion*! ¡*Viva el rey*! ¡*Fuera los enemigos de Dios*!»

¡Oid los confusos clamores que dirige al rey el amor público!

«—Magestad! tú solo! nadie mas que tú!

«—Majestad! quítate de traidores!

«—¿Necesitas apoyo? Aquí estamos.

«—Dios y el rey: nada mas.

«—Majestad! nosotros somos cien mil valientes contra un puñado de falsos hermanos.»

Fernando, oprimido por la muchedumbre, escuchaba tan conmovido, que hasta las lágrimas se le saltaban de los ojos. Allí no habia protestas calculadas: aquel no era el lenguaje estudiado y falso de los políticos palaciegos. Tampoco era así como en la noche precedente se espresaban en los salones los asustadizos de su corte: ahora quien le hablaba era el corazon, la verdadera *vox populi.*

Atravesaba el rey la inmensa plaza en que sucumbió el famoso *Mazaniello*, víctima de su rebelion. Allí, abandonado de los suyos, este insensato dió en otro tiempo en un horroroso drama revolucionario una gran leccion histórica. Mas ¡para qué sirven las lecciones!...

Si el monarca hubiera dicho una sola palabra, otro tanto le hubiera sucedido en nuestros dias al partido constitucional; pues las olas populares se hubieran precipitado sobre él, y hubiera desaparecido en el estruendo del alboroto, como el famoso Montañés del 13 de julio de París por el sumidero del Conservatorio (1).

(1) Hasta los autores mas radicales que han escrito sobre estos acontecimientos, convienen en que la plebe napolitana no queria *Constitucion*. «*Todas aquellas gentes debieran haber sido aporredas*» dicen. Así entienden ellos la *fraternidad.*

Pero Fernando, temiendo ver estallar los horrores de las guerras civiles en medio de las diversiones de una solemnidad pública, no quiso ni aceptar ni despreciar los sinceros ofrecimientos que le hacian. Su semblante y aun su voz se esforzaron para calmar los ánimos.

«¡Amigos mios! les decia: yo no quiero sino el bien del pueblo; su voto será mi voluntad. Todo se arreglará, creedme: esperemos en Dios: paciencia!»

Pero cuanto mas longanimidad y mansedumbre mostraba, tanto mas se reproducia tambien el entusiasmo de los que le rodeaban en sus protestas de respeto y amor. ¡Qué rara situacion la suya! A lo largo de su marcha triunfal, asustado de los arranques de cada opinion, tenia que luchar contra las demostraciones de ambos partidos.

El grito de «*Viva la Constitucion*», patriótico en las calles sediciosas, se miraba como sedicioso en las calles monárquicas. El de «*Viva el rey*», á su turno, pasaba por *verdad ó mentira*, por *rebelion ó fidelidad*, segun el barrio en que resonaba, y los labios de que salia. Por todas partes desórden y riesgos: donde quiera contiendas y confusion.

Así se introducia el progreso; así se inauguraba el régimen constitucional. El remate debia corresponder al principio.

Muchas veces trataba el rey de dispersar á la multitud y libertarse de sus ovaciones por medio de exhortaciones prudentes: la multitud entonces se retiraba un momento ante su palabra de reconciliacion; pero luego volvia á acercársele presurosa en su instinto de fidelidad. Estaba la tropa consignada en los cuarteles por órden del gobierno; de suerte que era dueña de la ciudad la guardia cívica sola. Esta, instituida mucho tiempo antes, tomaba aquel dia el título de *guardia nacional*, y como afecta á los radicales, rechazaba á los fieles.

Entretanto la reina madre, la reina esposa y los hijos del rey se habian refugiado en la capilla de palacio, donde se habia encendido alguna cera. La familia real estaba toda de rodillas, dirigiendo sus ojos y sus ruegos hácia el cielo..., cuando de pronto se abrió la puerta: el rey volvia sano y salvo.

Su madre le echaba los brazos al cuello, su esposa lo estrechaba contra su corazon, y sus hijos lloraban á sus pies. El príncipe los consoló á todos. Volvia bastante animado; porque no le habian parecido muy numerosos los demócratas que se esforzaban en hacer la revolucion, y habia notado que entre ellos eran menos los malos que los tontos. Así en el semblante del monarca se vislumbraba una dulce serenidad. Como observador prudente, habia visto mucho y aprendido mas en su paseo de aquel dia: ya no esperaba solamente en su Dios, sino que creia tambien en su pueblo.

Por la noche fué al teatro, cuyo interior estaba suntuosamente iluminado. Al entrar fué saludado por infinitos aplausos. Ninguna cinta tricolor se veía en los ojales: los hombres llevaban corbatas blancas, y las señoras agitaban sus pañuelos de mano, blancos tambien, por delante de los palcos: el rey parecia profundamente afectado de aquella emocion general. Al propio tiempo se iluminaba la poblacion, y resonaba por las calles el famoso canto del pilluelo de París: «¡*Des lampions*! *des lampions*! (¡*candiles*! *candiles*!)». Los discípulos remedaban á sus maestros.

Ante las casas mal iluminadas se silbaba, y las vidrieras de las que no lo estaban del todo, se rompian. Esto se llamaba *fiesta de libertad*. Los que de buena ó mala gana quemaban en sus ventanas y balcones aceite, cera, sebo ó resina, eran aplaudidos estrepitosamente: pero como el viento del mes de enero solia apagar las luces, en este caso el cierzo y el invierno, por reaccionarios, eran zumbados con grandes risotadas.

Mas no debia quedar la cosa así. Cantos siniestros empezaron poco á poco á dejarse oir.... ¡Ay! preludiaban á la famosa marsellesa, que mas tarde habia de ahullarse, y que superando á la de París, iba á sustituir este verso:

«¡*Que impura sangre inunde nuestros surcos!*»

con este otro, mucho mas esplícito:

«¡*Inundemos la patria en sangre régia!* (1)»

(1) «¡*Qu'un sang impur inonde nos sillons!*»—«¡*Du sang des rois inondons notre terre!*»—Suponemos que esta marsellesa italiana, impresa en Nápoles en 4 de marzo de 1848, de que tiene el autor, segun dice, un ejemplar, no estaria en francés, sino en italiano. Pero como no podemos citar el verso en este idioma, lo citamos en aquel para satisfaccion de los curiosos. (*N. del T.*)

CAPITULO TERCERO.

Constitucion napolitana.—El ministro Bozzelli.—El carro de Mammona.—Organizacion de los clubs.—Espulsion de los jesuitas.

La Constitucion napolitana, prometida el 29 de enero, debia promulgarse el 10 de febrero. Sus bases eran las siguientes:

«1.° El poder legislativo ejercido por el rey y las dos Cá»maras. Los diputados nombrados por el pueblo, segun censo »establecido. Los senadores nombrados por el monarca, se»gun su voluntad soberana:

»2.° Religion católica, única reconocida por el Estado:

»3.° Trono inviolable, hereditario, irresponsable y sa»grado:

»4.° Ministerio declarado responsable:

»5.° Organizacion de la guardia nacional:

»6.° Ejército y armada á las órdenes del rey:

»7.° Libertad de imprenta, con restricciones para de»fender la religion, la moral y el reposo público; para repri»mir los ultrajes al rey, á la real familia y á los soberanos »estranjeros; y para salvar el honor y los intereses de cada »cual de los ciudadanos.»

Pero no bastaba tener bases, pues eran tambien necesarios artículos. Así se trató de buscar un nuevo *Sièyes*, capaz de redactar á la parisiense una, dos, cuatro, ocho ó doce constituciones distintas, adecuadas á las circunstancias y susceptibles de ser revisadas anualmente. Lo cual requeria estudio y tiempo.

La Francia, por ejemplo, aunque en su duodécima *Constitucion*, suspira todavia por una ley fundamental; porque aun no está *definitivamente constituida*: tiene aun que revisar, que refundir, que rehacer.... que volver otra vez á principiar.

Esto no obstante, para elaborar la grande obra napolitana, hubo entre los sectarios de *la jóven Italia* donde escojer, y recayó la eleccion en un tal *Ciccio Paolo Bozzelli.* Este habia sido secretario del carbonario Pepé en 1820, y tenido el honor de ser proscrito, pasados los desórdenes de aquella época, por perturbador de la tranquilidad pública.

A este título juntaba el de haber publicado escritos oscuros bajo todos aspectos, los cuales le habian valido la gloria de ser anotado en el índice como escritor sedicioso, impio é inmoral.

A mayor abundamiento, suspiraba églogas y zurcia pastorales. Sus epístolas picarescas á *Cloris* y sus madrigales mitológicos á *Anacreonte*, artísticamente mezclados con sus elucubraciones sobre la *demagogia politica* y sobre la *poesia de los hebreos* (1), lo presentaban á su propio pensamiento como una de las sublimidades del siglo.

Revisando con admiracion las páginas de su *Estática dramática* (2), se pavoneaba él en la ilustracion venidera que contenian, como mas tarde, en medio de las nubes de humo de cigarro que le echaban á la cara sus radicales,

(1) Obras de Bozzelli.
(2) Obra del mismo autor sobre el teatro.

se desmayaba en las pompas de su autoridad legislativa, pronunciando estas palabras históricas: «*Estoy cansado de mi soberanía.*»

Bozzelli, que tenia algo de torcido en la vista como en la imaginacion, y que iba á dotar al Estado de un trabajo tan inmortal como su propia nombradía, dejaba con suma facilidad el *sí* y el *no* deslizarse alternativamente en sus labios. Por este mérito principalmente habian hecho los *Fratellos* que él fuera elegido; pues contaban meterlo en trote, dictándole acciones y palabras.

Fueron pues á buscarle al cuarto bajo de una modesta casa en que estaba acoquinado desde su salida de la cárcel, temblando siempre de volver á entrar en ella. Cuando oyó los los golpes que daba en la puerta la diputacion, se asustó y se creyó perdido.

Pero ¡oh agradable sorpresa! iban á anunciarle, que llamado para burilar la *Constitucion* dada *á perpetuidad* á las Dos Sicilias, se le hacia primer ministro (1).

Bozzelli retrocedió estupefacto. Entre él y el emperador Claudio, á la muerte de Calígula, vió de seguida muchísima analogía; pues Claudio pensaba que iban á matarlo los mismos que le llevaban la púrpura imperial.

Accediendo á los deseos de sus hermanos y amigos, tomó la pluma Bozelli. Pero ¿qué especie de constitucion tenia que *endilgar*? ¿Seria una carta inglesa? ¿ó tal vez una constitucion española? ¿Valia mas la de Francia? ¿ó debia preferirse la de Grecia? En caso de apuro, ¿no podria forjarse como las del Brasil, Portugal, Suecia y América, entretanto que se proclamaba alguna otra en Constantinopla, en Bagdad, ó si se quiere, en la bahía de Hudson mismo?

Se pensó naturalmente en las constituciones de los reyes

(1) Bozelli reemplazaba á Cianculli

José y *Murat*. Tampoco se echaron en olvido las de los carbonarios napolitanos de 1820. Se meditó profundamente sobre la mas absurda de todas, es decir, la dada por los ingleses á la Sicilia en 1812. Por último, el señor Bozzelli se decidió á no inventar nada de nuevo en este género, sino copiar á lo bendito de Dios palabra por palabra la constitucion de Luis Felipe, una de las mas democráticas de París. Pero esto no necesitaba ningun esfuerzo de ingenio.

¡Ay! ¡cómo hubiera podido él imaginarse que su Carta modelo de *julio*, de que iba á hacer en Nápoles un monumento *indestructible*, no le quedaban apenas sino tres semanas que vivir en Francia!

Aunque habia prometido el 29 de enero que la ley fundamental seria promulgada el 10 de febrero, la promulgacion no tuvo lugar sino el 11. En la mañana de este dia fué publicada por medio de grandes carteles puestos en las esquinas. La gente al punto se encaminó á la plaza de palacio, y el rey salió al balcon. Hubo las aclamaciones y fiestas de uso, y tambien los mismos medios insurreccionales repetidos.

Por la noche, carrera fantástica de estopas encendidas imitando á las Euménides. Espresiones delirantes de gratitud, tan fugitivas como las estopas. Esto duró tres dias y tres noches.

Para escena final, la última noche desfiló un cortejo de cantatrices bayaderas entre sombras y por medio de dos filas de guardias nacionales, llevando en la cabeza palmas y luces que se bamboleaban, adornos robados á los teatrillos de antiguos melodramas. Todo esto, victoreando á Pio IX, llegó hasta enfrente de palacio. Hubo allí solemne silencio, en medio del cual se alzó repentinamente un coro de *serafines*,

á lo menos segun el prospecto, y cantó un himno que empezaba así:

«El corazon se *abrasa*,
» *centellea* la mente,
» y aparece de Italia
» la *aurora refulgente.*»

Esto se cantaba á media *noche*, en el rigor del *invierno* y entre *nieblas* (1).

Nueva solemnidad en 24 de febrero siguiente.

El rey se encaminó con grande pompa á la iglesia de San Francisco de Paula, para prestar juramento á la constitucion. Esta vez era la cosa algo grave. Fernando II, decidido á hacer todos los sacrificios que pudieran asegurar la paz y la dicha de su reino, habló con voz firme y sonora, y fué cubierto de aclamaciones.

Y ¿qué se hizo en la ciudad á guisa de reconocimiento? Pasearon el *carro de Mammona.*

Era la noche del 25, cuando una procesion de 200 personas, compuesta en parte de estudiantes, con hachas listadas y linternas de tres de colores, sale de dos en dos de la plaza del *Mercatello* (mercadillo), y atraviesa la calle de Toledo, precedida de una compañía de guardias cívicas y seguida de muchos curiosos. Todo esto escoltaba, al son de una música militar, al carro piramidal de *Mammona*, tirado por seis bueyes blancos con cuernos gigantescos (2).

Este carro representaba un inmenso mausoleo, y sus cuatro caras, cubiertas de inscripciones luminosas, traian á la memoria del pueblo los nombres de los insurrectos que habian perecido en 1799 por la causa republicana.

Los bustos de tan *gloriosas víctimas* se presentaban tambien á la admiracion de sus conciudadanos, no solo pa-

(1) *Storia degli últimi fatti di Nápoli*, p. 111 y siguientes.
(2) Así llamado del nombre del autor.

ra que se sintiera su pérdida, sino para que se pensara en vengarlas. La intencion dramática estaba patente.

Esto no obstante, el pueblo napolitano, al ver pasar aquel sombrío catafalco, como recordase los malos dias de tal época, permaneció silencioso, y aun silvó. Corresponder al generoso acto de la víspera con tan innoble farsa á otro dia promovió indignacion y disgusto.

Luego que hubo llegado la procesion sepulcral á la plaza de palacio, se puso á mugir: «*Viva la Sicilia.*» Contaba allí con una catástrofe imprevista, porque en medio de la plaza habia un mortero cuyo estampido hubiera sido formidable, y al cual debia seguir un motin. Afortunadamente divisó la máquina infernal una patrulla, que pudo con tiempo posesionarse de ella; con lo que no tuvo efecto la intriga.

El coche fúnebre, que hubiera querido convertirse en sepulcro de la monarquía, empezó por el contrario á abrir en cierto modo la huesa de la constitucion; y los fuegos de Bengala que aquella noche hubo en el palacio *Cirella*, preludiaron providencialmente á los primeros tiros de fusil, que en 15 de mayo salieron del mismo edificio, para matar de un golpe á la revolucion, la rebelion y la república.

Luego que hubo constitucion en Nápoles, hubo tambien conmocion inmediata en toda Europa.

Constitucion en Turin, Florencia y Roma; república francesa en Paris; y de allí á poco, para complemento, la Alemania entera sublevada. Triunfan las sociedades secretas; que al fin el árbol dá sus frutos; y quien siembra, coge.

Solicítase inmediatamente por instigacion de los *círculos la organizacion de la guardia nacional,* prometida ya

por el ministerio. El consentimiento no se hace esperar, y el pueblo toma las armas.

Es el primer paso; se requiere otro.

Pídese *la libertad de imprenta.* Pero «¡*sino se puede gobernar con ella!*», le decia Arnaldo Marrast mismo á Emilio de Girardin (1). No importa: Bozzelli la otorga.

Esta libertad se desplegó de seguida con ciego frenesí. Bozzelli habia prometido una ley represiva; pero se guardó cuidadosamente de darla; porque temia perder su popularidad. Así pues, se publicaron impunemente periódicos incendiarios hasta lo sumo, tales como *el Nacional, el Tiempo, el Viejo Mundo, y el Nuevo Mundo.*

Los diarios realistas y aun los constitucionales no podian hacerse oir con la cencerrada de la *regeneracion.* Hojas volantes y folletos de algunas páginas que á nadie respetaban, sátiras groserísimas y biografías las mas difames, todo se vendia de valde por las calles; de suerte que nadie estaba exento de aquellas porquerías del progreso.

Las tropas de línea eran arrastradas por el fango, los oficiales generales denunciados á la animadversion pública, y hasta los ministros mismos heridos de maldicion.

Era, en efecto, preciso destruirlo todo, para todo reconstruirlo; es decir, quitarles los empleos á quienes los tenian, para dárselos á quienes sin ellos estaban.

Las destituciones con sus respectivas sustituciones eran sin término; porque en aquella cena de negros, donde cada cual arrebataba pedazos de un poder hecho trizas, *los Fratellos* se despojaban ya unos á otros, y vencedores de sus adversarios, se degollaban entre sí en el repartimiento de su presa.

(1) Véase *la Presse* de París, número del 25 de abril de 1880. El ciudadano Savoya, de Báden, puesto en el poder por la insurreccion, prohibió *con pena de muerte* la lectura de los periódicos que le eran contrarios.

Los redactores de periódicos, que solian ser presidentes de círculos, remitian al ministerio la lista de las personas á quienes ellos asignaban las funciones del Estado, en reemplazo de aquellas cuya espulsion se queria: el ministerio aprobaba.

Los principales cafés de la capital, *el Bouno* y la *Croce di Malta*, donde se reunian los demagogos de la primera clase y sus alumnos de segundo órden, eran los puntos en que se sancionaban y publicaban los acuerdos de los círculos; y cuando los primeros directores tomaban alguna determinacion de importancia, sus sostenedores iban enterados de todo á los cafés, y al punto organizaban, para su buen éxito, demostraciones ciudadanas.

Con tal estado de cosas, nadie estaba ya seguro ni de su posicion, ni de su suerte ni aun de su existencia. Los *Fratellos*, en la desvergüenza de sus inspiraciones y con el influjo de los vinos patrióticos, á veces jugaban á la suerte los destinos.

Un dia, en el círculo *Vittoria*, se trató de elegir un ministro.

«—¿De quién echaremos mano? dijo una voz.

«—De fulano.

«—No tal.

«—¿De zutano?

«—¡Mucho menos!

«—Pues bien: ¿para quién es la cartera?

«—Para el primero que abriere la puerta» dijo una dama en estremo linda.

«—¡Bravo!» esclamó alegremente la junta.

Abrese la puerta; entra *Ferretti*, y *Ferretti* fué ministro (1).

Trascurrieron dos meses y medio.

(1) En el ministerio que precedió al de Troya.

En este tiempo se habia decidido la formacion de una *liga aduanera*, que sirviese de piedra de toque á la *liga política*. Insinuábasele al Austria que habia llegado la hora de redimir la patria, y Milan, Pavía y Venecia llamaban ya á sí, con espada en mano, á los hijos de la *jóven Italia*.

Andábase en las elecciones: apareció sobre esto una ley provisional; por que lo *provisional* es siempre indispensable á los fundadores *á perpetuidad*. La renta exigida para ser elector y aun diputado, se fijó en un término tan bajo, que tanto hubiera valido adoptar francamente el *sufragio universal*. Así se hizo en efecto; pero mas tarde.

Palermo, que negociaba con Nápoles, lo obtenia todo en esta época, salvo un ejército siciliano; y como el ministerio insistiese en esta negativa, tuvo que presentar su dimision: de aquí provinieron algunas modificaciones insignificantes. *Cárlos Poeris* (que fué despues encarcelado por comprometido en la causa de los *unitarios*) entró á ser ministro de instruccion pública, y *Salicetti* (que figuró despues entre los triunviros de Roma) fué ministro de justicia.

Este *Mazziniano decidido*, presumiendo que su autoridad seria de corta duracion, resolvió sin pérdida de tiempo darle á toda prisa un golpe á la constitucionalidad presente en provecho de la república futura. Así propuso desde luego la espulsion de los jesuitas; y como esta medida debia enojar al pueblo, sus colegas la reprobaron. Salicetti informó de ello á su gente en seguida, y hubo tristes acontecimientos.

La noche del 9 de marzo se formaron grandes reuniones en las dos plazas públicas de *Jesus* y del *Mercatello*, entre las cuales se levantaban los macizos muros de la comunidad religiosa contra quien se atentaba. Allí, á los gritos de «*Abajo los Jesuitas!*» una diputacion les intimó á los *padres* la órden de abandonar su colegio. Ellos respondieron que *aguardarian para el efecto el decreto oficial del gobierno*; y en

aquella misma noche estendieron una protesta impresa, donde declaraban en primer lugar que *«querian ser juzgados, bien »que no hubiesen cometido ningun delito*; y luego, *que an»tes de evacuar el convento, deseaban rendir sus cuentas »al Estado, para probarle su pobreza.»*

Este escrito no obtuvo ninguna contestacion.

El 10 por la mañana, deseando quitarles todo pretesto á los agitadores, firmaron los jesuitas la siguiente promesa:

«Mañana, á las diez del dia en punto, dejaremos la »comunidad, sin llevarnos nada.»

En aquel mismo instante, carteles puestos en las esquinas avisaban á todos los ciudadanos que tuvieran sus hijos en el colegio, que los sacaran sin pérdida de tiempo, para salvar á la inocencia del justo furor del pueblo.

Esta manifestacion produjo su efecto. Sorprendidos y azorados los padres, y temblando y llorando las madres, corrieron de seguida al claustro, unos á pié y otros en carruaje: pero la chusma que tenia tomadas las avenidas del establecimiento amenazado, á nadie le daba paso.

¡Qué cuadro de desolaciones! Los padres que habian logrado introducirse en el colegio, no encontraron allí á sus hijos; porque los amotinados que habian penetrado antes que ellos, acababan de echar fuera á los colegiales. Estos, aterrados por los gritos de la gente, huian desbandados á la ventura, como pobres pajarillos echados de su nido.

Unos, dando entrecortados gritos, corrian ya por las calles; mas otros, mudos y pálidos como la cera, divagaban todavia por los corredores del claustro. Los mayores pedian socorro; los menorcitos se escondian en los rincones. La desbandada fué tan horrible, como general la consternacion.

¿Quién podria describir semejante espectáculo, donde cada hecho, por pequeño que fuese, daria lugar á un drama?

Aquí, un padre desconsolado se encontraba á su hijo medio loco de espanto: allí, una mujer exasperada sacaba á un pedazo de su corazon de entre burlescos grupos, donde se habia metido por casualidad: aquí, un pobre chiquitin caía medio desmayado en los brazos de un ciudadano compasivo, repitiendo sin cesar el nombre de su madre: allí, una familia pasmada preguntaba inútilmente por alguno de sus individuos inocentes. Por todas partes en fin solo se oian entre burlas insultantes, voces que partian el alma, desesperados gritos y lamentables sollozos. La anarquía y la impiedad estaban allí coronadas con sus palmas habituales: los desórdenes y el terror.

Fueron á anunciarles á los ministros, que los jesuitas se iban de Nápoles.

«*¿Por órden de quién?*» preguntaron.

Y Bozzelli acudió al rey, con quien estaba ya Salicetti. «De dos cosas una, dijo este: ó una órden para espulsar á »los jesuitas, ó una resolucion para conservarlos. Elegid.»

Bozzelli se calló.

Decidióse la espulsion; solamente que no se pronunció el destierro mas que para los padres estranjeros, pues á los del pais se les permitió retirarse donde quisieran. Sabido esto: «*¡Fuera de distinciones entre los hijos de Loyola!* gritaban los anarquistas: *¡que salgan todos del pais!*»

Y su voluntad se cumplió.

Entretanto, dueños del convento los radicales, se apoderaron de los papeles, muebles, ropas, alhajas y de todo lo que tenia algun valor. En cuanto al dinero, no se encontró en ninguna parte; y de las provisiones, cada cual pilló lo que pudo.

Por lo que hace á los jesuitas, encerrados y cercados por los llamados guardias nacionales, estaban pacíficamente resignados con su suerte. Pasaron una noche cruel: atestados

en una misma sala ciento treinta que eran, sin respiradero, ni alimento ni cama, tuvieron que sufrir ademas de parte de sus carceleros, durante las largas horas de las tinieblas y del invierno, los tratamientos mas indignos y los ultrajes mas infames.

El dia 11, á la hora prefija, Bozzelli presidia su partida. Diez y siete coches de policía los trasportaban al *muelle*, en donde debian embarcarse para Malta en un buque de vapor; y aunque los coches iban cerrados con llave, al lado de cada cochero se veian sentados dos ciudadanos armados, que vigilaban á los piadosos cautivos.

Este comboy fúnebre bajaba, un coche tras otro, por la calle de Toledo. Llamaba en él la atencion una silla de mano, donde un jesuita anciano y enfermo, sacado violentamente de su lecho, entregaba su alma á Dios. Cerca de él iban dos de sus compañeros á pié, rezando los salmos de los muertos. El pueblo, conmovido de este espectáculo, lo miró primeramente con horror; luego prorrumpió en murmullos; despues hirvió la sangre en sus venas; pero aquellas cárceles ambulantes en que iban los presos, estaban rodeadas de caballería é infantería. La revolucion tenia ya espadas y bayonetas; el pueblo era entonces el desarmado.

A las cuatro de la tarde, ningun jesuita en Nápoles. A fines de aquel mes, ningun jesuita en Roma. Habia acuerdo en los planes y perfecta inteligencia en los ejecutores. Por todas partes, juntamente y á la vez, se consumaba la misma obra (1).

(1) Fueron embarcados en el buque de vapor llamado el *Duque de Calabria*.

CAPITULO CUARTO.

La Madona del Mercado.—El ministro Salicetti.—Organizacion de la guardia nacional.—Estado de Europa.—Programa de la Italia roja.—Anarquía y consternacion.—El ministerio Troya.—La princesa Belgiojoso y y la condesa Bevilaqua.

La prensa continuaba sus violencias. Los realistas fieles á las sanas doctrinas tomaron el partido de dejar á Nápoles, como los periódicos se lo ordenaban. Muchas notabilidades se alejaron sucesivamente del reino. Pero ¿era bastante haber hecho huir á una parte de la aristocracia del pais? No: los círculos resolvieron deshacerse de todos los sacerdotes de la ciudad, principiando por los frailes carmelitas.

Enterado el pueblo de esto, se arma de palos y piedras; y como ha oido decir que querian quitarle la *Madona* (1) de la iglesia del *Mercado*, y matar á los religiosos que opusieran la menor resistencia, se reune en el *Cármen*, de donde precedido de una imágen de la Vírgen, se encamina al real palacio gritando: «¡*Viva la Madona*!»

(1) *Madona*, es decir, *Mi-Señora* ó *Nuestra Señora*, como en España decimos.

Pero los revolucionarios, mientras el pueblo quiere destruir, lo llaman *sublime*; y cuando intenta conservar, lo reputan un *mónstruo*. Así la manifestacion en favor de la iglesia fué acometida en el castillo nuevo (1), cerca de la casa de correos, por algunos furiosos que hicieron fuego sobre ella, y la desbarataron á bayonetazos. Tal es la *fraternidad* al estilo de *julio* y *febrero*. Derramóse la sangre sin piedad (2).

Acudió por fin la tropa de línea; y los hijos de la *Italia roja* desaparecieron. Debieran haber sido castigados los cabezas de tan horrible matanza, pero obrando en sentido contrario, los verdugos fueron recompensados é insultadas las víctimas. Uno de los que mas descargaron sobre el pueblo, mereció una condecoracion. La ley se sometia al terror, y el órden pedia apoyo al desórden, para mantenerse. En toda revolucion sucede otro tanto.

Salicetti era el alma del movimiento republicano; y como sus colegas se apercibiesen de que *tendia al desquiciamiento de la monarquía constitucional*, todos se coligaron contra él. Bozzelli fué de los primeros. Este ministro empezaba á abrir los ojos, y ver á su propio partido. Vuelto á las sanas ideas, deseaba entonces, en el fondo de su alma, salvar la monarquía. Habia dado muchas veces pruebas de talento, é iba á darlas tambien de que estaba arrepentido.

Forzado á retirarse Salicetti, ocupó su puesto un antiguo magistrado de nombre Macarelli, presidente de círculo. Esta dimision produjo mucho efecto; pero no tranquilizó al pais, porque el partido anárquico ganaba siempre terreno, y las

(1) Este edificio fué habitado mucho tiempo por los reyes de la familia de Anjou. Aquí fué donde vivió la hermosa y desdichada reina Juana, condesa de Provenza.

(2) Véase la *Storia degli ultimi fatti di Nápoli*, por F. M, 1849, página 191.

leyes contra los atropellos y la imprenta no aparecian. La organizacion de la guardia nacional, en que se trabajaba con actividad, llamando á todos los ciudadanos á las armas, daba un vigoroso impulso al poder demagógico. Pidióse que esta milicia tuviera su artillería; pero el rey se opuso fuertemente á ello; lo que le salvó; porque si dos meses despues, en 15 de mayo, la cívica hubiera tenido cañones, con ellos hubiera derribado al trono.

Los jefes de esta institucion medio civil y medio guerrera no eran realmente ni paisanos ni militares. Parodiando á estos y quitándoles á los verdaderos galones todo su prestigio, llevaban los nombres mas anárquicos. Carducci, el famoso insurgente del *Cilento*, habia sido enviado á Salermo para organizar la guardia nacional de la provincía. Otros emisarios partieron tambien para otros puntos.

Al instante en cada comarca quisieron los caciques mas audaces tener un cuerpo armado á sus órdenes, para dominar los pueblos. Hubo intrigas con furor. No se veian mas que pasquines amenazadores: las cartas anónimas amedrentaban á los hombres pacíficos y honrados: los puñales y las espadas andaban siempre desenvainados: el crímen estaba á la órden del dia. El territorio napolitano, devastado por una guerra civil inaudita en los fastos de su historia, se convirtió en teatro perpétuo de muerte é incendios. Los candidatos en las elecciones colgaban cabezas de muertos, sacadas de los cementerios, en la puerta de sus rivales, como presagios de la suerte que les esperaba, si no abjuraban de sus pretensiones. Los hombres de bien, como es consiguiente, se retiraron aterrorizados; y el campo de batalla, abandonado por la indignacion, quedó, como siempre, por la perversidad.

Habíase tenido buen cuidado de abolir de antemano la gendarmería para no dar lugar á ningun género de resistencia; y un decreto del ministerio habia llamado á las

armas, bajo las banderas del ejército, á todos los militares licenciados á consecuencia de los acontecimientos de 1820.

Hagamos alto aquí, y arrojemos una mirada sobre Europa, empezando por Italia.

El rey Cárlos Alberto alzaba el estandarte de la cruzada contra el Austria.

Milan, triunfante en sus barricadas, habia sublevado á la Lombardía.

Venecia se proclamaba república.

Módena y Parma se ocupaban en destruir sus viejas instituciones, y en espulsar á sus antiguos señores.

Roma abria su abismo.

La Sicilia en plena rebelion.

Mesina, Trápani, Siracusa y Catana habian seguido el ejemplo de Palermo.

Los Austriacos se retiraban del otro lado del Mincio á las fortalezas de Mántua, Verona, Peschiera y Legnano.

La Francia, sometida á todas las estravagancias de su revolucion, rodaba de tumulto en tumulto.

Viena habia echado por tierra á Meternich, y puesto en fuga á su emperador.

Berlin preparaba sus degollinas, y meditaba la caida del trono.

El Wurtemberg gritaba: «*¡Abajo la casa de Hohenlohe! ¡Viva la libertad y la igualdad!*» lo que significaba *¡viva la república!*

Francfort, Nassau, Heidelberg, Damstadt y otros Estados de Alemania llamaban la atencion por sus revueltas.

Neufchatel, reuniéndose á la Suiza, se constituia en república.

La Hungría, enteramente sublevada, reclamaba su independencia.

La Bohemia, el pais de Báden y la Baviera encendian las

teas que poco despues iban á abrasar á Dresde y la Sajonia.

En fin, por todas partes á un mismo tiempo, trastornos y ruinas.

«Es posible, escribia el socialista aleman Cárlos Hein-»zau, que la gran revolucion á que se acerca la Europa, »cueste dos millones de cabezas. Pero la existencia de dos »millones de miserables ¿puede tomarse en consideracion, »cuando se trata de hacer feliz á la humanidad entera? (1)»

Y esto, dicho sériamente, les parecia á los filántropos de la *fraternidad* una esperanza sublime.

Estaba pues la Europa consternada, cuando el ministerio napolitano, que se habia hecho *conservador*, es decir, que queria *conservar* sus carteras, llegaba al último trance de su vida.

A fines de marzo hubo grandes demostraciones de Sicilianos, Polacos, Belgas, Franceses y Lombardos sobre todo contra la embajada de Austria: lord Minto, desde el balcon de su residencia, las saludaba sonriéndose (2).

Las armas imperiales fueron quitadas de la casa del príncipe Schwartzemberg, arrastradas por el lodo de las calles y quemadas en la plaza pública, en medio de músicas militares y burlesca gritería (3). Los hachos con que les pegaron fuego, le fueron despues llevados á la famosa princesa Belgiojoso, que los besó con amor. Para añadir un escándalo mas á tan indigna violacion del derecho de gentes, presenció todo esto la guardia nacional. Acababa de oirse el pri-

(1) Doctrinas de la revolucion. El *Times* del 16 de noviembre de 1849.

(2) Lord Minto (decia en Lóndres Mr. Cochrane, en pleno parlamento, el 23 de mayo de 1850) fue enviado á Italia con la mision de revolucionar á Nápoles, Roma y la Toscana.» «*El Papa mismo pedia que se le enviase*» respondia á esto lord Palmerston; pero el *Giornale di Roma*, periódico oficial, respondia: «Ese hecho es completamente falso.»

(3) Esto pasó en Santa Catalina, en la Chiaja.

mer grito de guerra contra el Austria, y la bandera de la cruzada iba á ondear al viento de los mares en las playas del golfo napolitano.

A otro dia, otros tumultos. Los *Fatellos* de la calle de Toledo se encaminan al real palacio gritando: «¡*Guerra á muerte al Austria*! ¡*Ausilio á la Lombardía*!» Asustado el ministerio, les promete armas y buques: pero esto no les basta; quieren ademas dinero y tropas.

Vacila el gobierno: muestras claras de indignacion. Gritan: «¡*Abajo los ministros*! ¡*Abajo el traidor Bozzelli*!» Este se presenta al público; saluda á sus camaradas, y parece dar gracias con ternura á sus antiguos amigos, por querer quitarle la carga del poder supremo, de que decia estar fatigado.

«*No soy acreedor sino á este pago*», le decia en secreto su conciencia; pero el orgullo en público le obligaba á traducir así su pensamiento: «*Abdico agradecido*.»

El ministerio se retira. ¿Cómo endilgar otro nuevo? Nadie quiere aceptar ya la cartera, ni aun Andrés *Romeo*, aquel jefe de la insurreccion de Calabria. Ser autoridad disgusta y hasta mete miedo: no mas gobierno, no mas ley.

«La muerte no es la dolorosa, decia en otro tiempo Montaigne; es el *morir*.» Pues una nacion en estado revolucionario se halla en ese *morir perpétuo*.

¿Qué pedia la *Italia roja*? Trascribamos sus estatutos provisionales:

«1.° Plenos poderes á la Cámara de los diputados para »hacer la Constitucion sobre bases mas democráticas, con »una *Asamblea soberana* y nada de pares (senadores).»

Pero ¡cómo! esa Constitucion en mantillas, esa graciosa niña de seis semanas, saludada con tantas adoraciones, é incensada con aquel mismo amor con que Pigmaleon abrazaba á su estátua, ¿estaba ya en decrepitud?.. Viejo antes de estre-

nado, ¿caía ya el pobre ídolo de su pedestal?... Ah! ¡no habia tenido aun tiempo para manifestar su cara, y querian ya cambiarle por algun otro mónstruo!... La república no anda lejos.

«2.° Reforma de la ley electoral, sin nada de exigir renta.»

Es decir, *sufragio universal*. Esto es tan bueno, que París, que suspiraba por ello, lo ha tenido... y lo ha despachado á toda prisa.

«3.° Comisarios estraordinarios que trabajen en la educacion democrática del pais, y que vayan destruyendo patrióticamente todas las administraciones municipales, provinciales y centrales del reino.»

¡*Del reino*! en tanto que no haya otra cosa mejor; por supuesto.

«4.° Otros comisarios, tres en número, encargados de pasar á Roma, para reorganizar allí la *Confederacion italiana*.»

Y ¿de qué modo? Eso no importa. Ya se pensará en ello, tarde ó temprano.

«5.° Reforma general de todo el personal civil, judicial y militar.»

Esplicacion concisa: *Quítate tú, me pondré yo*. Tal es el objeto final y la moda eterna.

«6.° Salida inmediatamente del ejército para la guerra de la Lombardía.»

Es decir, hablando con franqueza: *redencion* por pretesto, y *comunismo* en perspectiva.

El autor de este programa era Salicetti.

Entre tanto la confusion general llegaba á su apogeo, pues ni los anarquistas siquiera podian entenderse. Discutian

á todas horas acerca de la *Asamblea constituyente*, que debia pronto arrumbar entre las antiguallas á una Constitucion tan jóven y tan querida.

La demagogia, en medio de simpatizaciones las mas vivas, lanzaba al aire libre constantemente sus frases abrasadoras. Tirábanse escritos por bajo de las puertas; fijábanse sangrientos pasquines en los sitios mas públicos; y el tambor tocaba sin órden y sin cesar. Andaba repartido por todo el reino un terror pánico; continuaba la crisis ministerial; y Salicetti, que forjaba aquellos tumultos, se creía seguro de su triunfo.

«¡Señor! escribia la guardia nacional al rey; la capital está atemorizada, y las provincias están en desórden. No se sabe ya en ninguna parte ni qué hacer ni qué recelar. El comercio, en su agonía, á nada le da salida; todos los negocios están muertos; el propietario se vé sin rentas, el gobierno sin tributos, y el jornalero sin trabajo y sin pan. ¡Señor! ¡por gracia, un ministerio! (1)»

Y la guardia nacional indicaba al nombrado ya por los clubs; *al ministerio Troya*. El rey, que habia declarado formalmente que no sufriria ni á Salicetti ni á su programa, aceptó el gabinete propuesto, que era un término medio entre la democracia constitucional y la república demagógica; un paso entre Scyla y Caribdis, donde nada habia de seguro sino el abismo.

El ministerio del 3 de abril se componia así: Cárlos *Troya*, presidente; Vicencio *Uberti*, obras públicas; Luis *Dragonetti*, negocios estranjeros; Juan *Vignali*, gracia y justicia; Pedro *Feretti*, hacienda (2); Rafael del *Giúdice*, guerra y marina; y Pablo Emilio *Imbriani*, instruccion pública.

Este gabinte, cuyo jefe era algo tullido, empezó á funcionar adoptando, de buena ó mala gana, el programa de Salicetti.

(1) *Degli ultimi fatti di Nápoli*, historia ya citada.
(2) Elegido por el club *Vittoria* del modo arriba dicho.

El *miedo*, ese genio supremo de todas las catástrofes políticas; el *miedo*, ese consejero íntimo de todos los Estados revolucionados; el *miedo* en fin ordenaba tal medida.

Despues de la quema de las armas imperiales, el príncipe de Schwartzemberg habia pedido sus pasaportes. El conde de Rignon habia llegado de Turin con una mision secreta; y un tal Mr. Levraud desembarcaba en Nápoles en calidad de representante de la república francesa.

El rey de Cerdeña le habia tirado ya el guante al Austria, pues habia partido para la guerra y entrado en la Lombardía por el mismo puente de Lodi, donde sus aduladores le presentaban, como prontos á reverdecerse, los viejos laureles de Bonaparte. Pero como él era otro hombre, otro debia ser tambien el resultado.

De Roma, Florencia, Génova, Milan, Venecia y otros muchos puntos de la Península se le habian unido valerosos voluntarios. La juventud napolitana no fué tampoco la última en alistarse bajo la bandera de la cruzada. El primer refuerzo partió en el *Virgilio* (1). Y ¿quién era su caudillo? ¿Algun *Orlando* de tajante espada? No: era una *Armidia* de chiquito pié; la princesa *Cristina Trivulzio Belgiojoso.*

Esta gran reputacion literaria, política y guerrera juntamente, tomaba la pluma de periodista en la redaccion del *Nacional*, alzaba la voz del orador en los círculos patrióticos, y esperaban que tuviese la espada del héroe en el campo del honor: lo que no era ciertamente poco.

«Del norte al sud, decia la valiente profetisa llamando al pueblo á la lid; donde quiera que en Italia hubiere un hombre de pié, habrá un soldado armado; donde quiera que hu-

(1) Tres ó cuatro dias antes de instalarse el ministerio Troya.

biere sitio para un fusil, ¡que haya agujero para una bala!»

Y tomando por pauta este trozo épico, habia compuesto sus instrucciones en la forma siguiente ó cosa muy parecida:

«El Austriaco, perseguido por todas partes en la antigua «Ausonia por los hijos de la regeneracion, no deberá oir, al »acercarse, sino el rebato que resuene de campanario en »campanario. Si se aparta, ¡que lo acogoten! si abanza, ¡qué »lo ametrallen! si ceja, ¡que lo degüellen!

«Esterminio sin réplica á cualquiera hora y á cualquier »instante: la muerte delante de él, la muerte á sus costados, »y detrás de él la muerte: aquí, allí, mas allá, en todas »partes, ¡nada mas que la muerte! siempre la muerte!

«De todos los montes y matorrales, de todos los edificios »y encrucijadas, de todos los altos y barrancos; ¡que se vean »centellear fusilazos al acercarse el hórrido Tudesco! Un cír»culo móvil de llamas deberá envolverlo y rodearlo como al »réprobo del Dante. ¡El minado suelo no deberá responder »al ruido de sus pasos, sino por el estruendo de las detona»ciones!

«¡Hermanos! ninguna piedad con él. ¡Que el tronco de »cada árbol le oculte un centinela en faccion! ¡que la cima »de cada roca le descubra un tirador misterioso! ¡que cada »voz en fin, de la naturaleza, como un trueno invisible, no »tenga ante él sino una palabra y un grito: «¡*Fuego!*»

Con estos visos líricos que tanto la entusiasmaban, la princesa Belgiojoso, poniendo en juego sus antiguas y nuevas relaciones, habia logrado incorporar á su bandera, por el doble aparato de la gloria y el amor, ciento veinte jóvenes audaces. Pero *ciento veinte* era ya un número bastante regular en un principio, si bien no hubiera podido mas tarde bastar... para nada.

Cuidadosa del buen porte de sus valientes, hubo de pa-

sarles revista, como estaba naturalmente en el órden. Asistida de su primer ayudante de campo el conde Hipólito *Melé*, les puso un traje, idea vestuaria que no se le habia ocurrido á la maga del Tasso, y les aplicó sobre el pecho una gran cruz tricolor. Despues, en tono de inspirada, esclamó: «¡*Dios lo quiera*!» A lo cual sus leales perseguidores de ejércitos contestaron con mucha cortesía, «¡*Viva Pio IX*!» y como los caballeros andantes de la edad media, se creyeron bautizados por su heróica madrina para la guerra de la independencia.

Pudieron notarse en sus filas *Clorindas* y *Bradamantes* disfrazados; porque aquello era un nuevo canto de la *Jerusalen libertada*, si bien en resumidas cuentas semejantes reminiscencias de la Palestina no debian *libertar*... á nadie.

Diéronse con valentía á la vela, y desembarcaron en buen órden; pero llegados al campo de batalla de Brescia, ya no se habló mas de Armidia. Dispesáronse los paladines, y las espadas volvieron á la vaina. Las *Marfisas* tornaron á otras costumbres, y la cruzada se desvaneció como el humo.

Solo quedó de ella un episodio algo burlesco, que no se olvidará fácilmente en Nápoles. Muchos de los cruzados de la ilustre dama se habian afiliado contra la voluntad de su familia; y apenas empezaban á vogar á toda fuerza hácia la *tierra de Canaan*, quiero decir, hácia la *rada de Génova*; cuando sus madres, esposas y hermanas se echaron á los piés del rey reclamándole los fugitivos. Pero ¡ay! se los llevaba... el vapor (1).

Y ¿qué hará mas tarde la belicosa Amazona? ¡Oh! su genio tiene infinitos recursos. Cambiará de traje y forma.

(1) El conde Hipólito *Melé*, ayudante de campo de la princesa Belgiojoso, fué revalidado en 19 de abril de 1848 en el mismo empleo por el general en jefe de los voluntarios Lombardos.

Mazzini, cuando Roma esté sitiada, necesitará algun dia en sus hospitales un hijo improvisado de Esculapio, hábil en curar heridas guerreras. Entonces *Armidia* se convertirá en *sor gris*; y establecida en la residencia pontifical por el jefe del triunvirato, hará del *Quirinal* una *botica*. Despues aun, el sultan de Constantinopla le dará para *alfileres* una *alquería*; con lo que se verá, dicen, á *sor gris* en el Bósforo hecha una *propietaria turca*.

Otros voluntarios napolitanos siguieron á los primeros. Los deudores á quienes sus acreedores perseguian, los condenados á quienes la justicia buscaba, los hijos de familia que deseaban emanciparse de la autoridad paterna, los vagamundos sin casa ni hogar; todos se aglomeraron, como en Roma, en batallones de *jóven Italia*. Carecian, es verdad, de armas, equipos, víveres y municiones; mas se proveyeron de todo por medio de donativos públicos, al frente de los cuales figuraban siempre las señoras *Olimpa Colonna* y *Giuseppa Guacci Nobile*, patronas del progreso.

Embarcados en naves que los conducian á cualquier parte..... menos á la redencion de Italia, cantaban himnos en coro. Sus arpas valian tanto como sus espadas (1).

Por aquel tiempo apareció tambien en campaña una digna rival de la princesa Belgiojoso, y era la condesa de *Bevilaqua*. Periodista y guerrera al mismo tiempo, habíase puesto á la cabeza de un cuerpo de cruzados toscanos, romanos y otros, en Rocca d'Amfo y lago d'Idro, cerca de Brescia. Allí, puesto en lo alto de un monte su cuartel general, habia colocado... un piano; y al rededor de este instrumento, en

(1) Habian inventado escudos de armas caprichosos. Su bandera presentaba reunidos la cruz benigna de Pio IX y el caballo brioso de Nápoles.

que ella cantaba himnos de guerra á sus soldados, hacia *polkear* patrióticamente á sus oficiales.

Bien que no estuviera ya en la primavera de su vida ni mucho menos en la de su belleza, no le faltaban por eso ninguno de los ardientes pensamientos que ilustran á la *Theroignas*, y hubieran avergonzado á *Juana de Arc*.

Superiora de una congregacion militar que queria tener sobre las armas, llevaba habitualmente pantalones á lo mameluco, chaqueta de oficial, pistolas á la cintura y un cigarro en la boca. Gustábale echar al aire desde lo alto de su posicion guerrera globillos *á la milanesa*, que dirigidos por el viento á su placer, llenaban de arengas á la cruzada y de proclamas á los pueblos.

Mas ¡ay! un hermoso dia treparon algunos cazadores austriacos por el cerro, y se apoderaron..... del piano. La condesa despavorida descendió precipitadamente del monte de las armonías..... que no era en verdad un campo de honor.



CAPITULO QUINTO.

Revolucion de Palermo.—Mariano Stábile.—El padre Ventura.—Destronamiento del rey de Nápoles.

Lord Minto, encargado por el rey Fernando de negociar con los rebeldes de Palermo, nada habia podido obtener de ellos. Mariano *Stábile* y los suyos, portándose como vencedores, pretendian imponer la ley y no recibirla.

Hijo *Stábile* de un mayordomo del príncipe Cassaro, habia permanecido por algun tiempo en Madrid como secretario del mismo príncipe, y dado lugar á que lo espulsaran por su exaltacion demagógica. Vuelto á Palermo, y no habiendo podido alcanzar ningun destino, estaba con un mal empleillo en la administracion de la sociedad industrial de azufres, al punto en que vino á estallar la revolucion siciliana. De carácter rasgado y audaz, lo primero que hizo al tomar el mando, fué abrir las cárceles y el presidio de Palermo. En su dominacion terrorífica, gobernaban á toda la Sicilia ciertas juntas nombradas por él mismo. Mariano Stábile no dudaba ya de la completa emancipacion en que su ambicion habia soñado. El estado lamentable de Nápoles y el trastorno general de Italia le aseguraban la omnipotencia.

La constitucion napolitana no satisfacia de ningun modo á los constitucionales de Palermo. El *gobierno provisional* habia declarado que no queria una carta democrática á la francesa, tal como la que daba Fernando II, sino una carta aristocrática á la inglesa, como aquella que tenia la Sicilia en 1812 (1).

El vice-almirante *Ruggiero Séttimo*, que tantos favores habia recibido otras veces de la córte, era presidente del gobierno provisional. Este viejo de setenta y cinco años, frenético adorador del autócrata de Rusia, cuando Nicolás estuvo en Palermo, habia escrito un libro en honra y gloria del emperador, y hasta hecho un viaje á Venecia, para poner á una su incienso y su obra á los pies de S. M. la emperatriz.

¡Quién lo hubiera creido! Aquel obsequioso cortesano, que tanto ansiaba poco ha el favor de los reyes, no pensando ya sino en el triunfo de las libertades del pueblo, dábase ahora prisa á convocar una cámara de diputados sicilianos, nombrados por un sistema electoral basado en el británico, y el 13 de abril de 1848 abria su nuevo parlamento.

Estaba reunida la asamblea, y los diputados ocupaban cada cual su puesto. Muchos rostros siniestros y amenazadores se distinguian en aquel recinto, cuando el presidente Torrearsa se levanta, y lee en alta voz:

«¡En nombre del parlamento siciano! Fernando de Bor»bon y su dinastia han caido para siempre del trono de »Sicilia.»

Tres salvos de aplausos acogieron este acto de demencia.

¡*Para siempre*! constantemente el mismo protocolo. Fer-

(1) En ella hacian gran papel los nobles en la Cámara de los Pares, como sucede en Lóndres.

nando de Borbon y sus descendientes caian *para siempre* del trono de Sicilia, como Luis Felipe y su raza eran nombrados reyes de Francia *á perpetuidad.*

El presidente prosiguió su lectura.

«La Sicilia se gobernará constitucionalmente, y llamará al trono á un príncipe italiano, luego que haya formado sus estatutos.»

Frenéticas aclamaciones. El ministro de hacienda *Amari* ha tomado solemne acento; su ademan es dramático, y su actitud pintoresca. Va hablar.

«Diputados! dice: votar no basta; hay que jurar tambien. ¡Ea pues! de pié y alta la frente, poned vuestra mano izquierda sobre el corazon; alzad vuestra diestra para adelante, y esclamad:

«*Fernando II no reinará ya nunca en Sicilia.*»

Esta pantomima se ejecuta, y los asistentes parecen asombrados de ella.

Teraldi corre á la tribuna.

«¡*Destronado*! grita... no; eso no es bastante... Declarémosle *Parricida público*; y que repare con su sangre todas las enormidades que le ha hecho sufrir á *la naturaleza entera!...*»

Este orador pasaba por *moderado* entre los suyos (1).

Prendada de las actitudes y ademanes que el ministro *Amari* habia creido deber prescribir á los representantes del pueblo, una voz pidió que se hiciese otro tanto en la Cámara de los pares.

«—Lo he ordenado ya, señores»; replicó el presidente en tono grave.

Y para ver otra vez el mismo espectáculo, corrió el público entonces á la otra Cámara.

(1) *La Indipenza é la Lege,* diario oficial de Palermo, 15 de abril.

Era media noche: el recinto estaba sombrío; en él se distinguia el espadachin *La Masa*, que se titulaba á sí mismo *coronel*, y no era mas que un rebelde genuino, un bullangero, un fanfarron con sus ribetes de charlatan, tan vulgar como presumido, y tan audaz á veces como otras perezoso: era, en una palabra, un *Cartonche-Flocon*, ó un *Catilina-Caussidiere*. Rodeábale su clientela estipendiada.

Las mismas caras atroces del otro recinto legislativo, mas sañudas todavia, distinguíanse tambien allí por entre las *tinieblas visibles* que las rodeaban. Los miembros de la alta Cámara, que no sabian lo que iba á pasar, aun cuando presintiesen alguna cosa deplorable, se hallaban sentados en sus bancos, pálidos y azorados, aguardando á que los obligaran á tener entusiasmo con miedo. Sus señorías estaban al parecer muy á disgusto. Muchos no obstante han dicho despues, que siendo allí traidores, eran fieles.

El duque de *Serra di Falco*, hombre de bien y realista, arrastrado en un principio con harta buena intencion por el torrente de las ideas, y obligado contra su voluntad á permanecer en la falsa posicion en que estaba, ocupaba el sillon de la presidencia. Engalanado con placas y decoraciones, pero adoptando un sistema que tendia en una ó en otra ocasion á destruirlas, abrió la sesion con toda la majestad posíble, proclamando el *destronamiento*.

Hubo al punto grande estupor entre los circunstantes. «*O destronamiento, ó república*»; oyeron los pares que se les decia en voz baja: y de dos abismos entreabiertos hubo que escojer el menos horroroso.

Serra di Falco prosiguió:

«¡*Diputados*! la mano izquierda en el corazon, la derecha hácia adelante, alta la cabeza, y juremos!»

La leccion no estaba escrita; la repetia de memoria.

Hallábase presente el padre Ventura.

Este teatino, nombrado par de Sicilia en atencion á sus desaciertos cometidos en Roma, creyó deber tomar la palabra, y pronunció un discurso, cuyo sentido fué el siguiente:

«¡La Europa tiene fijos sus ojos en nosotros! (frase sacramental de estilo). ¡Nobles pares! toda autoridad viene de Dios. Pero *el pueblo*, y particularmente *el sacerdote*, son los representantes del Señor: luego á mí primero, y despues á vosotros, nos pertenece el poder supremo. Por consiguiente, y de pleno derecho, proclamemos el *destronamiento*.

Hubo tras esto interrupciones y efervescencias.

«—¡Votemos!» repuso Serra di Falco.

«—Esto se acabó, esto se acabó, gritaron las tribunas: han votado de entusiasmo.»

La idea parece luminosa; y los nobles pares repiten.

«—*Si*; esto se acabó; queda todo arreglado, concluido.»

El voto de entusiasmo era sumamente ventajoso, pues dispensaba á cada cual del peligroso cuidado de depositar su bola y pronunciar palabras; lo que no dejaba ser bastante comprometido, en presencia de algunos puñales que podian hacer el escrutinio de las papeletas y sondear las conciencias. Hubo pues sufragio invisible con exaltacion tácita; los votos se dieron sin recurrir á la urna, y nadie pudo quejarse del escrutinio.

El gobierno se instaló. Distinguíanse entre sus miembros Mariano Stábile, radical exaltado (1); el diputado *Vito Ondes*, protector de los *Componendistas* (2); el príncipe de

(1) Mariano Stábile, que proclamó el destronamiento, declaró luego en la tribuna y otros sitios públicos, que lo habia hecho instigado reiteradas veces por la Inglaterra, la que le habia prometido su asistencia, y no se la dió.

(2) El *Componendo* era una sociedad secreta de malhechores, que pillaban niños de famllias ricas y los tenian escondidos, hasta que sus padres los rescataban con cuantiosas sumas. Tambien enviaban á las personas pudientes esquelas concebidas así: «*Pague V..... tanto, ó muere.*» Los apremiados

Scordia, ambicioso y revoltoso; *La Farina*, espulsado en otro tiempo de Messina y refugiado luego en Florencia, donde fué redactor del periódico intitulado *La Patria*; y *Corbaja*, ex-comerciante de vinos, á quien se le oyeron estas palabras, cuando en Palermo se pusieron las cosas en órden: «*Ahora ya soy yo rico, y me burlo de todo.*» Estuvo encargado de *dirigir* la hacienda.

Otras notabilidades figuraron tambien entre los jefes del nuevo Estado; mas ¿á qué hacer mencion de tan altos poderes, que ya perecieron? ¿Merecen siquiera el honor de que nadie los nombre?

En virtud del decreto de destronamiento, hubo que darse á buscar un nuevo soberano. El gobierno provisional le ofreció la corona á cuantos encontró, y todos ladearon la cabeza para no recibirla.

Eligió al hijo del gran duque de Toscana.

Solicitó al duque de Leuchtemberg.

Tanteó al duque de Burdeos.

Le envió un mensaje al príncipe de Joinville.

Le habló al príncipe Leopoldo de Baviera.

Estuvo á ratos por Luciano Murat.

En fin, cuando toda la Europa andaba espulsando sus reyes, Sicilia le pedia uno á la Europa entera.

Debemos pues ser aquí justos con este pueblo. En su fatal insurreccion, se entregaba, es verdad, á toda clase de fraternizaciones democráticas, de disfrazamientos tricolores, de ciudadanías burlescas y de cantinelas patrióticas: pero en

abrian llenos de espanto su bolsa, y quien no lo hacia, estaba espuesto á que le dieran de puñaladas. En cierta ocasion le escribieron al obispo de Girgeni lo siguiente: «Nos hacen falta 24,000 francos, sin lo cual habrá *puñal* ó *veneno*. ¡Silencio! infame! ó cuéntate por muerto.» (Estracto del diario oficial de Palermo, 1849).

medio de tal desbordamiento de absurdos, á lo menos no le vino jamás al pensamiento el humillarse á proclamar la república: reprobando semejante ridiculez, se salvó de tanta vergüenza.



CAPITULO SESTO.

Elecciones.—Reparticion de los bienes comunales.—El general Pepé.—Anarquía y reaccion.

Convocada para el mes de mayo la Cámara de los representantes napolitanos, los emisarios *á lo Ledru-Rollin* (1) apresuraron las elecciones, desmoralizando las provincias. Los hombres de bien se habian retirado de la lucha. Las mismas pasiones que se habian desenfrenado cuando las elecciones de la guardia nacional en los pueblos, reprodujeron los mismos escesos en el nombramiento de la Cámara representativa. Hubo igual rabia, iguales intrigas, y luego deplorables elecciones.

Todos los jefes revolucionarios de la Calabria y los condenados políticos del reino fueron elegidos diputados. La demagogia triunfaba. «*El sufragio universal*, segun dice el ciudadano Proudhon, *está destinado en todas partes á matar para siempre á la autoridad gubernativa*» (2).

Las operaciones electorales de Nápoles ofrecieron un es-

(1) Señaladamente Cosmo Assanti, sobrino del general Pepé.
(2) *Confesiones de un revolucionario*, pág. 322.

pectáculo singular. La capital y sus arrabales, tristemente resignados con su suerte, solo manifestaban indiferencia y disgusto. Tan pocos fueron allí los votantes, que en ciertos distritos hubo menos electores que elegibles. En algunas partes sucedió que debiendo haberse reunido á votar cinco mil personas, el candidato electo solo tuvo ¡TRES VOTOS! ; y aunque hubo en otras algunos electores que corriendo de distrito en distrito votaron en muchos á la vez, el escrutinio produjo no obstante un número ridículamente exíguo. Aun fué peor todavia en las inmediaciones de Nápoles. Allí los colegios electorales no tuvieron mas que urnas, pues nadie depositó en ellas ninguna papeleta.

Segun la ley *fundamental*, los pares debian ser nombrados por la Corona: pero á juicio de los progresistas, una Constitucion no es buena ni valedera sino en cuanto conviene con sus miras; donde tiene artículos que les son contrarios, nada significa: de manera que es inviolable por una parte, y *no avenida* por otra. Cuando hiere á sus adversarios, estos deben tenerla por sagrada; y si acontece lo contrario, no se hace de ella ningun caso. Sea diadema ó harapo, tendrá, segun las circunstancias, el incensario ó el puntapié, la apoteosis ó el matadero, y á veces todas estas cosas una tras otra.

Tratóse pues de mudar las disposiciones relativas á la Cámara de los pares, como no convenientes al movimiento revolucionario.

Se pidió que el rey no pudiese elegir ningun par sino de entre los candidatos presentados por los electores del pais. Consistióse en esta modificacion.

Muchos colegios electorales propusieron una cosa mas breve y sencilla: «*Fuera de pares.*»

Otros, no queriendo esplicarse en ningun sentido, adoptaron un justo-medio entre el *sí* y el *no*; aplazaron su pensamiento.

Y algunos finalmente, para que nada faltase al embrollo político, presentaron á la eleccion del soberano los nombres mas estraños que podian verse allí; como *Ab-el-Kader*, *Metternich*, la reina *Pomaré*, *Guizot*, *Montalembert*, *Cabrera* y *Nesselrode*.

El ministerio, forzado en sus últimos atrincheramientos por la *jóven Italia*, habia resuelto que cuatro mil soldados, á las órdenes del general en jefe Pepé, fueran trasportados por mar á Ancona para la guerra de la Lombardía; en tanto que cinco mil quinientos infantes, tres regimientos de caballería y dos baterías se dirigian por tierra al teatro de los combates. Mas como Pio IX, en su famosa encíclica de 1.° de mayo, se oponia á las hostilidades contra el Austria, y el gran duque de Toscana enviaba allá sus voluntarios con visible repugnancia; el gobierno napolitano no apresuraba la partida del general Pepé, y fué menester darle prisa.

Al efecto hubo en la plaza de palacio una tarde horribles escenas populares. La historia no podria sin rubor describir minuciosamente los ultrajes que allí se vomitaron contra el monarca. Componíase la demostracion patriótica que las produjo, de cierto número de bandidos que para ello habian ido del Piamonte, y lograron su intento, por habérseles tenido miedo. Al siguiente dia se aprestó la escuadra, y poco despues se pusieron en marcha las tropas del general Pepé.

Hé aquí los títulos que tenia este general á la alta posicion que se le confiaba.

«En 1799, á la edad de 15 años, combatió en favor de la república Partenopea, y fué condenado á destierro. Mas adelante, agrególo Murat á su servicio personal, y tres ve-

ces conspiró contra su rey, segun él mismo lo declara.

«En 1820 se constituyó jefe de la gran conspiracion de Nápoles, que forzó al rey Fernando I á dar una constitucion: un nuevo destierro fué el galardon de su hazaña. Fernando II le da ahora el mando de sus legiones; él lo acepta para serle traidor (1).»

Para sufragar al gasto de las tropas que habian salido á la cruzada, se decretó un préstamo forzoso de tres millones. El público no se holgó mucho de ello; pues entre los hombres del progreso, como entre las *hormigas* de la fábula, la generosidad es poco *prestamista*.

El gabinete se habia reforzado con *Comforti* en el ministerio de lo interior, y *Scialoja* en el de agricultura y comercio. Este refuerzo daba impulso á la anarquía. El primero dirigió una circular á todos los intendentes de provincia, previniéndoles que tomaran posesion de todas las tierras comunales que los particulares hubieran usurpado, para luego repartirlas entre los ciudadanos mas pobres.

Este mandato, que tenia á primera vista cierta apariencia de razon y legalidad, fué la señal de una completa y general desorganizacion. Los pueblos lo tomaron por una *ley agraria*, y se apoderaron de cuantas propiedades les convenian, afirmando que habian sido robadas por los actuales poseedores. Cada individuo reclamó su suertecita de tierra, y tantos fueron los pretendientes, que ya no hubo bastantes bienes para todos. El pillaje fué atroz. El comunismo entraba en escena.

Imbriani, ministro de instruccion pública, elucumbraba por su parte su ley de *democratizacion*. Sustrayendo la ins-

(1) *Revolutions d'Italie*, por el general Pepé.

truccion pública de la vigilancia de los obispos, la confiaba á comisiones demagógicas, que debian elegir maestros á su voluntad. Ya se deja entender cuáles elegirian.

Tambien habia nombrado este ministro una comision encargada de hacer reformas en el real museo y en las escavaciones, es decir, de trastornarlo y destruirlo todo. Con este pretesto declaró al museo Farnesio *propiedad nacional*, siendo así que era propiedad particular y *hereditaria* de Fernando II, que habia conservado y enriquecido este museo de su propio bolsillo.

Espusiéronse al público las colecciones reservadas y secretas. Con esto se ofendia á las buenas costumbres; pero ¿qué importaba?

Suspendiéronse las escavaciones; se robaron los fondos destinados á este objeto, y la coleccion monetaria del real museo sufrió por último gran deterioro y trastorno. Así es como la revolucion comprende las ciencias y las artes.

No estando ya la subordinacion á la órden del dia, los empleados públicos se rebelaron contra sus jefes; y los trabajadores de manufacturas é imprentas se *pronunciaron*, y declaron que no trabajarian ya si no se les aumentaban los salarios.

Como las reuniones de estos obreros iban tomando ciertos visos de motin, la guardia nacional les hizo fuego sin prévia intimacion. Los trabajadores forasteros, señaladamente los de *la Cava*, se vengaron quemando muchos carros de mercancías, y amenazaron arrasar los edificios industriales. Luego, en presencia de este órden público y bajo la *Igualdad* de las miserias, la *Libertad*, con frente erguida, proclamaba la *Fraternidad*.

Cada miembro del poder ambicionaba para sí la autoridad suprema. El diputado José Ricciardi tenia un criado aleman enamorado de una jóven napolitana, la cual queria

tomar por esposa. Parecíale á esta que la condicion del pretendiente no era asaz brillante; pero él le contestaba: «Es verdad que soy ahora poca cosa; mas sé que antes de dos meses mi amo gobernará á Nápoles, y sereis entonces una gran señora, porque yo seré un gran señor.»

Si hubiera sabido la historia contemporánea, hubiera podido añadir: *«Y direis como la dama del provisional de París:* NOSOTRAS SOMOS AHORA LAS PRINCESAS (1).»

El huracan popular estaba desencadenado en toda su furia. Entre otros carteles y libelos, la siguiente proclama de *la suprema y alta junta del reino* contenia estas frases:

«¡Ciudadanos! estamos en todas partes. Tenemos inteli»gencias con el mundo entero, que se levanta con nosotros »apellidando independencia. ¡A las armas! ¡á las armas! ciu»dadanos. La libertad es un fruto esquisito, que no se coje sino con sangre...... (2)»

El gobierno estaba interiormente en completa anarquía, como fuera lo estaba el reino. El ministro de hacienda Ferreti, á quien habiéndole presentado audazmente una peticion con puñal en mano, habia respondido con espanto presentando su bolsa, se habia retirado del gabinete; y el ministro de instruccion pública, aquel fogoso demócrata *Imbriani*, arrollado tambien por los suyos, abandonaba dolorosamente su cartera, reconociendo allá para sí, que no habia necesidad de riendas, cuando el pueblo estaba sin freno.

(1) Esta espresion, tan famosa en Francia como insolente, la profirió una de las barraganas de los individuos del gobierno provisional, en una orgía que tuvieron en sus régias estancias los regeneradores de la nacion vecina.—*N. del T.*

(2) Esta proclama de las sociedades secretas de Mazzini terminaba pidiendo interinamente la *ley fundamental* de 1820, y *una Asamblea constituyente.* Véase *la Storia degli últimi fatti di Nápoli*, pág. 388.

El progreso habia caminado á pasos de gigante. No se trataba ya de plantear una constitucion, ni de hacer trizas una corona, ni aun de fundar una república; todo esto se habia quedado atrás. El comunismo era el que se alzaba, como esterminador supremo, sobre una sociedad batida en brecha para hollar con su planta todas las leyes divinas y humanas: era el socialismo en fin, el que de entre las orgías de la perversidad se levantaba espantoso y sangriento.

«¡*La propiedad es un robo!*» Este grito, dado por uno de los espíritus del abismo, habia atravesado los espacios: París lo habia arrojado á Nápoles. Mas adelante sus periódicos escribian:

«La *anarquía* es el grado mas alto de *libertad* y de *órden* á que pueda llegar la humanidad (1).»

En las provincias se habia precedido desde luego al repartimiento de los bienes comunales, fueran ó no usurpados; y poco despues se pidió la division, no solo de todas las propiedades particulares, sino hasta del dinero y los muebles. La clase media habia jugado á la revolucion con los grandes, para achicarlos en provecho de ella: mas los chicos jugaban á su vez á la destruccion con la clase media, para sacar partido tambien por su cuenta. En las Dos Sicilas, como en Francia, el mismo principio producia las mismas consecuencias. Recordemos algunos hechos.

En Venosa y la Basilicata, rodeados los propietarios de gentes sublevadas, se habian encerrado en sus casas, donde oían que les gritaban de afuera: «¡*Abajo los vestidos! reparticion de tierras!*»; como se habia gritado en París: «¡*Viva la blusa! abajo los fraques!*»

(1) *Voz del Pueblo*, número 3 de diciembre de 1849. «Los socialistas de Francia no le echaban en cara al gobierno provisional del 24 de febrero el no haber sabido *edificar*, sino el no haber sabido *demoler*.»

Uno de ellos, el profesor Gasparini, fué muerto por los agresores.

En otras provincias, particularmente en los Abruzzos, donde las casas eran invadidas y las vidas amenazadas diariamente, poseidos los ricos de terror, se reunieron con objeto de recoger cierta cantidad de dinero, para ofrecérsela como una especie de rescate, á los que le pedian la bolsa ó la vida.

Este pensamiento fué fatal; pues entregado el dinero, los bandidos volvieron en mayor número, mas atrevidos y fuertes, exigiendo nuevas sumas. Entonces algunos propietarios radicales, que tenian apego á sus posesiones, se constituyeron en *junta de salud pública* para luchar y defenderse. Los agresores eran tambien radicales, pero pobres, y habian pensado que las doctrinas de igualdad les autorizaban incontestablemente para apoderarse de los bienes de sus hermanos.

De resultas de esto, las poblaciones honradas, donde no habia ni *doctores* ni *fratellos*, y que por lo mismo no estaban bastante adelantadas en las luces de la nueva civilizacion, para comprender que el caos y la regeneracion eran evidentemente una misma cosa; se rebelaron á su turno contra los rebeldes, y declararon con las armas en la mano, que no querian sufrir ni el yugo de los revolucionarios ricos ni el de los pobres, porque para ellos tan lindos eran los unos como los otros. Luego gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡*Viva el rey*! ¡*Muera la Constitucion*!, echaron abajo *juntas de salud pública*, autoridades municipales, síndicos, decuriones, jueces y cuantos debian sus empleos á la revolucion; desarmaron á la guardia nacional, despues de haberla atacado, escarnecido, afrentado y rendido; llamaron á otros hombres para dirigir los negocios, y á su manera se nombraron tambien resueltamente un gobierno provisional. La reaccion era completa.

Pescosansonesco, ciudad de los Abruzzos, cuyo nombre no es muy fácil de pronunciar, habia enarbolado una bandera blanca; por lo que los demócratas de las inmediaciones se precipitaron sobre ella. Pero lejos de intimidarse por eso, resistió valerosamente el ataque. Desde los terrados, ventanas y azoteas, ancianos, mugeres y niños tiraban sobre el enemigo un diluvio de muebles, piedras y aceite y agua hirviendo; y hasta sus casas hubieran demolido para arrojárselas á la cabeza á sus antagonistas. Estos tuvieron que reretirarse vencidos.

La misma fiesta hubo en otras varias poblaciones.

En *Prátola*, cerca de *Sulmona*, pasó un lance parecido en medio de los montes. Reunidos los vecinos del lugar citado en la plaza pública, para celebrar una fiesta de la *Madona*; como llevasen en los sombreros escarapelas realistas, un oficial de nacionales, llamado Antonio Frabrizi, le quitó violentamenmente á un tal *Rocco* la suya: pero este lo hechó á tierra de una puñalada.

Así empezó al instante la guerra civil.

Armados los pueblos de azadones, porras, chuzos y hoces, arremeten contra la milicia ciudadana. El padre del comandante de la guardia nacional de aquella comarca quiere interponerse entre los combatientes, y es herido de gravedad: acude su hijo, y lo matan: muchos de los suyos perecen tambien. Los labradores quedan dueños del campo de batalla, y los liberales se dan á huir. Al punto la bandera tricolor de la milicia es desgarrada en mil pedazos, y se oye solo un grito general:

«*¡Muera la revolucion! ¡Viva el rey!*»

CAPITULO SÉTIMO.

Drama del 14 y del 15 de mayo.—Insurreccion y barricadas.—El general Ischitella y el príncipe de San Giacomo.—El ciudano Levraud y el almirante Baudin.—El duque de Rivas y el cuerpo diplomático.—Escenas de Monteolivetto.—Batallas y desastres.—Triunfo de la monarquía.

La apertura de las Cámaras de Nápoles, señalada en un principio para el 1.° de mayo, habia sido prorogada hasta el 15, y debia celebrarse con grande aparato. Iban llegando los diputados de todas las provincias, y los de la Calabria llegaban escoltados por los *fratellos* de su comarca. Estos facciosos, dispuestos á todo, y armados de puñales, pistolas, hachas, escopetas y trabucos, llevaban un traje teatral, medio albano y medio *Fra diábolo* (1).

Componíase de una chaqueta de sayal guarnecida de terciopelo y con botones relucientes; un sombrero de cucurucho adornado con plumas, larga barba democrática, cartuchera á la cintura y muchas bandas tricolores. Tal cohorte así

(1) *Fray diablo.* El traje comun de los Calabreses se parece algo al de los contrabandistas del reino de Granada.—*N. del T.*

vestida presentaba cierto carácter salvaje; era valiente, y fué atroz.

La antevíspera del 15 de mayo por la noche habian sido convocados los diputados oficialmente, por medio de un billete impreso, á reuniones preparatorias que debian tenerse en *Montcolivetto*, en un salon de las casas consistoriales. La gran cuestion que preocupaba á los ánimos, era el juramento que habia de prestarse á la Constitucion, al abrir el parlamento. Los diputados declararon que siendo su intencion modificar y alterar la ley fundamental, que no era sino un viaducto para pasar á un sistema mas lato, no podian prestarle aquel juramento, que coartaba sus disposiciones y los comprometia para en adelante (1).

«—El poder ejecutivo, se preguntaba, ¿tiene derecho para obligar al poder legislativo á que jure?

«—*No*! fué la respuesta que todos unánimes dieron.

El ministerio, que estaba secretamente de acuerdo con la Cámara, aprobó tal decision que convertia evidentemente á la *Asamblea nacional* en *Asamblea constituyente*, y la sometió al rey. Fernando II la reprobó. El gabinete dimitió al punto; y entonces principió la tempestad.

Envalentonados los amotinadores, gritaron: «¡Ciudadanos! el rey nos es traidor: su tiranía es insoportable.»

Añadieron tambien que el pueblo se alzaba armado en todas partes contra él; que las provincias venian indignadas hácia Nápoles; que la escuadra francesa que habia á vista del puerto, apoyaba la insurreccion nacional; que era menester que la Cámara se pusiera al punto en sesion permanente; y en resúmen, que para salvar al pais, la Asamblea se declarara *Constituyente*.

(1) Las córtes españolas de 1845 no se anduvieron con tales escrúpulos, y todos los diputados juraron guardar una Constitucion que en seguida reformaron.—*N. del T.*

La gran palabra estaba ya pronunciada; pero iba á deslizarse otra mas grande todavia.

Aquella misma noche, que era la del domingo 14 de mayo, habiéndose deshecho los diputados mas atrevidos de los timoratos, permanecieron en número de sesenta á ochenta sentados al rededor de la mesa verde de *Monteolivetto*. Estendíanse las sombras por el cielo, cuando Mr. Dupont, una de las notabilidades de Nápoles honrada por mucho tiempo con la confianza del soberano, se encaminaba de parte de los ministros al consejo de los representantes, y anunciaba que el rey habia adoptado un término medio para superar todas las dificultades, y que aceptado por la Cámara, los ministros retirarian al instante su dimision. La medida conciliadora de que era portador Mr. Dupont, versaba solamente acerca del juramento, y estaba concebida en estos términos: «Los diputados prestarán juramento á la ley fundamental, reservándose el derecho de *svolgererla*.» Lo que significaba *enmendarla, modificarla* y aun *rehacerla*.

Pero el doctor *Lanza*, que presidia la reunion, se levanta, y con voz altanera responde al mediador:

«¡Ciudadano! el rey no es mas que un hombre, y nosotros representamos á seis millones de patriotas. Retiraros: nosotros resolveremos.»

Este Mirabeau en miniatura se creia sin duda cincuenta años atrás, en los Estados generales reunidos en Versalles.

Mr. Dupont salió confuso del recinto, y los alborotadores se quedaron repitiendo: «No; ninguno de nosotros cree en la buena fé del rey.»

Y en el mismo instante oyeron los amotinadores de afuera, que tenian tomadas las avenidas de *Monteolivetto*, la siniestra palabra «¡*Traicion!*»

Este grito vuela de boca en boca. «¡*Traicion*! ¡*traicion*!» repite admirada la turba. Verdad es que no sabe en qué con-

siste esa *traicion*; mas no importa: ella tiembla, que es lo esencial; y se batirá, que es el objeto.

Los pares eran cincuenta, y habian sido nombrados por el rey aquella misma mañana, segun el modo prescrito (1). Estaban casi todos convencidos de que era cosa resuelta por los representantes de *Monteolivetto* la abolicion de la Cámara alta. Reuniéronse en casa de su presidente el príncipe Cariati, donde pasaron toda la noche en deliberaciones y correspondencias. Las idas y venidas se sucedian sin parar, del ayuntamiento á palacio y de este á casa de Cariati. El gobierno no sabia ya á qué atenerse; y mientras él perdia tiempo, las turbas sublevadas por los emisarios de la demagogia se acrecentaban con preludios de barricadas.

Así las cosas, entra repentinamente en el salon del ayuntamiento, donde los representantes estaban en sesion permanente, el famoso *La Cecilia*, capitan de la guardia nacional. Era la noche oscurísima, y las pocas luces que alumbraban el recinto, dejaban apenas ver los pálidos y angustiados semblantes de la asamblea democrática. Voces roncas proferian palabras retumbantes, y miradas feroces centelleaban entre aquellas sombras amenazadoras. Mensajeros con pecho descubierto trocaban aquí sus siniestros billetes; mientras que asesinos aguzaban allí á la luz sus aceros homicidas.

«—Ciudadanos! dice La Cecilia; no os hagais mas ilusiones: el monarca se burla del pueblo. Para nosotros no hay ya salvacion si no en las barricadas.»

«—¡*Barricadas*! *barricadas*!» repiten algunos nacionales que acudieron en seguida. Y sacando de entre la turba á un

(1) El príncipe de San Giacomo no recibió su nombramiento hasta el dia 14 de mayo á las cuatro de la tarde.

jóven pálido y exánime, cuya cabeza estaba llena de sangrientas manchas:

«—¡Ciudadanos diputados! prosigue La Cecilia; ¡ved lo que hace con su desventurado pueblo el mónstruo que nos gobierna! ¡Víctimas! siempre víctimas! Y nos matará á todos. ¡Mirad!...»

Hurras de horror estallaron tras de aquella aparicion de teatro y aquella arenga de drama. El rostro pálido y desfigurado del jóven medio muerto, sus lívidas sienes teñidas con los colores de la muerte, los dolorosos ayes que salian de sus cárdenos labios, sus ojos apagados, su voz espirante; todo ello hábilmente puesto en escena, exaltó á los diputados y al pueblo.

«¡*A las barricadas*! ¡*á las barricadas*!» repite la asamblea con acentos de dolor.

Y dase órden de tocar generala, y la guardia nacional corre á las armas (1).

Era ya media noche. Las barricadas se construian en la calle de Toledo con infernal rapidez. Las noticias dadas á los trabajadores eran todas á cual mas estrañas y mas estravagantes, y variaban segun la opinion de cada barrio y la naturaleza de los grupos que las recibian.

A unos:—«¡Aprisa! vivo! barricadas para defenderse de los Suizos, que quieren degollar á los Napolitanos...»

A otros:—«¡Barricadas á toda prisa! ¡barricadas para salvar la vida del rey del furor de sus soldados revueltos!»

A estos:—¡Barricadas corriendo, corriendo, contra curas y frailes, que como enemigos de toda libertad se abalanzan regimentados á restablecer la inquisicion!...»

(1) Estracto del *Cenno stórico degli advenimenti di Nápoli*, por La Cecilia, pág. 39.

A aquellos:—«¡Barricadas contra las provincias, que vienen armadas á echar por tierra la ley fundamental!...»

Y todos oyen, se arman y tiemblan. Hay quien se imagina que el almirante Baudin y su escuadra intentan conquistar á Nápoles, y las barricadas se levantan contra la dominacion estranjera. A otro le hacen creer que los lazzarones, pagados por el rey, tienen órden de matar á todos los diputados, y que las barricadas se construyen para salvar al parlamento. Cuanto mas absurdas son las noticias, tanto mas crédito adquieren; y sea en un sentido ó en otro, es lo cierto que la revolucion prosigue, y las barricadas van á escape.

Los bancos de las iglesias, los *coricolos* de las plazas públicas, las barracas de los aguadores, los toneles de los tenderos, las carretas de los comerciantes, las celosías de las ventanas, las piedras de las calles, las puertas y balcones; todo les sirve á los trabajadores del motin, que con todo forman bastiones y barreras. Trás de aquellos fuertes improvisados habia multitud de estranjeros, que con erguida frente dirigian y dominaban las masas. Las principales lenguas de Europa se cruzaban allí confusamente como en la famosa Babel, y Nápoles contemplaba aquello entristecida; pues navegando por mares desconocidos, todo se hacia sin ella y contra ella.

El príncipe de San Giacomo, que habia salido en su carruaje de casa del príncipe Cariati para verse con el monarca, fué detenido por los bullangueros en la calle de Toledo.

«—Dejadme pasar, les dice; soy de la Cámara de los pares, y llevo un encargo para el rey.»

«—¡Ya no hay rey!» esclama uno de los exaltados de la *Italia roja*.

Y desenganchando los caballos del carruaje, entregan este á los profesores de barricadas, y al príncipe le hacen que trabaje personalmente en desempedrar la calle, hasta que hácia media noche logra escaparse á favor de las tinieblas y la confusion.

Llega á palacio con la cabeza descubierta, desgarrado el vestido y en un estado lastimoso.

«—¡Gran Dios! dice el rey espantado; ¿qué sucede? ¿de dónde vienes?»

«—¡Señor! responde San Giacomo; la ciudad está en completa insurreccion; en todas partes hay barricadas. Yo me hallaba en París en 1830, y veo aquí la repeticion de julio. Es preciso una defensa enérgica.»

«—¡Cómo! ¿Me aconsejas que mande hacer fuego contra el pueblo? añade Fernando interrupiéndole y frunciendo las cejas. No, no; ¡es imposible! jamás!»

El general Ischitella, que se hallaba presente, tiró su sombrero á tierra como desesperado, y dándose una palmada en la frente esclamó:

«—¡Señor! en ese caso, todo está perdido: ya no hay corona ni rey.»

Pero Fernando II, volviéndose con calma y dignidad al príncipe de San Giacomo:

«—¿Habeis oido? le dice; crueles palabras son estas. ¡Ah! Comprendo que los militares quieran batirse; pero tan honroso como es para un soldado obedecer la órden que en presencia del enemigo le llama al campo de batalla; así es tremendo para un rey dar la señal para que entre sus súbditos rebelados haya matanza (1).»

(1) El general Ischitella, que fué ayudante de campo de Murat, y es hoy príncipe y ministro de la guerra en Nápoles,

Esto no obstante, como á la una y media de la noche, todas las tropas se hallaban reunidas al rededor de la régia morada. Fernando II, queriendo aun quitar todo pretesto á la insurreccion, accede al deseo de los diputados con respecto al juramento, y mandando venir á su presencia á los principales oficiales de la guardia nacional, les dice:

«—Id á anunciarle á la Cámara, que consiento en que no presten sus miembros juramento alguno á la Constitucion. Id; y que haya paz, y se deshagan las barricadas.»

«—¡Señor! le responden; haced primero que se retiren vuestras tropas.»

Dáse al punto la órden para ello, y los soldados vuelven á sus cuarteles; pero no por eso las barricadas dejan de estenderse y consolidarse; porque cuanto mas benigno se muestra el poder, tanto mas se avigora la revolucion; lo que aquel adquiere de bondad, esta de fuerza. Siempre ha sido así.

Fernando II se habia rodeado de los altos funcionarios del Estado; tenia cerca de sí al síndico de Nápoles *Antonio Noya*, y al coronel de la guardia nacional *Letizia*.

«—¿Pues qué quieren los facciosos? les dijo con voz firme; he accedido á todas las peticiones; he suprimido la fórmula del juramento: ¿qué mas quieren?»

«—Nada, señor: solo gracias deberian daros.»

«—¡Pues bien! Si así es, ¿por qué están aun en pié las barricadas? ¿por qué las reuniones son mas numerosas que nunca? ¿Querrán que la sangre corra?»

«—Señor, ¿quién puede comprenderlos?...»

«—Id á verlos de mi parte. Exigid que se quiten las bar-

estuvo en Moscou y en Dresde, donde se distinguió por sus proezas. En Leipzig estuvo á pique de ser arrebatado por una bala de cañon. La Francia lo reconoce como uno de los héroes del *grande ejército*.

ricadas, y que se dispersen las reuniones. Obrad en mi nombre: hab'adles!»

«—Señor, os obedeceremos; mas para auxiliar nuestros esfuerzos y despejar el camino, necesitaríamos algunos soldados.»

«—No, no; replica el monarca. Nada de soldados ni uniformes; el pueblo mismo es quien debe allanar el terreno.»

El síndico y el coronel parten; apuran vanamente sus esfuerzos con los facciosos; y vueltos á la presencia del rey, le dicen:

«—Señor, no hemos podido conseguir que nos escucharan, ni siquiera que nos abrieran paso. Para que podamos circular, es preciso que nos acompañen algunos soldados, aunque sean sin armas.»

«—Os repito, añadió el príncipe con firmeza, que no quiero ni soldados ni armas. ¿Pensais que el valor consiste en saber emplear la fuerza? No, no; el verdadero valor no está en la ejecucion, sino en el mando.»

Alboreaba el 15 de mayo, y la furia de los agitadores se hallaba en su mas alto período. Segun la propuesta del diputado Ricciardi, debian inmediatamente dirigirse al gobierno las dos siguientes peticiones:

1.ª *La entrega de los fuertes de Napoles á la guardia nacional:*

2.ª *La disolucian de la guardia real, ó su inmediata salida para la guerra de la Lombardía.*

Estas proposiciones, aunque recibidas con entusiasmo por los de afuera, no les bastaban, al parecer, á los tribunos que habia en la sala de ayuntamiento; los cuales subieron de punto las proposiciones de Ricciardi, completando de este modo su pensamiento:

«No mas paliativos, ¡ciudadanos! Cortad resueltamente por lo vivo. La justicia del pueblo necesita: 1.º *la abdicacion del rey*: y 2.º *el alejamiento de todas las tropas á cuarenta millas de la capital*.»

Furiosos aplausos.

Los diputados, no obstante, solo adoptan la segunda disposicion, y deciden que cuatro de ellos se avisten con el rey, para invitarle á que haga salir al punto todas sus tropas. Lo demás se aplaza para mas adelante.

Partieron los cuatro diputados, que eran el antiguo ministro Imbriani, Capitalli, Pica y Poerio. Envueltos en aclamaciones por todo el camino, daban de paso su mano á aquellos energúmenos, que la estrechaban con la suya muy gozosos.

«Amigos, dijo uno de ellos á la muchedumbre; si nuestra mision sale bien, os volveremos á ver dentro de poco. Si no saliere, en el balcon de palacio haremos señas con nuestros pañuelos; y entonces ¡fuego á los tiranos!»

Pasan las horas en medio de la mas viva inquietud. La angustia y el terror reinan en todos los corazones. ¿Qué va á suceder en palacio? ¿Qué se prepara en la Cámara? Nadie se atreve á esperar; todos tiemblan.

Oyense de pronto al estremo de la gran calle de Toledo, junto á la iglesia de San Fernando, grandes aclamaciones. Estraordinarios palmoteos se mezclan con gritos ininteligibles. ¿Acababa tal vez de verse en el balcon real el pañuelo blanco de los comisarios? No. ¿Habia venido alguna noticia importante á decidir de los destinos del pais? Sí; porque el rey se habia rendido á los deseos de la diputacion, aun antes que hubiera llegado á su presencia. La Cámara lo habia logrado todo (1).

(1) *Storia degli últimi fatti.—Advenimenti di Nápoli*, del 15 de mayo de 1848, por el conde Mazulli.

¿Con que todo está ya pacificado?... ¡Oh! no es la paz ni el restablecimianto del órden lo que ambiciona la *Italia roja*. El famoso lance del bulevar de las Capuchinas, habido en París el 24 de febrero, va á repetirse el 15 de mayo en Nápoles. Nada de arreglo ni conciliacion: se necesita un trueno imprevisto; cierta cosa que desbarate todos los planes y confunda todas las ideas.

Oyense dos tiros de fusil.

¿De dónde salia esta señal de guerra?... De la gran barricada de San Fernando. Un soldado de la guardia real cae herido de una bala. Al instante, desde dos balcones del palacio Cirelli, encima de la misma barricada, hacen fuego sobre la tropa (1).

Al ver traicion tan infame, los soldados que vivaqueaban sin recelo al rededor de palacio, dan gritos de horror y de rabia: han visto caer á algunos de sus camaradas, y solo piensan en vengarlos. Echan mano á sus armas; hacen fuego á sus enemigos, y hé ahí travada la pelea.

En vano los oficiales del ejército pugnan por contener á la tropa. Es tal la profética inspiracion de su valor, que comprendia que en aquel momento solemne era esclusivamente suyo el honor de salvar al trono y al pais, aun contraviniendo á las órdenes del rey.

El bullanguero no ganará en esta ocasion, como en aquella de las Capuchinas de París. La tropa arremete contra sus enemigos. El general Ischitella, aquel antiguo ayudante de Murat, y el general Nunziante, el futuro vencedor de la Calabria, reconociendo que sus voces no tendrian ya imperio sobre el coraje de sus batallones, se ponen á su frente, como tambien los generales Salvaggi y Carascosa. Ya no

(1) Los tiradores de esta horrible alevosía eran redactores del periódico ministerial de Troya. Su jefe se llamaba Aquiles Rossi.

calculan, sino que se arman; ya no consultan, sino que combaten: no quieren ya luchar, sino vencer.

Mas ¿qué se hacia entonces en palacio? Al primer tiro salido de las barricadas, habia el rey despedido á los mediadores que llegaban sucesivamente á hablarle. La arrogancia de los facciosos no conocia ya ningun freno.

«Si no dais al punto la *Constituyente*, le decia el diputado Barbarisi á Fernando II, ¡ay del cadalso de Luis XVI!»

El ministro Comforti, recorriendo el palacio, abria el balcon del tercer piso, y decia: «*Esta parte me conviene.*»

El ministro Scialoja, al pasar por los grandes aposentos del segundo piso, proferia atrevidamente estas palabras: «*Yo dormiré aquí á la noche.*»

Estos señores, al desalojar á su amo, se iban acomodando ya bajo su púrpura.

El fuerte de Sant'Elmo no habia aun enarbolado la bandera encarnada, que era la señal para que la guarnicion tomase las armas. La vista del rey se volvia de continuo y con viva inquietud hácia aquella inespugnable ciudadela, con quien no podia ya comunicarse. ¿Si le seria traidor Sant'Elmo?... Pensar en esto era horroroso.

De repente tiran un cañonazo, y otros dos de seguida.

La ciudadela ha dado la señal, y se ha visto en ella la oriflama; los otros fuertes responden; la monarquía se salvará.

El general Roberti, que era diputado, pasó la noche en el castillo; y aunque desde lo alto de sus muros oía tocar generala en Nápoles y construir barricadas, permaneció impasible y quieto. Por la mañana, vestido de paisano y calado un sombrero de paja, no queria dar órden alguna. El mayor Salvatore Zanetti, visto esto, toma su partido hácia las once

de la mañana. Las descargas de la calle de Toledo habian llegado á sus oidos, y manda disparar el primer cañanazo.... Roberti le envia á llamar.

«—¡*Mayor*! le dice, ¿ *qué haceis*?»

«—Lo QUE DEBO», responde el oficial.

Y ante la heróica firmeza del mayor, el general enmudeció (1).

Las tropas del rey acudian todas á sus puestos.

«—¡Acordaos de Luis Felipe!» se atrevió á decirle en aquel instante á Fernando el ministro *Scialoja*; como si pudiera haber la menor analogía entre un monarca legítimo que se defiende contra un motin, y un soberano nacido de las sediciones y deshecho por los mismos que lo crearon.

«—Echad de mi casa á ese bufon, respondió friamente el rey: yo apelo á la justicia de Dios y á la lealtad del pais.»

El tiroteo era de los mas vivos. El general Nunziante reune en Santa Lucía una multitud de lazzarones, y les dice:

«—¡Amigos mios! ¿quereis salvar á vuestro rey?»

«—Sí, sí; responden. ¡Adelante!»

Y toman la bandera flordelisada, y armados con piedras, palos, cuchillos, azadones y hachas, corren á la calle de Toledo. Allí estaba la gran barricada de San Fernando, admirablemente construida bajo la direccion del ciudadano Levraud, ministro de la república de febrero, en la cual habian trabajado algunos Franceses que pasaban por militares y no lo eran. Los lazzarones se arrojan sobre aquella obra notable, y en medio de un diluvio de balas, golpean, derriban y rom-

(1) Oigamos ahora sobre este punto al general Pepé: «El general Roberti, hombre y ciudadano antes que soldado, se negó á obedecer al rey el 15 de mayo. Los cañones de Sant'Elmo estaban cargados solo con pólvora. Entre la destitucion y el fraticidio, escogió la primera.» (*Histoire des revolutions d'Italie*, pág. 116 y 121.)

pen, sirviéndose de sus hachas, cuchillos, azadones y hasta de sus uñas. Allí, tarde ó temprano, caerá la barricada en su presencia.

Entretanto, el ciudadano Levraud, antiguo violinista de un teatruelo de París, se trasladaba á bordo del navío almirante francés, apostado en el puerto de Nápoles. S. E. republicana queria, sí, patrocinar una barricada, pero no defenderla en persona. Conocia que precisamente tenia que representar un papel, donde hubiera un trono que derrocar; pero le convenia un papel no arriesgado, y audacia con seguridad.

Mr. Levraud se presenta á Mr. Baudin con la frente erguida, y le intima en nombre de los santos principios de la *jóven Italia*, que tome partido en favor de la insurreccion de las Dos Sicilias.

«—¡Almirante! le dice el demagogo; ¡abajo el último de los Borbones! Apuntad vuestros cañones contra Nápoles. ¿Sabeis lo que pasa allí por órden del feroz Fernando? Pues degüellan á todos los Franceses; las calles están inundadas con su sangre. ¡Por los cielos! salvad á nuestros hermanos.»

Atónito el almirante, no pudo creer en tales palabras, á que contestó:

«—Mr. Levraud; ni quiero ni puedo proteger el desórden y la rebelion. No me incumbe ahora armarme contra el monarca y declararme por el pueblo. Conviene esperar y reflexionar. En cuanto á la matanza de los Franceses, voy á toda prisa á tomar informes, y obraré con energía. Tranquilizaos, y contad conmigo.»

El almirante corre á dar órdenes.

Pero no era esto lo que queria el furioso republicano. Apenas Mr. Baudin le habia dejado, cuando permaneciendo sobre el puente del navío, llama á sí á la tripulacion.

«—¡Ciudadanos! les dice á los marineros circunstantes; ha

llegado el tiempo de sacudir todos y en todas partes la opresion. Vuestro almirante falta á sus deberes, porque es hacer traicion á la república francesa el no ayudarle á la nacion napolitana á deshacerse de su infame trono. No obedezcais ya sino á las inspiraciones del patriotismo. No os dejeis esclavizar por los *oficialillos*. ¡No mas *superiores* ni *almirantes*! ¡no mas *dominadores* ni *reyes*! ¡Viva la república democrática y social!»

El ciudadano Levraud se habia lisonjeado de que tan soberbia perorata iba á elevarle al pináculo, y paladeaba de antemano las aclamaciones marinas de que iba á coronarle la escuadra... Mas ¡oh completo desacierto! los marineros á quienes la arenga les parece un ultraje, retroceden indignados. ¡Cómo! ¿quién ha podido degradarlos hasta el punto de creerlos capaces de la mas negra prevaricacion? Apostrofan al orador, y le vuelven insulto por insulto. El republicano quiere responder; pero se oyó una voz de trueno que dijo:

«—¡Echemos al mar á ese Levraud!»

Y la órden fué acogida con estrepitosas carcajadas. Tambien acaso se hubiera ejecutado, si á ello no se hubieran opuesto muchos oficiales. Mediaron esplicaciones, y el almirante tuvo que intervenir.

Los hechos anunciados por el representante de la república francesa, eran de todo punto falsos. Los enviados de Mr. Baudin habian ya vuelto á bordo con noticias exactas. No habia en Nápoles ni *Vísperas Sicilianas* ni ningun *San Bartolomé*. La sangre francesa no corria traidoramente en parte ninguna, y en todas era respetado el derecho de las naciones.

«—Mr. Levraud, dijo el almirante; estoy enterado de vuestra conducta; sé lo que acabais de intentar á bordo de este buque; se me han repetido vuestros discursos...»

«—Soy republicano francés; interrumpe el ministro Levraud. ¡Ciudadano Baudin! ¿lo sois vos?»

«—¡No á vuestra manera, señor! replica el almirante irritado. Vos *entendeis* la república á lo Robespierre; yo la *entiendo* á lo Washington.»

Enhorabuena. Pero al estudiar él mismo su república, ¿estaba bien seguro de haber *comprendido* en ella... alguna cosa?

«—¡Ciudadano!» replicó el ministro...

«—¡Salid!» dijo el jefe de la escuadra.

Y el violinista evacuó el navío.

Oíase rugir la batalla... El duque de Rivas, embajador de Madrid, pensando que su deber le llamaba á palacio, porque la reina madre era infanta de España, manda enganchar sus caballos. Un grupo de bullangueros agolpados á su puerta quiere apoderarse de su carruaje. Las barricadas lo reclaman.

«—Pero ¡si es el coche del embajador de España!» dice el portero indignado.

«—¡No mas coches ni embajadores!» le responden ellos al punto.

El portero pide socorro. Los criados de la casa acuden en número de unos veinte, y los barricadores se retiran diciendo que van á buscar auxilio.

Vivia el duque de Rivas en la Chiaja, á orilla del mar. Su carruaje toma por las calles á buscar la plaza de palacio, y es detenido por las cuadrillas tumultuarias.

«—Soy el duque de Rivas» dice el embajador con tono firme.

«—¡Abajo los duques!» responde la turba.

Obligado á volverse á su casa, el ministro reune allí

al cuerpo diplomático (1), y á la cabeza de sus colegas parte á pié, siguiendo por la orilla del muelle.

En Chiatamonte y en Santa Lucia encuentra un peloton de tropa con arcones y artillería, que intercepta el paso, y solo tras de muchas dificultades consigue llegar á palacio, en una de cuyas puertas acaba de ser muerto un granadero de la guardia.

Los diplomáticos estranjeros continuan su marcha; entran, suben la escalera, y solo hallan dificultades y desórden.

Atraviesan multitud de estancias, y al fin llegan á una sala donde encuentran á la reina madre, á la esposa del rey y las princesas, todas llorosas y trémulas. Los embajadores y encargados de negocios hubieran querido tranquilizarlas; pero ¡ay! ¿estaban ellos tranquilos?

Se les introdujo al cuarto del rey. Hallábase este rodeado de sus hermanos: su fisonomía estaba alterada, pero no abatida: sufria mucho, pero con ánimo tranquilo.

«—Señor, le dijo el duque de Rivas inclinándose en su »presencia; en nombre de todas las potencias que represen- »ta el cuerpo diplomático, vengo á ofrecer á V. M. la fuerza »moral de que estamos revestidos. V. M. puede contar con »nuestra ayuda y el rendimiento que os debemos.»

«—Os doy gracias, señores; responde el rey en tono lleno »de nobleza y dignidad. No esperaba menos de vosotros y de »vuestros gobiernos. Me veo forzado, ya lo veis, á recurrir á »la fuerza de las armas...»

«—Señor, interrumpió el duque de Rivas; estais plena-

(1) Acudió allí el ministro de Inglaterra como todos los demás plenipotenciarios. Solo faltó á la reunion el de Austria, que se habia visto obligado á salir de Nápoles, y el nuncio del papa, que estaba sitiado en su casa por los sublevados.

»mente en vuestro derecho. Nada mas generoso que vues»tros sentimientos; nada mas justo que vuestra causa.»

El rey, aplicando la mano á su corazon, y con el acento de la mas profunda serenidad:

«—Duque de Rivas, prosiguió diciendo; el cielo me es »testigo de que todo lo que aquí sucede, me desgarra el »alma. Es contra toda mi voluntad; os lo juro. ¡Ah! solo Dios »sabe cuánto padezco.»

Con efecto, veíase impreso en su semblante el sello del dolor mas vivo; y sin embargo, en medio de su aflicion, brillaba en él la serenidad de una conciencia pura.

Oíase el estampido del cañon hácia la calle de Toledo; las bombas destruian las barricadas; sucedíanse sin interrupcion descargas de artillería; y en frente del palacio daban ya espantosos alaridos. Un oficial superior entra precipitamente en el régio aposento.

«—Señor, dice jadeando; permitid á vuestros fieles solda»dos apoderarse de la casa del ministerio, que por estar en »medio de la calle de Toledo, les es necesaria para el ata»que y para la defensa.»

«—Eso toca al ministro de la guerra, responde el monar»ca; id á entenderos con él.»

«—Señor, esto seria otro retardo. ¡Por Dios! vuestra órden! »el tiempo urge: es preciso acabar con esa canalla...»

«—Mirad lo que hablais, caballero, responde el rey: hay »entre nosotros Napolitanos estraviados; no hay *canalla*.»

El ciudadano Levraud, ceñido con banda tricolor y acompañado de un oficial de sastre, que es su secretario de embajada, está en uno de los salones de palacio. Lleva el sombrero calado, y pasa sin saludar á nadie. Probablemente nada le parecerá mas republicano que la grosería.

Viene á pedir que cese la pelea y la mortandad; que haya clemencia.

«—Sí, hace el rey que le respondan; habrá *clemencia*, pero despues de la *victoria*.»

La lucha se sostenia con igual encarnizamiento de ambas partes. Por una y otra se peleaba con la misma intrepidez; cada uno de los dos bandos enemigos se creia seguro del triunfo. Comforti se presenta á la Cámara.

»—Diputados, dice el nuevo ministro del interior; todavia se pelean en las calles; es preciso poner término al combate; el rey quiere....»

«—¡El rey no tiene derecho de querer!» interrumpió una voz fiera.

El ministro palidece y se turba.

«—¡Abajo el gabinete abigarrado!» gritan algunas masas de sublevados.

Comforti vacila y parte.

Tres furiosos terroristas, Musolino, Andrés Romeo y Plutino, se precipitan en el recinto legislativo, donde van á dictar leyes.

«—¡No mas trono! no mas Borbones!» dice el Calabrés Musolino.

Y mostrando á Romeo con el dedo, continúa:

«—Solo la república puede salvar la patria; y ¡hé ahí el hombre que necesita!»

«—¡Ciudadanos! eso es ir muy aprisa; responden muchos diputados. Mas adelante; no es tiempo todavia.»

«—¡Fuera de aquí el socialista!» añade un miembro de la Cámara.» Reclamaciones; tumulto; furores.

»—¡*Mas adelante*! está bien, dice Musolino. Volvereis á verme dentro de una hora.

Cada minuto era un año.

Recorramos la calle de Toledo. Hallábase allí la guardia real que se habia dirigido al centro de la insurreccion. Habia dado principio á sus operaciones apoderándose de los primeros palacios que estaban próximos á la iglesia de San Fernando, de donde habia desalojado á los facciosos y fortificádose en su lugar. Desde allí disparaba sobre los otros edificios, que el enemigo convertia tambien en ciudadelas. No habia aun pasado la gran barricada; pero el cañon la batia en brecha; las bombas habíanla en parte derribado, y los lazzarones la asaltaban.

Los Suizos, que antes de los dos tiros del palacio Cirelli se retiraban á sus cuarteles, habian vuelto atrás, y por un pasaje angosto, el *Vico campana*, desembocaban en la calle de Toledo. Habiendo dado vuelta á la enorme barricada, que se halla ahora entre ellos y la guardia real, arremeten á paso de carga contra la gran obra del motin, y llegan á ella entre nubes de fuego, plomo y humo. Desde las ventanas, terrados, balcones y graneros los ametrallan y asesinan: ellos caen, pero no retroceden.

Los guardias nacionales y las pandillas de estranjeros que dirigian la insurreccion, hacian fuego detrás de los colchones, tapices y persianas en que se ocultaban de sus contrarios: combatian sin ser vistos, y mataban sin riesgo de ser muertos.

Los bravos de la Helvecia se hallan por fin al pié de la barricada; sus hermanos de armas están á la otra parte: se oyen, se responden: es un doble asalto de valor. El general Statella cae herido de una bala. Segun voces, le ha hecho fuego á quema ropa desde el balcon vecino una mujer, *la Brambilla*, actriz del gran teatro.

La pelea se hace espantosa.

Pero la guardia real y los Suizos tienen consigo al pueblo. Un grito, un prolongado grito de victoria, ha atravesado

el espacio; la barricada está por tierra, las tropas reales se han reunido. Aunque cada uno tuvo sus palmas á parte, todos van á recojerlas juntos.

Tomado el palacio Cirelli, los cazadores de la guardia rompen las puertas de este punto céntrico de la rebelion, y penetran en su recinto: pero así como en la calle cada edificio era un fuerte, ahora en cada edificio cada cuarto es un castillo, y se baten de sala en sala. Para llegar hasta los vivos, han menester saltar por encima de los muertos; y para pasar de un lugar á otro, atravesar lagos de sangre.

Y sin embargo, á cada instante llegaban á Monteolivetto mensajes del ciudadano Levraud, anunciando victorias sobre victorias.

«Triunfamos en todos los puntos, escribia á los diputados con la mira de exaltar su celo: el rey está en su agonia.»

Y hacinando mentiras sobre mentiras, afirmaba oficialmente que el almirante Baudin y su escuadra acababan de declararse por la insurreccion.

El diputado Zappetti, que llegaba del teatro de los combates, atraviesa prontamente la casa consistorial; entra en la sala donde se celebra el consejo, y echando sobre su mesa verde muchas balas ensangrentadas:

«¡Ciudadanos diputados! esclama; ¡hé ahí las generosas »concesiones que hace el rey á su pueblo! ¡Eso es lo que he »estraido del cuerpo de las víctimas, en las calles donde se »ametralla! Son los plomos del príncipe homicida.»

¿Y qué hacian los generosos filántropos, que se enternecian, puñal en mano, por los desastres de la guerra? Sus cofrades se habian apoderado de un *lancero* que venia de la *Pignasecca*; habíanle asesinado en el *Mercatello*, y paseaban su cabeza entre las aclamaciones de los rebeldes.

Entre tanto, las tropas del rey caminaban de triunfo en triunfo; no hay ya obstáculo para ellas. La guardia nacional reconoce al fin que toda resistencia es ya imposible; que se ha perdido toda esperanza, y que es fuerza rendirse ó morir.

La mayor parte prefieren rendirse.

Y la guardia real ¿dará ahora cuartel á la guardia nacional? ¿No es esta culpable de alta traicion? ¿No ha faltado afrentosamente á sus deberes mas sagrados?...

Los republicanos abatidos se deciden á apelar á la generosidad de los realistas; mas para librarse del primer arranque de furor que pudiera escitar la vista de sus uniformes, los mas culpables de los revoltosos se despojan de sus trajes, y se quedan en ropas menores; tremolan un pañuelo en sus manos, especie de emblema nacional que equivale á una bandera de misericordia, y se ofrecen todos de blanco á los vencedores. Era este el color del perdon; el color régio y sin mancilla.

¡Ah! no en vano los hombres de la rebelion habian contado con los soldados de la fidelidad. Dejóseles la vida á los vencidos, y se prohibió la venganza: castigáronse las represalias, y la clemencia descendió sobre los culpables, no solo del palacio del rey, sino hasta de las filas de los soldados.

Y este proceder ¿les grangeó al menos perene gratitud? No ciertamente; todo lo contrario. Como hay quienes en medio de la claridad del sol se atreven á negar la luz; el sistema de mentira y de calumnia tomó una estension mas monstruosa que nunca. El rey fué apellidado *bombardeador*: se afirmó que sus soldados eran *caníbales*: la *Italia roja* los representó como verdugos implacables que degollaban admirables víctimas; y la Europa, tantas veces engañada por los hombres de la impostura, tomó momentáneamente la lealtad por el crímen, y la infamia por la virtud.

¿Y el verdadero pueblo napolitano? ¿Dónde estaba durante aquellas horribles escenas de carnicería y destruccion? Hacia resonar por los aires los gritos de ¡*Viva el rey*!; se reunia á sus tropas; se armaba para defender el trono; y ardiendo en ira contra los anarquistas, era la viva espresion del pais... Por eso dijeron de él los secuaces de la traicion: «*Aquel pueblo fué un infame.*»

Los Suizos, en union con la guardia real, despejaron la famosa calle de Toledo, apoderándose en ella sucesivamente de todas las casas que persistian en defenderse. En *Santa Brígida* y el palacio *Lieto*, donde la resistencia fué obstinadísima, murieron muchos oficiales suizos (1).

Allí cayeron una multitud de valientes. ¡Ay! ¡cuántas páginas necesitaria la relacion de los heróicos hechos de aquella fatal y brillante jornada! Contrístase el alma, pero admira; padece, mas aplaude. Es gloria lastimosa, pero es gloria al fin.

Todas las barricadas fueron tomadas y destruidas unas tras otras. Los rebeldes prendieron fuego al palacio Ricciardi, donde se reunia el gran club nacional, donde estaba la imprenta mas revolucionaria de Nápoles, y donde se hubieran encontrado los papeles que mas podian comprometer. Las llamas se estendieron inmediatamente al maderámen del techo con increible rapidez. En vano se trató de apagarlo; nadie pudo dominar al incendio (2).

Hubo entre los rebeldes una dispersion general. Las calles estaban cubiertas de fusiles, sombreros con plumas, sables sin vaina, cinturones y uniformes que iban tirando en

(1) Entre otros el capitan Rodolfo di Sturler, el capitan Murait, el teniente Dugumuez y el mayor Salis Salio.

(2) Hiciéronse allí muchos prisioneros, entre ellos Giaciatto Galanti y el Siciliano Corvaia.

su fuga. Aquí se les veia correr desnudos por los tejados, descolgarse por las canales, y romperse la cabeza contra las piedras. Allá se divisaban unas como fantasmas, arrolladas en paños lo mismo que difuntos amortajados, las cuales descolgándose por las ventanas por medio de cuerdas, iban á pedir refugio á los cementerios, y á tenderse allí en las sepulturas. Los albañales eran asilos; aun hubo quienes se arrojaron en los pozos; y habia llegado á tal punto el espanto de los fugitivos, que se mataban ellos mismos... por vivir.

Acercábase á su fin la jornada. ¡Oh complemento de delirio revolucionario! Cuando entre los rugidos de la guerra el valor del ejército realista brillaba con el mas vivo resplandor, los sesenta ú ochenta diputados que estaban en sesion permanente en Monteolivetto, se entregaban á todas las ilusiones de sus demagógicas esperanzas. Resplandecia en los semblantes indecible júbilo, porque todas las estafetas del ciudadano Levraud y compañía les traian las noticias siguientes:

«—Las gentes de Nápoles y sus alrededores se levantan «en masa contra el rey.»

«—Los Franceses han desembarcado para sostener la san»ta causa de la revolucion.»

«—Fernando II ha tomado la fuga.»

Era en verdad para perder la cabeza de contento: así es que todas estaban perdidas. La Cecilia y Ricciardi entonaban himnos de triunfo. Mas hubiera valido desenvainar espadas heróicas; pero hablar les parecia combatir.

La Cámara habia formado un gobierno provisional con el nombre de JUNTA DE SALUD PUBLICA (1), segun las tradic-

(1) Los individuos de esta junta eran Lanza, Topati, Giardini, Belleli y Petrucelli, secretario (*Storia degli ultimi fatti*, pág. 331).

ciones evocadas de las catacumbas de 1793; y tan ridícula antigualla fué saludada con furiosa vocería.

«—¡*El destronamiento! el destronamiento!*» gritaban los terroristas de afuera.

«—*Sí, sí; ¡á votar el destronamiento!*» repetian los facinerosos de adentro.

La *Junta de salvacion pública*, no puede reflexionar ni deliberar, en medio de las sangrientas fascinaciones que trastornan juntamente su juicio y su pensamiento. Levántase aturdida, ciega; apenas sabe lo que va á hacer, y aun menos lo que va á decir. Tiembla en medio de su audacia; pero retroceder no es posible. Está en la fatal pendiente, y es preciso que ande, que avance, y baje rodando á lo profundo del abismo... Se pronuncia el destronamiento (1).

Al instante se precipitan sobre el busto del rey, que estaba en un pedestal en medio de la sala, y lo arrojan por la ventana.

«—¡*Muera el tirano!*» clama una voz.

Pero óyense otras mas fuertes que gritan: «¡*Viva la república!*» Se habia llegado al término.

Al oir estas tres funestas palabras: «¡*Viva la república!*» el arcediano Samuel Cagnazzi, presidente de Montcolivetto, que llevaba la cruz de Malta en el ojal, se siente acometido de estraños vértigos. Aunque anciano de noventa años, figúrase que ha descendido sobre él una regeneracion maravillosa. Levanta al cielo sus brazos; se quita miserablemente del pecho su insignia de caballero, y el viejo *Samuel*, creyéndose un nuevo *Simeon*, canta con voz temblona y llorando:

«¡*Nunc dimittis servum tuum!*»

(1) Informe del ministro de negocios estranjeros de Nápoles, pág. penúltima. Se formó y se firmó el acta de destronamiento.

Terminada esta farsa, Miletti, antiguo profesor de esgrima, sale con su tropa calabresa, á anunciarle al pueblo la gran noticia y avivar la insurreccion.

«¡Buen ánimo! ciudadanos! gritaba recorriendo las ca»lles: la república está proclamada. La Cámara ha declarado »á Fernando II privado para siempre de la corona; su mujer »y sus hijos serán deportados á alguna isla remota. Los Fran»ceses, que han acudido en nuestro auxilio, cortarán la reti»rada al rey bombardeador, y morirá al filo de nuestros pu»ñales. ¡Ciudadanos! ánimo! ánimo! ¡Muera el soberano parri»cida! ¡Salvemos juntamente á Nápoles y á Europa!»

Y blandia su espada, como lo hacen los demonios de teatro, cuando sacuden sus crines y hachones.

No se oia ya el cañon. Los diputados, convencidos del triunfo de su causa, aguardaban sus alegres pormenores: hallábanse en la embriaguez de su saturnal, cuando entra un emisario despavorido:

«—¡Ciudadanos! ¡estamos perdidos!»

«—¡Nosotros! ¡perdidos! ¡Pues si triunfamos!»

«—Error; ¡ciudadanos! ¡Os engañan!»

«—¡Este pobre está loco! La tropa se acerca. ¿Ois á lo lejos esas charangas?

«—Sí; pero esa es *la guardia real.*»

¡Santo Dios! ¡qué horrible despertar!... ¡y tras tantos y tan hermosos sueños!... Tocaba ya el tambor en la plaza del Cabildo, y acercábanse numerosos regimientos. Los diputados corren á las ventanas: eran en verdad las tropas del rey. ¡Ay! el *provisional* se acabó. Hácese añicos á toda prisa el acta de *destronamiento*. Cámara, junta, presidentes, salud pública; todo aquel baturrillo se desbarata. Constitucionales y republicanos se hunden en el mismo abismo. Ya no hay trono que pulverizar, ni república que vaciar en el molde, ni *nunc dimittis* que cantar.

Aquí se cambia la escena anterior. Un ayudante de campo del general Nunziante aparece á la entrada de la sala, y encarándose con los representantes:

«—Salid, señores, les dice; y «¡*Viva el rey*!»

«—El pueblo va á acuchillarnos, interrumpe un diputado con voz humilde y temblorosa.

«—El rey me ha enviado en vuestro auxilio, replica sonriendose el oficial; tengo el encargo de protegeros.

«—¡*Viva el rey*! grita la Cámara.»

Y el grito se repite afuera, mezclándose con el ruido de los clarines y trompetas. Los soldados y el pueblo no tardarán en invadir la sala.

Habiéndose alejado por un momento el ayudante de campo del general Nunziante, con objeto de buscar á su jefe y ejecutar varias órdenes, el miedo vuelve á apoderarse de los diputados. Oian oleadas de militares y lazzarones que atravesaban los largos corredores de Monteolivetto, y se dirigian hácia ellos profiriendo amenazas. El glorioso presidente Gagnozzi y sus sublimes magistrados ¿van á morir en sus sillas curules, como los Romanos de tiempos remotos al aproximarse los antiguos bárbaros? No: á otros tiempos otros procederes.

Sabiendo perfectamente que si ellos hubieran triunfado, el rey no hubiera tenido que contar con su misericordia, no pueden, vencidos, creer en la clemencia del rey. Juzgan del corazon ageno por el suyo propio.

El diputado Petrucelli, el mas atrevido del *provisional* y de la *salud pública*, el que hubiera remedado á *Barbés* y modeládose por *Saint-Just*, si Nápoles le hubiera dejado obrar; todo angustiado ahora, se cuela primero en el lugar *antiheróico*, llamado vulgarmente lugar *comun*; suplica luego á un buen gendarme que le preste su uniforme, y disfrazado de guerrero se escapa.

:

Ricciardi salta por una ventana; idea robada á *Ledru-Rollin.* Los que se parecen... se copian (1).

La Cecilia iba á seguir el mismo ejemplo. Se habia ya desembarazado de su cimera, que nunca le habia sido necesaria; y se hubiera despojado de su toga, si hubiera llevado este adorno. Echaba lejos su espada, diciéndole en voz ininteligible: «¡*Fuera! instrumento inútil*!» y tenia la pierna ya fuera de la ventana libertadora, cuando el diputado ***Barracca*** le agarra fuertemente... por detrás; y le grita con el acento de una justa indignacion:

«¡Hermano! ya que nos has puesto en la masa, sabe al menos morir en la artesa.»

Y La Cecilia no puede huir: mas como sabia el viejo proverbio de que *lo que se difiere no se quita,* mas adelante se le vió... huir otra vez (2).

Entonces se escapaba tambien por la parte del mar el valeroso ***Mileti***; pero sus palabras no eran ya cantos de triunfo. «¡Ciudadanos! estamos j... perdidos» ; decia con voz jadeante. Y luego, como no tuviese aun otro culto en su corazon que el de las insurrecciones; culto, providencia y eternidad de los bandidos; gritaba á los amotinados: «¡Vamos, hijos de la libertad! ¡A lo ancho! ¡á la montaña! ¡á las Calabrias!»

Seiscientos rebeldes habian sido hechos prisioneros; se les habia puesto en una fragata, y estaban consentidos en que serian juzgados y fusilados. Pero el rey Fernando no solo les perdonó la vida, sí que les volvió tambien su libertad. Muchos hasta recobraron sus destinos; que el *tirano* de Nápoles nunca obra de otro modo.

(1) *Historia de los sucesos de Nápoles en 15 de mayo*, por el conde Marulli.

(2) La misma obra.

Por la tarde todo se habia rematado. Los odiados caudillos habian desaparecido. «*En las insurrecciones*, murmuraba callandito uno de ellos, *nunca salen aporreados sino los instrumentos imbéciles.*» Fernando II, noblemente auxiliado por sus valientes, habia reconquistado su corona. Merced á su generoso amparo, los diputados de Monteolivetto se libraban de la furia del pueblo, y atravesaban la capital rodeados de gendarmes salvadores, pero perseguidos por la silba del público. Todas las lumbreras de la *Italia roja*, encendidas con el viento de las repúblicas, habíanse apagado en el lodo. El perdon siguió á la victoria. El pueblo estaba enagenado de contento, porque sus tiranos habian desaparecido. Hasta la calle de Toledo se engalanaba con banderas blancas. El ejército habia salvado á la monarquía, y Dios al rey (1).

(1) Acerca de todos estos pormenores, véase la *Storia degli últimi fatti di Nápoli*, y la ya citada del conde Marulli.

CAPITULO OCTAVO.

El rey y la Constitucion.—Insurrecciones en la Calabria.—Hazañas del ejército napolitano.—Victoria del general Nunziante.—Derrota de la junta de salud pública calabresa.—Continuacion de la revolucion siciliana.—Constitucion en Palermo.—El duque de Génova proclamado rey.

Fernando II habia cambiado su ministerio en la jornada del 15 de mayo. Su nuevo gabinete, mitad monárquico y mitad radical, se componia provisionalmente así: el príncipe Cariati, presidente; el príncipe Ischitella, el príncipe Torella, Gigli, Bozzelli, el general Carascosa, y poco despues Ruggiero.

Nápoles, en lo recio de las catástrofes de Italia, se levantaba gloriosa y prepotente. Sus soldados, tan mal juzgados por espacio de mucho tiempo en Europa, acababan de probar que eran mas fieles que muchos otros, y tan intrépidos como los que más. La *jóven Italia* se estremecia y recordaba una carta de Magari, escrita desde Berna en 1846 á uno de los comités directores que estaban á sus órdenes, y concebida en los términos siguientes:

«El Piamonte es nuestro por Cárlos Alberto, triste natu-
»raleza que tiene los instintos revolucionarios y los compri-
»me por el cilicio. Tambien tendremos la Toscana, cuando
»bien nos venga. Roma no se resistirá por mucho tiempo.
»Solo Nápoles me parece de temer; y si no favorece al mo-
»vimiento, por allí es por donde podrá venir nuestra perdi-
»cion (1).»

En 16 de mayo fué licenciada la guardia nacional, y resuelto que se llamasen las tropas enviadas á la Lombardía. Habíanse refugiado á bordo de la escuadra francesa treinta ó cuarenta diputados; impelido por los cuales envió el almirante Baudin al ministerio una nota diplomática, donde protestaba en términos nada corteses contra las ideas de reaccion que sin duda iban á seguir al triunfo de los realistas. El príncipe Cariati, anciano general que habia servido á las órdenes de Murat y ganado todos sus grados con la punta de su espada, tiró á un lado la nota con indignacion.

«Comandante, respondió al oficial portador del despacho;
»he sido militar como vos; he peleado en los ejércitos de
»Napoleon; estuve en Moscou; llevo como vos la condecora-
»cion de la Legion de Honor. Y ¡bien! yo os declaro que nin-
»gun hombre honrado y leal puede responder á una nota,
»como la que acabais de entregarme. Retiraos (2).»

El 17 de mayo fué la Cámara disuelta. ¿Quién describiria los furores que tuvo la *Italia roja*, al saber la completa derrota de los revolucionarios de Nápoles? Las Cámaras de Palermo, no solo decretaron un luto de tres dias, sino que

(1) *Histoire du Sunderbund*, por Cretineau Joly, t. II.
(2) El almirante Baudin volvió á enviar otra nota infinitamente mas moderada y escrita cual convenia. Esta fué recibida.

propusieron enviar inmediatamente al coronel *Porcelli* y al capitan de navío *Miloro,* que se apoderasen de la capital de las Dos Sicilias. Los pares aplazaron la cuestion, anunciando que la espedicion era supérflua, en atencion á que Parthénope debia estar ya reconquistada por las provincias del reino. Tan feliz nueva fué aplaudida, y se pasó á otros embustes.

Turin fué todavia mas estravagante. Acababa el parlamento piamontés de abrir la sesion, cuando un diputado llamado Ravina, refiriendo el desastre de los insurgentes napolitanos, hasta se atrevió á proponerle á la Cámara que declarase lo siguiente:

«1.° Que por honor del gobierno piamontés y por la sa»lud de Italia, Fernando II debia en adelante ser reputado »como un enemigo público y como un tirano parricida:

»2.° Que se enviara un mensaje al rey Cárlos Alberto, »suplicándole tuviese á bien tomar inmediatamente bajo su »proteccion al reino de Nápoles y á sus infelices habi»tantes:

»3.° Que se invitara á toda la Península á que acudiese »con las armas en la mano á librar á Nápoles:

»4.° Y que se levantara una *columna de infamia*, en »que estuviesen esculpidos los nombres del horrendo Fernan»do y de sus odiosos defensores (1).»

Y el tal Ravina, en un siglo de civilizacion en que se permitia reflexionar, y ante hombres que no estaban todavía en ninguna casa de locos, no fué ni despreciado ni silbado. Los hermanos y amigos del propio diputado, prosiguiendo el mismo estilo de estravagancia y felonía, escribieron y publicaron que el rey de Nápoles, atemorizado él mismo de su triunfo, habia dispuesto que una gitana le dijera la buenaventura, y un canónigo le diera la estremauncion (2).

(1) *Crónica popular.* Liorna, 1848, t. III, p. 155.
(2) *Crónica popular*, t. III, p. 205.

No menos se realzaba por eso el trono del rey de Nápoles con poderoso esplendor y gloria en las aclamaciones del pais. Entrado Fernando II en la plenitud de sus derechos, ya no tenia mas que abolir aquella Constitucion que únicamente habia causado desastres: mas aunque la prueba habia sido tan fatal, que no debiera haberse repetido, publicó no obstante con ánimo generoso la proclama siguiente:

«¡Napolitanos! profundamente contristado por los horroro»sos acontecimientos de mayo, nuestro mas vehemente de»seo es mitigar sus consecuencias cuanto sea posible. Así »nuestra voluntad será mantener la Constitucion del 10 de »febrero. Se convocarán otras Córtes; y yo cuento con la »sabia prudencia de los diputados para trabajar en la reor»ganizacion del poder, etc. etc.»

Pero la tal Constitucion ¿podria y deberia darle la paz al reino que habia precipitado hácia el abismo? Lícito seria dudarlo.

En aquel mismo mes de mayo, París, que se habia lucido ya con la friolera de once Constituciones diferentes desde 1789 para acá, llegaba á reconstituirse otra duodécima vez, aguardando otra y otra, por cuanto Francia no se creía aun definitivamente constituida. La república del 24 de febrero, zapeada el 15 de mayo por otra república, habia estado á pique de recibir el inapreciable beneficio de una nueva reorganizacion social. Pero ¡ay! todas esas constituciones que iban llegando una trás otra, toda esa procesion de Cartas fúnebres que pasaban con mas ó menos prisa desde la cuna al ataud, ¡á dónde conducian á la Francia!

Un poder y leyes, continuamente envilecidos por los escándalos de la tribuna y entregados siempre á la irrision y al odio por la imprenta, ¿pueden ser por ventura fuertes y duraderos? Tales son las preguntas que se hacen hoy en dia los pensadores políticos. El gobierno representativo hasta la

presente no ha sido mas que un gobierno de charla, intrigas, especulaciones y mentiras: es incapaz de hacer cosas grandes, porque bate en brecha á todas las profundas inspiraciones del genio, y únicamente favorece los viles manejos de la medriocridad: necesita de pequeñeces, cábalas, artificios y corrupcion: no anda, sino que se arrastra; no se levanta, sino que se hunde. Lo que él quiere y ansia son nivelaciones, justos-medios, necedades y tablas-rasas.

Pero ¿cómo es, se dirá, que Inglaterra tiene una monarquía constitucional? Sí; la tiene, pero sostenida por una aristocracia prepotente. La demagogia no va á echar allí sus babas y porquerías: cada clase tiene sus privilegios, cada individuo sus derechos. Pero en Francia y en todos los paises que la imitan, no quedan ya ni clases, ni privilegios, ni derechos; y los hombres están vergonzosamente segregados en átomos sin valor. Francia es á la presente una enorme nacion de hombrecillos, un encumbrado monton de grano: todo en ella se mueve fácilmente, pero nada tiene fuerza.

Una noche, en el año de 1815, el ministro Fouché señaló con el dedo á un alto personaje, á Benjamin Constant, que estaba platicando á solas con el consejero de Estado Thibaudeau; y mirando á su reloj dijo: «Apuesto, con solo »ver lo animado de su plática, á que está tratando de otra »nueva constitucion. Pues bien: á esta misma hora juega »Napoleon su corona en una batalla decisiva. Pero vencido, »no hay necesidad de constituciones; y vencedor, él sabrá »muy bien pasar sin ellas.»

Aquella noche era la de Waterloó.

«Me gusta mas, decia recientemente el emperador Nicolás, la realidad que los embustes. Un soberano prepotente hace que marche la civilizacion con el bienestar de su pueblo; pero una monarquía representativa no es mas que una bom-

ba aspirante de insercion, que únicamente arroja borbotones de palabras (1).»

Vamos á rematar por este juicio de un oráculo del socialismo: «La monarquía constitucional no ha dado otro re»sultado que la corrupcion: así es que ha perecido en Fran»cia, no en un campo de batalla, sino en un mula»dar (2).»

El triunfo del 15 de mayo no habia desanimado aun á los eternos enemigos del órden y de la justicia. Carducci habia otra vez levantado en *Salermo* y el *Cilento* el pendon de los rebeldes, y convocado á la guardia nacional del pais, de quien era comandante general, para marchar con las armas sobre Nápoles. Sus arengas patrióticas, producian en algunos lugares tal efecto, que en *Amalfi* particularmente, ciudad famosa en la edad media por sus instituciones republicanas, quisieron forzar no tan solo á los ciudadanos mozos á que se proveyesen de carabinas y cartuchos, sino tambien á sacerdotes ancianos á tocar con tambor á cuestas llamada y generala (3).

Una de las cohortes de Carducci llegó á Aversa, que está situada cerca de Caserta; pero el bravo coronel Statella, que despues ha ascendido á general, cayó sobre ella y la deshizo. Iban ya poco á poco apagándose los primeros ardores de la insurreccion, cuando el famoso Mileti, aquel que el 15 de mayo gritaba corriendo por las calles de Nápoles: ¡*A lo ancho*! ¡*á las montañas*! ¡*á las Calabrias*! seguido de los mas

(1) Asamblea nacional, 7 de julio de 1850.
(2) Proudhon, *Confessions d'un révolutionaire*, p. 188.
(3) Mateo Camera, célebre autor de la historia de Amalfi, se opuso en esta ciudad y en otras muchas á las furibundas maniobras de Carducci. Por su influencia se calmaron los ánimos, y no salió nadie á pelear.

exaltados de la disuelta Cámara, apareció de improviso en *Cosenza,* para donde se habian citado los rebeldes.

Toma al punto la insurreccion nuevos bríos, y organízase en 3 de junio un gobierno provisional, es decir, otra *junta de salud pública* que tenia de presidente á Ricciardi (1).

Mileti, que fué nombrado general en jefe, quedó encargado de pasar á Paola, para evitar el desembarco de las tropas que debia el rey enviar á las Calabrias. Otros jefes militares, particularmente *Altimeri*; puestos al frente cada cual de su partida, se encargaron de defender lo interior del pais. La *junta de salud pública* se ocupó tambien en la administracion civil: cambió todos los funcionarios, y proveyó todos los empleos; con lo cual se creyó al fin ser algo.

Pero el general Nunziante, investido de la confianza del rey, se dirigió hácia las Ca'abrias con fuerzas imponentes: estableció su cuartel general en Monteleone, en tanto que los generales Busacca y Lanza, enviados á la estremidad septentrional de aquella comarca con órdenes de venirse á juntar con él, debian poner á los rebeldes entre dos fuegos.

Tenian estos su cuartel general en *Filadelfia,* cerca de *Nicastro*, y ocupaban á *Curinga.* Su vanguardia estaba en las riberas del rio *Angitola.* Habíanseles reunido 600 Sicilianos, al mando del Italiano Ribetti (2), y al frente de todos estaba el oficial de la artillería napolitana *Longo,* que había abandonado sus banderas.

(1) Eran los miembros de la junta Domingo Mauzo, Estanislao Lupinacci, Benito Musolino, Francisco Federici y Juan Mosciari. El secretario fué Julio Medaglia, y Rafael Valentini, que lo presidió un poco tiempo antes que Ricciardi, tomó el título de comisario del poder ejecutivo, como quien dice, su alguacil mayor. (Véanse los *Documenti stòrici riguardenti l'insurrezione.*)

(2) Está ahora preso en el castillo de Sant'Elmo. En este fuerte, del cual han dicho que estaba lleno de presos hacinados unos sobre otros, solo hay dos ó tres encarcelados, de los cuales uno es *Ribetti.*

Principiaron las hostilidades el 26 de junio, poniéndose en movimiento las columnas del general Nunziante con direccion al puente de Angitola, donde debian atacar al enemigo, mientras que el mayor Grossi procuraba tomar á Filadelfia. El general, persiguiendo á los rebeldes, pasó bien pronto el rio, y se metió por las angosturas de Campolongo, inmediato á Bevilacqua, donde cercado el camino de selvas y matorrales, daba vueltas y revueltas por entre montes inaccesibles. Era el paso peligroso, porque apostados los Calabreses en la aspereza de sus peñascos, podian sin riesgo hacer fuego. Pero el valeroso Nunziante, rehaciendo sus soldados, echó pié á tierra entre ellos, y se puso él mismo á su cabeza para animarlos á zapear á los facciosos de sus montes y guaridas.

El enemigo, á su turno, no tardó en ser atacado y deshecho. Hubo allí horrorosa matanza. *Mazzei* y *Morelli*, famosos entre los rebeldes, perecieron en la pelea; y echados de sus posiciones mas fuertes, tuvieron que darse á la fuga, dejando franco el temible desfiladero (1).

Entretanto hubo de suceder un lance desagradable; y fué que muchos soldados napolitanos dispersos en los primeros encuentros del paso, retrocedieron hácia *Pizzo*, seguidos del caballo del general Nunziante y de algunos otros oficiales de su estado mayor. Los fugitivos no solo alarmaron á los habitantes de Pizzo, sino que para poner á cubierto su cobardía, les anunciaron que el ejército realista habia sufrido una derrota, y dieron por prueba las monturas abandonadas por sus jefes. Esta falsa noticia se creyó.

El mayor Grossi, habiendo llegado cerca de Filadelfia y recibido una diputacion que le anunciaba la sumision de la ciudad sin ninguna resistencia, envió á tomar posesion de

(1) *Documenti stórici riguardenti l'insurrezzione cálabra*, página 617 y siguientes.

ella á algunos destacamentos, que no bien habian entrado en su recinto, cuando fueron traidoramente ametrallados. Grossi, que estaba á poca distancia, acude enfurecido, manda asaltar, hace trizas á los insurgentes, les toma cinco piezas de cañon, y entra victorioso en la ciudad.

Desde allí debia ir á unirse con Nunziante, que se hallaba al otro lado del Angitola: pero en el camino hubo de encontrarse algunos de los fugitivos que se refugiaban en Pizzo; y no sabiendo qué pensar con respecto á las malas nuevas que se le daban, en tanto que el general, habiendo atravesado victoriosamente el mal paso, se enseñoreaba de todo el territorio enemigo del lado del *Maida*, Grossi retrocedia tambien hácia Pízzo á tomar allí noticias mas fidedignas.

¡Oh fatal resolucion! Estaban sus soldados acampados en la ciudad, cuando un tiro de fusil, descargado por desgracia contra un centinela, recuerda en ellos el pensamiento de otro atentado como el de Filadelfia. ¡*A las armas*! *traicion*! *traicion*! gritan llenos de rabia; y á despecho de sus oficiales que procuran contenerlos, se precipitan sedientos de venganza sobre los habitantes de Pizzo.... Aquella jornada fué horrorosa (1).

En el ínterin el general Nunziante, satisfecho del acierto de sus operaciones militares, y destruidos en Maida los restos de las tropas enemigas, habia vuelto á Pizzo. Profundo fué allí su dolor... (2)

La insurreccion calabresa habia sufrido un golpe decisivo y mortal. A Nunziante y Grossi vinieron á juntarse Busacca y Lanza, quienes por su parte tambien habian batido á los facciosos donde quiera. La *junta de salud pública*, que á

(1) *Documenti stórici riguardanti l'insurrezzione cálabra*, página 622.

(2) El general puso todo su esmero en reparar los desastres de la ciudad; lo que consiguió en parte.

duras penas pudo salvarse á sí misma en *Catanzaro*, echada de allí hácia el mar, se embarcó... y desapareció.

Pasó Nunziante á *Catanzaro*, capital de la Calabria central. A su vista el entusiasmo de los pueblos fué grandísimo. Longo y sus 600 Sicilianos, que se habian abalanzado en barcas sobre las playas vecinas, fueron perseguidos por el buque de guerra *Stromboli*, y hechos prisioneros cerca de Corfú sin ninguna resistencia ni combate. Todos se rindieron á discrecion.

Si algun oficial mereció en alguna ocasion la muerte, ese fué el coronel Longo. Sobrino del general Desauget, habia sido cogido y perdonado en la primera conspiracion siciliana; pero habiendo abandonado otra vez sus banderas, hélo ahora cogido con las armas en la mano á la cabeza de los Sicilianos rebeldes. Un consejo de guerra lo condena á ser fusilado, y el ministro del ramo reclama su ejecucion para escarmiento necesario: pero el rey no puede decidirse á firmar la sentencia, y Longo conserva su vida.

« *Hago quizá mal*, decia el príncipe ; *pero quiero obrar á mi manera, y le perdono.*» ¡Hé ahí á ***Fernando el feroz***!

En el mismo caso que Longo estaba otro oficial llamado ***Franci***. Pero Fernando II no podria dormir tranquilo despues de sancionar cualquier decreto de muerte; y Franci alcanzó tambien su gracia. ¡Hé ahí al ***soberano sin piedad***!

Otro ejemplo de regia misericordia. Leone, oficial de voluntarios Napolitanos, estando en la Lombardía enseñaba un puñal diciendo: «***Este matará á Fernando II.***» El hecho se justificó; Leone fué preso; mas no pereció. ¡Hé ahí al ***tirano homicida***!

¿Y Carducci? ¿qué fin tuvo? Volviendo de las Calabrias,

despues de otra vez derrotado, pero provisto, segun decian, de 80,000 francos (1) que habia sacado á viva fuerza del bolsillo de los recaudadores de la comarca, vino á dar en un monte con un paisano llamado *Vicente Peloso*. Hubo entre ambos al punto una lucha terrible, cuerpo á cuerpo, sobre unos peñascos y en la oscuridad de la noche. Mas Peloso echó á tierra al foragido, y su daga fué sin piedad. La cabeza del famoso insurgente, puesta en una olla con sal, fué irónicamente regalada á sus correligionarios de Nápoles (2).

¿Y Mileti? Digamos una palabra sobre este hombre: contemos primero su historia.

Era maestro de armas en Reggio, cuando entró en el servicio militar. Ya, bajo sus banderas, fué tres veces condenado á muerte por actos de rebelion, y otras tantas perdonado.

En los primeros años de su vida se habia atraido su ódio un enemigo de sus padres: cincuenta años despues, hecho cabecilla revolucionario, habiendo entrado al frente de sus secuaces en los lugares donde en otro tiempo vivia aquel enemigo, que á la sazon no existia ya, echó mano á una veintena de miembros de su familia, viejos, mujeres y niños, y á todos los mató.

¿Pagó con su muerte su vida?... No: faltóle el brillo vengador de que sus crímenes eran dignos. En lo mas espeso de un monte, sin testigos y á la orilla derecha de un riachuelo, diéronle sigilosamente de puñaladas.

Así terminó la guerra de la Calabria; aquella que con tanta pompa anunciaron los *Solones* de la *Salud pública* en la siguiente proclama:

(1) 300 mil y pico de reales.
(2) Esta cabeza, ensartada en un chuzo, fué paseada en Cosenza por los habitantes de aquella comarca.

«¡*A las armas*! hijos sublimes de los Brucios! (1) fogosos habitantes de *Grecia la Grande*! ¡Vosotros que *caminais* tan gloriosamente *sobre la tumba de todo un pueblo de héroes*! ¡Calabreses! ¡*vencedores de cien batallas*! á las armas! El ángel de la guerra ha puesto ya en las cumbres de nuestros montes su asiento de inmortalidad, y sacudido su melena de llamas. ¡*Venganza*! gritan las víctimas de Nápoles. ¡*Venganza*! repite la Italia entera, estupefacta de los crímenes inauditos del 15 de mayo. ¡*Venganza*! clama todavia el pueblo rey, cuyos sagrados derechos tan audazmente han sido hollados con los piés. ¡A las armas! ¡*venganza*! ¡*venganza*! (2)»

Y la *junta de salud pública*, con su *ángel de la guerra* y su *melena de llamas*, no *caminó* sino lastimosamente *sobre la tumba de todo un pueblo de héroes*. Como *vencedora de cien batallas*, estuvo lejos de pararse, y fué á probar otra vez cuán verdadero es que de lo sublime á lo ridículo... no hay mas que un paso.

Pero vamos ahora á la Sicilia, donde las ilusiones revolucionarias se habian conservado en todo su lozano verdor. Allí se trabajaba sin descanso en la gran ley fundamental que andando el tiempo habia de regir al Estado, bajo el cetro del príncipe dichoso que debia revestir la púrpura. Este príncipe, que no se sabia de donde tomarlo, tenia el prestigio romántico de lo vago y la gracia misteriosa de lo desconocido: estaba por elegir aun...

Habíase visto que Sicilia le tenia cierta adoracion particular á la antigua Constitucion de 1820, y por lo mismo andaban buscándola para copiar sus artículos; pero por mas que se preguntó por ella á todos los archivos, á todos los ecos y á todas las tradicciones, nadie supo dar razon. Ni

(1) *Documenti stórici*, pág. 146.
(2) Antiguos Sámnites.

el menor vestigio se encontró de aquel modelo constitucional.

Pero siendo tan predilecta en el país, pudiera al menos escribirse otra vez de memoria... ¡Ay! otra imposibilidad; pues no hubo nadie capaz de hacer tan admirable promulgacion: ningun Siciliano sabia siquiera la primera palabra de aquella Constitucion tan adorada.

Hubo por tanto que reconstruir, modificar, alterar, revisar, mejorar y volver á empezar la de 1812; mas no por esto dejó de dotarse á la generacion siciliana con derechos para volverla á revisar, modificar, alterar, mejorar y hasta empezar nuevemente.

«—Señores, dijo un dia el par *Castiglione* en la Cámara; nuestra gloriosa revolucion cuenta ya seis meses de fecha, y aun no tenemos rey. Decidnos siquiera los candidatos que se presentan, y discutiremos sus títulos.

«—¡Paciencia! respondió solemnemente el presidente de la Cámara; pues todavia no se han rematado las modificaciones, cambios, mejoras, revisiones y recomposturas de la ley fundamental. Tened en cuenta que aquí se trata de un monumento inmutable, que debe atravesar los siglos...»

Tan evidente y tan seguro era esto, que quedó sin réplica.

Por fin, en el mes de agosto de 1848 estaba ya la grande obra casi concluida, é iba á ser adoptada *para siempre jamás*; cuando llegó á la Cámara de los diputados un mensaje de la de los pares, anunciando que sus señorías deseaban á otro dia revisar el trabajo de los representantes; despues de lo cual procederian á elegir al rey de Sicilia.

«—No, no; responden los diputados; nada de *mañana*: *hoy mismo*.»

«—Pero ¿cómo examinar todos los estatutos?»

«—No hay mas que noventa y seis artículos.»

«-Es menester reflexionar todavia sobre su contenido.»

«—Eso puede hacerse en una hora, y se vota por inspiracion.»

Estas réplicas parecieron totalmente justas; y aunque la Cámara de los diputados no habia concluido siquiera de coordinar sus conceptos; con todo, saltó á pié juntillo por cima de los últimos recortes de su pirámide legislativa: tenia que dar ejemplo, y se acabó.

La Cámara de los pares se constituyó al punto en permanencia, y meditó concienzuda, madura y profundamente, en el espacio de algunos minutos, sobre los treinta y tres primeros artículos fundamentales de su gloriosa constitucion. Luego envió á decir con toda premura á los honorables representantes: «Ahí van *treinta y tres aceptados.*»

Poco despues, otro mensaje llevaba á los diputados la buena nueva siguiente: «Ahora van hasta *setenta.*»

En fin, tercero y último mensaje con estas venturosas palabras: «*Adoptados los noventa y seis articulos* (1).»

La constitucion habia corrido en posta; se habia confeccionado al vapor, habiendo hervido maravillosamente la caldera legislativa. Los pares con su hábil presteza no les habian hecho á los estatutos de los diputados mas que modificaciones de poca importancia. Habian, por ejemplo, pedido que «*la religion del Estado fuera esclusivamente católica.* Esta menudencia pareció demasiado insignificante para escitar la menor dificultad.

Otra obtuvo menos aceptacion; á saber: «*La tribuna y la imprenta no serán libres, sino mientras respeten la moral y la religion.* Esta reclamacion indignó á las almas nacionales, y se tuvo por antipatriótica: hubo enmiendas y sérias

(1) Véanse los periódicos Sicilianos de entonces.

conferencias; y por último se tomó un término medio que dejó las cosas en la vaguedad.

Luego, con arreglo á los usos y costumbres que hay en tales casos, la constitucion fué votada y aceptada con entusiasmo y por unanimidad por todos los pueblos de la Sicilia.

A media noche, hora solemne, otro mensaje en posta de la Cámara de los pares: trátase de una medida importante y de una decision capital. Sus señorías han pensado que antes de cederle la autoridad suprema al rey de Sicilia, debia el jefe del poder ejecutivo *Ruggiero Séttimo* recibir un espléndido testimonio de la gratitud nacional. Así proponen el decreto siguiente:

«Teniendo Ruggiero Séttimo un derecho inmortal á la gratitud Palermitana, se le concede para siempre el privilegio de recibir en adelante... todas sus cartas francas de porte.»

En el preámbulo de este decreto se hacia observar, que el mismo honor le habian concedido á Washington los Estados-Unidos.

Hubo aclamaciones estraordinarias...; pero no tanto como la munificencia de los pares.

«Señores, dijo el presidente de la Cámara popular: solo nos resta ahora designar al hombre afortunado que haya de gobernar nuestra generosa nacion: hagámoslo con aquel mismo fervor que declaró el destronamiento de Fernando II.»

Conmocion en todo el recinto. El reino siciliano va á elegirse un monarca; las campanas tocan como á rebato; la solemnidad, que empezaba cual si se celebrara un nacimiento, toma ya el carácter de una especie de entierro.

El diputado La Rosa es llamado el primero al escrutinio, y en alta voz pronuncia su voto:

«Alberto Amadeo de Savoya, duque de Génova, hijo de Cárlos Alberto.»

Todos los diputados se levantan espontáneamente, y el mismo nombre sale de todos los labios al propio tiempo. Aquello era el bello ideal de la unanimidad.

Otro mensaje todavia de la Cámara de los pares: sus señorías, por una interpretacion milagrosa, habian elegido el mismo monarca.

«Señores, dice el enviado; el príncipe elegido por la otra Cámara es el hijo de Cárlos Alberto, el duque de Génova, *Fernando...»*

Interrupcciones, gritos y tumulto.

¿Cuál era pues el sacerdote que habia tenido la desgracia de darle al príncipe piamontés, al entrar en régia vida, el inadmisible nombre de Fernando?... Bautizóse al instante á Su Majestad futura; hízose un estracto de su nacimiento, y se llamó *Alberto*.

La proclamacion de tan solemne bufonada se leyó á la una de la mañana. Estaba concebida en estos términos:

1.° El duque de Génova, hijo de Cárlos Alberto de Savoya, rey de Cerdeña, es llamado con toda su descendencia á reinar en la Sicilia con arreglo á la Constitucion de 1848.

2.° Tomará el nombre de *Alberto Amadeo*, rey de los Sicilianos.

Ordenóse al punto que hubiese regocijos públicos, fuegos de Bengala y linternas chinas.

La escuadra inglesa y la francesa, donde estaban Parker y Baudin, prendieron fuego sériamente al cañon en honor de la humorada revolucionaria; y el duque Serra di Falco, presidente de la Cámara de los pares, quedó encargado de ir en persona á ofrecerle la diadema de Sicilia al hijo

de *la Espada* de Italia, al jóven duque que tenia por sobrenombre *el Espadin.*

El admirante Baudin ofreció generosamente una fragata para trasportar á Turin la diputacion siciliana (1); cuya fragata partió el 21 de julio. Por desgracia llegaron los ilustres emisarios justamente, á tiempo no de postrarse ante el trono del duque de Génova, sino de saludar la derrota de Custoza. La diputacion no puede ser recibida; porque el duque está en tierra estranjera, y no puede todavia dar audiencia. ¡Ay! Cárlos Alberto, que huía ante Radetzky, no tenia ya tiempo para recoger del suelo la corona de Sicilia, ni estaba siquiera seguro de conservar entonces la del Piamonte.

(1) Componíase del presidente *Serra di Falco*, el baron *Riso*, el príncipe de *San Joseph* y el de *Torremuzza*, que eran pares, y *Ferrara, Perez, Carnazza* y *Natoli*, diputados. En Turin debian reunírseles *Amari* y *Pisani*. (Véase sobre estos pormenores la prensa periodística siciliana de la época.)

CAPITULO NOVENO.

Estado de Sicilia.—Sitio de Messina.—Horribles combates.—El polaco Mieroslavvsky.—Toma de Catana.—Hazañas de Filangieri.—Sumision de Palermo.--Fin de la revolucion de las Dos Sicilias.

«*La verdadera forma de gobierno*, segun dice Proudhon (1), *es la anarquia.*»

Si esto es cierto, nada tenian que apetecer ya los Palermitanos, porque el desórden y la confusion estaban allí en su colmo. Ruggiero Séttimo habia plantado muchos árboles de la libertad, dejado cantar toda clase de cantinelas patrióticas, y espulsado muchas comunidades religiosas; pero tan tristes reminiscencias de 1793, aunque todo lo destruian, nada fundaban (2).

El ejército regular del pais se componia en su totalidad de 8,000 hombres, de los cuales habia unos 400 Franceses. Habia además dos batallones de voluntarios nacionales y estranjeros, sin uniforme, ni disciplina, ni instruccion, llamados *escuadras*, y comandados por los coroneles *Bracanica* é

(1) *Confesiones de un revolucionario*, pág. 131.
(2) *Della rivoluzione siciliana*, Palermo, 1848 y 49.

Interdonato. La mitad de los susodichos ocho mil hombres, ¡cosa desconocida en los fastos militares! eran oficiales, y estaban pagados segun su rango.

Habia pues allí 4,000 holgazanes entregados á los mas infames vicios, y disipando los fondos del presupuesto de la guerra en las casas de juego y prostitucion. Siempre que se proponia hubiese órden, pesquisas y depuracion, habia tambien entre ellos motin. Nunca se habia visto en ningun ejército mas licencia é inmoralidad (1). Su general en jefe fué el polaco Mieroslawsky, que habia sido anteriormente maestro de escuela en París (2).

Sicilia por otra parte, no tenia ni marina ni ejército. Adam Mieroslawsky, hermano del general en jefe, que en calidad de *Polaco* habia abrazado la nacionalidad *palermitana,* propuso improvisar «*una flotilla de corsarios con todas las naves, cualesquiera que fuesen, que estaban pudriéndose en los puertos de la isla, y con todos los marineros de pesca y cabotaje que poblaban las costas* (3).» Pero el gobierno, que tenia otras miras, se habia metido á comprar buques de vapor ingleses, y habiendo pagado adelantado, resultó «que el dinero se tomó con presteza, y las construcciones navales permanecieron en el puerto con inmovilidad.» De suerte que cuando la Sicilia fué atacada por todas las fuerzas marítimas de Nápoles, ni siquiera halló en sus puertos un buque armado que diera la noticia de la aproximacion de aquellas fuerzas (4).

(1) Véase la *Relation de la campagne de Sicilie*, escrita bajo la inspiracion de Mieroslavvsky por un ayudante suyo, página 3 y 4.

(2) Habíale hecho á la Prusia una guerra encarnizada en el ducado de Posen.

(3) Palabras testuales de la Relacion de Mieroslavvsky, página 8 y 9.

(4) Véase la misma Relacion.

Con respecto á la artillería, fortificaciones y provisiones, tampoco habia dispuesto nada el gobierno. Y acerca de equipos y caballería, hé aquí las grandes medidas que tomó:

Art. 1.° Cada poblacion de 4,000 almas suministrará un caballo al Estado.

2.° Cada poblacion de 12,000 almas suministrará además una acémila.

Y así continuaba proporcionalmente el decreto, que por desgracia no se publicó hasta *dos dias antes de la toma de Messina*, como si no se hubieran tenido *veinte meses* para pensar en ello, y como si en tales casos no fuera *tarde* igual á *nunca*.

Sicilia no podia ignorar que Nápoles se armaba contra ella; y como le urgía desplegar su habilidad y dar á conocer su fuerza, el parlamento tomó sublimes determinaciones, y decretó lo siguiente:

«1.° *Que la plaza de Palacio se llamase plaza de la Victoria.*»

«2.° *Qus se acuñase una moneda de plata del grandor de un duro con la efigie de Ruggiero Séttimo.*»

Y nada mas. Esto debia indudablemente consolidar *para siempre jamás* el libertamiento de Sicilia.

Despues del 15 de mayo habia el rey de Nápoles llamado á sus tropas de la Lombardía; pero Pepé rehusaba obedecer. Este general aun habia querido obligar á su ejército á que siguiera su ejemplo; pero ¡vanos esfuerzos! pues todos los suyos le abandonaron, y Nápoles tuvo mas bravos (1).

(1) Pepé partió para Venecia con una media brigada de artillería, un batallon de cazadores de línea y ochenta caballos (1,200 hombres en todos). Habíales persuadido de que en

Quedábale á Fernando II en Sicilia la inespugnable ciudadela de Messina, de que era gobernador el valiente general *Pronio*. Hacia ya mucho tiempo que entre la guarnicion y la ciudad se habia concertado un armisticio (1).

El príncipe Filangieri fué nombrado general en jefe de la espedicion contra los rebeldes. No podia el rey haber elegido con mas acierto. El valeroso Filangieri habia adquirido en los ejércitos de Napoleon alto renombre militar, y á la presente le aguardaban nuevos laureles.

Reunió en Reggio todas sus fuerzas, que ascendian á unos 7,000 hombres, y se embarcó para Messina. Palermo, mientras tanto, en virtud de los partes de su ministro de negocios estranjeros *Stábile,* estaba persuadido de que nadie pensaba ya en la guerra. Pero ¡cuál fué el sobresalto de Messina al ver la flota napolitana desembarcar sus tropas en la playa inmediata!... La ciudad, que no estaba de ningun modo preparada para aquel ataque, llamó inmediatamente por telégrafo á la guardia nacional de Sicilia, y se puso á construir barricadas por las calles. Minó luego todos los caminos, para hacerlos saltar al pasar el enemigo; abrió trincheras por fuera de la muralla, y se fortificó por último con energía, aguardando socorros de Palermo.

¿ Y qué respondia esta capital al oir el grito de Messina?

«*Dejad desembarcar al enemigo*; *que ya pagará su audacia*.»

Y el 1.° de setiembre, víspera del memorable asalto, la Cámara palermitana discutia sosegadamente la renta con que debia dotar á *Alberto Amadeo.* Porque con efecto, ¿no nece-

Nápoles habia triunfado la insurreccion el 15 de mayo; pero en el primer combate se quedó sin ellos. El Austria le envió á Fernando II los soldados napolitanos hechos prisioneros, como tambien la artillería y los caballos.

(1) El que anduvo en este asunto fué Andrés Romeo.

sitaba Su Majestad futura casa, muebles, víveres y honorarios? La munificencia de los diputados votó, con economía, 1.500,000 francos por año. Parodia de otra parodia.

Cuando los Turcos estaban á punto de escalar á Constantinopla, discutian tambien con gravedad los doctores de la corte, sobre si la luz que se dejó ver en el Tabor cuando la Transfiguracion, era *creada* ó *increada.*

¡Ay! y con tanto discutir no debia ninguna nacion continental remitir por mar á Palermo ninguna majestad soberana. Ninguna testa real hubiera consentido en cubrirse en Sicilia con el juguete provisional de que se trataba. Pero el parlamento era tan complaciente, que á falta de rey hubiera echado mano de un príncipe ó un duque; y á falta de duques y príncipes se hubiera tambien contentado con un vizconde ó un caballero; y si aun de estos no hubiese encontrado, hubiera aceptado cualquiera buena voluntad. Pero nada; no hay á quien empurpurar. Carestía absoluta de pretendientes. Estaba escrito que en Palermo, como en todas las sociedades secretas de la Península en que se ofreciese la *soberania entera de Italia* á cualquier personaje eminente, no tendria la revolucion ni rey ni trono.

Habian acudido á Messina foragidos de todas las naciones y desertores de todos los presidios, que reunidos con la tropa de línea y la guardia nacional formaban mas de veinte mil hombres. El mariscal Pronio, que desde la triple muralla de la fortaleza que gobernaba habia hecho temblar tantas veces á los facciosos, hizo muchas salidas con objeto de destruir las baterías enemigas, y cada salida fué un triunfo.

El 6 de setiembre de 1848 comenzó Filangieri sus primeros ataques. Parte de sus tropas, victoreando al rey, cayeron impetuosamente sobre las trincheras sicilianas. La resistencia

fué terrible. Los Napolitanos tomaron al asalto la villa de *Contessa*, sin hacer caso de las bombas y balas que arrasaban sus filas. Como ningun peligro los intimidaba, ningun obstáculo los detuvo. Apoderáronse de los cañones que les habian hecho fuego, espulsaron al enemigo de sus reductos, y llegaron triunfantes á las puertas de Messina.

En presencia de tanto heroismo los habitantes de la ciudad, colmados de terror, salieron en tropel de sus hogares; y llenando el aire de lúgubres clamores, vueltos los ojos al cielo y cruzadas las manos, pidieron á gritos refugio en el navío inglés *Bul-Dog* y en los franceses *Hércules* y *Panamá*. Precipítase aquella multitud pasmada en muchas barcas: pero no habiendo á bordo sitio para tanta gente, parte de los fugitivos fueron repelidos. Esto no obstante, nadie los detiene. Diez mil personas se arrojan al mar en el delirio de su terror, y con el agua á la cintura imploran juntamente la piedad británica y la misericordia francesa (1).

Como se deja inferir, los primeros que abandonando su puesto fueron á ocultarse á fondo de cala en el *Hércules* y el *Panamá*, eran los principales cabecillas de la rebelion. Tan ilustres ciudadanos querian todavia dar órdenes á las tropas que en Messina quedaban, desde aquel lugar de seguridad en que tomaban aliento; pero un capitan de la marina francesa se opuso á ello diciendo:

«¡Cobardes! quien obedece al miedo, no tiene derecho á mandar valientes. Si quereis hablar como señores, es menester que alzando la frente vayais á donde pelean vuestros hermanos. Pero si temblais, permaneced aquí; yo consiento en ello: mas ¡abajad la cabeza y callaos!»

En el ínterin, divididas en dos bandos las tropas insur-

(1) Los que no pudieron ser recibidos á bordo se dispersaron por los campos. (Relacion de la toma de Messina. Nápoles, 1848.—Periódicos sicilianos de la época.)

gentes de Messina, se acusaban recíprocamente de felonía y falta de valor. Saqueaban las casas abandonadas, cuyas puertas veían abiertas, y mataban á los ciudadanos inofensivos que no habian podido darse á la fuga.

Al anochecer la metrópoli casi desierta no estaba ya alumbrada en ninguna parte sino por el incendio de los edificios. Los defensores armados de Messina se habian convertido en sus primeros devastadores; y mil veces mas temibles que el enemigo, se hacian notables, no por su energía en salvarlo todo, sino por su rabia en todo destruirlo.

Habiéndose aquellos caníbales apoderado de algunos prisioneros y heridos Napolitanos, llegó á tal punto su barbarie, que los despedazaron, se colgaron en los ojales las orejas de sus víctimas, chuscarraron otros miembros, y fueron gritando por las calles:

«*¡A cuarto la libra de carne napolitana! ¡á dos cuartos estofado de Suizos!*»

Hiciéronse con los moribundos mutilaciones oscenas. Viéronse en algunas partes á aquellos verdugos agacharse sobre troncos de cuerpo, sacarles la lengua ensangrentada, y comérsela con pan (1).

Para colmo de desastres, en una de las salidas del mariscal Pronio se vió la desventurada ciudad por catorce horas, no solamente espuesta al bombardeo de la ciudadela, sino tambien ametrallada por su propia artillería, gracias al desacierto de las baterías sicilianas. El número de proyectiles de varios calibres que de ambas partes cayeron sobre ella en un solo dia, se evaluó en 16,000.

Tras de muchos hechos de armas, á cual mas glorioso, se dirigieron los sitiadores hácia el monasterio de la *Magdalena*, fortificado con doce cañones. Hubo allí prodigios sin cuento

(1) Relacion de la toma de Messina. Nápoles, 1848.

bajo la bandera de las lises. El capitan de artillería Andruzzi, habiendo llegado el primero al claustro, apuntó él mismo un cañon de los suyos contra una batería enemiga. La brecha está abierta; él salta, y su frente se ciñe de laureles. Pero luego vacila, cae... ha muerto.

Sus soldados, con bayoneta en mano, no piensan mas que en vengarle; y sin aguardar órdenes de sus jefes, escalan el convento. . . . .

Un Suizo del canton de Vaud, llamado *Annex*, encontró cerrado con una verja de hierro un pórtico de la Magdalena. Habia por dentro en el corredor batallones armados. Pero Annex se arroja solo contra la verja, y con una herramienta de zapadores rompe un varron, dejando su audacia petrificado al enemigo, que vé aquello y no acierta á creerlo. Entra luego en el claustro, solo y el primero. Allí, entre balas, llama á sus camaradas; y para mayor maravilla ningun plomo le toca. El fuego no abrasa los laureles.

Mas ¡ay! no siempre es así. El general *Stockalper*, gobernador actualmente de Nápoles, tenia cuatro hijos delante de Messina en el 3.° de Suizos. El capitan Eugenio, que era el mayor, acababa de ser gravemente herido en la muñeca, en el asalto de la Magdalena, y se apartaba dejando en su puesto á uno de sus hermanos, cuando vió pasar una camilla con un oficial moribundo: acercóse á él, y era otro hermano suyo. En aquel mismo instante, el que le reemplazó caia á tierra por el plomo siciliano, y el cuarto quedaba herido de un balazo en un muslo: todo esto en el espacio de media hora.

Estaba su padre en Nápoles, y como le anunciasen que el tercer regimiento suizo no existia ya, preséntase al rey, partido el corazon, la voz ahogada:

«¡Señor! dice el veterano oficial. Si han muerto, es al »menos como valientes. Eran para V. M. Perdóneme si

»lloro...... ¡hágase la voluntad de Dios (1)!»

La Magdalena fué tomada.

Al primer asalto, triunfo brillante. Franqueadas las puertas de la ciudad, hubo horrorosa pelea, resistencia heróica y matanza sin ejemplo. Un volúmen bastaria apenas para describir los hechos de tal jornada. La historia imparcial dirá que de una y otra parte hubo memorable intrepidez. Del lado de los Sicilianos habia muchas mas tropas, como tambien mas cañones, gracias á lord Palmerston: mas en desquite habia del lado de los Napolitanos mas habilidad, mas disciplina y mas talentos militares. Filangieri en el mando y Pronio en la ejecucion valian por sí solos dos ejércitos.

Fué preciso tomar calle por calle, apoderarse de casa por casa, pelear de muro en muro, y conquistar cada cañon por luchas interminables, cuerpo á cuerpo y espada contra espada. Fué aquello digno de los antiguos tiempos, digno de las heróicas edades.

Tan encarnizados combates duraron veinte y nueve horas. Los Napolitanos, hechos hoy los primeros soldados de Italia, espulsaron á sus enemigos de la gran ciudad, y los persiguieron por los cerros inmediatos, donde remataron con ellos. La artillería de Messina fué toda cogida, como tambien sus acémilas y municiones. 219 cañones, 36 obuses, 20,000 bombas y granadas, 115,000 cartuchos y otras muchas cosas cayeron en poder de Filangieri. Victoria para siempre inmortal.

Con respecto á la desventurada Messina, no era ya esta ciudad sino un volcan, de donde se elevaban torbellinos espesos de negro humo y ráfagas de ardientes llamas. Por to-

(1) Ninguno de estos cuatro valientes oficiales pereció. Con todo, el tercer regimiento fué horriblemente diezmado, habiéndose distinguido con la mayor bravura.

das partes escombros y cadáveres. Los Sicilianos, al salir, imitando á los incendiarios de Moscou, habian pegado fuego á su capital. *Palermo*, segun voces acreditadas, trabajó tambien en la destruccion de *Messina* su rival.

Sea lo que fuere, los Napolitanos, habiendo entrado vencedores en aquel horno encendido, tiraron á un lado sus armas, y se pusieron á apagar el fuego. Pero ante ellos, á despecho de ellos y contra ellos ardia allí el abismo. Tras de pelear con hombres, empezaron otra vez la lucha contra los elementos; y de todo triunfaron. La sangre habia cesado ante el fuego; el fuego se apagó ante la generosidad; y los crímenes desaparecieron ante la gloria.

Si tras la toma de Messina hubiera Fernando II proseguido el curso de sus victorias, pocos dias le hubieran bastado para hacerse dueño otra vez de toda Sicilia, y sofocar completamente la rebelion: pero entre el rey vencedor y los facciosos vencidos se interpuso Inglaterra, y lord Parker solicitó inmediatamente un armisticio en nombre de la humanidad. El almirante inglés tenia de su parte la escuadra francesa, y el armisticio se otorgó.

Durante las treguas debian hacerse las paces bajo la mediacion inglesa. Francia desempeñaba allí un papel secundario.

Entabladas las negociones, el rey de Nápoles, siempre magnánimo y clemente, hizo proposiciones en estremo generosas. Sus concesiones á Sicilia, en las cuales daba pruebas de admirable abnegacion, eran tan estensas como podian serlo. Prometia completa amnistía, y *sin escepcion alguna*. Pero los almirantes *Baudin* y *Parker*, que hubieran querido imponerle al rey las condiciones de la Sicilia, rehusaron obligar á esta á aceptar las de aquel.

Ufano y ensoberbecido el parlamento de Palermo con el apoyo de las dos grandes potencias europeas, despreció todo arreglo con altanero desdén. Ciego de locas esperanzas, no obstante el desastre de Messina, pretendia hablar como amo; lo que fué un bien para Fernando, pues la temeridad de los rebeldes le forzó á permanecer en la plenitud de su legítima autoridad.

Lord Parker habia salido de Nápoles para Palermo con el ministro francés Rayneval. Al ver á este el pueblo siciliano esclamó: «*Si nosotros no queremos república.*» Y como el gobierno palermitano permaneciese inflexible, la flota inglesa se retiró: otro tanto hizo la francesa, y la negociacion se remató por esta graciosa sentencia que el rey habia anteriormente pronunciado:

«Los Sicilianos han querido usar del *derecho de la fuerza...* Pues ¡bien! yo usaré de la *fuerza del derecho.*»

Volvió á empezar la guerra el 29 de marzo; pero la Sicilia habia ya perdido á Messina con parte de su provincia, la plaza fuerte de *Milazzo* y su material de artillería. Y ¿cómo reponerse de tantas pérdidas?... El polaco Mieroslawsky, antiguo jefe supremo de los insurgentes Badeses, que despues de sus recientes derrotas en el Rhin se habia quedado sin tener que hacer, se encargó de salvar al pueblo siciliano, y al efecto recorria toda la isla en medio de ovaciones revolucionarias. Parlermo levantaba fortificaciones en su recinto, y hasta las damas mas elegantes se veian provistas de palas y azadones, y conducir materiales en carretoncillos.

Armábanse por todas partes *escuadras* de voluntarios sin disciplina, ó mejor dicho, partidas de foragidos, y militares retirados (*congedati*) cuya exaltacion ficticia no producia

sino pendencias y desórdenes, ni era mas que débil humo de pajas y patriotismo de teatro.

El general francés Trobiand, que habia ido allí á echar á pique su antigua reputacion militar, miraba con dolorosa compasion aquellos Eolos vanidosos que reventaban de finchados, aquellos cohetes volantes y ruidosos, apagados tan pronto como encendidos.

El ayudante de campo de Mieroslawsky, que escribió bajo la inspiracion de su amo, retrataba así al gobierno y á los suyos.

«Aquellos *insensatos* (los ministros) no veian que fuera del general (Mieroslawsky) y la fuerza que se le confiaba, numerosa ó impotente, presidarios ú hombres honrados; nadie descargaba un fusil en toda la Sicilia. Aquel pueblo no era mas que fanfarronadas y jactancia: ningun trabajo serio pudo hacérsele emprender, ni tampoco el menor servicio regular para la salud pública. No sabia mas que pasearse, gritar y huir (1).»

Tal era la insolente exageracion con que el vencido de Báden osaba hablar del pais que le confió su suerte.

Habia entre los defensores de Sicilia un batallon francés, completado con dos compañías de guardias móviles espedidas de París.

«*Aquel era*, segun la relacion citada, *el único elemento sólido. El hacia por sí solo todo el servicio de órden y vigilancia* (2).

Ocupaba Mieroslawsky los montes y desfiladeros que debia atravesar el ejército napolitano. Con tropas aguerridas aquellas posiciones hubieran sido inespugnables. Pero la toma de Messina habia herido de muerte á la causa siciliana; y las arengas del caudillo polaco causaban poco efecto entre

(1) *Relation de la campagne de Sicilie*, pág. 13 y 34.
(2) Véase la misma obra, pág. 59.

la gente lugareña. Así las batallas de Mieroslawsky no iban á ser sino una série no interrupida de lamentables desastres.

Filangieri partió de Messina, habiendo pasado revista á sus tropas, cuyo entusiasmo, al saber que entraban otra vez en campaña, fué inesplicable. Quiso el coronel siciliano *Interdonato* defender el paso de *Nisi*; pero vencido antes aun de pelear, se huyó á las alturas inmediatas, donde sus batallones se diseminaron. Primera dispersion.

El 1.° de abril de 1849 atacaron los Napolitanos á *San Alessio*, posicion formidable y casi inaccesible, y no solo deshicieron á las *escuadras* sicilianas, sino tambien á la caballería estranjera que apoyaba sus operaciones. El coronel Santa Rosalia se salvó, por supuesto, huyendo á los montes. Es la segunda desbandada.

Así le quedaron francos á Filangieri los dos temibles precipicios que le impedian acercarse á *Taormina*, último amparo de la provincia.

Hallábase esta villa situada en una peña tajada, que impedia su acceso por el lado del mar. La senda tortuosa que conduce á ella, y que hubiera podido defender contra un ejército entero una sola compañía algo valiente, estaba destruida y cortada. En rededor de Taormina habia además un círculo de montes que estaban todos coronados de soldados y artillería. Agiles como gamos, los soldados de Filangieri treparon por aquellas rocas, y aunque ametrallados por el enemigo, lo echaron de allí á todo trance. Despues de largos combates, quince de entre ellos, habiendo ganado el monte, entraron solos en la poblacion.

Al ver aquellos quince héroes, persuadida la guarnicion de la plaza de que los seguian numerosas legiones, se puso

en desórden, y les abandonó sus cañones, almacenes, municiones y víveres. Esta fué la tercera derrota (1).

Mieroslawsky, al hablar de ella en su relacion, declara que él tenia que hacer fuego en sus soldados para impedir que huyesen; lo que no dejaba de ser un buen modo de alentarlos. Segun el mismo, aquellos leones de nobles crínes solo eran liebres de patas ágiles. Hé aquí su frase testual:

«El general tenia que hacer el *oficio* de verdugo para con soldados que renunciaban al *suyo* (2).»

Conste aquí tambien otra confesion del caudillo polaco:

«Todas las gentes del litoral, puestas en relaciones con Filangieri, se retiraron á los montes, y fueron traidoras á la causa revolucionaria (3).»

¡Cómo poner de acuerdo estas palabras con estas otras del parlamento siciliano!

«El entusiasmo revolucionario del patriotismo y de la independencia abrasa á la Sicilia entera (4).»

Despues de esta última victoria, que le valió al general Filangieri el título de *duque de Taormina,* entraron los Napolitanos en *Aci-Reala*; cuyos habitantes, en número de *veinte y cuatro mil,* salieron á su encuentro con banderas blancas y ramos de olivo, gritando con exaltacion: «*¡Viva nuestro rey Fernando!*»

El pueblo y los soldados se abrazaban, y la alegría reflejaba en todos los semblantes. Las autoridades y el clero enviaron á Filangieri los dones patrióticos que les habia he-

(1) Los víveres se distribuyeron por órden de Filangieri entre los pobres de la comarca.
(2) Relacion ya citada, pág. 34.
(3) La misma obra, pág. 30.
(4) Periódicos sicilianos de marzo de 1849.

cho *Catana* poco antes, y que consistian en una rica espada con puño de oro y una bandera tricolor con franjas de plata.

¿Dónde estaba, segun esto, el entusiasmo insureccional de la Sicilia? Habia trocado de bandera.

Quedaba *Catana* por someter: Catana, el ***bulevar*** de la revolucion, el punto céntrico de la resistencia, el último amparo de los rebeldes.

Allí estaba Mieroslawsky con todos sus ejércitos regulares, la tercera parte de toda su guardia nacional, sus ***escuadras***, sus *congedatos*, y todos los alzados en masa que bajaban de los montes. Catana habia fortificado hábilmente una posicion inespugnable distante cinco millas (1) de sus murallas, que Filangieri mandó atacar. Los Sicilianos, armados de largos fusiles ingleses, hacian mortales descargas detrás de sus bastiones. Allí fué el 1.º de Napolitanos horriblemente maltratado; y su teniente coronel ***Marra*** cayó gravemente herido en el rostro (2). Pero enfurecidos los sitiadores se precipitaron hácia el muro almenado que habia casi destruido sus filas, y el reducto quedó por ellos. Mieroslawsky mismo se batió en retirada. Este fué el cuarto destrozo.

Desde allí á Catana quedó el camino cubierto de cadáveres. Fué menester ganar el terreno palmo á palmo. A cada paso habia una fortaleza imprevista, trincheras improvisadas, murallas asesinas, minas alevosas, y casas que hacian fuego. Las tropas de Filangieri tuvieron que superar uno por uno todos estos obtáculos sin fin. Las casas fueron tomadas y saqueadas, los fuertes atacados y conquistados, las trincheras destruidas, y el enemigo de todas partes espulsado.

(1) Tres millas son una legua.
(2) Lo reemplazó Pianelli.

Habiendo llegado á Catana los cazadores de Filangieri en persecucion de los fugitivos, forzaron las puertas de la ciudad, echaron abajo las dos primeras barricadas de la ancha calle del *Corso*, y tomaron seis cañones. Pero mas allá encontraron una resistencia tan tenaz como inesperada, pues eran combatidos desde los tejados, ventanas y balcones de todas las casas. Caían los cazadores á cada paso heridos ó muertos; mas no por eso dejaban los oficiales de gritar: «¡*Adelante*! ¡*adelante*!» Y ningun soldado que estuviese todavia de pié, retrocedia desalentado.

Habíase replegado el enemigo; pero vió al propio tiempo caer sobre él por detrás otros batallones Napolitanos. A la derecha se le provoca; á la izquierda se le repulsa: la pelea llega á ser general. En aquel momento se decidia la suerte de Sicilia.

La ciudad, en sus calles principales sobre todo, fué tomada casa por casa. Los cazadores de Filangieri empezaron á carecer de cartuchos; mas no importa; les queda un arma blanca. Por un lado el 4.º de Suizos iba barriendo cuanto cogia por delante; por otro un cuerpo de Napolitanos habia ya tomado los cañones que guardaban desde ciertos puntos las avenidas de Catana. Anúncianle á Mieroslawsky que la reserva apostada en la puerta de *Aderno* estaba en completa dispersion. «Pues ¡bien! esclama el general; nos»otros solos haremos de cuerpo de batalla, guerrilla y reser»va. ¡Adelante! ¡y muerte al Borbon!»

Aun no acababa de decir estas palabras, cuando una bala le da en la garganta, y le hace vacilar y caer sin sentido en los brazos de su ayudante de campo. Desde aquel momento todo se perdió para la revolucion siciliana. La gracia estaba hecha; el espanto fué general, y la fuga desordenada. Tal fué el quinto desastre.

Este no tuvo remedio; la caida era mortal.

Una vez tomada Catana con 50 cañones, 12 banderas y gran número de fusiles, no pudo haber ya resistencia, y Siracusa se sometió. Esta plaza tenia 2,000 hombres de guarnicion y 31 cañones; pero le faltaba la gana de defenderse.

Augusta, *Noto* y todas las ciudades fortificadas de la costa hicieron sin demora otro tanto. Los vencedores entraron en ellas en medio de las aclamaciones del pueblo, que lleno de entusiasmo daba gracias al cielo por haberle *libertado* de sus *libertadores*; y *en menos de ocho dias*, segun dice el mismo Mieroslawsky, *se pronunciaron enteramente por el rey Fernando II las tres provincias de Messina, Catana y Siracusa* (1).

Como artículo complementario reproduciremos una de las proclamas de la *jóven Italia*, que circuló por los lugares y aldeas todavia no ocupados por los vencedores. Publicóse despues de la rendicion de Messina, siguiendo el habitual sistema de engaños propio de los discípulos de Mazzini:

«¡Gloria para siempre á la Divinidad! Esta mañana nos »ha llegado un parte oficial anunciando que *doce mil ángeles* »*Palermitanos* habian arrancado á la bella Catana de las ma»nos infames de los viles satélites del tirano, que han dado »con su sepulcro. ¡*Regocijaos*! ¡*regocijaos*! Nos apresuramos »á anunciaros esta inmortal victoria de nuestros *héroes ciu*»*dadanos*, á fin de que todos los corazones sicilianos parti»cipen de un mismo júbilo marcial, y recuerden que una »nacion unida no puede nunca ser vencida. Dios proteje »nuestra santa causa. ¡Viva la union! ¡Viva Palermo!

»El comisario general, CRISPI (2).»

Así, tras del drama el sainete.

(1) *Relation de la campagne de Sicilie, en* 1849, pág. 54.
(2) Esta proclama está en *La Sicilia nel Marzo e dopo il Marzo*, pág. 42.

Palermo continuaba sumergido en su estupor. La magnífica entrada de Filangieri en *Coltanisetta*, capital de provincia, habia superado á todo cuanto puede imaginarse sobre entusiasmo y pública embriaguez. Seis mil babitantes habian ido delante del general con coronas y palmas; las campanas habian andado á vuelo; numerosas orquestas habian tocado el *himno de los Borbones*; los balcones, ventanas y azoteas se habian adornado con blancas banderas; y las gentes se habian asomado á ellos locas de elegría. Filangieri, victoreando al rey, habia sido llevado en brazos de la multitud hasta la catedral, donde se habia cantado el *Te-Deum.*

«¡Mueran los revolucionarios de Palermo! clamaba la plebe siciliana. ¡Abajo *Ruggiero Séttimo*! ¡Armas! y nosotros marcharemos contra ellos con vosotros. ¡Viva nuestro buen rey Fernando II (1)!»

El gobierno palermitano tomaba todavia no obstante algunas medidas puramente revolucionarias. Stábile habia escrito á Mieroslawsky que viniese al punto á Palermo; y este general, á pesar de su herida, habia acudido al llamamiento: pero «¿qué podia hacerse ante la desaprobacion de la inmensa mayoría del pais (2)?»

El rey de Nápoles se dignaba todavia amnistiar á los insurrectos, solo que ya esceptuaba á cuarenta y tres de los mas culpables, cuyos nombres decia. Las Cámaras, en vista de esto, decretaron por una inmensa mayoría, á despecho del poder ejecutivo, enviar un acta de sumision absoluta á Fernando II (3); pero los encausados, presidarios y foragidos de todos géneros que habian sido armados, como tenian por un imposible el alcanzar gracia para ellos, gritando *¡trai-*

(1) Todos estos hechos son incontestables.
(2) Relacion ya citada, pág. 61 y 62.
(3) La misma obra, pág. 62.

cion! ¡*traicion*! prosiguieron esparciendo el desórden y la confusion en la ciudad.

Los principales miembros del gobierno, que se veían malquistos con las Cámaras y escluidos de la amnistía, juzgaron prudente fugarse. Tomó el ayuntamiento las riendas del Estado, y aunque se esforzó mucho, no pudo impedir por desgracia que una horda de revolucionarios fuera á sitiar el cuartel general de Filangieri, que estaba ya á pocas millas de Palermo. Hubo aun tres dias de pelea; pero el general los cercó por todas partes, les cortó la retirada, y al cabo los deshizo completamente (1).

Mas ¡oh dolor! los defensores de Palermo habian estropeado la ciudad de tal modo antes de partir, que Filangieri suspendió su entrada triunfal en ella, para dar tiempo á levantar las ruinas y preparar cuarteles. En el ínterin fueron espulsados los anarquistas estranjeros, principiando esta operacion por el general en jefe polaco. Los escluidos de la amnistía partieron para su destierro; y los culpables agraciados volvieron todos á sus hogares.

El 15 de mayo de 1849, aniversario de la victoria de Nápoles, entraron en Palermo las tropas de Filangieri en número de 17,000 hombres. La flota napolitana apareció al propio tiempo en el puerto. La revolucion siciliana se habia rematado, y el rey de Nápoles no pensaba ya en el fondo de su alma, sino en mitigar penas y reparar desastres.

(1) *Giornale di Sicilia*. Mayo de 1849.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

CONCLUSION.

Pio IX en Pórtici.—Fin de las revoluciones de Italia.—Estado de Nápoles.—Entrada triunfante del Papa en Roma.

Pio IX, durante el sitio de Roma, habia dejado la ciudad de Gaeta y pasado á Pórtici, donde el rey de Nápoles habia puesto á su disposicion un hermoso palacio. Allí se le tributaban á Su Santidad con una magnificencia sin límites todos los honores debidos; y en su presencia todo el mundo doblaba allí la rodilla, como en la corte del Vaticano.

La ida del papa al reino de Nápoles produjo el mas saludable efecto. Todos los pueblos acudieron á saciar su sed piadosa en las fuentes vivas de la fé: hasta las tropas mismas quisieron gozar de la vista de tan digno huésped, que en todas partes y á todos se mostraba. Derramó sus bendiciones sobre el pueblo y el ejército. En fin, los últimos síntomas revolucionarios desaparecieron sucesivamente: los demonios se volvian al abismo, y Dios pacificaba otra vez la tierra.

Desde el 15 de mayo de 1848 estaba todo trastornado

en el reino de las Dos Sicilias, como puede verse de una mirada retrospectiva.

Despues de disueltas las primeras Cámaras en el citado dia, habian sido convocadas otras, que se abrieron el 1.° de junio. Como estaban animadas por el mismo espíritu que sus predecesoras, estas segundas Cámaras no habian sido mas que una sucesion deplorable de sesiones tumultuosas, y el 15 de setiembre siguiente habia habido precision de disolverlas (1).

El pueblo, al saber esta noticia, pensando que se iba ya á ver completamente libre del régimen representativo, se encaminó placentero hácia el real palacio gritando: «¡*Viva el rey*! ¡*Abajo la constitucion*!» Pero en el barrio del *Montecalvario*, indignados los demagogos, hicieron una descarga sobre los realistas, que ni causó desgracias ni tuvo graves consecuencias. El gobierno, atando cabos sobre este acontecimiento, descubrió que la polícia habia dado muchas licencias de armas á un sinnúmero de personas, y en su consecuencia Bozzelli perdió su empleo (2).

El rey no obstante, continuando sus esperimentos parlamentarios, quiso otras nuevas Cámaras. El general Pepé fué uno de los diputados elegidos, sin otros títulos para esta honra que el de traidor: pero no llegó á ocupar su puesto.

Estas Cámaras despuntaron pidiendo la caida del ministerio Bozzelli, que habia perdido la *policía* y el *interior*, habia atrapado la cartera de instruccion pública, y trataba de conservarla para su consuelo. Al efecto apeló en la tribuna

(1) La esperiencia enseña, dice el ciudadano Proudhon mismo, que el *despotismo* de las asambleas es cien veces peor que la *autocracia* de uno solo; por la sencilla razon de que un ser colectivo es inaccesible á las consideraciones de humanidad, moderacion y respeto de la opinion, que dominan á los individuos (*Confesiones de un révolucionario*, p. 187.

(2) Era ministro de la policía y de lo interior.

á las opiniones democráticas de los representantes, mostrándoles sus muñecas que aun tenian, decia, las señales de las cadenas con que el poder absoluto le habia en otro tiempo castigado. Mostróles tambien sus descarnadas mejillas, con huellas, segun él, de las lágrimas liberales que las habian surcado, cuando se proscribia á los demócratas. Apeló en fin á la gratitud de sus hermanos, como autor que era de la grande obra constitucional, y terminó su arenga pomposamente con estas palabras:

«*Refiero esto á la historia y á la posteridad!*»

Las terceras Cámaras, prosiguiendo el sistema antimonárquico de sus antecesoras, trataron de quitar al rey el derecho de vigilar á sus ministros. Con este motivo se pensó en desaprobar los presupuestos y suspender el pago de las contribuciones. Las Cámaras, ambicionando el poder supremo, querian así volver otra vez á los dias de la anarquía revolucionaria; por lo cual en marzo de 1849 fué preciso disolverlas.

Mas esta vez estaban ya los ánimos tan disgustados de las máximas del desórden, y habia ya tal necesidad de sosiego en el pais, que la continuacion de los esperimentos parlamentarios hubiera producido un descontento general.

De todas las provincias, ciudades y lugares se allegaban al rey diputaciones que le traian numerosas peticiones firmadas por todas las clases de la sociedad, pobres y ricos, grandes y pequeños. Suplicábale la grande mayoría de la nacion en estas peticiones, que aboliera cuanto antes la fatal constitucion, que *como la túnica de Nesso* habia consumido al cuerpo social que se la habia puesto.

El rey escuchó sus ruegos; cedió al voto general, y no convocó mas córtes. El reino entonces quedó en paz.

Consideremos aquí la restauracion francesa de 1815.

Cuando *el liberalismo*, despues de la caida del imperio, pedia á voz en cuello *cartas ó constituciones* á todos los reyes de la tierra, tenia su senda trazada. Para él, una monarquía con leyes constitucionales era un paso hácia un realismo con instituciones republicanas, que conduciria inevitablemente á una república democrática, al cabo de la cual estaria por último la *anarquía socialista*, el non-plus-ultra de la civilizacion, los campos elíseos de *Pedro Leroux.*

Habiendo promediado su carrera, escuchad cómo se esplican ahora sobre *las cartas fundamentales. viejas* los discípulos de la Montaña. Perrey, héroe de febrero, acusado ante el tribunal de arreglos (cour d'assises) de París, como partícipe en un movimiento insureccional, se espresó francamente así:

«Una constitucion es hoy en dia una obra perniciosa de »discordia y reaccion... ¿Qué es una constitucion?... Un »edificio imposible...... ¿La cimentareis sobre las ruí»nas que nos rodean? Tanto valiera, ciudadanos, tra»tar de construir un palacio sobre las inquietas olas del »mar. Hoy rueda y cae podrido un mundo viejo. La humani»dad por donde quiera se esfuerza en un laborioso parto. »¡Ayudadla! dejadle sitio al recien nacido! Vuestra mision no »era construir, sino demoler. Nuestra gloria eterna, la de nos»otros los revolucionarios, consistirá en haberlo así com»prendido. Ya no hay religion: los dioses se han ausentado. »El pueblo aguarda á un Mesias nuevo (1).»

Y este Mesias... es el Socialismo.

(1) *Cour d'assises*, 13 de junio de 1849.

«¡Ciudadanos! amigos mios! hermanos mios! escribia re»cientemente el ciudadano Ledru-Rollin en Lóndres; vi»gilad noche y dia, para que se salve la *revolucion.*»

¡La Revolucion! ¡Oh monarquía representativa! ¿Dónde estás con ella?... Y no es aun de *la república* de quien se trata; que la república no es ya sino la infancia del progreso, la zaga del movimiento. El objeto está mas allá, mucho mas lejos: es *la revolucion.* Mas ¿qué es la revolucion, tomada en su mas lato sentido? Es *el socialismo*, ó por mejor decir, «*el fin de las sociedades.*»

El régimen constitucional de nuestros dias, nos atrevemos á decirlo francamente, ha tenido su tiempo como lo tuvieron las monarquías absolutas, las mitologias paganas, las instituciones feudales, la caballería andante, los tribunales de la inquisicion, las guerras sagradas, el volterianismo gigantesco, el sansimonismo en embrion y todas las locuras de lo pasado. Mas habiendo llegado una grande época de reorganizacion social, toda la Europa conoce la necesidad de reconstruirse nuevamente. Estamos en una transicion momentánea, preludio de una era regeneratriz: así lo comprenden los rojos mismos; solo que ellos vuelven á las tinieblas, porque en su ceguedad las tienen por la luz. Es muy cierto que las antiguas costumbres del despotismo no saldrán ya de sus tumbas, como tambien lo es que las ridículas utopias de los tronos ciudadanos yacerán pronto junto á aquellas. ¡Duerman allí, para el sosiego de todos, hasta la consumacion de los siglos! y aparezca en el horizonte social la aurora generatriz!

Se necesita una Francia nueva: es menester que sea jóven, fuerte, espléndida; que dé garantias á los pueblos y á los reyes autoridad: es preciso que ódie al despotismo, que consagre los derechos de cada uno y respete los de todos: es forzoso que se apoye al mismo tiempo en un principio in-

mutable y en leyes permanentes; que anude al poder con la libertad, y en fin, que resplandezca con las glorias de lo pasado, las esperiencias de lo presente y las promesas de lo pervenir. Esta Francia está en los decretos de Dios.

Completamente sofocada la insurreccion de Sicilia, la espada del rey Fernando habia dado á toda la Italia justo y vivo esplendor.

Los Franceses habian hecho desaparecer á los Mazzinis, Salicettis y Garibaldis con su república romana.

Habia el Austria entrado en sus posesiones italianas; Venecia capitulado, y Parma y Módena recobrado á sus legítimos soberanos.

La *Italia roja* estaba vencida.

Nada de rebeliones en Alemania.

La Hungría habia entrado en el dominio de su jóven emperador.

La Francia, tan cruelmente decaida en febrero, levantaba otra vez poco á poco la cabeza. Renacia por todas partes la esperanza; y la revolucion, ese néctar divino con que habia querido Lamartine embriagar á las naciones, se evaporaba por donde quiera, agreado y corrompido, como añejo alcohol en heces.

El rey modificó su ministerio. Bozzelli y Ruggiero desaparecieron de la escena política: fué nombrado presidente del consejo Fortunato, inteligencia de primer órden que iba á probar cómo en ciertas naturalezas la mucha edad no debilita á un gran talento: Ischitella se conservó en el ministerio de la guerra; y Peccheneda, realista justificado, se encargó de la policia (1).

(1) Como hay quienes aseguran que en Nápoles está prohi-

El gran drama de Italia se habia rematado: no quedaba en él mas que una escena, á saber; el regreso de Pio IX á Roma.

Esta escena, cuanto tuvo al parecer de tardía, tuvo tambien de mas brillante.

El Santo Padre dejó á Pórtici á primeros de abril de 1850; y escoltado del rey de Nápoles hasta la frontera de sus Estados, regresó al Vaticano. ¡Qué viaje! ¡y qué de triunfos!

En Velletri, en aquel mismo lugar donde creia Garibaldi haber vencido para siempre á la tiara, salian al encuentro del Santo Pontífice 140,000 personas, con palmas y ramos de olivo en la mano, la alegría en el rostro y el arrepentimiento en lo íntimo de su corazon.

La entrada del papa en la ciudad eterna, mas que el triunfo de un soberano, era la restauracion de la cristiandad; era el catolicismo devuelto al Vaticano; era en fin una solemne manifestacion de la justicia divina. Así ofreció un cuadro de los mas sublimes que ha podido hasta ahora el hombre contemplar: Roma se postraba ante la bendicion del jefe de la Iglesia á recoger su palma eterna, en medio de las aclamaciones de la Europa.

«¡Oh Santísimo Padre! le decia Napoleon á Pio VII; »Vuestra Santidad tiene almas; yo no tengo mas que cuer»pos: Vuestra Santidad está cien piés mas alto que yo.»

Nada de esas inspiraciones oficiales y encargadas, que solo remueven las masas con secreto terror: la alegria y el contento manaban espontáneamente como fuentes de agua

bida toda lectura política, diremos, en prueba de lo contrario, que se hallan fácilmente en venta las obras de Proudhon y Luis Blanc, como tambien los periódicos democráticos de Francia.

viva bajo los rayos del doble sol de la naturaleza y la religion. La conmocion salia realmente esta vez de las entrañas del pueblo.

La basílica de San Juan de Letran, donde Pio IX debia hacer su primera parada, estaba cubierta de ricas colgaduras. Hacia un tiempo hermosísimo, en armonía con la solemnidad. A la hora precisa dejóse oir el cañon: nubes de polvo, en medio de las cuales centelleaban brillantes armaduras, se levantaban á lo lejos: el Santo Pontífice entraba en Roma: las campanas tocaban á todo vuelo, y el alambre religioso, confundiendo sus armonías de paz con zumbidos de guerra, saludaba al vicario de Cristo.

En todas las casas, colchas y guirnaldas; en todas las calles, flores y verdura. A la derecha del papa y en un hermoso caballo iba el general en jefe Baraguay d'Hilliers, por cuyas mejillas marciales corrian lágrimas de ternura y piedad. Formaba en dos filas á lo largo de la carrera la infantería francesa, que inclinando su gloria y sus palmas presentaba humildemente las armas al primer ministro de Dios. Al doblar su rodilla y postrar sus banderas, conocia esta milicia esforzada, que en aquel sacerdote lleno de humildad, sin otra fuerza mas que la plegaria ni otras armas que la fé, habia alguna cosa mas grande que el poderío de aquí abajo, y mejor que los esplendores de la tierra.

Y así estas mismas tropas, como iluminadas por el Señor, debian probar mas tarde por su admirable conducta en Roma, que no solo eran las mas valientes de Europa, sino tambien las mas cristianas (1). Entre ellas y el Santo Padre debia ha-

(1) En esto habria alguna cosa que rebajar. Como el lector conocerá, este parrafito es una ligera digresion que hace el historiador en obsequio de su nacionalidad y sus buenas miras políticas: por lo cual debe perdonársele con mucho gusto la falta que comete. Por lo demas, no cabe duda en que muchos revolucionarios que iban en el ejército francés, despues de ha-

cerse un cambio maravilloso: ellas le habian llevado el valor, y él les comunicaba su fé.

El coche pontificio caminaba lentamente en medio del regocijo de la multitud. La cruz de Cárlo-Magno precedia al sucesor de San Pedro. No se oía ya el fatal grito de las sediciones: «¡*Viva Pio IX*!» El pueblo, con ese admirable instinto que le es propio, cuando no se le deja escarriarse, gritaba: «¡*Viva el papa*! ¡*Viva el Santo Padre*!» Ya no era el instrumento de los ridículos parodistas de los antiguos Brutos, sino que se habia convertido otra vez en sí mismo: era *él* en fin, y *él solo*, en aquella franca simplicidad que la fé tenia en sus primeras edades.

En tanto que el Soberano Pontífice subia las gradas de la iglesia, resonaron los tambores y las músicas militares; y tal fué en aquel momento el entusiasmo popular, que los Romamanos, echándose delante de él contra la tierra, cubrian su paso con un tapiz humano.

De San Juan de Letran pasó el papa á San Pedro en una magnífica carroza de seis caballos, precedido y seguido de sus guardias nobles, que eran de las principales familias de Roma. Acompañábanle sus cardenales y el cuerpo diplomático.

Este cortejo pasaba por entre un campo de bayonetas inclinadas, ante una nacion de rodillas, bajo arcadas de blancas banderas, y atravesando nubes de aromáticas flores.

La inmensa region de los aires parecia no ser ya capaz de contener las aclamaciones de la gran ciudad católica, de la reina de la cristiandad. La Europa iba de nuevo á inclinar su frente ante las antiguas glorias del Vaticano. Este recobraba á una sus prestigios y poderío. La república mazzinia-

ber visto á Pio IX, rectificaron y variaron de conducta. Tal es la fuerza moral que tiene la virtud justificada sobre el corazon humano.—N. *del T.*

na se habia desvanecido como un sueño de miseria y oprobio. Roma, la primera entre todas las potestades, porque estiende una mano sobre la tierra y con la otra se apoya en el cielo; Roma, lavada de sus manchas, tomaba otra vez el cetro.

Y por la noche de tan hermoso dia ¡qué inmenso mar de luz! La cúpula de Michael Angelo, ardiendo desde su cima hasta su base, dominaba á la ciudad entera con sus masas de fuego; la torre y el palacio del Capitolio resplandecian; la metrópoli en fin centelleaba.

Del Capitolio al Pópolo y del Pincio al Vaticano, no habia ni un pórtico, ni un balcon, ni una ventana, ni una azotea que no estuviera iluminado. Veíanse antorchas de todas clases, vasos de todos tamaños y fanales de todos colores. Entre estos muros de fuego y al través de mil coches descubiertos circulaba gozosa la multitud. No parecia sino una grande hoguera, ó mas bien una aurora inflamada, porque allí no habia ya brasas infernales, y Roma entonces, como de los cielos descendida, queria anticipadamente presentarse á su vista cual la ***nueva Jerusalen.***

En el mismo instante saludaban de lejos á Roma la salvada todas las capitales del mundo cristiano. París, el verdadero París, suspiraba; y ¡cuántas almas decian en esta ciudad para sí mismas :

«¡A nosotros tambien nos hacia falta un salvador! ¡A nos»otros tambien nos hacia falta la entrada triunfante de la jus»ticia y el derecho en nuestros muros! ¡Oh! en ese dia Pa»rís, la reina de las naciones, aun deslumbraria con sus go»zosas solemnidades á todas las solemninades del mundo, á »todas las fiestas de las edades pasadas y á todas las mara»villas de los tiempos presentes. Roma ha pacificado á algu»nos pueblos: París salvaria al universo.»

Todas las altas celebridades de la *Unidad italiana* se habian ido desvaneciendo una tras otra ante la razon pública, como vapores sombríos al rededor del sol.

Quedaban por fin reducidas y vencidas las revoluciones: sus partidarios habian tomado sucesivamente la fuga en todos los campos de batalla, donde no se habian presentado, en cierto modo, sino para deshonrar la gloria: el órden renacia en Europa; y pasado el tumultuoso desaliento de los pueblos en delirio, empezaban las naciones á respirar.

París, cuyo genio voltiguea sobre todas las capitales de la civilizacion, habia contribuido al movimiento reparador, aguardando á poder repararse á sí mismo. Acababa de hacerse una prueba en diversos lugares á un tiempo, de que habia resultado triunfante *la república*, ese ensueño siniestro de los pueblos. ¿Mas de dónde venia? ¿á dónde iba? Ni un solo hombre habia podido producir; en su seno solo se habian engendrado crímenes.

Como los grandes revolucionarios de la *Italia roja* habian llegado hasta el poder, fueron juzgados por sus obras. Unos, afamados matamoros, se babian cobardemente aniquilado ante la espada desnuda contra ellos: mientras otros, vanidades campanudas, que se tenian ellos mismos por modelos en hecho de autoridades gubernativas, no habian sido mas que estafadores odiosos, organizadores incapaces y perseguidores ridículos.

Despues de haber hecho del pueblo un escabel para llegar al dominio supremo, todos aquellos filantrópicos charlatanes habian ido cayendo de trampa en trampa, de engaño en engaño y de ruina en ruina, no dejando á su zaga sino recuerdos de vergüenza, pruebas de rapiña y arroyos de sangre.

Cuando la credulidad modesta les prestaba atento y curioso oido, parecíales que ante ellos el mundo entero tem-

blaba: mas con poco que cualquiera los mirase con audacia y frente á frente, trémulos palidecian. En fin, fueron meteoros sin calor que creara, ni luz que resplandeciera.

¿Qué hicieron tales *Licurgos* sino desórdenar y destruir? ¿Dónde estaban en los dias de apuro y de peligro aquellos *Wallacios* de pacotilla, sino escondidos ó en fuga? ¿Quiénes eran aquellos *Solones*, sino la estravagancia y la incapacidad personificadas? De cuantas ideas sembraban, ninguna pudo ni crecer ni aun germinar, porque en ellas nada habia de fuerte ni duradero. Así, á pesar de sus vanos esfuerzos para darse un aire colosal, sus elevaciones y caidas nunca estuvieron definitivamente sino en ras del suelo.

En sus labios estaba siempre el nombre del Cristo: mas algunos de estos adoradores de la fé católica se hicieron protestantes en Lóndres y en Constantinopla musulmanes; lo que prueba que su conviccion religiosa corria parejas con su creencia política, siendo la una tan verdadera como la otra.

En cuanto á los pueblos italianos, á quienes osaron los regeneradores mismos tildar tan frecuente como injustamente de incapaces, abandonados, holgazanes y cobardes; esos pueblos, repetimos, cuando la famosa cruzada, mostraron en mil ocasiones su noble amor á la patria y su admirable valor: pero la revolucion, que se burlaba del entusiasmo italiano, no sabia ni acaudillarlos ni dirigirlos; solo cegarlos, engañarlos y perderlos supo. Convirtió el valor en descarrío, y el triunfo en precipicio. Prometió la edad de oro; dió..... el caos.

¿Qué se ha hecho de los Mazzinis, Sterbinis, Giobertis, Mamianis y Caninos? ¿qué de los Gerrazzis, Romeos, Montanellis, Manines y Garibaldis? ¿qué de los Tomaseos, Salicettis, Masas, Ferrettis y Belgiojosos? ¿qué de los Comfortes, Carduccis y Durandos? ¿qué de los Pepés, los Cicero-Vac-

chios y todos los demas héroes revolucionarios? Todas estas figuras de linterna mágica no han dejado en el lienzo por donde pasaron una tras otra, ni verdaderas señales ni caractéres duraderos:

Pero ¿se ha rematado todo? ¡Ah! todavia no. El genio demagógico, esa divinidad turbulenta y salvaje, ese Téutates fatal y sanguinario, no es cadáver aun: su horrible cabeza quiere alzarse otra vez. El *comité central democrático europeo*, que reside en Lóndres, se ha reorganizado en secciones: las sociedades secretas se reforman, se agitan, trabajan y conspiran. Mazzini publica nuevos manifiestos, donde declara que *sus fuerzas son inmensas, y la victoria solo un problema de direccion.* «Es menester, dice, que en adelante *el pensamiento sea* (entre los suyos) *una accion continua, que cada idea se traduzca en un acto, que cada individuo represente un elemento, y que en la concentracion esté el secreto de la victoria* (1).»

¡Y cosas así se imprimen!... ¡y todo esto se lee todavia!... ¡Ah! Revolucionarios y fanáticos habrá siempre, por la sencilla razon de que siempre habrá tambien tontos y necios.

Las potencias en ciernes, á cuya cabeza está Mazzini, intrigando ahora en Viena y en Lóndres, se han hecho *angloaustriacas,* y concluirian, si las dejaran concluir sus enredos, por dar la mayor parte de la Italia á la Alemania. Lord Palmerston continúa siendo el gran pontífice de la *Península roja*, si bien es verdad que no toma por lo sério la *independencia Mazziniana*, de que se vale solamente como instrumento de sus miras. Pero que se ande con cuidado; que ese instrumento infernal tiene dos filos, y pudiera bien suceder que diese la muerte, no tan solo á aquellos contra quienes se emplea, sino tambien á los mismos que lo manejan.

(1) Véase el periódico intitulado *l'Evenement*, número del 25 de octubre.

Por lo demás, mientras que Francia, en medio de los peligros de la precaria situacion en que lastimosamente se agita, aguarda la *última solucion*, como enfáticamente se dice; los rojos de París y Roma, reforzando sus clandestinos arsenales, se jactan de llegar tambien ellos á su *última solucion*: al triunfo del *socialismo*. A este efecto estuvo en París el verano pasado el mismo Mazzini, y va á publicarse un periódico intitulado *la Voz del Proscrito*, que será, segun dicen, su órgano. Y cuando la Europa prudente no piensa donde quiera en la actualidad, sino en desarmar y rematar al sangriento fantasma de la revolucion; los *Titanes* de la regeneracion *comunista* no ensueñan todavia mas que en *escalar el edificio social*, y en machacarlo para siempre en el mortero de la demagogía.

Pero aun no es esto todo, sino que el ex-triunviro de Roma, que no ha renunciado á la esperanza de mandar otra vez en el Capitolio, organiza una sociedad comanditaria con cuarenta millones de reales de capital, para procurarse los medios de dar cuanto antes á su querida Italia el inapreciable beneficio de la guerra civil. Lo que á continuacion transcribimos es un artículo de la circular Mazziniana, relativo á lo que su autor llama «*Empréstito nacional europeo.*»

«Las sumas vertidas, dice, serán esclusivamente destina»das á la compra de armas y materiales de guerra, que »fueren menester para asegurar la independencia y libertad »de Italia... Ninguna parte de los fondos procedentes del »empréstito podrá distraerse para dar *socorros de otra es»pecie.*»

¡Admiraos aquí de la caritativa y moral filantropía del comité rojo! Su mira patriótica, segun ha confesado francamente, es hacer una «*guerra de esterminio á la Peninsula, sin prestar socorros de otra especie á los desgraciados*»; ó lo que es igual, degollar sin piedad cuanto estorbe á su am-

bicion desenfrenada; y despues, en medio de estas luchas *fraternales*, caminar sin el menor sentimiento de humanidad por encima de ruinas, y entre arroyos de sangre!...

¡*Compasion*! *caridad*! ¡Atrás palabras tan retrógradas! ¡Perezca toda una nacion mas bien que el principio revolucionario!

¡Albricias al manifiesto del comité rojo! ¡gloria á la guerra civil en *participacion*! ¡Hé aquí la ruina de Italia en *comandita*! ¡Y lord Palmerston tolera tan audaces publicaciones! ¡y Lóndres no se avergüenza de tal escándalo!...

Pero separémonos de lúgubres pensamientos. Dios no abandonará la tierra á las supremacias del desórden. Sábese ya lo que son las repúblicas; y la iniquidad no tiene mas que un tiempo.

Consagremos nuestras últimas palabras al pais mas hermoso de la Europa. ¡Ah! por mas que hayan dicho sus detractores, Italia la bella y la poética no ha degenerado ni decaido. En su seno hay aun espíritus rectos y nobles corazones, en número mil veces mayor que el de las tristes celebridades arriba mencionadas. La Italia sabrá por último discernir á sus buenos amigos de sus pérfidos consejeros; y el fuego sagrado de sus antiguas edades nunca llegará á estinguírsele: que fué la patria de los Césares; que es la tierra privilegiada del sol, de la naturaleza, de las artes y del genio; que será en fin el campo eternamente abierto á as admiraciones de entusiastas y los literatos. Italia fué la reina del mundo, y su gloria no puede jamás perecer. En ella tiene clavados los ojos el porvenir.

FIN.

INDICE DE LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO.

PRIMERA PARTE.

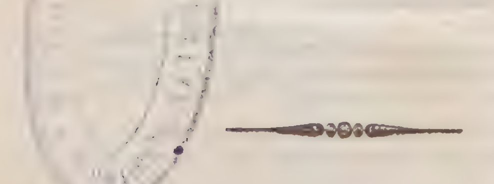
Revolucion de Roma y la Alta Italia.

Pág.

SEGUNDA PARTE.

Revoluciones de Nápoles y Sicilia.

CONCLUSION.






LA ITALIA
ROJA
37
235


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm